

LA MALDICIÓN DEL
ESPECTRO



**JOSEPH
DELANEY**

Segundo libro de las Crónicas de la Piedra de Ward
después de *El aprendiz del Espectro*



Lectulandia

Thomas Ward sigue trabajando con el Espectro y ya es todo un experto en cazar brujas, boggarts y espíritus.

Un día ambos se acercan a Prieststown, en el centro del Condado, y Thomas se da cuenta de que su jefe está más inquieto de lo normal; allí en lo más profundo de las catacumbas, acecha una criatura a la que el Espectro nunca ha podido derrotar, un ser tan malvado que todo el Condado corre el peligro de quedar bajo su dominio. Se le conoce como "La Pesadilla", y ninguno de los entes malignos a los que Thomas se ha enfrentado puede comparársele.

Lectulandia

Joseph Delaney

La maldición del espectro

Las crónicas de la piedra de Ward - 2

ePub r1.0

epi 09.03.14

Título original: *The Spook's Curse*

Joseph Delaney, 2005

Traducción: Jorge Rizzo

Editor digital: epl

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Marie

El lugar más elevado del condado está marcado por el misterio. Dicen que una vez, durante una terrible tormenta, murió allí un hombre mientras apresaba a una malvada criatura que tenía amenazado al mundo entero. Entonces, el hielo volvió a cubrirlo todo, y cuando al fin se retiró, apareció alterada hasta la forma de las montañas y cambiado el nombre de las poblaciones de los valles. Hoy en día, en ese punto elevado que se alza en medio de las colinas rocosas, no queda ni rastro de lo que ocurrió hace tanto tiempo. Sin embargo, ha perdurado su nombre. Lo llaman...

La Piedra de Ward

El destripador de Horshaw

Cuando oí el primer grito, aparté la cara y me tapé las orejas con las manos, apretando tan fuerte que me dolió la cabeza. En aquel momento no podía ayudar de ningún modo. Pero aún lo oía, el ruido de un sacerdote atormentado, y se prolongó durante mucho tiempo, hasta que por fin fue desapareciendo.

De modo que me quedé temblando en el oscuro cobertizo, escuchando cómo repiqueteaba la lluvia sobre el tejado, intentando reunir valor. Hacía mala noche y estaba a punto de volverse aun peor.

Diez minutos más tarde, cuando llegaron el albañil y su compañero, salí corriendo a su encuentro y los alcancé en el umbral de la puerta. Eran unos hombres grandes, y yo apenas les llegaba a la altura de los hombros.

—Bueno, muchacho, ¿dónde está el señor Gregory? —preguntó el albañil, con un tono que denotaba cierta impaciencia. Levantó el farol que llevaba en la mano y miró alrededor con recelo. Tenía una mirada inteligente y sagaz. Ninguno de los dos tenía aspecto de estar dispuesto a aguantar tonterías.

—Está muy enfermo —dije, intentando controlar los nervios que hacían que mi voz sonara débil y temblorosa—. Se ha pasado toda la semana en la cama con fiebre y por eso me ha enviado en su lugar. Soy Tom Ward. Su aprendiz.

El albañil me escrutó rápidamente de arriba abajo, como si estuviera valorando la posibilidad de contratarme para un negocio futuro. A continuación levantó una ceja tan alto que desapareció bajo la visera de su gorra, que aún chorreaba agua de lluvia.

—Bueno, señor Ward —dijo, con una voz algo sarcástica— esperamos sus instrucciones.

Metí la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y saqué el esquema que había hecho el mampostero. El albañil dejó el farol sobre el suelo y, tras sacudir la cabeza en un gesto de escepticismo y echar una mirada a su compañero, tomó el esquema y empezó a examinarlo.

Las instrucciones del mampostero daban las dimensiones de la fosa que había que cavar y las medidas de la piedra que había que introducir.

Al cabo de un rato, el albañil volvió a sacudir la cabeza y se arrodilló junto al farol, situando el papel muy cerca de la llama. Cuando volvió a ponerse de pie, tenía el ceño fruncido.

—La fosa debería tener una profundidad de tres metros —declaró—. Aquí sólo dice dos.

El albañil conocía bien su trabajo. Las fosas normales para boggarts tienen dos metros de profundidad, pero para un destripador que es el boggart más peligroso de todos, la norma establece que sean tres metros. Sin duda, nos enfrentábamos a un destripador —los gritos del sacerdote lo demostraban—, pero no había tiempo suficiente para cavar hasta los tres metros.

—Tendrá que servir —dije yo—. Tiene que estar hecho por la mañana, o será demasiado tarde y el sacerdote habrá muerto.

Hasta aquel momento habían sido dos tipos grandes con botas grandes que irradiaban confianza en sí mismos por todos los poros. Pero, de pronto, parecían nerviosos. Conocían la situación por la nota que les había enviado convocándolos en el cobertizo. Había usado el nombre del Espectro para asegurarme de que vendrían enseguida.

—¿Sabes lo que haces, muchacho? —preguntó el albañil—. ¿Estarás a la altura del trabajo?

Me lo quedé mirando fijamente a los ojos e hice un esfuerzo por no pestañear.

—Bueno, hasta ahora lo he hecho bien —afirmé—. He contratado al mejor albañil del condado y a su ayudante.

Era lo que había que decir, y la cara del albañil se iluminó con una sonrisa.

—¿Cuándo llegará la piedra? —preguntó.

—Mucho antes del amanecer. El mampostero la trae personalmente. Tenemos que estar listos.

El albañil asintió.

—Entonces encabece la expedición, señor Ward. Enséñenos dónde quiere que cavemos.

Esta vez no había sarcasmo en su voz. Hablaba con el tono de quien hace negocios. Quería acabar con aquello. Era lo que queríamos todos, y había poco tiempo, de modo que me puse la capucha y, con las cosas del Espectro en la mano izquierda, encabecé la marcha bajo la fría y densa lluvia.

Allí fuera estaba su carro de dos ruedas, con las herramientas cubiertas por una lona impermeable y el paciente caballo entre las varas del carro, exhalando vapor al respirar.

Atravesamos el campo embarrado y seguimos el seto de endrino hasta el lugar donde se aclaraba, entre las ramas de un antiguo roble, al final del cementerio. La fosa estaría cerca de un lugar sagrado, pero no demasiado. Las tumbas más próximas sólo estaban a veinte pasos.

—Caven la fosa lo más cerca posible de ahí —les indiqué, señalando el tronco del árbol.

Bajo la atenta mirada del Espectro, había cavado muchas fosas para practicar. En caso de emergencia, habría podido hacer el trabajo yo mismo, pero aquellos hombres

eran expertos y lo harían más rápido.

Mientras volvían a por sus herramientas, atravesé el seto y me abrí camino por entre las tumbas hacia la antigua iglesia. Estaba en mal estado: faltaban tejas en el tejado y no había visto una mano de pintura en años. Empujé la puerta lateral y se abrió con un chirrido quejumbroso.

El viejo sacerdote aún estaba en la misma posición, estirado boca arriba cerca del altar. La mujer estaba arrodillada en el suelo, junto a la cabeza del cura, llorando. La única diferencia era que ahora la iglesia estaba llena de luz. La mujer había inspeccionado la sacristía en busca de velas y las había encendido todas. Por lo menos había cien, distribuidas en grupos de cinco o seis. Las había colocado sobre los bancos, en el suelo y en los alféizares de las ventanas, pero la mayoría estaban en el altar.

Al cerrar la puerta, un soplo de aire entró en la iglesia y todas las llamas temblaron a la vez. Ella levantó la vista y me miró con la cara cubierta de lágrimas.

—Se está muriendo —anunció, con una voz angustiada que resonó por el eco—. ¿Por qué has tardado tanto en venir?

Como habíamos recibido el mensaje en Chipenden, había tardado dos días en llegar a la iglesia. Había más de cincuenta kilómetros hasta Horshaw, y no pude ponerme en marcha enseguida. Al principio el Espectro, que aún estaba demasiado enfermo para levantarse de la cama, se había negado a dejarme partir.

Normalmente, el Espectro nunca envía a sus aprendices solos hasta que han pasado con él un año por lo menos. Yo acababa de cumplir los trece años y había sido su aprendiz durante menos de seis meses. Era una tarea difícil y terrorífica, que solía implicar enfrentarse a lo que denominamos «lo Oscuro». Yo había aprendido a tratar con brujas, fantasmas, boggarts y cosas que dan golpes por la noche. Pero ¿estaba preparado para aquello?

Había que apresar un boggart, lo cual, si se hacía bien, debía resultar bastante fácil. Le había visto hacerlo dos veces al Espectro. En ambas ocasiones había contratado a buenos hombres para ayudarlo y no había habido problemas. Pero este trabajo era algo diferente. Había complicaciones.

El problema era que aquel sacerdote era el hermano del Espectro. Yo no lo había visto más que una vez, en primavera, cuando visitamos Horshaw. Nos había mirado y había trazado una gran señal de la cruz en el aire, con una mueca de rabia en la cara. El Espectro ni siquiera había mirado en su dirección porque nunca había habido demasiado afecto entre ellos y llevaban más de cuarenta años sin hablarse. Pero la familia era la familia, y por eso acabó enviándome a Horshaw.

—¡Curas! —había gritado rabioso el Espectro—, ¿Por qué no se meten en sus asuntos? ¿Por qué siempre tienen que entrometerse? ¿En qué estaría pensando para enfrentarse a un destripador? Déjame ocuparme de lo mío, y que cada uno siga con lo

suyo.

Al final se calmó y se pasó horas dándome instrucciones detalladas sobre lo que había que hacer y dándome nombres y direcciones del albañil y el mampostero que tenía que contratar. También mencionó un médico, insistiendo en que era el único que serviría. Ése era otro problema, porque el médico vivía bastante lejos. Había enviado el recado y sólo me quedaba esperar que se pusiera en marcha inmediatamente.

Miré hacia la mujer, que estaba enjugándole la frente con un trapo al sacerdote, que tenía el pelo lacio, cano y graso, echado hacia atrás, y movía los ojos espasmódicamente. Nadie le había dicho que la mujer iba a pedir ayuda al Espectro. De haberlo sabido, se habría opuesto, de modo que era una suerte que no me pudiera ver.

De los ojos de la mujer manaban lágrimas que brillaban a la luz de las velas. Era su ama de llaves, ni siquiera eran familiares, y recuerdo que pensé que debía de haber sido muy bueno con ella para que estuviera tan triste.

—El médico llegará enseguida —dije— y le dará algo para el dolor.

—Ha sentido dolor toda su vida —respondió ella—. Yo también le he dado muchos problemas. Eso ha hecho que la muerte le aterrara. Es un pecador y sabe dónde va a ir.

Por mucho que hubiera pecado, el viejo sacerdote no se merecía aquello. Nadie lo merecía. Sin duda era un hombre valiente. O valiente, o muy tonto. Cuando el boggart había empleado sus trucos, había intentado enfrentársele con las armas de un sacerdote: campanas, libros y velas. Pero no es así como hay que enfrentarse a lo Oscuro. En la mayoría de los casos, no habría importado en absoluto, porque el boggart no habría hecho caso del sacerdote ni de su exorcismo. Al cabo de un tiempo se habría ido, y el sacerdote se habría llevado todo el mérito, como suele ocurrir.

Pero aquél era el tipo de boggart más peligroso con el que nos podíamos encontrar. Solemos llamarlos «destripadores de sanado» por su manera de alimentarse; pero al entrometerse, el sacerdote se había convertido en presa del boggart. Ahora era un «destripador» en todo orden, ansioso de sangre humana, y el sacerdote tendría suerte si escapaba con vida.

Había una grieta por entre las losas del suelo, una grieta en zigzag que nacía en la base del altar y se extendía hasta unos tres pasos más allá del sacerdote. En el punto más ancho era como un abismo, y tenía una amplitud casi de medio palmo. Una vez abierto el suelo, el boggart había atrapado al viejo párroco por el pie y lo había arrastrado hacia el interior, hundiéndolo casi hasta la rodilla. Ahora, en la oscuridad del subsuelo, iba chupándole la sangre, arrancándole la vida lentamente. Era como una sanguijuela enorme, que mantenía a su víctima con vida todo lo que podía para alargar su propio disfrute.

Hiciera lo que hiciese, tenía que ser rápido, tanto si el sacerdote sobrevivía como

si no. En cualquier caso, tenía que apresar al boggart. Ahora que había bebido sangre humana, ya no se conformaría con destripar ganado.

—Sálvalo si puedes —me había dicho el Espectro mientras me preparaba para partir—. Pero, hagas lo que hagas, asegúrate de acabar con el boggart. Esa es tu principal misión.

Empecé a hacer mis preparativos.

Dejé que el ayudante siguiera cavando la fosa y volví al cobertizo con el albañil. Él sabía lo que había que hacer: en primer lugar, echó agua en el gran balde que habían traído. Era una de las ventajas de trabajar con gente que ya tuviera experiencia: traían el equipo pesado. Era un balde recio de madera, fijado con aros de metal y que serviría hasta para una fosa de cuatro metros.

Después de llenarlo de agua hasta la mitad, el albañil empezó a echar dentro un polvo marrón de un gran saco que había traído del carro. Lo hizo gradualmente y, cada vez que echaba un poco, removía con un palo grueso.

Enseguida la tarea se fue volviendo más ardua, ya que la mezcla se iba convirtiendo en una masa pegajosa que cada vez resultaba más difícil de mezclar. También apestaba, como algo que llevara semanas muerto, lo cual no resultaba muy sorprendente, ya que el polvo estaba compuesto en su mayor parte de huesos molidos.

El resultado iba a ser una cola muy fuerte, y cuanto más removía el albañil, más sudaba y jadeaba. El Espectro siempre mezclaba personalmente la cola y me había obligado a practicar, pero había poco tiempo y el albañil tenía la fuerza necesaria para la ocasión. Él lo sabía, así que se había puesto manos a la obra sin que hiciera falta que se lo pidiese.

Cuando la cola estuvo lista, empecé a añadir limaduras de hierro y sal de las bolsas que llevaba conmigo, mucho más pequeñas, removiendo lentamente para que quedaran bien distribuidas por la mezcla. El hierro es peligroso para los boggarts porque los puede dejar sin fuerza, mientras que la sal los quema. Una vez está en la fosa, el boggart permanece allí porque la cara inferior de la piedra y los lados de la fosa están recubiertos con la mezcla, lo cual le obliga a encogerse y le impide salir de aquel espacio. Por supuesto, el problema es conseguir que el boggart entre en la fosa.

De momento aquello no me preocupaba. Por fin quedamos satisfechos, tanto el albañil como yo. La cola estaba lista.

Como la fosa no estaba acabada, no tenía nada que hacer más que esperar al médico en el estrecho y tortuoso camino que llevaba a Horshaw.

La lluvia había cesado, y el aire parecía estar inmóvil. Era finales de septiembre, y el tiempo estaba empeorando. Íbamos a tener algo más que nieve muy pronto, y la

repentina aparición del primer trueno lejano hacia el oeste me puso aún más nervioso. Al cabo de unos veinte minutos, oí el sonido de unos cascos de caballo a lo lejos. Cabalgando como si lo persiguieran las hordas del infierno, el médico llegó a galope tendido, con la capa volando al viento.

Yo llevaba las cosas del Espectro, de modo que no había necesidad de presentaciones; y en cualquier caso, el médico había cabalgado a tal velocidad que estaba sin aliento. De modo que me limité a hacer un gesto con la cabeza; él dejó a su caballo mascando la larga hierba que crecía frente a la iglesia y me siguió hasta la puerta lateral. La abrí para dejarle pasar primero.

Mi padre me había enseñado a ser respetuoso con todo el mundo, porque así la gente te respeta a ti también. Yo no conocía a aquel médico, pero el Espectro había insistido en que lo llamara a él, puesto que sabía que haría bien su trabajo. Se llamaba Sherdley y llevaba una bolsa de cuero negro. Parecía casi tan pesada como la del Espectro, que yo había dejado en el cobertizo. La puso en el suelo a unos dos metros del paciente y, sin reparar en el ama de llaves, que aún sollozaba, empezó su examen.

Me quedé de pie, detrás de él y hacia un lado, para poder verlo lo mejor posible. Levantó suavemente la casulla del sacerdote y dejó las piernas al descubierto.

La pierna derecha era delgada, blanca y casi no tenía pelo, pero la izquierda, la que había aferrado el boggart, estaba roja e hinchada y presentaba unas venas moradas más oscuras cuanto más cerca de la gran grieta del suelo.

El médico sacudió la cabeza y soltó aire lentamente. Entonces se dirigió al ama de llaves con una voz tan tenue que apenas entendí lo que dijo.

—Tendremos que sacarla —dijo—. Es su única esperanza.

Al oír aquello, las lágrimas volvieron a bañar las mejillas de la mujer; el médico me miró y señaló la puerta. Una vez fuera, se apoyó contra la pared y suspiró.

—¿Cuánto tardarás en estar listo? —preguntó.

—Menos de una hora, doctor —respondí—. Pero depende del mampostero. Trae la piedra personalmente.

—Si es mucho más, lo perderemos. Lo cierto es que, en cualquier caso, no apuesto mucho por él. Ni siquiera le puedo dar nada para el dolor porque su cuerpo no aguantaría dos dosis, y tendré que darle algo justo antes de amputar. También puede ser que la impresión de la amputación lo mate. El hecho de tener que moverlo justo después empeora aún más las cosas.

Me encogí de hombros. Ni siquiera me gustaba tener que pensarlo.

—¿Sabes exactamente lo que tienes que hacer? —me preguntó el médico, estudiándome con la mirada.

—El señor Gregory me lo explicó todo —dije, intentando parecer convincente. De hecho, por lo menos me lo había explicado una docena de veces. Y me lo había hecho recitar después una y otra vez hasta quedar satisfecho.

—Hace unos quince años, nos enfrentamos a un caso parecido —recordó el médico—. Hicimos lo que pudimos, pero el hombre murió y era un granjero joven, fuerte como un carnicero y en la flor de la vida. Crucemos los dedos. A veces los viejos son mucho más duros de lo que pensamos.

Se produjo un largo silencio, que rompí comentando algo que me preocupaba.

—Entonces ya sabe que necesitaré un poco de su sangre.

—No le expliques a tu abuelo cómo comerse un huevo —gruñó el médico; luego me sonrió con aspecto fatigado y señaló el camino de Horshaw—. El mampostero viene de camino, así que será mejor que salgas y hagas tu trabajo. Deja lo demás de mi cuenta.

Escuché y oí el sonido lejano de un carro que se acercaba, así que regresé por entre las tumbas para ver cómo les iba a los albañiles.

La fosa estaba lista, y ya habían montado la plataforma de madera bajo el árbol. El compañero del albañil se había subido al árbol y fijaba la polea a una gruesa rama. Era un aparejo del tamaño de la cabeza de un hombre, hecho de hierro, con cadenas y un gran gancho. Era necesario que resistiera el peso de la piedra, para poder colocarla con gran precisión.

—Ha llegado el mampostero —anuncié.

Inmediatamente, ambos hombres dejaron lo que estaban haciendo y me siguieron hacia la iglesia.

Ahora había otro caballo esperando en el camino. La piedra estaba en el carro. Hasta ahí, ningún problema, pero el mampostero no parecía muy contento y evitaba mirarme a los ojos. Aún así, sin perder tiempo, acercó el carro hasta la valla que daba al cementerio.

Una vez cerca del árbol, el mampostero deslizó el gancho por la anilla del centro de la piedra y la izaron. Para saber si encajaría o no, habría que esperar. Sin duda el mampostero había encajado la anilla con precisión, porque la piedra colgaba horizontalmente de la cadena, en perfecto equilibrio.

La bajaron hasta un punto situado a unos dos pasos del borde de la fosa. Entonces, el mampostero me dio las malas noticias.

Su hija menor estaba muy enferma, con fiebre, la misma fiebre que había asolado el condado y que tenía postrado al Espectro en la cama. Su esposa estaba velándola, y él tenía que volver enseguida.

—Lo siento —se disculpó, mirándome directamente a los ojos por primera vez—. Pero la piedra es buena, y no tendrás problemas. Te lo prometo.

Le creí. Había hecho todo lo que había podido y se había puesto a trabajar en la piedra inmediatamente, cuando habría preferido estar junto a su hija. De modo que le pagué y lo envié de vuelta a casa, dándole las gracias en nombre del Espectro y en el mío propio y deseándole que se recuperara su hija.

A continuación, volví a la labor que me ocupaba. Además de tallar las piedras, los mamposteros son expertos en su colocación, por lo que yo habría preferido que se quedara por si algo salía mal. No obstante, el albañil y su compañero eran buenos en su trabajo. Lo único que tenía que hacer era mantener la calma y tener cuidado de no cometer errores tontos.

En primer lugar tenía que darme prisa y recubrir las paredes de la fosa con la cola; luego, al final, la parte inferior de la fosa, justo antes de colocar la piedra en su lugar.

Me metí en la fosa y, usando una brocha y trabajando a la luz del farol que sostenía el compañero del albañil, me puse manos a la obra. Era un proceso complejo. No podía dejarme el mínimo espacio, porque ello bastaría para que el boggart pudiera escapar. Y como la fosa sólo tenía dos metros de profundidad en vez de los tres preceptivos, había de tener especial cuidado.

La mezcla iba penetrando en la tierra, lo cual era buena señal, puesto que así no se agrietaría fácilmente ni se caería cuando se secase la tierra en verano. Lo malo era que resultaba difícil decidir cuánta había que aplicar para que la capa fuera lo suficientemente gruesa. El Espectro me había dicho que eso era algo que iría aprendiendo con la práctica. Hasta aquel momento, él había estado siempre allí para comprobar lo que yo hacía y dar los últimos retoques, pero ahora tendría que hacerlo bien yo solo. Por primera vez.

Por fin salí de la fosa y me dediqué al borde superior. Los últimos treinta centímetros de la fosa, correspondientes al grosor de la piedra, formaban un antepecho más ancho y largo que el resto de la fosa para que la piedra se pudiera apoyar allí y el boggart no pudiera encontrar el mínimo resquicio para salir.

Había que prestar atención especial, ya que era el punto donde la piedra sellaba el hueco practicado en la tierra.

Cuando acabé, apareció un relámpago y, unos segundos después, se oyó el rugido de un trueno. La tormenta se nos había venido prácticamente encima.

Volví al cobertizo para sacar algo importante de la bolsa. Era lo que el Espectro llamaba un «plato-cebo». Era de metal, presentaba tres pequeños orificios equidistantes entre sí, cerca del borde, y estaba hecho especialmente para la ocasión. Lo saqué, lo limpié con la manga y corrí a la iglesia para decirle al médico que estábamos listos.

Cuando abrí la puerta, noté un intenso olor a brea y, a la izquierda del altar, vi el resplandor de una pequeña hoguera, sobre la que había un pequeño trípode de metal y un recipiente que borboteaba. El doctor Sherdley iba a usar la brea para detener la hemorragia, así como para recubrir el muñón y que la pierna no se gangrenara.

Sonreí para mis adentros cuando vi de dónde había sacado la madera el médico. Afuera llovía, de modo que había usado la única leña seca disponible, cortando uno

de los bancos de la iglesia. Desde luego, al cura no le habría hecho mucha gracia, pero quizás aquello le salvara la vida. En cualquier caso, ahora estaba inconsciente, respiraba muy profundamente y quizá se mantuviera en aquel estado durante horas, hasta que se le pasaran los efectos de la poción.

De la grieta del suelo llegaba el ruido que hacía el boggart al comer. Emitía un sonido desagradable al extraer la sangre de la pierna, succionando y tragando. Estaba demasiado ocupado como para darse cuenta de que estábamos muy cerca, a punto de poner fin a su banquete.

No hablamos. Sólo le hice un gesto al médico con la cabeza, y él me correspondió. Le pasé el plato hondo de metal para recoger la sangre que necesitaba; él sacó una pequeña sierra de su bolsa y apoyó los fríos dientes de metal brillante contra el hueso, justo por debajo de la rodilla del sacerdote.

El ama de llaves seguía en la misma posición, pero cerraba los ojos apretándolos con fuerza y murmuraba algo para sí. Probablemente estaría rezando, y era evidente que no nos iba a servir de mucha ayuda; así que, con un escalofrío, me arrodillé junto al médico. Él sacudió la cabeza.

—No hace falta que presencies esto, muchacho —dijo—. Sin duda verás cosas peores algún día, pero no hace falta que sea ahora. Sal de aquí. Ve a lo tuyo. Puedo ocuparme solo. Envíame a los otros dos para que me echen una mano cuando acabe y podamos colocarlo en el carro.

Yo apretaba los dientes y estaba dispuesto a enfrentarme a aquello, pero no hizo falta que me lo dijera dos veces. Aliviado, volví a la fosa. Antes incluso de llegar, un potente grito cortó el aire, seguido del sonido de un lloro angustioso. Pero no era el sacerdote. Estaba inconsciente. Era el ama de llaves.

El albañil y su ayudante ya habían vuelto a izar la piedra y estaban limpiando el barro. Entonces, mientras ellos volvían a la iglesia a ayudar al médico, mojé la brocha con lo que quedaba de la mezcla y le di a la parte inferior de la piedra una buena capa.

Apenas tuve tiempo de admirar mi obra antes de que llegara corriendo el ayudante. Detrás de él, mucho más despacio, llegó el albañil. Llevaba el plato lleno de sangre, con cuidado de no derramar ni una gota. El plato-cebo era un instrumento muy importante. El Espectro tenía una buena provisión de platos en Chipenden, y se los habían hecho siguiendo sus especificaciones.

Saqué una larga cadena de la bolsa del Espectro. En un extremo tenía una anilla a la que estaban unidas tres cadenas más cortas, cada una con un pequeño gancho de metal al final. Deslicé los tres ganchos por los tres agujeros próximos al borde del plato.

Cuando levanté la cadena, el plato-cebo quedó colgando en perfecto equilibrio, de modo que no hacía falta una gran habilidad para bajarlo hasta la fosa y posarlo

suavemente en el fondo, justo en el centro.

No, lo que requería habilidad era liberar los tres ganchos. Había que tener mucho cuidado para destensar las cadenas y que los ganchos cayeran hacia el exterior del plato, sin que éste se ladeara y se derramara la sangre.

Había empleado horas practicando aquello y, a pesar de que estaba muy nervioso, conseguí sacar los ganchos al primer intento.

Ahora era cuestión de esperar.

Tal como he dicho, los destripadores son unos boggarts de lo más peligrosos, porque se alimentan de sangre. Suelen ser de pensamiento muy rápido y muy creativos; pero cuando comen piensan muy despacio y tardan mucho en darse cuenta de las cosas.

La pierna amputada seguía aprisionada en la grieta del suelo de la iglesia, y el boggart estaba muy ocupado extrayendo la sangre muy lentamente para que le durara más. Así son los destripadores. Se quedan chupando y sorbiendo, y no piensan en nada más hasta que se dan cuenta de que cada vez les llega menos sangre a la boca. Quieren más sangre; pero la sangre puede tener muchos sabores diferentes, y ellos quieren la que han estado chupando. Es la que más les gusta.

De modo que el destripador quiere más de esa sangre y, cuando se da cuenta de que la pierna está separada del resto del cuerpo, va tras él. Por eso los albañiles tuvieron que cargar enseguida al sacerdote en el carro. El carro ya estaría en las afueras de Horshaw, y cada *clip-clop* de los cascos del caballo lo estaría apartando del furioso boggart, desesperado por encontrar más de aquella sangre.

Un destripador es como un sabueso. Se daría cuenta de la dirección en que se llevaban al sacerdote. También se daría cuenta de que se iba alejando cada vez más. Entonces notaría algo más: que había más de aquello que necesitaba muy cerca de allí.

Por eso había puesto el plato en la fosa. Y por eso se llamaba plato-cebo. Era el reclamo para atraer al destripador hacia la trampa. Una vez estuviera allí, comiendo, teníamos que actuar rápidamente y no nos podíamos permitir cometer ni un solo error.

Miré hacia arriba. El ayudante estaba de pie en la plataforma, con una mano en la cadena, listo para empezar a arriar la piedra. El albañil estaba de pie frente a mí, con la mano en la piedra, listo para orientarla al caer. Ninguno de los dos parecía en absoluto asustado, ni siquiera nervioso, y de pronto me sentí a gusto por trabajar con personas así. Personas que sabían lo que hacían. Todos habíamos cumplido con nuestro papel, todos habíamos hecho lo que teníamos que hacer con la máxima rapidez y eficacia posible. Eso hacía que me sintiera bien. Me hacía sentir parte de algo.

En silencio, esperamos la llegada del boggart.

Al cabo de unos minutos, oí cómo se acercaba. Al principio parecía como un soplo de viento por entre los árboles.

Pero no hacía viento. El aire estaba absolutamente inmóvil y, rodeada por la luz de las estrellas, entre las nubes de tormenta y el horizonte, se veía la luna en cuarto creciente, que sumaba su luz a la emitida por los faroles.

El albañil y su ayudante no oían nada, claro, porque no eran el séptimo hijo de un séptimo hijo como yo. De modo que tuve que advertirles.

—Viene hacia aquí —les avisé—. Os diré cuándo.

El sonido ya era más estridente, casi como un chillido, y oía algo más: una especie de gruñido grave y sordo que atravesaba el cementerio a gran velocidad y se dirigía hacia el plato de sangre del interior de la fosa.

Al contrario que un boggart normal, un destripador es algo más que un espíritu, especialmente cuando acaba de comer. Incluso entonces la mayoría de la gente no lo puede ver, pero sí que lo sienten si se agarra a su carne.

Ni siquiera yo veía gran cosa; sólo algo informe y de un color rojo rosado. Entonces sentí un movimiento en el aire cerca de la cara, y el destripador se metió en la fosa.

—¡Ahora! —le dije al albañil; éste, a su vez, hizo un gesto a su ayudante, que agarró la cadena. Antes incluso de que tirara de ella, llegó el ruido de la fosa. Esta vez fue sonoro, y los tres lo oímos. Enseguida miré hacia mis compañeros y vi cómo abrían los ojos como platos y se les tensaba la mandíbula, aterrados ante lo que teníamos debajo.

El sonido que oíamos era el del boggart comiendo del plato.

Eran como lametazos ávidos de una lengua monstruosa, combinados con el olisqueo y el bufido desesperado de un gran animal carnívoro. Teníamos menos de un minuto antes de que se lo acabara todo. Entonces olería nuestra sangre. Estaba desesperado, y todos figurábamos en su menú.

El ayudante empezó a soltar la cadena, y la piedra cayó poco a poco. Yo ajustaba un extremo, y el albañil, el otro. Si habían cavado bien la fosa y la piedra era del tamaño exacto especificado en el esquema, no habría problema. Eso es lo que me dije; pero no dejaba de pensar en el último aprendiz del Espectro, el pobre Billy Bradley, que había muerto intentando apresar un boggart como aquél. La piedra se había encajado aprisionándole los dedos bajo el borde. Antes de que pudieran levantarla, el boggart le había mordido los dedos y le había sorbido la sangre. Murió de la impresión. No me lo podía quitar de la cabeza por mucho que lo intentara.

Lo importante era encajar la piedra en la fosa a la primera; y, por supuesto, no meter los dedos.

El albañil ocupaba el puesto del mampostero y controlaba el proceso. Hizo una señal y la cadena se detuvo; la piedra quedó a un par de centímetros del suelo. Me miró y luego, muy serio, levantó la ceja derecha. Miré hacia abajo y moví ligeramente la piedra por mi lado hasta colocarla en lo que me pareció la posición exacta. Lo volví a comprobar para estar seguro y luego le hice un gesto con la cabeza al albañil, que hizo una señal a su compañero.

La cadena bajó un poco más, y la piedra encajó en su sitio a la primera, dejando al boggart encerrado en la fosa. El destripador emitió un chillido rabioso, y todos lo oímos. Pero no importaba porque ahora ya estaba atrapado y no había nada que temer.

—¡Buen trabajo! —gritó el ayudante, bajando de la plataforma de un salto, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara—. ¡Ha encajado perfectamente!

—¡Sí! Ni hecho a medida —exclamó el albañil, mordaz. Sentí un gran alivio. Estaba encantado de que se hubiera acabado todo. Entonces estalló un trueno, un relámpago iluminó la piedra de lleno y vi por primera vez la inscripción que había grabado el mampostero en la piedra; me sentí de pronto muy orgulloso.

La gran letra griega beta, atravesada por una raya en diagonal, era la señal de que allí había un boggart. Debajo, a la derecha, el uno en números romanos indicaba que era un boggart peligroso de primera categoría. Había diez grados en total, y los cuatro primeros podían resultar letales. A continuación, debajo, estaba mi nombre, «Ward», que reconocía mi autoría en lo que se acababa de hacer.

Acababa de apresar a mi primer boggart. ¡Y era nada menos que un destripador!

El pasado del Espectro

Dos días más tarde, de vuelta en Chipenden, el Espectro hizo que le contara todo lo que había sucedido. Cuando acabé, quiso que se lo repitiera. Después se rascó la barba y dio un gran suspiro.

—¿Qué dijo el médico del bobo de ese hermano mío? —premunió el Espectro—. ¿Cree que se recuperará?

—Dijo que le parecía que lo peor ya había pasado, pero que era pronto para decir nada.

El Espectro asintió con gesto pensativo.

—Bueno, muchacho, lo has hecho bien —reconoció—. No se me ocurre ninguna corrección que hacerte. Así que puedes tomarte el resto del día libre. Pero no dejes que se te suba a la cabeza. Mañana hay que seguir con el trabajo. Después de tanta emoción, necesitas seguir con tu rutina habitual.

Al día siguiente, me hizo trabajar el doble de lo normal. La lección empezó en cuanto amaneció e incluyó lo que él llamaba «prácticas». Eso suponía cavar fosas, aunque ya hubiera apresado a un boggart de verdad.

—¿De verdad tengo que cavar otra fosa para boggarts? —le pregunté, cansado.

El Espectro me echó una mirada fulminante hasta que me sentí muy incómodo y bajé la vista.

—¿Te crees que ya estás por encima de todo eso, muchacho? —preguntó—. ¡Pues no, así que no te confíes! Aún tienes mucho que aprender. Puede que hayas apresado a tu primer boggart, pero tenías buenos hombres ayudándote. Un día puede que tengas que cavar la fosa tú mismo y hacerlo rápidamente para salvar una vida.

Después de cavar la fosa y recubrirla con sal y hierro, tuve que practicar la colocación del plato-cebo en el interior de la fosa sin derramar una sola gota de sangre. Por supuesto, como sólo era para entrenarme, usamos agua en vez de sangre, pero el Espectro se lo tomaba muy en serio y solía enfadarse si no lo conseguía a la primera. Sin embargo, esta vez no tuvo ocasión. Lo había conseguido en Horshaw y había adquirido práctica, de modo que lo conseguí diez veces seguidas. A pesar de ello, el Espectro no me concedió ni una palabra de reconocimiento, y yo empezaba a sentirme un poco molesto.

A continuación me tocó una práctica que me gustaba mucho: el uso de la cadena de plata del Espectro. En el jardín del oeste había un poste de dos metros, y se trataba de lanzar la cadena por encima. El Espectro me colocaba a diferentes distancias del

poste, y yo practicaba más de una hora seguida, teniendo en cuenta que en algún momento me encontraría con una bruja de verdad y, si erraba el tiro, no tendría otra oportunidad. Había que tirar la cadena de un modo especial. Se enrollaba alrededor de la mano izquierda y se tiraba con un giro de muñeca para que girara hacia fuera, cayendo en una espiral hacia la izquierda alrededor del poste y apretándolo. Desde una distancia de un metro y medio ya conseguía acertar nueve veces de cada diez, pero, como siempre, al Espectro le costaba mucho hacer elogios.

—No está mal, supongo —decía—. Pero no te confíes, muchacho. Una bruja de verdad no te hará el favor de quedarse quieta mientras le tiras la cadena. ¡Al final del año, espero que aciertes diez de cada diez tiros, ni uno menos!

Me sentí algo más que ligeramente molesto. Había trabajado duro y había mejorado mucho. No sólo eso, también acababa de apresar a mi primer boggart y lo había hecho sin ninguna ayuda del Espectro. Me pregunté si él lo habría hecho mejor durante su período de aprendizaje.

Por la tarde, el Espectro me permitió entrar en su biblioteca para trabajar, leer y tomar notas, pero sólo me dejó leer algunos libros. Era muy estricto con aquello. Aún estaba en mi primer año, de modo que los boggarts eran mi principal área de estudio. Pero a veces, cuando él salía a hacer otras cosas, yo no podía evitar echar un vistazo a alguno de los otros libros.

Así pues, después de mi sesión de lectura sobre boggarts, me acerqué a los tres largos estantes junto a la ventana y escogí uno de los grandes cuadernos con tapas de cuero del estante más alto. Eran diarios, algunos de ellos escritos por espectros cientos de años antes. Cada uno cubría un período de unos cinco años.

Esta vez sabía exactamente lo que buscaba. Escogí uno de los primeros diarios del Espectro, con curiosidad por ver cómo se le había dado a él cuando era joven y si se las había arreglado mejor que yo. Eso sí, él había sido sacerdote antes de formarse como espectro, de modo que debía de haber sido bastante mayor para ser aprendiz.

De todos modos, escogí unas páginas al azar y empecé a leer. Reconocí su caligrafía, claro, pero si alguien que no lo conociera hubiera leído un fragmento de aquellas notas por primera vez, no habría podido adivinar que lo había escrito el Espectro. Cuando habla, lo hace con la voz típica del condado, llana y sin una pizca de lo que mi padre llama «florituras». Cuando escribe, es diferente. Es como si todos los libros que ha leído alteraran su voz, mientras que yo escribo prácticamente igual que hablo; si mi padre leyera mis notas, estaría orgulloso de mí y sabría que sigo siendo su hijo.

Al principio, lo que leí no me pareció en absoluto diferente a los escritos más recientes del espectro, aparte del hecho de que cometía más errores. Como siempre, era muy honesto y en cada ocasión explicaba en qué se había equivocado. Tal como solía decirme, era importante escribirlo todo para aprender del pasado.

¡Describía cómo, una semana, había pasado horas y horas practicando con el plato-cebo y su maestro se había enfadado porque no podía superar una media de ocho sobre diez! Eso me hizo sentir mucho mejor. Y entonces vi algo que me levantó el ánimo aún más. El Espectro no había apresado a su primer boggart hasta después de dieciocho meses como aprendiz. ¡Es más, no había sido más que un boggart peludo, no un peligroso destripador!

Eso era lo mejor que podía encontrar para alegrarme: estaba claro que el Espectro había sido un aprendiz diligente y trabajador. Muchos de los casos que encontré no eran más que rutina, de modo que fui pasando las páginas rápidamente hasta que llegué al momento en que mi maestro se había convertido en Espectro, trabajando por su cuenta. Había visto todo lo que necesitaba ver y estaba a punto de cerrar el libro cuando algo me llamó la atención. Volví al inicio del capítulo para asegurarme, y esto es lo que leí. No es una reproducción exacta, palabra por palabra, pero tengo buena memoria y se aproxima bastante. Y después de leer lo que él había escrito, desde luego no iba a olvidarlo.

Entrado el otoño, viajé al extremo septentrional del condado, donde habían solicitado mi presencia para tratar con un ser inhumano, una criatura que había extendido el terror por el distrito durante demasiado tiempo. Muchas familias de la zona habían sido víctimas de su crueldad, y se habían registrado demasiadas muertes y mutilaciones.

Me introduje en el bosque al anochecer. Todas las hojas habían caído y estaban podridas, cubriendo el suelo de marrón; la torre era como un dedo negro demoníaco que señalaba al cielo. Se había visto a una muchacha haciendo señales desde su solitaria ventana, pidiendo ayuda desesperadamente. La criatura la había apresado y ahora la tenía como un juguete, aprisionada en el interior de aquellos muros de piedra oscura.

Finalmente, hice una hoguera y empecé a mirar las llamas mientras reunía valor. Saqué la piedra de afilar de mi bolsa y afilé la cuchilla hasta no poder pasar los dedos por el filo sin que sangraran. Por fin, a medianoche, me encaminé a la torre y desafié a la criatura golpeando la puerta con mi bastón.

La criatura apareció blandiendo una gran porra y rugió de ira. Era una bestia hedionda vestida con pieles de animales que chorreaban sangre y grasa, y me atacó con una furia terrible.

Al principio retrocedí, esperando mi ocasión, pero cuando volvió a lanzarse contra mí gritando, liberé la cuchilla de su escondrijo en el bastón y, con todas mis fuerzas, se la clavé en la cabeza. Cayó de una pieza a mis pies, pero no sentí ningún remordimiento por arrancarle la vida, ya que habría vuelto a matar una y otra vez sin saciarse jamás.

Fue entonces cuando la muchacha me llamó con una voz de sirena procedente de lo alto de la escalera de piedra. Allí, en la estancia más alta de la torre, la encontré en un lecho de paja, encadenada con una larga cadena de plata. Tenía la piel como la leche y el cabello claro y largo; era, con mucho, la mujer más guapa que habían visto nunca mis ojos. So llamaba Meg y me rogó que la liberara de la cadena. Tenía una voz tan convincente que la razón me abandonó y el mundo empezó a darme vueltas.

En cuanto la hube liberado de los grilletes, apretó sus labios contra los míos. Y tan dulces fueron sus besos que casi me derretí entre sus brazos.

Me desperté con la luz del sol que atravesaba la ventana y la vi claramente por primera vez. Era una bruja lamia y tenía la marca de la serpiente. Aun cuando su rostro era pálido, tenía la columna cubierta de escamas verdes y amarillas.

Lleno de rabia por su engaño, la encadené de nuevo y la lleve por fin a la fosa de Chipenden. Cuando la liberé, se revolvió con tanta fuerza que apenas pude controlarla y me vi obligado a arrastrarla por entre los árboles tirando de la larga melena, mientras ella protestaba y profería gritos capaces de despertar a los muertos. Llovía mucho, y se resbaló al pisar la hierba húmeda, pero seguí arrastrándola por el suelo, aunque las zarzas le iban arañando las piernas y los brazos desnudos. Era algo cruel, pero había que hacerlo.

Sin embargo, cuando iba a echarla a la fosa, se aferró a mis rodillas y empezó a sollozar lastimeramente. Me quedé allí largo rato, invadido por la angustia, a punto de caer yo también, hasta que por fin tomé una decisión que puede que llegue a lamentar.

La ayudé a ponerse en pie y la rodeé con mis brazos. Ambos lloramos. ¿Cómo podía echarla a la fosa, cuando me daba cuenta de que la quería más que a mi propia alma?

Le rogué que me perdonara, y los dos nos dimos la vuelta, cogidos de la mano, y nos alejamos de la fosa.

Este encuentro me reportó una cadena de plata, cara herramienta que de otro modo me habría llevado varios meses de largo trabajo adquirir. Lo que he perdido, o puedo perder aún, no quiero pensarlo. La belleza es algo terrible: ata a un hombre con más fuerza de lo que se puede atar a una bruja con una cadena de plata.

¡No me podía creer lo que acababa de leer! ¡El Espectro me había advertido de las mujeres guapas más de una vez, pero en aquella ocasión él había roto su propia norma! ¡Meg era una bruja, y sin embargo, él no la había metido en la fosa!

Enseguida empecé a hojear el resto del cuaderno con la esperanza de encontrar más referencias a ella, pero no había nada. ¡Nada en absoluto! Era como si hubiera dejado de existir.

Sabía algo sobre brujas, pero hasta entonces nunca había oído hablar de una bruja lamia, de modo que volví a colocar el cuaderno en su sitio y busqué en el siguiente estante, cuyos libros estaban ordenados por orden alfabético. Abrí el libro titulado *Brujas*, pero no había ninguna referencia a Meg. ¿Por qué no había escrito el Espectro sobre ella? ¿Seguía viva? ¿Estaría aún en algún lugar del condado?

Tenía verdadera curiosidad y se me ocurrió otra idea; cogí un gran libro del estante inferior. Éste se titulaba *Bestiario* y era un listado alfabético de todo tipo de criaturas, brujas incluidas. Por fin encontré la entrada que quería: «Brujas lamia».

Parecía que las brujas lamia no procedían del condado, sino de las tierras del otro lado del mar. Evitaban la luz del sol, pero de noche caían sobre los hombres y se bebían su sangre. Podían cambiar de forma y pertenecían a dos categorías: las salvajes y las domésticas.

Las salvajes eran las brujas lamia en su estado natural: peligrosas, impredecibles y de escaso parecido físico con los humanos. Todas tenían escamas en lugar de piel y garras en lugar de uñas. Algunas se arrastraban por el suelo a cuatro patas, mientras que otras tenían alas y plumas en la parte superior del cuerpo y podían recorrer cortas distancias volando.

Pero una lamia salvaje podía convertirse en una lamia domesticada si se relacionaba estrechamente con humanos. Poco a poco tomaba la forma de una mujer y parecía humana, a excepción de una fina franja de escamas verdes y amarillas que le recorría toda la columna. Se sabía incluso de lamias domésticas que habían llegado a compartir creencias humanas. A menudo incluso dejaban de ser malvadas, se volvían benignas y trabajaban para el bien de los demás.

Así pues, ¿se había vuelto benigna Meg? ¿Había hecho bien el Espectro en no apresarla en la fosa?

De pronto me di cuenta de lo tarde que era y salí corriendo de la biblioteca para

iniciar mi clase, con la cabeza dándome vueltas. Unos minutos más tarde, mi maestro y yo volvíamos a estar al final del jardín del oeste, bajo los árboles, con una clara vista de las colinas rocosas, mientras el sol del otoño se ponía en el horizonte. Me senté en el banco como siempre, tomando notas sin parar mientras el Espectro caminaba adelante y atrás dictando. Pero no me podía concentrar.

Empezamos con una clase de latín. Tenía un cuaderno especial para tomar notas de gramática y del nuevo vocabulario que me enseñaba el Espectro. Había muchas listas, y el cuaderno estaba casi lleno.

Quería preguntarle al Espectro sobre lo que acababa de leer, pero ¿cómo? Había roto una norma al no limitarme a los libros que me había indicado. Se suponía que no tenía que leer sus diarios, y en aquel momento deseaba no haberlo hecho. Si le decía algo al respecto, sabía que se enfadaría.

Después de lo que había leído en la biblioteca, me costaba cada vez más concentrarme en lo que me decía. También tenía hambre y no veía el momento de que llegara la hora de la cena. Normalmente disponía de las tardes libres para hacer lo que quisiera, pero aquel día el Espectro me había hecho trabajar muy duro. No obstante, quedaba menos de una hora para que se pusiera el sol, y lo peor de las clases ya había pasado.

Entonces oí un sonido que me hizo gruñir de rabia por dentro.

Era una campana; pero no de iglesia. No, ésta tenía el sonido más agudo y fino de una campana mucho más pequeña, la que usaban nuestros visitantes. Nadie podía entrar en la casa del Espectro, de modo que la gente tenía que ir al cruce y tocar la campana para que mi maestro supiera que necesitaban ayuda.

—Ve a ver qué pasa, muchacho —dijo el Espectro, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la campana. En otro caso abríamos ido los dos, pero él aún estaba bastante débil por su enfermedad.

No me apresuré. Una vez estuve fuera del campo de visión de la casa y los jardines, reduje el paso. La noche estaba demasiado cerca como para hacer algo, especialmente si el Espectro no estaba del todo recuperado, de modo que no podríamos hacer nada hasta la mañana siguiente. Me enteraría de cuál era el problema y le daría los detalles al Espectro durante la cena. Cuanto más tarde llegara, menos habría que escribir. Ya había trabajado suficiente por aquel día y me dolía la muñeca.

El cruce, cubierto por sauces llorones, que en el condado llamábamos «tristes», era un lugar sombrío incluso a mediodía y siempre me ponía nervioso. En primer lugar, nunca sabías quién podría estar esperando; en segundo, casi siempre venían con malas noticias, porque ésa era la razón de que acudieran. Necesitaban la ayuda del Espectro.

Esta vez había un muchacho esperando. Llevaba grandes botas de minero y tenía

las uñas sucias. Estaba aún más nervioso que yo y me soltó su historia tan rápidamente que no le podía seguir y le tuve que pedir que la repitiera. Cuando se fue, me dirigí hacia la casa.

No fui dando un paseo, sino corriendo.

El Espectro estaba de pie junto al banco, con la cabeza gacha. Cuando me acerqué, levantó la vista y vi que tenía una mirada triste. De algún modo, supe que ya sabía lo que le iba a decir, pero se lo conté igualmente.

—Son malas noticias de Horshaw —dije, intentando recuperar el aliento—. Lo siento, pero se trata de su hermano. El médico no pudo salvarlo. Murió ayer, justo antes del amanecer. El funeral es el viernes por la mañana.

El Espectro soltó un largo y profundo suspiro y no dijo nada durante unos minutos. Yo no sabía qué decir, de modo que me quedé callado. Era difícil adivinar qué sentía en aquel momento. Como no se habían hablado durante más de cuarenta años, no podían estar tan unidos; pero el sacerdote seguía siendo su hermano, y debía de guardar algún recuerdo feliz de él, quizá de antes de que se pelearan o de cuando eran niños.

El Espectro volvió a suspirar y habló por fin.

—Vamos, muchacho —dijo—. Hoy podríamos cenar pronto.

Cenamos en silencio. El Espectro comía desganado, y yo me preguntaba si se debía a las malas noticias acerca de su hermano o porque no había recuperado el apetito desde la enfermedad. Normalmente hablaba un poco, aunque sólo fuera para preguntarme qué tal estaba la comida. Era casi un ritual, porque teníamos que alabar al boggart del Espectro, que preparaba todas las comidas, para que no se pusiera de mal humor. Era muy importante alabarle la cena, o corríamos el riesgo de que el beicon del desayuno siguiente apareciera quemado.

—Este guiso está buenísimo —dije por fin—. Hace tiempo que no probaba algo tan bueno.

El boggart no se dejaba ver casi nunca, pero algunas veces tomaba la forma de un gran gato rubio; si estaba a gusto, se me frotaba contra las piernas por debajo de la mesa de la cocina. Esta vez no se oyó ni un leve ronroneo. O no había sonado muy convincente, o se mantenía en silencio a causa de las malas noticias.

De pronto, el Espectro apartó el plato y se rascó la barba con la mano izquierda.

—Vamos a ir a Priestown —anunció—. Saldremos mañana a primera hora.

¿ A Priestown? No podía creer lo que estaba oyendo. El Espectro evitaba aquel lugar como la peste y una vez me había dicho que nunca más pondría allí el pie. No me había explicado por qué, y nunca se lo había preguntado porque cuando el Espectro no quería explicar algo, se le notaba. Pero cuando habíamos pasado cerca de la costa y había hecho falta cruzar el río Ribble, el odio del Espectro hacia la ciudad

se había convertido en una pesadez. En vez de usar el puente de Priestown, tuvimos que viajar varios kilómetros hacia el interior hasta el siguiente, para poder evitar la ciudad.

—¿Por qué? —pregunté con una voz que casi era un suspiro. Me preguntaba si lo que estaba diciendo haría que se enfadara—. Pensé que íbamos a ir a Horshaw para el funeral.

—Y vamos a ir al funeral, muchacho —dijo el Espectro con voz tranquila y paciente—. El bobo de mi hermano trabajaba en Horshaw, pero era sacerdote: cuando muere un sacerdote en el condado, se llevan su cuerpo a Priestown, celebran el funeral en la gran catedral y lo entierran en el cementerio de la ciudad. Así que vamos a presentarle nuestros respetos por última vez. Pero ése no es el único motivo. Tengo un trabajo pendiente en ese lugar perdido de la mano de Dios. Saca el cuaderno, muchacho. Ábrelo por una página en blanco y escribe este encabezamiento. ..

No había acabado mi plato, pero hice lo que decía enseguida. Cuando dijo «trabajo pendiente», sabía que se refería a algún trabajo de espectro, de modo que saqué el tintero del bolsillo y lo coloqué en la mesa, junto al plato.

Me vino algo a la cabeza.

—¿Se refiere a aquel destripador que apreté? ¿Cree que habrá escapado? No había tiempo para hacer una fosa de tres metros. ¿Cree que habrá ido a Priestown?

—No, muchacho, lo hiciste bien. Lo que hay allí es algo mucho peor. ¡La ciudad está maldita! Se trata de una maldición a la que me enfrenté por última vez hace más de veinte años. Me costó mis mayores esfuerzos y seis meses de cama. De hecho, casi me mata. Desde entonces no he vuelto nunca, pero ya que tenemos que ir allí, podría ocuparme de esa tarea pendiente. No, no es un simple destripador que asole la ciudad. Es un antiguo espíritu maligno llamado «la Pesadilla», y no hay otro como él. Se está haciendo cada vez más fuerte, de modo que habrá que hacer algo, y no puedo posponerlo más.

Escribí «*Pesadilla*» arriba de la página en blanco, pero de pronto observé, con gran decepción, que el Espectro sacudía la cabeza y daba un gran bostezo.

—Pensándolo bien, puede esperar hasta mañana. Acábate la cena. Mañana nos levantaremos temprano, así que lo mejor que podemos hacer es acostarnos pronto.

La Pesadilla

Salimos antes del amanecer. Como siempre, yo llevaba la pesada bolsa del Espectro. Pero al cabo de una hora me di cuenta de que el viaje nos llevaría por lo menos dos días. Normalmente el Espectro caminaba a un ritmo frenético, con lo que me costaba mantener el ritmo; pero aún estaba débil y de vez en cuando se quedaba sin aliento y se paraba a descansar.

Hacia un bonito día de sol, con una suave brisa fresca otoñal. El cielo estaba azul y los pájaros cantaban, pero todo aquello no importaba. No podía dejar de pensar en la Pesadilla.

Lo que me preocupaba era el hecho de que el Espectro casi hubiera muerto cuando la había intentado apresar. Ahora era más viejo y, si no recuperaba pronto las fuerzas, ¿cómo iba a vencerla esta vez?

Así que, a mediodía, cuando nos detuvimos para descansar, decidí preguntarle acerca de aquel terrible espíritu. No se lo pregunté directamente porque, para mi sorpresa, cuando nos sentamos sobre el tronco de un árbol caído, sacó una hogaza y un gran trozo de jamón de la bolsa y cortó un par de lonchas muy generosas. Normalmente, cuando nos dirigíamos a hacer un trabajo, pasábamos con un mísero trozo de queso, ya que se ha de ayunar para enfrentarse a lo Oscuro.

Sin embargo, yo tenía hambre, así que no me quejé. Supuse que tendríamos tiempo para el ayuno cuando acabara el funeral y que el Espectro necesitaba comer para recuperar las fuerzas.

Por fin, cuando acabé de comer, respiré hondo, saqué mi cuaderno y por fin le pregunté por la Pesadilla. Para mi asombro, me dijo que guardara el cuaderno.

—Podrás escribir eso más adelante, cuando volvamos —dijo—. Además, yo mismo tengo mucho que aprender sobre la Pesadilla, de modo que no tiene sentido escribir algo que puede que tengas que cambiar más adelante.

Supongo que me debí de quedar con la boca abierta. Siempre había pensado que el Espectro sabía casi todo lo que había que saber sobre lo Oscuro.

—No pongas esa cara de sorpresa, muchacho —dijo—. Como sabes, yo aún llevo un cuaderno conmigo, y tú también lo llevarás si llegas a mi edad. En este trabajo nunca se deja de aprender, y el primer paso hacia el conocimiento es aceptar tu propia ignorancia. Tal como te dije, la Pesadilla es un antiguo espíritu maligno que me ha costado mis mayores esfuerzos. Es vergonzoso, pero debo admitirlo. Aunque espero que esta vez no sea así. Nuestro primer problema será encontrarla —prosiguió el

Espectro—. Vive en las catacumbas que hay bajo la catedral de Priestown; hay kilómetros y kilómetros de túneles.

—¿Para qué sirven las catacumbas? —pregunté. No entendía quién habría construido tantos túneles.

—Están llenas de criptas, muchacho, cámaras funerarias subterráneas que contienen antiguos cadáveres. Esos túneles existían mucho antes de que se construyera la catedral. La colina ya era un camposanto cuando llegaron los primeros sacerdotes en barcos desde el este.

—¿Y quién construyó las catacumbas ?

—Hay quien llama a los que las cavaron «los Pequeños», debido a su tamaño, pero su verdadero nombre era Segantii; no se sabe mucho de ellos, aparte de que en otro tiempo la Pesadilla fue su dios.

—¿Es un dios ?

—Bueno, siempre ha sido una fuerza poderosa, y los primeros Pequeños reconocían su fuerza y la adoraban. Supongo que a la Pesadilla le gustaría volver a ser un dios. Solía vagar por el condado libremente. A lo largo de los siglos se fue corrompiendo y se envileció, y empezó a aterrorizar a los Pequeños día y noche, provocando enfrentamientos entre hermanos, destruyendo cosechas, incendiando casas y matando inocentes. Disfrutaba viendo a las personas aterrorizadas, sumidas en la pobreza, abatidas hasta que apenas les valiera la pena seguir viviendo. Fue una época negra, un tiempo terrible para los Segantii.

»Y no sólo asolaba a los pobres. El rey de los Segantii era un buen hombre llamado Heys. Había derrotado a todos sus enemigos en la batalla e intentaba convertir a los suyos en un pueblo fuerte y próspero. Pero había un enemigo que no podía derrotar: la Pesadilla. De repente, la Pesadilla le exigió un tributo anual. Ordenó al pobre hombre que sacrificara a sus siete hijos, empezando por el mayor. Un hijo por año hasta que no quedara ninguno con vida. Era más de lo que podía soportar cualquier padre. Sin embargo, Naze, el último hijo, consiguió apresar a la Pesadilla en las catacumbas. No sé cómo lo hizo; quizá si lo supiera sería más fácil derrotar a esta criatura. Lo único que sé es que la encerró tras una puerta de plata: al igual que muchas criaturas de lo Oscuro, es vulnerable a la plata.

—¿De modo que sigue atrapada ahí abajo desde entonces?

—Pues sí. Está apresada ahí abajo hasta que alguien abra la puerta y la libere. Eso es un hecho y es algo que saben todos los sacerdotes. Es algo que se ha transmitido de generación en generación.

—¿Y no hay más salidas? ¿Cómo puede haber quedado encerrada tras la Puerta de Plata? —pregunté.

—No lo sé, chico. Lo único que sé es que la Pesadilla está apresada en las catacumbas, y que sólo puede salir por esa puerta.

Quería preguntarle qué problema había en dejarla allí si estaba apresada y era improbable que escapara, pero me respondió antes de que pudiera articular la pregunta. El Espectro ya me conocía bien y adivinaba mis pensamientos.

—No obstante, me temo que no podemos dejar las cosas como están. Está haciéndose más fuerte. No siempre fue un espíritu. Eso pasó cuando quedó apresada. Antes, cuando tenía más poderes, tenía forma física.

—¿Qué aspecto tenía?

—Lo descubrirás mañana. Antes de entrar a la catedral para el funeral, mira la talla en piedra que hay en el dintel de la puerta principal. Es la mejor representación que puedes encontrar de esa criatura.

—Entonces, ¿usted la ha visto?

—No, chico, no. Hace veinte años, cuando la intenté matar por primera vez, aún era un espíritu. Pero corren rumores de que su poder ha aumentado tanto que ahora está adoptando la forma de otras criaturas.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que está empezando a mutar y que no tardará mucho en tener la fuerza suficiente para adoptar su verdadera forma original. Entonces podrá hacer que casi todo el mundo haga lo que ella quiera. Y el verdadero peligro es que puede obligar a alguien a abrir la Puerta de Plata. ¡Eso es lo más preocupante!

—¿Y de dónde saca su fuerza? —pregunté, curioso.

—Sobre todo de la sangre.

—¿Sangre?

—Sí, la sangre de animales... y de seres humanos. Tiene una sed terrible. Pero afortunadamente, al contrario que los destripadores, no puede tomar la sangre de un ser humano a menos que se le dé libremente...

—¿Por qué iba a querer nadie darle su sangre? —pregunté, asombrado sólo de pensarlo.

—Porque se puede meter en la mente de las personas. Los tienta con dinero, posición social o poder, lo que más les guste. Si no puede conseguir lo que quiere mediante la persuasión, aterroriza a sus víctimas. A veces los atrae hasta las catacumbas y los amenaza con lo que llamamos «la prensa».

—¿La prensa?

—Sí, muchacho. Puede adquirir un peso tal que algunas de sus víctimas aparecen aplastadas, con los huesos rotos y los cuerpos hechos una masa: hay que despegarlos del suelo para enterrarlos. Los «prensa», y no es una visión agradable. La Pesadilla no puede sacarnos la sangre contra nuestra voluntad, pero recuerda que, aun así, somos vulnerables a la prensa.

—No entiendo cómo puede hacer que la gente haga esas cosas si está atrapada en las catacumbas —dije yo.

—Puede leer el pensamiento, modificar los sueños, debilitar y corromper los pensamientos de los que tiene por encima. A veces incluso ve a través de sus ojos. Su influencia se extiende a la catedral y el presbiterio, y aterroriza a los sacerdotes. De este modo lleva a cabo sus fechorías por todo Priestown.

—¿Utilizando a los sacerdotes?

—Sí, especialmente a los más débiles de espíritu. Siempre que puede, los usa para hacer el mal. Mi hermano Andrew trabaja como cerrajero en Priestown, y más de una vez me ha enviado avisos de lo que está pasando. La Pesadilla domina el espíritu y la voluntad de las personas. Les obliga a hacer lo que quiere, silenciando la voz de la bondad y la razón: se convierten en codiciosos y crueles, abusan de su poder, roban a los pobres y a los enfermos. Actualmente, en Priestown se recauda el diezmo dos veces al año.

Sabía lo que era un diezmo: la décima parte de las ganancias anuales de la granja, que teníamos que pagar en concepto de impuestos a la iglesia local. Era la ley.

—Pagarlo una vez al año ya es bastante duro —prosiguió el Espectro—, pero dos veces supone la ruina. Está volviendo a sumir a la gente en el miedo y la pobreza, como hizo con los Segantii. Es una de las manifestaciones de lo Oscuro más claras y más malvadas que he visto nunca. La situación no puede prolongarse mucho más. Tengo que ponerle fin de una vez por todas, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Cómo lo haremos? —pregunté.

—Bueno, aún no estoy seguro del todo. La Pesadilla es un enemigo peligroso e inteligente; puede leernos el pensamiento y saber lo que estamos pensando antes incluso de que lo sepamos nosotros.

»No obstante, aparte de la plata tiene otra gran debilidad. Las mujeres la ponen muy nerviosa e intenta evitar su compañía. No puede soportar tenerlas cerca. Eso lo tengo claro, pero aún tengo que pensar cómo puedo utilizarlo en nuestro favor.

El Espectro me había advertido repetidamente que desconfiara de las chicas y, por algún motivo, en especial de las que llevaban zapatos de punta; de modo que estaba acostumbrado a oírle decir cosas así. Pero ahora que sabía de lo suyo con Meg, me preguntaba si ella tenía algo que ver con el hecho de que hablara así.

Bueno, desde luego mi maestro me había dado mucho que pensar. Y no podía evitar preguntarme por todas aquellas iglesias de Priestown, los sacerdotes y las congregaciones, todos creyentes. Si su Dios era tan poderoso, ¿por qué no hacía algo con la Pesadilla? ¿Por qué le permitía corromper a los sacerdotes y extender el mal por la ciudad? Mi padre era creyente, aunque nunca iba a la iglesia. En nuestra familia nadie iba, porque las labores de la granja no se interrumpían los domingos y siempre estábamos demasiado ocupados ordeñando o con otras tareas. Pero, de pronto, aquello me hizo preguntarme en qué creía el Espectro, especialmente sabiendo lo que me había dicho mamá: que el Espectro en otro tiempo había sido

sacerdote.

—¿Usted cree en Dios? —le pregunté.

—Solía creer —respondió, con gesto reflexivo—. Cuando era niño, nunca dudé de la existencia de Dios ni por un momento, pero con el tiempo cambié de parecer. Mira, chico, cuando has vivido todo lo que yo he vivido, hay cosas que te hacen plantearte preguntas. De modo que ahora no estoy seguro, pero procuro tener la mente abierta.

»Eso sí —añadió—, dos o tres veces me he encontrado en situaciones tan adversas que no esperaba salir de ellas con vida. Me he enfrentado a lo Oscuro y me he encontrado casi resignado a morir, aunque no del todo. Y entonces, cuando parecía que todo estaba perdido, me han vuelto las fuerzas. No sé de dónde me han venido; sólo puedo hacer suposiciones. Pero con esas nuevas fuerzas he sentido una nueva sensación. La de que tenía a alguien o algo a mi lado. Que ya no estaba solo.

El Espectro hizo una pausa y emitió un leve suspiro.

—No creo en el Dios que predicán en la iglesia —dijo—. No creo en un anciano con una barba blanca. Pero hay algo que nos observa, y si llevas una vida correcta, en tus momentos de necesidad lo tendrás al lado y te dará fuerzas. Eso es lo que yo creo. Bueno, muchacho, marchemos. Nos hemos entretenido demasiado y tenemos que emprender el camino.

Recogí su bolsa y lo seguí. Enseguida dejamos el camino y tomamos un atajo a través de un bosque y de un gran prado. Era muy agradable, pero nos detuvimos mucho antes de que se pusiera el sol. El Espectro estaba demasiado agotado como para continuar y en realidad tendría que haberse quedado en Chipenden, recuperándose de la enfermedad.

Tenía un mal presagio de lo que nos esperaba, una intensa sensación de peligro.

Priestown

Priestown, construida a orillas del río Ribble, era la ciudad más grande que había visitado nunca. Cuando bajamos la colina, el río tenía el aspecto de una enorme serpiente de color naranja que brillaba a la luz del sol poniente.

Era una ciudad de iglesias, con torres y chapiteles visibles por encima de las pequeñas casas adosadas en hileras. En lo alto de una loma, cerca del centro de la ciudad, se levantaba la catedral. Dentro de ella cabrían tres de las mayores iglesias que había visto en toda mi vida. Y el campanario era algo impresionante. Era de piedra caliza, y tan blanco y tan alto que pensé que los días de lluvia la punta debía de quedar oculta entre las nubes.

—¿Es el campanario más alto del mundo? —pregunté, señalando emocionado.

—No, muchacho —respondió el Espectro con una mueca—. Pero sí el más alto del condado, como corresponde a una ciudad con tantos curas. Preferiría que hubiera menos, pero tendremos que conformarnos.

De pronto, desapareció la mueca de su cara.

—¡Hablando del Diablo! —exclamó. Apretó los dientes y me arrastró a un hueco entre los setos. Se puso el dedo frente a los labios para indicarme silencio y me hizo agazaparme, mientras oíamos unas pisadas que se acercaban.

Era un seto de zarzas muy denso y aún conservaba la mayoría de las hojas, pero a través del follaje pude distinguir una sotana negra sobre las botas. ¡Era un sacerdote! Nos quedamos allí un rato, hasta después de que se perdiera el sonido de las pisadas. Hasta entonces el Espectro no quiso volver al camino. Yo no entendía a qué se debía tanto jaleo. En nuestros viajes nos habíamos cruzado con muchos sacerdotes. Nunca se habían mostrado muy amables, pero tampoco nos habíamos escondido.

—Tenemos que estar en guardia, muchacho —advirtió el Espectro—. Los sacerdotes siempre suponen un problema, pero en esta ciudad son un verdadero peligro. El obispo de Priestown es el tío del Alto Inquisidor. Seguro que has oído hablar de él.

Asentí.

—Caza brujas, ¿no?

—Sí, muchacho. Eso hace. Cuando atrapa a alguien que considera una bruja o un brujo, se pone su birrete negro y se erige en juez en su juicio, un juicio que suele ser muy rápido. Al día siguiente, se pone un sombrero diferente. Se convierte en verdugo y organiza la quema. Tiene fama de hacerlo muy bien, y suele reunirse mucha gente a

verlo. Dicen que monta la pira con gran precisión, para que las pobres desdichadas tarden mucho en morir. Se supone que el dolor debe hacer que la bruja se arrepienta de lo que ha hecho, de modo que le pida perdón a Dios y, al morir, salve su alma. Pero eso no es más que una excusa. ¡El Inquisidor no tiene los conocimientos de un espectro y no distinguiría a una bruja de verdad ni aunque saliera de la tumba y le agarrara del tobillo! No, no es más que un hombre cruel a quien le gusta infligir dolor. Disfruta con su trabajo y se ha hecho rico con el dinero que gana vendiendo las casas y las propiedades de aquellos a los que condena.

»Y eso supone problemas para nosotros. El Inquisidor considera que un espectro es un brujo. A la Iglesia no le gusta que nadie se meta con lo Oscuro, aunque sea para combatirlo. Creen que sólo deberían hacerlo los curas. El Inquisidor tiene poder para practicar arrestos, y dispone de una guardia eclesial para ejercer su prerrogativa...; pero alégrate, muchacho, porque eso es sólo la parte mala.

»La buena noticia es que el Inquisidor vive en una gran ciudad al sur, más allá de los límites del condado, y raramente viene al norte. De modo que si nos descubren y lo llaman, tardará más de una semana en llegar, aunque venga a caballo. Por otra parte, mi llegada debería pillarlos desprevenidos. Lo último que nadie puede esperar es que asista al funeral de un hermano con el que no me he hablado en cuarenta años.

Pero sus palabras no me consolaban mucho. Mientras bajaba la colina, sentí escalofríos por lo que me había dicho. Parecía que entrar en la ciudad implicaba muchos riesgos. Con su capa y su bastón, resultaba inconfundible. Estaba a punto de decírselo cuando hizo una señal a la izquierda con el dedo y dejamos el camino para adentrarnos en una arboleda. Al cabo de unos treinta pasos, mi maestro se detuvo.

—Muy bien, chico —dijo—. Quítate la capa y dámela.

No contesté; por el tono de su voz me di cuenta de que se trataba de trabajo, pero me preguntaba qué le correría por la cabeza. Él también se sacó la capa con capucha y dejó el bastón en el suelo.

—Bueno —prosiguió—. Ahora encuéntrame unas ramitas finas. Sobre todo que no pesen mucho.

Unos minutos más tarde había hecho lo que me había dicho y observé cómo colocaba su bastón entre las ramas y lo envolvía todo con nuestras capas. Por supuesto, para entonces ya había adivinado qué se proponía. De ambos extremos del hatillo salían unos palos y parecía como si hubiéramos estado recogiendo leña. Era un disfraz.

—Hay muchas posadas pequeñas cerca de la catedral —anunció, lanzándome una moneda de plata—. Será más seguro para ti que no nos alojemos en la misma, porque si vienen a por mí, también te arrestarán a ti. Lo mejor es que no sepas dónde estoy. El Inquisidor aplica la tortura. Si nos captura a uno de los dos, enseguida encontrará al otro. Yo saldré antes. Dame diez minutos antes de ponerte en marcha.

»Escoge cualquier posada cuyo nombre no tenga nada que ver con iglesias para que no acabemos en la misma por casualidad. No cenes, porque mañana tendremos trabajo. El funeral es a las nueve de la mañana, pero intenta llegar pronto y sentarte por la parte de atrás de la catedral; si yo ya estoy allí, mantén la distancia.

«Trabajo» significaba «trabajo de espectro», y me preguntaba si nos introduciríamos en las catacumbas para enfrentarnos a la Pesadilla. No me gustaba la idea ni lo más mínimo.

—Ah, y una cosa más —añadió el Espectro, volviéndose para marcharse—. Tendrás que cuidar de mi bolsa. ¿Qué tienes que recordar cuando la lleves por un lugar como Priestown?

—Llevarla en la mano derecha —respondí.

Asintió, se cargó el hatillo al hombro derecho y me dejó esperando en el bosque.

Los dos éramos zurdos, algo que a los curas no les gustaba. Los zurdos eran lo que ellos llamaban «siniestros», las personas que más fácilmente se dejaban tentar por el Demonio o que incluso podían aliarse con él.

Le di diez minutos o más, para asegurarme de dejar suficiente distancia entre los dos. Luego me puse en marcha con su pesada bolsa en dirección al campanario. Cuando llegué a la ciudad, empecé a ascender de nuevo hacia la catedral y, cuando estuve cerca, empecé a buscar una posada.

Había muchas; parecía ser que la mayoría de las calles adoquinadas tenían una, pero el problema era que todas ellas parecían estar relacionadas con iglesias de uno u otro modo. Estaban El Bastón del Obispo, La Posada del Campanario, El Fraile Alegre, La Mitra y El Libro y la Vela, por nombrar unas cuantas. La última me recordaba el motivo que nos había traído a Priestown. Tal como había constatado el hermano del Espectro, los libros y las velas no solían funcionar contra lo Oscuro; ni siquiera en combinación con una campana. Descubrirlo le había costado la vida.

Enseguida me di cuenta de que el Espectro se lo había puesto fácil para él y muy difícil para mí, y me pasé mucho tiempo buscando por el laberinto de callejuelas de Priestown y por las calles más anchas que las comunicaban. Caminé por la carretera de Fylde y luego tomé una calle llamada Puerta del Fraile, donde no había ningún rastro de puerta alguna. Las calles adoquinadas estaban llenas de gente y la mayoría parecía tener prisa. El gran mercado junto al extremo de la Puerta del Fraile estaba cerrando, pero unos cuantos clientes aún se arremolinaban y regateaban con los comerciantes. El olor del pescado era muy intenso, y una gran bandada de hambrientas gaviotas graznaba en lo alto.

De vez en cuando veía alguna figura vestida con una sotana negra y cambiaba de dirección o cruzaba la calle. Me costaba creer que pudiera haber tantos sacerdotes en una sola ciudad.

Después subí por la colina de Fishergate hasta que vi el río a lo lejos, y luego

volví sobre mis pasos. Al final, di un rodeo, pero sin éxito. No podía preguntarle a cualquiera por alguna posada cuyo nombre no tuviera nada que ver con iglesias, porque pensarían que estaba loco. Llamar la atención era lo último que quería. Aunque llevaba la pesada bolsa de cuero negro del Espectro en la mano derecha, seguía atrayendo demasiadas miradas curiosas.

Al final, cuando ya oscurecía, encontré un lugar donde alojarme no demasiado lejos de la catedral. Era una pequeña posada llamada El Toro Negro.

Antes de ser aprendiz del Espectro, nunca me había alojado en una posada, al nunca haber tenido ningún motivo para alejarme de la granja de mi padre. Desde que era aprendiz, quizás había pasado la noche en media docena. Deberíamos haber estado en muchas más, ya que a menudo estábamos de viaje, pero al Espectro le gustaba ahorrarse dinero y, a menos que hiciera muy mal tiempo, le parecía que un árbol o un viejo cobertizo bastaban para pasar la noche. Aun así, aquélla era la primera posada en la que me alojaba solo, y en el momento de atravesar la puerta me sentí algo nervioso.

La estrecha entrada se abría en una gran sala lúgubre, iluminada por una sola lámpara. Estaba llena de mesas y sillas vacías, y al final había un mostrador. Olía mucho a vinagre, pero enseguida me di cuenta de que no era más que cerveza rancia que había empapado la madera. A la derecha del mostrador colgaba una campanilla de una cuerda, así que la toqué.

Se abrió una puerta tras el mostrador y apareció un hombre calvo, limpiándose las manos en un gran delantal sucio.

—Querría una habitación para pasar la noche, por favor —expuse, y enseguida añadí—: Quizá me quede más tiempo.

Me miró como si fuera algo que se acabara de encontrar pegado a la suela del zapato, pero cuando saqué la moneda de plata y la puse sobre el mostrador, su expresión se volvió mucho más agradable.

—¿Querrá cenar, señor? —preguntó.

Sacudí la cabeza. Tenía que ayunar; de todas maneras, con una sola mirada a las manchas de su delantal se me había quitado el apetito.

Cinco minutos más tarde estaba en la habitación y había cerrado con llave. La cama estaba hecha un lío, y las sábanas, sucias. Sabía que el Espectro se habría quejado, pero yo sólo quería dormir y aun así aquello era mejor que un cobertizo con corrientes de aire. No obstante, cuando miré por la ventana, sentí nostalgia de Chipenden.

En vez del camino blanco que cruzaba la verde hierba hasta el jardín del oeste y de la vista de Parlick Pie y las otras colinas, sólo se veía una hilera de casas mugrientas al otro lado de la calle, con chimeneas de las que salía una nube de humo oscuro que cubría la calle.

De modo que me estiré sobre la cama y, con las asas de la bolsa del Espectro aún en la mano, me quedé dormido rápidamente.

A la mañana siguiente, poco después de las ocho ya me dirigía a la catedral. Había dejado la bolsa encerrada en la habitación porque habría quedado raro llevarla a un funeral. Estaba algo intranquilo por haberla dejado en la posada, pero la bolsa tenía un cierre, la puerta tenía cerradura y ambas llaves estaban seguras en mi bolsillo. También llevaba una tercera llave.

El Espectro me la había dado cuando me iba a Horshaw a enfrentarme al destripador. La había hecho su otro hermano, Andrew, el cerrajero, y abría la mayoría de cerraduras, siempre que no fueran demasiado elaboradas. Se la tenía que haber devuelto, pero sabía que el Espectro tenía más de una y, como no me la había pedido, me la había quedado. Era algo muy útil, del mismo modo que la caja de yesca que me había dado mi padre cuando inicié mi carrera como aprendiz. También la llevaba siempre en el bolsillo. Había pertenecido a su padre y era un legado familiar, pero especialmente útil para alguien que siguiera el oficio de Espectro.

Al poco tiempo ya estaba ascendiendo la colina, con el campanario a mi izquierda. Era una mañana húmeda, y me caía una espesa llovizna a la cara. Tenía yo razón con respecto al campanario: por lo menos el tercio superior estaba escondido entre las nubes de color gris oscuro que llegaban del sudoeste. Llegaba un olor fétido de las cloacas, todas las casas tenían encendidas las chimeneas y el humo acababa bajando al nivel de la calle.

Daba la impresión de que era mucha la gente que se apresuraba a subir la colina. Una mujer iba casi corriendo, arrastrando a dos niños más rápido de lo que les permitían correr sus piernecitas. «¡Venga! ¡Daos prisa! —les reñía—. ¡Vamos a perdérselo!»

Por un momento me pregunté si también iban al funeral, pero parecía poco probable, porque sus caras reflejaban una gran emoción. En la cima, la superficie de la colina se volvía llana; giré a la izquierda, hacia la catedral. Allí, una multitud ansiosa iba llenando ambos lados de la calle, como si esperaran algo. Estaban bloqueando la acera, e intenté abrirme camino con el máximo cuidado. No dejaba de pedir disculpas, intentando desesperadamente evitar pisar a nadie, pero al final la multitud estaba tan concentrada que tuve que detenerme y quedarme quieto yo también.

No tuve que esperar mucho. Muy pronto se oyeron aplausos y vítores a mi derecha. Más allá oí el ruido de unos cascos contra el suelo. Una gran comitiva avanzaba hacia la catedral. Los dos primeros jinetes llevaban túnicas, sombreros negros y una espada al cinto. Los seguían otros jinetes armados con dagas y enormes garrotes; diez, veinte, cincuenta, hasta que al final apareció un hombre cabalgando

solo sobre un enorme caballo blanco.

Llevaba una túnica negra, pero por el cuello y las muñecas se le veía una cara cota de malla de oro, y la espada que llevaba al cinto tenía una empuñadura con incrustaciones de rubí. Las botas eran de la mejor piel y probablemente valían más de lo que un granjero ganaba en un año.

Las ropas del jinete y su postura indicaban que era un señor pero aunque hubiera ido vestido con harapos, no habría cabido duda alguna. Tenía un pelo muy rubio, y la melena le caía por debajo de un sombrero rojo de ala ancha. Su cara me fascinó. Era casi demasiado bella para ser un hombre, pero al mismo tiempo era fuerte, con la barbilla prominente y una frente marcada. Volví a mirar aquellos ojos azules y vi la crueldad que reflejaban.

Me recordó a un caballero que había visto pasar un día por nuestra granja, cuando era niño. No nos había mirado siquiera. Para él, nosotros no existíamos. Bueno, eso es lo que dijo mi padre. Papá también dijo que aquel hombre era un noble, que viéndolo estaba claro que procedía de una familia de reconocido linaje y que todos sus antepasados habrían sido ricos y poderosos.

Al pronunciar la palabra «noble», mi padre escupió al barro y me dijo que yo tenía mucha suerte de ser el hijo de un granjero, con una jornada de trabajo honesto esperándome cada mañana.

Era evidente que aquel hombre que cabalgaba por Priestown también era noble y que llevaba la arrogancia y la autoridad escritas en el rostro. Para mi asombro y decepción, me di cuenta de que debía de estar mirando al Inquisidor, ya que detrás de él iba un gran carro descubierto tirado por dos percherones. Dentro del carro había un grupo de personas de pie encadenadas entre sí.

La mayoría eran mujeres, pero también había un par de hombres. Tenían aspecto de no haber comido decentemente en mucho tiempo. Llevaban unas ropas miserables y estaba claro que muchos de ellos habían sido golpeados. Todos estaban llenos de moratones, y una mujer tenía el ojo izquierdo como un tomate podrido. Algunas de las mujeres gemían desesperadamente, con las mejillas cubiertas de lágrimas. Una no paraba de gritar con todas sus fuerzas que era inocente. Pero en vano. Todos eran convictos; muy pronto los juzgarían y los quemarían.

De pronto, una joven se lanzó hacia el carro, buscando a uno de los hombres encadenados e intentando desesperadamente pasarle una manzana. Quizá fuera una familiar del prisionero; a lo mejor, su hija.

Quedé horrorizado al ver que el Inquisidor sencillamente dio media vuelta en el caballo y se lanzó sobre ella. En un momento, pasó de tener la manzana en la mano a quedar tirada sobre los adoquines, aullando de dolor. Vi la crueldad reflejada en el rostro del caballero. Había disfrutado haciéndole daño. Al paso del carro, seguido de una escolta con más jinetes armados, los vítores de la multitud se convirtieron en

bramidos y gritos de «¡Quemadlos a todos!».

Fue entonces cuando vi a la niña encadenada entre el resto de prisioneros. No era mayor que yo y miraba alrededor asustada, con los ojos bien abiertos. Tenía el pelo negro empapado por la lluvia, y le caía por la frente. El agua le resbalaba por la nariz y la barbilla como si se tratara de lágrimas. Observé que llevaba un vestido negro y bajé la vista. Cuando vi los zapatos en punta, apenas me lo podía creer.

Era Alice. Y estaba en manos del Inquisidor.

El funeral

Al ver aquello, la cabeza empezó a darme vueltas. No había visto a Alice desde hacía meses. Su tía, Lizzie *la Huesuda*, era una bruja a la que el Espectro y yo nos habíamos enfrentado; pero Alice, a diferencia del resto de la familia, no era mala chica. De hecho, quizá fuera lo más parecido a una amiga que había tenido yo, y gracias a ella había conseguido destruir unos meses antes a Madre Malkin, la bruja más malvada del condado.

No, lo único que le pasaba a Alice era que había tenido malas compañías. No podía dejar que la quemaran como a una bruja. Tenía que encontrar el modo de rescatarla, pero en aquel momento no tenía ni la más mínima idea de cómo podría hacerlo. Decidí que en cuanto acabara el funeral, tendría que intentar convencer al Espectro para que me ayudara.

Y luego estaba el Inquisidor. ¡Qué terrible coincidencia que nuestra visita a Priesttown hubiera coincidido con su llegada! El Espectro y yo estábamos en grave peligro. Sin duda, mi maestro no querría quedarse en la ciudad tras el funeral. Una gran parte de mí esperaba que quisiera marcharse enseguida, sin enfrentarse a la Pesadilla. Pero no podía dejar a Alice sola frente a la muerte.

Cuando pasó el carro, la muchedumbre se puso en marcha y empezó a seguir a la comitiva del Inquisidor. Aprisionado entre la gente, yo no tenía otra alternativa que seguir a la multitud. El carro siguió más allá de la catedral y se detuvo frente a una casa de tres plantas con ventanas dobles. Supuse que era el presbiterio—la casa de los sacerdotes— y que a los prisioneros se les juzgaría allí. Los bajaron del carro y los arrastraron al interior, pero estaba demasiado lejos para ver bien a Alice. No podía hacer nada, pero tenía que pensar algo rápidamente, antes de la quema, que posiblemente se realizaría enseguida.

Lleno de tristeza, di media vuelta y me abrí paso entre la multitud hasta que llegué a la catedral y al funeral del padre Gregory. El edificio tenía grandes contrafuertes y altas ventanas con vitrales de colores. Entonces recordé lo que me había dicho el Espectro y miré hacia arriba, a la gran gárgola de piedra que había sobre la puerta.

Era una representación de la forma original de la Pesadilla, la que estaba intentando recuperar poco a poco con la fuerza que iba ganando en las catacumbas. El cuerpo, cubierto de escamas, estaba agazapado, con los músculos tensos y robustos y unas largas garras que aferraban el dintel de la puerta. Daba la impresión de estar a

punto de bajar de un salto.

He visto cosas aterradoras en la vida, pero nunca había visto nada tan feo como aquella enorme cabeza. Tenía una barbilla alargada que se curvaba hacia arriba hasta casi llegarle a la larga nariz, y unos ojos perversos que parecían seguirme con la vista al avanzar en su dirección. Las orejas también eran raras, y no desentonarían en la cabeza de un gran perro o un lobo. ¡Desde luego, no era algo que me apeteciera encontrarme en la oscuridad de las catacumbas!

Antes de entrar, me giré y miré hacia el presbiterio con desesperación, preguntándome si habría alguna esperanza de rescatar a Alice.

La catedral estaba casi vacía, de modo que encontré un sitio por la parte trasera. Cerca de mí había dos ancianas arrodilladas que rezaban con la cabeza gacha, y un monaguillo se afanaba por encender velas.

Tenía mucho tiempo para echar un vistazo. La catedral parecía aun más grande por dentro, con su alto techo y sus enormes vigas de madera; incluso la mínima tos generaba un eco aparentemente interminable. Había tres pasillos: el central, que llevaba directamente a la escalinata del altar, era tan grande que por allí podría pasar un caballo tirando de un carro. El lugar era majestuoso: todas las estatuas a la vista eran doradas, e incluso las paredes estaban cubiertas de mármol. Había un mundo de distancia con respecto a la pequeña iglesia de Horshaw donde el hermano del Espectro había hecho de las suyas.

Frente al pasillo central se encontraba el ataúd abierto del padre Gregory, con una vela en cada esquina. Nunca había visto velas tan grandes en mi vida. Cada una, con su gran peana de latón, era más alta que un hombre.

La gente empezaba a entrar en la iglesia. Llegaban de uno en uno o de dos en dos y, al igual que yo, se decantaban por los bancos traseros. Yo buscaba al Espectro con la vista, pero de momento no había ni rastro de él.

No pude evitar mirar alrededor en busca de indicios de la Pesadilla. Desde luego, no sentía su presencia, pero quizás una criatura tan poderosa pudiera sentir la mía. ¿Y si los rumores fueran ciertos? ¿Y si tuviera poder suficiente como para adoptar forma física y estuviera ahí sentada entre los asistentes? Miré alrededor, nervioso, pero luego me relajé cuando recordé lo que me había dicho el Espectro. La Pesadilla estaba atrapada en las catacumbas, a gran profundidad, de modo que de momento estaba seguro.

¿Lo estaba? Aquella criatura tenía un gran poder mental, tal como me había dicho mi maestro, y podría llegar hasta el presbiterio o la catedral para influir en los curas y corromperlos. ¡A lo mejor en aquel mismo momento estaba intentando entrar en mi mente!

Miré hacia arriba, horrorizado, y mis ojos se cruzaron con los de una mujer que volvía a su asiento después de presentar sus respetos por última vez al padre Gregory.

La reconocí inmediatamente: era el ama de llaves que tanto había llorado, y ella me reconoció en el mismo instante. Se detuvo al final de mi banco.

—¿Por qué tardaste tanto? —me preguntó con un murmullo enérgico—. Si hubieras venido la primera vez que te mandé buscar, él aún estaría vivo.

—Hice lo que pude —respondí, intentando no atraer demasiado la atención.

—A veces, lo que se puede hacer no basta, ¿verdad? —dijo—. El Inquisidor tiene razón acerca de vosotros. No traéis más que problemas y os merecéis todo lo que os pasa.

Al oír el nombre del Inquisidor, me sobresalté; pero habían empezado a entrar muchos hombres, todos con sotanas y abrigos negros. Curas. ¡Decenas de ellos! Nunca había pensado que llegaría a ver tantos a la vez en un mismo sitio. Era como si todos los sacerdotes del mundo se hubieran reunido para el funeral del viejo padre Gregory. Pero yo sabía que no era así y que sólo eran los que vivían en Priestown —y a lo mejor algunos de los pueblos y ciudades de alrededor—. El ama de llaves no dijo nada más y volvió a su banco a toda prisa.

Tenía mucho miedo. Ahí estaba yo, sentado en la catedral, justo encima de las catacumbas donde vivía la criatura más temible del condado, en el momento en que el Inquisidor estaba de visita, y encima me habían reconocido. Deseaba con todas mis fuerzas alejarme de aquel lugar todo lo que pudiera y empecé a mirar alrededor en busca de cualquier rastro de mi maestro, pero no lo vi. Estaba a punto de decidir si me iba cuando de pronto las grandes puertas de la iglesia se abrieron de par en par y entró una larga comitiva. No había escapatoria.

Al principio, pensé que el hombre que la encabezaba era el Inquisidor, porque tenía rasgos parecidos. Pero era mayor, y recordé que el Espectro había mencionado que el Inquisidor tenía un tío que era el obispo de Priestown; me di cuenta de que debía de ser él.

Empezó la ceremonia. Cantaban mucho, y nos poníamos de pie, nos sentábamos y nos arrodillábamos constantemente. En cuanto nos colocábamos en una posición, teníamos que volver a movernos. Si el funeral hubiera sido en griego, puede que hubiera entendido algo más de lo que se decía, porque mi madre me había enseñado aquella lengua cuando yo era pequeño. Pero la mayor parte del funeral por el padre Gregory era en latín. Yo podía seguirlo en parte, pero me sirvió para darme cuenta de que tenía que aplicarme mucho más en mis clases.

El obispo dijo que el padre Gregory estaría en el cielo y que se lo merecía por todo lo bueno que había hecho. Me sorprendió un poco que no hiciera ninguna mención a cómo había muerto, pero supongo que a los curas no los interesaría remover el tema. Probablemente, no querrían admitir que su exorcismo había fracasado.

Al final, después de casi una hora, el funeral había acabado y el cortejo fúnebre

salió de la iglesia, esta vez con el ataúd a hombros de seis sacerdotes. Los cuatro grandes curas que llevaban los cirios tenían el trabajo más duro, porque se tambaleaban bajo el peso. Hasta que no pasó el último, siguiendo el ataúd, no observé la base triangular del gran candelabro de latón.

En cada una de sus tres caras presentaba una reproducción gráfica de la horrible gárgola que había visto sobre la puerta de la catedral. Y aunque probablemente se debiera al temblor de la llama, también esta vez me pareció que los ojos me seguían al paso del sacerdote con la vela entre las manos.

Todos los demás curas se sumaron al cortejo, y la mayoría de las personas de las últimas filas los siguieron, pero yo me quedé en el interior de la iglesia un buen rato, hasta perder de vista al ama de llaves.

Me preguntaba qué debía hacer. No había visto al Espectro y no tenía ni idea de dónde se alojaba ni de cómo se suponía que tenía que encontrarme con él. Tenía que advertirle acerca del Inquisidor, y del ama de llaves.

En el exterior había dejado de llover, y el patio frente a la catedral estaba vacío. Miré a la derecha y vi la cola del cortejo desapareciendo por detrás de la catedral, donde se suponía que debía de estar la tumba.

Decidí tomar la dirección contraria, ir a la puerta de delante y salir a la calle, pero me llevé una buena sorpresa. Al otro lado de la calle, dos personas discutían acaloradamente. Más exactamente, todo el acaloramamiento provenía de un iracundo sacerdote con la cara roja y una mano vendada. El otro hombre era el Espectro.

Ambos debieron de verme al mismo tiempo. El Espectro me hizo un gesto con la mano, indicándome que me pusiera en marcha. Lo hice, y mi maestro me siguió por la otra acera de la calle.

El sacerdote le gritó:

—¡Piénsatelo, John, antes de que sea demasiado tarde!

Me arriesgué a mirar atrás y vi que el sacerdote no nos había seguido, pero me pareció que me miraba fijamente. No podía estar seguro, pero pensé que, de pronto, parecía estar mucho más interesado en mí que en el Espectro.

Tardamos unos minutos en bajar la colina hasta el llano. Al principio no había mucha gente a nuestro alrededor, pero las calles enseguida se volvieron más estrechas y concurridas; y después de cambiar de dirección un par de veces, llegamos al mercado. Era una plaza grande y animada, llena de puestos de madera cubiertos con toldos grises impermeables. Seguí al Espectro por entre la multitud, a ratos a poca distancia. ¿Qué otra cosa podía hacer? Habría sido fácil perderle en un lugar como aquél.

En el extremo norte del mercado había una gran taberna con bancos vacíos en el exterior, y el Espectro se dirigió directamente allí. Al principio, pensé que iba a entrar y me pregunté si íbamos a comprar algo de comer. Si pensaba marcharse a causa del

Inquisidor, no había necesidad de ayunar. Pero dio la vuelta y se metió en un estrecho callejón adoquinado sin salida, me llevó hasta un murete de piedra y limpió un trozo con la manga. Cuando consiguió sacar la mayor parte del agua, se sentó y me hizo una seña para que hiciera lo mismo.

Me senté y miré alrededor. El callejón estaba desierto, y estábamos rodeados por tres lados por las paredes de unos almacenes. Había pocas ventanas y estaban rotas y llenas de mugre, así que por lo menos estábamos fuera de la vista de los curiosos.

El Espectro estaba sin aliento debido a la caminata y me dio ocasión de decir la primera palabra.

—El Inquisidor está aquí —le anuncié.

El Espectro asintió.

—Sí, muchacho, sí que está aquí. Yo estaba al otro lado de la calle, pero estabas demasiado ocupado mirando el carro como para verme.

—¿Y no la vio? Alice estaba en el carro...

—¿Alice? ¿Qué Alice?

—La sobrina de Lizzie *la Huesuda*. Tenemos que ayudarla...

Tal como he mencionado, Lizzie *la Huesuda* era una bruja de la que nos habíamos ocupado en primavera. El Espectro la había apresado en una fosa en su jardín de Chipenden.

—Ah, esa Alice. Bueno, lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ella, chico, porque no hay nada que hacer. El Inquisidor cuenta por lo menos con cincuenta hombres armados.

—¡Pero no es justo! —repliqué. Casi no me podía creer que estuviera tan tranquilo—. ¡Alice no es una bruja!

—Hay pocas cosas en la vida que sean justas —respondió el Espectro—. Lo cierto es que ninguna de ellas es bruja. Como tú bien sabes, una bruja de verdad habría olido al Inquisidor a kilómetros de distancia.

—Pero Alice es amiga mía. ¡No puedo dejar que muera! —protesté, sintiendo cómo crecía la rabia en mi interior.

—No es momento de sentimentalismos. Nuestra labor es la de proteger a la gente de lo Oscuro, no dejarnos distraer por muchachas guapas.

Yo estaba furioso, especialmente porque sabía que el propio Espectro se había dejado distraer en otro tiempo por una muchacha guapa; y esa sí que era una bruja.

—Alice me ayudó a salvar a mi familia de Madre Malkin, ¿recuerda?

—¿Y por qué estaba libre Madre Malkin? ¡Respóndeme a eso, muchacho!

Avergonzado, agaché la cabeza.

—Porque te dejaste enredar por esa niña —continuó—, y no quiero que vuelva a suceder. Especialmente en Priesttown, con el Inquisidor pisándonos los talones. Pondrías tu vida en peligro, y también la mía. Y baja la voz. No nos interesa llamar la

atención.

Miré alrededor, pero, a excepción de nosotros, el callejón estaba desierto. Frente a la entrada pasaban unas cuantas personas, pero estaban a cierta distancia y no miraban en nuestra dirección. Más allá veía los tejados del extremo de la plaza del mercado y, por encima de las chimeneas, el campanario de la catedral. Aun así, bajé la voz para volver a hablar.

—¿Y qué está haciendo aquí el Inquisidor? —pregunté—. ¿No me había dicho que trabajaba más al sur y que sólo venía al norte cuando lo llamaban?

—Es lo que suele hacer, pero a veces organiza una expedición por el norte del condado o incluso más allá. Resulta que las últimas semanas ha estado barriendo la costa, capturando a la escoria que tenía encadenada en el carro.

Me dio rabia que dijera que Alice era parte de esa escoria, porque sabía que no era cierto. No obstante, no era momento de continuar la discusión, así que mantuve la calma.

—Pero estaremos seguros en Chipenden —añadió el Espectro—. Nunca se ha aventurado por los páramos.

—Entonces, ¿nos vamos a casa?

—No, chico, aún no. Ya te dije que tengo una tarea pendiente en esta ciudad.

El corazón se me encogió y miré hacia la entrada del callejón, intranquilo. Aún pasaba gente por delante, cada uno ocupado en lo suyo, y oía a algunos comerciantes anunciando el precio de sus mercancías. Pero aunque había mucho ruido y una gran actividad, afortunadamente no se nos veía. Aun así, me sentía intranquilo. Se suponía que teníamos que mantenernos a distancia uno del otro. El cura que había frente a la catedral conocía al Espectro. El ama de llaves me conocía a mí. ¿Y si alguna otra persona pasaba por el callejón, nos reconocía y nos arrestaban? En la ciudad habría muchos curas de parroquias del condado, y conocerían al Espectro de vista. Lo único que teníamos a favor era que, en aquel momento, probablemente todos estarían en el cementerio.

—¿Quién era ese sacerdote con el que hablaba? Parecía que lo conocía. ¿No le dirá al Inquisidor que está aquí? —le pregunté. Me temía que no hubiera ningún lugar realmente seguro. Por lo que sabía, el cura de la cara roja que había visto frente a la catedral podía incluso llevar al Inquisidor hasta Chipenden—. Ah, y hay algo más. El ama de llaves de su hermano me reconoció en el funeral. Estaba muy enfadada. Puede que le diga a alguien que estamos aquí.

Tenía la impresión de que corríamos un grave riesgo quedándonos en Priesttown mientras el Inquisidor estaba en la zona.

—Cálmate, muchacho. El ama de llaves no se lo contará a nadie. Mi hermano y ella no estaban precisamente libres de pecado, Y en cuanto a aquel sacerdote —añadió el Espectro con una leve sonrisa—, es el padre Cairns. Es mi primo. Un primo

que se entromete y se exalta un poco en ocasiones, pero con buenas intenciones. Siempre intenta salvarme de mí mismo y llevarme por «el buen camino». Pero pierde el tiempo: ya he escogido mi camino, y sea bueno o malo, es el que sigo.

En aquel momento oí pasos, y el corazón me dio un vuelco. Alguien había entrado en el callejón y venía hacia nosotros.

—Y hablando de la familia —dijo el Espectro, absolutamente tranquilo—, ahí viene otro miembro. Este es mi hermano Andrew.

Un hombre alto, delgado y con la cara triste y huesuda se nos acercaba por el callejón. Parecía aún más viejo que el Espectro y me recordaba a un espantapájaros bien vestido, porque aunque llevaba botas de buena calidad y ropa limpia, sus prendas se movían con el viento. Daba la impresión de necesitar un buen desayuno más que yo.

Sin preocuparse de quitar el agua, se sentó en el muro al otro lado del Espectro.

—Pensé que te encontraría aquí. Una triste historia, hermano —dijo con voz grave.

—Sí —respondió el Espectro—. Sólo quedamos tú y yo. Cinco hermanos que se han ido para siempre.

—John, tengo que decírtelo: el Inquisi...

—Sí, lo sé —dijo el Espectro, con un tono impaciente en la voz.

—Pues tienes que irte. No es seguro para ninguno de los dos —prosiguió el hermano, señalándome con un gesto de la cabeza.

—No, Andrew; no vamos a ninguna parte hasta que haya hecho lo que hay que hacer. Querría que me hicieras otra llave especial —le pidió el Espectro—. Para la puerta.

Andrew se sobresaltó.

—No, John, no seas tonto —dijo, sacudiendo la cabeza—. Si hubiera sabido que querías eso, no habría venido hasta aquí. ¿Te has olvidado de la maldición?

—Calla —dijo el Espectro—. Delante del chico, no. Guárdate tus tontas supersticiones para ti.

—¿Maldición? —pregunté. De pronto, sentí curiosidad.

—¿Ves lo que has hecho? —le susurro, enfadado, mi maestro a su hermano—. No es nada —añadió, dirigiéndose a mí—. Yo no creo en esas tonterías, y tú tampoco deberías hacerlo.

—Bueno, yo hoy he enterrado a un hermano —intervino Andrew—. Regresa a casa, antes de que me vea enterrando a otro. Al Inquisidor le encantaría echar el guante al Espectro del condado. Vuélvete a Chipenden mientras puedas.

—No me voy a ir, Andrew, y es mi última palabra. Tengo un trabajo que hacer aquí, con Inquisidor o sin él —anunció el Espectro con voz firme—. ¿Me vas a ayudar o no?

—No se trata de eso, y tú lo sabes —insistió Andrew—. Siempre te he ayudado, ¿o no? ¿Cuándo te he dejado solo? Pero esto es una locura. Te arriesgas a morir en la hoguera por el simple hecho de estar aquí. No es el momento de volver a enfrentarte con esa cosa —dijo, señalando la entrada del callejón y levantando la vista hacia el campanario—. Y piensa en el chico: no puedes arrastrarlo a esto. Ahora no. Vuelve en primavera, cuando el Inquisidor se haya ido, y volveremos a hablar del tema. Serías un loco si intentaras cualquier cosa ahora. No puedes ocuparte a la vez de la Pesadilla y del Inquisidor. No eres un jovencito, ni estás muy en forma, por lo que se ve.

Mientras ellos hablaban, levanté la vista hacia el campanario. Sospechaba que sería visible prácticamente desde cualquier punto de la ciudad y que, a su vez, desde el campanario podría contemplarse toda la ciudad. Había cuatro pequeñas ventanas junto a la punta, justo por debajo de la cruz. Desde allí se podrían ver todos los tejados de Priestown, la mayor parte de las calles y mucha gente, incluidos nosotros.

El Espectro me había dicho que la Pesadilla podía utilizar a las personas, introducirse en su mente y mirar a través de sus ojos. Me estremecí al pensar que si uno de los curas estaba allí arriba en aquel momento, la Pesadilla podría utilizarlo para observarnos desde la oscuridad del interior del campanario.

Pero el Espectro no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—¡Venga, Andrew, piénsalo bien! ¿Cuántas veces me has dicho que lo Oscuro se está imponiendo cada vez más en la ciudad, que los curas cada vez son más corruptos, que la gente tiene miedo? Y pienso en el doble diezmo y en los robos de terreno por parte del Inquisidor, y en las quemaduras de mujeres y niñas inocentes. ¿Qué es lo que ha cambiado a los curas y los ha corrompido tanto? ¿Qué terrible fuerza es la que hace que los buenos hombres perpetren esas atrocidades o se hagan a un lado y permitan que sucedan?

«Mira, hoy mismo el muchacho ha visto a una amiga suya conducida a una muerte segura. Sí, la culpa es de la Pesadilla, y debemos detenerla enseguida. ¿Realmente crees que puedo dejar que esto siga así medio año más? ¿Cuántas personas Inocentes más tendrán que arder hasta entonces, o perecer durante el invierno por la pobreza, el hambre y el frío, si no hago algo? Por la ciudad corre una infinidad de rumores sobre avistamientos en las catacumbas. Si son ciertos, eso significa que la Pesadilla está ganando fuerza y poder, que está dejando de ser un espíritu para convertirse en una criatura de carne y hueso. Muy pronto podría recuperar su forma original, la manifestación del espíritu maligno que tiranizó a los Pequeños. Y entonces, ¿dónde estaremos todos? Le será muy fácil aterrorizar o engañar a alguien para que abra esa puerta. Es evidente. Tengo que actuar ahora para librar a Priestown de lo Oscuro, antes de que el poder de la Pesadilla siga aumentando. Te lo preguntaré otra vez: ¿me querrás hacer una llave?

Por un momento, el hermano del Espectro hundió la cara entre las manos, como las ancianas que rezaban sus oraciones en la iglesia. Al fin levantó la vista y asintió.

—Aún tengo el molde de la última vez. Tendré la llave lisia a primera hora de mañana. Debo de ser más tonto que tú.

—Bien hecho —respondió el Espectro—. Sabía que no me fallarías. La iré a buscar en cuanto amanezca.

—Esta vez espero que sepas lo que estás haciendo cuando bajas ahí dentro.

El Espectro se puso rojo de la ira.

—¡Tú haz tu trabajo, hermano, que yo haré el mío! —protestó.

Dicho aquello, Andrew se levantó, dio un suspiro de hastío y se fue sin mirar atrás siquiera.

—Bueno, chico —dijo el Espectro—, Ve tú delante. Vuelve a tu habitación y quédate hasta mañana. La tienda de Andrew está en la Puerta del Fraile. Veinte minutos después del amanecer, tendré la llave y estaré listo para encontrarme contigo. A esas horas no tendría que haber mucha gente por ahí. ¿Recuerdas dónde estabas cuando pasó el Inquisidor?

Asentí.

—Ve a la esquina más próxima. No llegues tarde. Y recuerda: debemos seguir ayunando. Ah, y una cosa más: no olvides mi bolsa. Creo que la vamos a necesitar.

De camino a la posada, la mente me daba vueltas. ¿Qué debía temer más: un hombre poderoso que podía darme caza y quemarme en la hoguera, o una temible criatura que había vencido a mi maestro cuando estaba en su mejor forma y que podía estar observándome en aquel preciso momento a través de los ojos de algún sacerdote apostado en lo alto del campanario?

Levanté la vista hacia la catedral y vi el color negro de la sotana de un sacerdote que se acercaba. Aparté la mirada, pero no antes de distinguir quién era: el padre Cairns. Afortunadamente, la calle estaba muy concurrida y él tenía la mirada fija hacia delante; ni siquiera miró en mi dirección. Me sentí aliviado, porque si me hubiera visto tan cerca de la posada, no le habría costado mucho descubrir dónde me alojaba. El Espectro me había dicho que era inofensivo, pero no podía evitar pensar que cuanto menos gente supiera quiénes éramos y dónde nos alojábamos, mejor. Pero mi alivio duró poco, porque cuando volví a mi habitación, me encontré una nota clavada en la puerta.

Thomas,

Si quieres salvarle la vida a tu maestro, ven a mi confesionario esta tarde a las siete. Después será demasiado tarde.

Padre Cairns

Sentí una desazón horrible. ¿Cómo había podido descubrir el padre Cairns dónde me alojaba? ¿Me habría seguido alguien? ¿El ama de llaves del padre Gregory? ¿O el posadero?

No me gustaba nada su aspecto. ¿Habría enviado él un mensaje a la catedral? ¿O la Pesadilla? ¿Conocería aquella criatura todos mis pasos? ¿Le habría dicho al padre Cairns dónde encontrarme? En cualquier caso, los curas sabían dónde me alojaba, y si se lo decían al Inquisidor, éste podría venir a por mí en cualquier momento.

Abrí a toda prisa la puerta de mi cuarto y, una vez dentro, la cerré con llave. Entonces cerré los postigos, esperando con todas mis fuerzas apartar así la mirada de Priestown sobre mí. Comprobé que la bolsa del Espectro estuviera donde la había dejado y me senté en la cama sin saber qué hacer. Sabía que él no querría que fuera a ver a su primo. Había dicho que era un cura entrometido. ¿Iba a entrometerse de nuevo? Por otra parte me había dicho que el padre Cairns tenía buenas intenciones. ¿Y si realmente supiera de algo que supusiera una amenaza para el Espectro? Si no iba, podía ser que mi maestro acabara en manos del Inquisidor. ¡Pero si iba a la catedral, estaba dirigiéndome a la guarida del Inquisidor y de la Pesadilla! El funeral ya había sido un gran riesgo. ¿Debía volver a tentar a la suerte?

Lo que tenía que hacer realmente era contarle al Espectro lo del mensaje. Pero no podía. Sobre todo porque no me había dicho dónde se alojaba.

«Confía en tus instintos», me había dicho siempre el Espectro, así que tomé una determinación y decidí ir a hablar con el padre Cairns.

Un pacto con el diablo

Salí con tiempo y caminé lentamente por las húmedas calles adoquinadas. Tenía las manos agarrotadas debido a los nervios, y mis pies parecían negarse a avanzar hacia la catedral. Era como si fueran más listos que yo, y tenía que hacer esfuerzos para ir poniendo un pie delante del otro. Pero la tarde era fresca y por suerte no había mucha gente en la calle. No me crucé con un solo sacerdote.

Llegué a la catedral hacia las siete menos diez y, al atravesar la verja y entrar en el gran patio enlosado, no pude evitar mirar a la gárgola que estaba sobre la puerta. La horrible cabeza parecía mayor que nunca, y los ojos seguían pareciéndome vivos; me siguió con la mirada mientras avanzaba hacia la puerta. Tenía la larga barbilla tan curvada hacia arriba que casi le tocaba la nariz, lo cual la convertía en la criatura más fea que había visto nunca. Además de las orejas de perro y la larga lengua que le colgaba de la boca, del cráneo le salían dos cortos cuernos curvados que me recordaron los de una cabra.

Aparté la mirada y entré en la catedral, aún estremecido de pensar en la espeluznante criatura. Tardé un momento en acostumbrarme a la oscuridad y observé con alivio que el lugar estaba casi vacío. Tenía miedo por dos razones. En primer lugar, no me gustaba estar en la catedral, donde podían aparecer curas en cualquier momento. Si el padre Cairns me estaba tendiendo una trampa, acababa de entrar en ella. En segundo lugar, estaba en el territorio de la Pesadilla. Muy pronto caería la noche y, al ponerse el sol, la Pesadilla, como todas las criaturas de lo Oscuro sería más peligrosa que nunca. A lo mejor podía leerme el pensamiento desde las catacumbas. Tenía que acabar con aquello lo antes posible.

¿Dónde estaría el confesionario? No había más que un par de ancianas al final de la catedral, pero en la parte de delante había un hombre mayor arrodillado junto a la puerta de una caja de madera situada junto a la pared de piedra.

Aquello me indicó lo que quería saber. Había una caja idéntica algo más allá. Eran los confesionarios. Cada uno tenía una vela encima, en un soporte de cristal azul. Pero sólo estaba encendida la que había junto al hombre arrodillado.

Caminé hasta el pasillo derecho y me arrodillé en el banco de detrás. Al cabo de unos momentos, la puerta del confesionario se abrió y salió una mujer con un velo negro. Cruzó el pasillo y se arrodilló en un banco más atrás, al tiempo que entraba el hombre mayor.

Al cabo de un rato, le oí susurrar. Nunca me había confesado en la vida, pero

tenía una idea bastante clara de lo que era. Uno de los hermanos de papá se había vuelto muy religioso antes de morir. Papá siempre lo llamaba «Joe el santurrón», pero en realidad se llamaba Matthew. Se confesaba dos veces a la semana y, tras oír sus pecados, el cura le mandaba una gran penitencia, lo cual significaba que después tenía que repetir una y otra vez un montón de oraciones. Supuse que el hombre mayor estaría contándole al cura sus pecados.

La puerta se quedó abierta durante lo que me pareció una eternidad, y empecé a impacientarme. De pronto, me vino a la mente otra duda: ¿y si no era el padre Cairns el que estaba ahí dentro, sino otro cura? Tendría que confesarme, o resultaría muy sospechoso. Intenté pensar en pecados que sonaran convincentes. ¿La avaricia era pecado? ¿O era la gula? Bueno, desde luego me gustaba comer, pero no había comido nada en todo el día y la barriga empezaba a hacerme ruido. De pronto, aquello me pareció una locura. Podían apresarme en cualquier momento.

Me entró el pánico y me levanté para irme. Hasta entonces no observé una tarjeta introducida en un soporte de la puerta. Tenía un nombre escrito: padre Cairns.

En aquel momento se abrió la puerta y el hombre mayor salió, de modo que ocupé su lugar en el confesionario y cerré la puerta tras de mí. El interior era muy pequeño y lúgubre, y cuando me arrodillé, la cara me quedó muy cerca de una rejilla de metal. Detrás de la rejilla había una cortina marrón y detrás, en algún lugar, la llama temblorosa de una vela. No podía ver ninguna cara a través de la reja; sólo la silueta de una cabeza entre las sombras.

—¿Quieres que oiga tu confesión? —La voz del sacerdote tenía un marcado acento del condado y respiraba ruidosamente.

Me encogí de hombros. Entonces me di cuenta de que no me podía ver a través de la reja.

—No, padre —respondí—, pero gracias por preguntármelo. Soy Tom, el aprendiz del señor Gregory. Usted quería verme.

Tras una breve pausa, el padre Cairns habló.

—Ah, Thomas, estoy contento de que hayas venido. Te pedí que lo hicieras porque tengo que hablar contigo. Tengo que decirte algo muy importante, así que quiero que no te vayas hasta que acabe. ¿Me prometes que no te irás hasta que te haya dicho lo que tengo que decirte?

—Escucharé —respondí, escéptico. Ya no me gustaba hacer promesas. La primavera anterior había hecho una promesa a Alice y me había costado muchos problemas.

—Buen chico —dijo—. Hemos empezado con buen pie una tarea muy importante. ¿Y sabes qué tarea es ésa?

Me preguntaba si hablaría de la Pesadilla, pero pensé que sería mejor no mencionar el nombre de aquella criatura tan cerca de las catacumbas.

—No, padre.

—Bueno, Thomas, hemos de trazar un plan. Tenemos que descubrir cómo podemos salvar tu alma inmortal. Pero tú sabes lo que has de hacer para iniciar el proceso, ¿verdad? Tienes que dejar a John Gregory. Tienes que dejar de practicar esas malas artes. ¿Harás eso por mí?

—Pensaba que quería verme para ayudar al señor Gregory —Protesté, algo enfadado—. Creí que estaba en peligro.

—Lo está, Thomas. Estamos aquí para ayudar a John Gregory pero hemos de empezar por ayudarte a ti. ¿Harás lo que te pido?

—No puedo —dije—. Mi padre pagó un buen dinero por mi aprendizaje, y mi madre quedaría aún más decepcionada. Dice que tengo un don y que tengo que usarlo para ayudar a la gente. Eso es lo que hacen los espectros. Vamos por ahí ayudando a la gente cuando se ven amenazadas por las criaturas de lo Oscuro.

Se produjo un largo silencio. Sólo oía la respiración del sacerdote. Entonces se me ocurrió otra cosa.

—Yo ayudé al padre Gregory, ¿sabe? —espeté—. Después murió, es cierto, pero le evité una muerte peor. Por lo menos murió en la cama, reconfortado. Intentó luchar contra un boggart —expliqué, alzando ligeramente la voz—. Por eso se metió en problemas. El señor Gregory podía haberlo hecho por él. Puede hacer cosas de las que un sacerdote es incapaz. Los sacerdotes no pueden combatir a los boggarts porque no saben cómo hacerlo. Se necesita algo más que unas cuantas oraciones.

Sabía que no debía haber dicho aquello sobre las oraciones y supuse que se enfadaría mucho. No lo hizo. Mantuvo la calma, y aquello hizo que la situación me pareciera mucho peor.

—Oh, sí, hace falta mucho más —respondió el padre Cairns tranquilamente, con una voz que era poco más que un suspiro—. Mucho, mucho más. ¿Sabes cuál es el secreto de John Gregory, Thomas? ¿Sabes cuál es la fuente de su poder?

—Sí —respondí, de pronto mucho más tranquilo—. Ha estudiado durante años, desde que empezó a trabajar. Tiene toda una biblioteca llena de libros, fue aprendiz como yo, escuchó atentamente lo que le dijo su maestro y lo apuntó todo en cuadernos, como hago yo ahora.

—¿No crees que hacemos lo mismo? Se tardan muchos años en prepararse para el sacerdocio. Y los sacerdotes son hombres inteligentes formados por hombres aún más inteligentes. ¿Cómo conseguiste hacer lo que no pudo el padre Gregory, a pesar de que él hubiera leído el libro sagrado de Dios? ¿Cómo te explicas el hecho de que tu maestro haga habitualmente lo que su hermano no pudo hacer?

—Porque los sacerdotes siguen una formación errónea —respondí— y porque tanto mi maestro como yo somos séptimo hijos de séptimos hijos.

El sacerdote hizo un ruido extraño tras la rejilla. Al principio, pensé que estaba

tosiendo; luego me di cuenta de que eran risas. Se estaba riendo de mí.

Pensé que aquello era de muy mala educación. Mi padre siempre dice que hay que respetar las opiniones de los demás, aunque a veces puedan parecer tontas.

—Eso no son más que supersticiones, Thomas —replicó por fin el padre Cairns—. Ser el séptimo hijo de un séptimo hijo no significa nada. No es más que un cuento de viejas. La verdadera razón del poder de John Gregory es tan terrible que hace estremecerse al escucharla. John Gregory ha hecho un pacto con el Diablo. Le ha vendido su alma.

No podía creer lo que me estaba diciendo. Cuando abrí la boca, no pude articular palabra, así que me limité a sacudir la cabeza.

—Es cierto, Thomas. Todo su poder procede del Diablo. Lo que tú y otras gentes del condado llamáis boggarts no es más que demonios de menor entidad que ceden porque su señor se lo ordena. Al Diablo le vale la pena porque, a cambio, un día se hará con el alma de John Gregory. Y un alma es algo precioso para Dios, algo lleno de luz y esplendor; el Diablo hará todo lo necesario para ensuciarla con el pecado y arrastrarla hasta las llamas eternas del Infierno.

—¿Y yo qué? —repliqué, enfadándome de nuevo—. Yo no he vendido mi alma, pero salvé al padre Gregory.

—Eso es fácil, Thomas. Eres un siervo del Espectro, como tú lo llamas, y él a su vez es un siervo del Diablo. De modo que el poder del mal te es concedido mientras le sirves. Pero desde luego, si completaras tu aprendizaje del mal y te prepararas para practicar tu vil oficio como maestro en vez de como aprendiz, te llegaría el turno a ti. Tú también tendrías que vender tu alma. John Gregory aún no te lo ha contado porque eres demasiado joven, pero sin duda lo hará un día. Y cuando llegue ese día, no te sorprenderá, porque recordarás mis palabras. John Gregory ha cometido muchos errores graves en su vida y se ha apartado mucho de Dios. ¿Sabes que ha sido sacerdote?

—Sí, lo sé —respondí, asintiendo.

—¿Y sabes que al poco tiempo de ordenarse colgó los hábitos? ¿Conoces su deshonor?

No respondí. Sabía que el padre Cairns me lo iba a contar igualmente.

—Algunos teólogos sostienen que la mujer no tiene alma. El debate aún prosigue, pero de una cosa podemos estar seguros un sacerdote no puede tomar esposa, porque le distraería de la devoción a Dios. La caída de John Gregory fue doblemente mala: no sólo se distrajo con una mujer, sino que la mujer ya estaba prometida en matrimonio a uno de sus hermanos. Eso desgarró la familia. Los dos hermanos quedaron enfrentados por una mujer llamada Emily Burns.

En aquel momento el padre Cairns ya no me gustaba lo más mínimo, y sabía que si le contara a mi madre lo de que las mujeres no tienen alma, lo desollaría vivo. Pero

sentía curiosidad por la historia del Espectro. Primero había oído hablar de Meg, y ahora me contaban que, antes incluso, se había relacionado con esta Emily Burns. Estaba asombrado y quería saber más.

—¿Se casaron el señor Gregory y Emily Burns? —pregunté, sin pensármelo.

—Nunca ante los ojos de Dios —respondió el sacerdote—. Ella era de Blackrod, lugar de origen de nuestra familia, y aún vive allí, sola. Hay quien dice que se pelearon; pero en cualquier caso, al final John Gregory se fue con otra mujer que encontró en el extremo norte del condado y que se trajo al sur. Se llamaba Margery Skelton y era una conocida bruja. Los lugareños la conocían como Meg, y con el tiempo acabó siendo temida y odiada por todo lo ancho y largo del páramo de Anglezarke y los pueblos y ciudades al sur del condado.

No dije nada. Sabía que él esperaba haberme sorprendido. Con todo lo que había dicho, lo había conseguido, pero el haber leído el diario del Espectro en Chipenden me había preparado para lo peor.

El padre Cairns aspiró profundamente de nuevo y tosió con fuerza.

—¿Sabes a cuál de sus seis hermanos traicionó John Gregory?

—Al padre Gregory —supuse.

—En una familia devota como la de los Gregory, es tradición que un hijo se ordene sacerdote. Cuando John colgó los hábitos, otro hermano ocupó su lugar e inició el noviciado. Sí, Thomas, fue el padre Gregory, el hermano que enterramos hoy. Perdió a su prometida y perdió a su hermano. ¿Qué otra cosa podía hacer que buscar a Dios?

Al llegar, la iglesia estaba casi vacía; pero según hablábamos, me di cuenta de que el ruido aumentaba en el exterior del confesionario. Había oído pasos y un murmullo de voces cada vez mayor. De pronto, un coro empezó a cantar. Ya serían más de las siete, y el sol se habría puesto. Decidí inventarme una excusa e irme, pero en cuanto abrí la boca, el padre Cairns se puso en pie.

—Ven conmigo, Thomas —dijo—. Quiero enseñarte algo.

Oí cómo abría la puerta y salía a la iglesia, así que lo seguí.

Me llevó hacia el altar. En la escalinata había un coro de monaguillos dirigidos por otro sacerdote. Todos llevaban una sotana negra y una sobrepelliz.

El padre Cairns se detuvo y me puso la mano vendada sobre el hombro derecho.

—Escúchalos, Thomas. ¿No te parece el sonido de los ángeles?

Nunca había oído cantar a un ángel, así que no podía darle una respuesta, pero sin duda sonaban mejor que mi padre, que solía cantar cuando íbamos acabando de ordeñar. Tenía tan mala voz que podía agriar la leche.

—Tú podías haber formado parte de ese coro, Thomas. Pero ahora es demasiado tarde. Estás empezando a cambiar la voz, y se te ha pasado la oportunidad de servir.

En eso tenía razón. La mayoría de los chicos eran más jóvenes que yo, y sus

voces eran más de niña que de niño. En cualquier caso, yo no cantaba mucho mejor que mi padre.

—No obstante, hay otras cosas que puedes hacer. Déjame que te lo muestre...

Me llevó por detrás del altar, por una puerta que daba a un pasillo. Salimos al jardín trasero de la catedral. Bueno, tenía más bien el tamaño de un campo que el de un jardín, y además que rosas y otras flores, crecían verduras en él.

Yo estaba empezando a anochecer, pero aún quedaba luz suficiente para ver un seto de espino al fondo, a través del cual se entreveían las tumbas del cementerio. Más cerca, había un cura arrodillado, quitando las malas hierbas con una palita. El jardín era muy grande para una palita tan pequeña.

—Procedes de una familia de granjeros, Thomas. Es un trabajo honesto, un buen trabajo. Si trabajaras aquí, estarías como en casa —propuso, señalando al cura arrodillado.

Sacudí la cabeza.

—No quiero ser cura —dije con resolución.

—¡Bueno, es que tú nunca podrías ser cura! —corrigió el padre Cairns, sorprendido e indignado—. Has estado demasiado cerca del Diablo y ahora tendrías que estar controlado de cerca durante el resto de tu vida, para evitar recaídas. No, ese hombre es un hermano.

—¿Un hermano? —pregunté, confuso, pensando que sería un la miliar suyo o algo así.

El cura sonrió.

—En una gran catedral como ésta, los sacerdotes tienen colaboradores que les ayudan. Los llamamos hermanos porque, aunque no pueden administrar los sacramentos, hacen otras tareas fundamentales y son parte de la familia de la Iglesia. El hermano Peter es nuestro jardinero y es muy bueno. ¿Qué te parece, Thomas? ¿Te gustaría ser jardinero?

En lo referente a hermanos, yo era un experto. Al ser el más pequeño de siete, siempre me habían encomendado las tareas que nadie quería hacer. En este caso, parecía que iba a ser lo mismo. De todas maneras, ya tenía un trabajo y no me creía lo que me había contado el padre Cairns sobre el Diablo y el Espectro. Me hizo pensar un poco, pero en el fondo sabía que no podía ser cierto. El señor Gregory era un buen hombre.

Estaba oscureciendo y cada vez hacía más frío, así que de momento decidí que era hora de irse.

—Gracias por hablarme de eso, padre —dije—, pero ¿podrías decirme ahora cuál es el peligro que corre el señor Gregory?

—Todo a su tiempo, Thomas —dijo, con una leve sonrisa,

Había algo en aquella sonrisa que me decía que me había engañado, que no tenía

intención alguna de ayudar al Espectro,

—Pensaré en lo que me ha dicho, pero ahora tengo que volver, o me perderé la cena —le dije. Me pareció una buena excusa. No podía saber que estaba ayunando porque tenía que estar listo para enfrentarme a la Pesadilla.

—Aquí te podemos dar de cenar, Thomas —dijo el padre Cairns—. De hecho, nos gustaría que pasaras la noche con nosotros.

Por las puertas laterales habían aparecido otros dos curas y se dirigían hacia nosotros. Eran tipos grandes, y no me gustó la expresión de su cara.

Hubo un momento en que probablemente habría podido escapar, pero parecía tonto correr cuando no estaba seguro del todo de lo que iba a ocurrir.

Luego fue demasiado tarde, porque los sacerdotes se me pusieron a ambos lados, agarrándome con fuerza por los brazos y los hombros. No me resistí porque no valía la pena. Tenían unas manos tan grandes y pesadas que me daba la impresión de que, si me quedaba en el mismo punto demasiado tiempo, empezaría a hundirme en la tierra. Me llevaron hacia la sacristía.

—Esto es por tu bien, Thomas —me dijo el padre Cairns mientras nos seguía hacia el interior—. El Inquisidor apresaré a John Gregory esta noche. Tendrá su juicio, por supuesto, pero el resultado es seguro: culpable de hacer tratos con el Diablo; lo quemarán en la hoguera. Por eso no puedo dejar que vuelvas con él. Tú aún tienes una oportunidad. No eres más que un niño, y tu alma aún se puede salvar sin arder en la hoguera. Pero si estás con él cuando lo arresten, sufrirás el mismo destino. Así que esto es por tu bien.

—¡Pero es su primo! —espeté—. ¡Son familia! ¿Cómo puede hacerle esto? ¡Déjeme ir a avisarle!

—¿Avisarle? —preguntó el padre Cairns—. ¿Te crees que no he intentado avisarle? Le he estado avisando desde que es adulto. Ahora tengo que pensar más en su alma que en su cuerpo. Las llamas lo limpiarán. A través del dolor, su alma se puede salvar. ¿No lo entiendes? Lo hago para ayudarle, Thomas hay cosas mucho más importantes que nuestra breve existencia en este mundo.

—¡Lo ha traicionado! A la carne de su carne. ¡Le ha dicho al Inquisidor que estamos aquí!

—No le he dicho que estáis los dos. Sólo John. Quédate con nosotros, Thomas. Tu alma se limpiará con la oración y tu vida dejará de estar en peligro. ¿Qué me dices?

No tenía sentido discutir con alguien tan seguro de tener razón de modo que no me molesté. A medida que íbamos penetrando en la oscuridad de la catedral, el único sonido que se oía era el eco de nuestras pisadas y el ruido del manajo de llaves es al chocar entre sí.

Huida y captura

Me encerraron en un pequeño cuarto húmedo sin ventana y no me trajeron la cena que habían mencionado. En lugar de cama, no había más que un montón de paja. Cuando se cerró la puerta, me quedé de pie a oscuras, escuchando el ruido de la llave al girar en la cerradura y el resonar de los pasos alejándose por el pasillo.

Estaba tan oscuro que no me veía ni las manos, pero aquello no me preocupaba demasiado. Después de casi seis meses como aprendiz del Espectro, era mucho más valiente que antes. Al ser un séptimo hijo de un séptimo hijo, siempre había visto cosas que los demás no veían, pero el Espectro me había enseñado que la mayoría no eran muy peligrosas. Aquello era una antigua catedral y había un gran cementerio al otro lado del jardín, lo cual significaba que habría cosas por ahí —criaturas errantes, como fantasmas—, pero no me daban miedo.

¡No, lo que me preocupaba era la Pesadilla, que estaría ahí debajo, en las catacumbas! La idea de que se me metiera en la mente me aterraba. Desde luego, no quería enfrentarme a ella, y si era tan poderosa como sospechaba el Espectro, sabría qué estaba pasando exactamente. De hecho, probablemente había corrompido al padre Cairns y lo había enfrentado a su propio primo. Puede que hubiera extendido su maldad por entre los sacerdotes y que hubiera estado escuchando sus conversaciones. Ahora podía saber quién era yo y dónde estaba, y no estaría muy contenta conmigo.

Por supuesto, no tenía intención de quedarme allí toda la noche. Aun tenía las tres llaves en el bolsillo y pensaba usar la llave especial hecha por Andrew. El padre Cairns no era el único que tenía golpes ocultos.

La llave no me llevaría más allá de la Puerta de Plata, porque hacía falta algo más específico y elaborado para abrir aquella cerradura, pero sabía que me permitiría salir al pasillo y atravesar cualquier puerta de la catedral. Sólo tenía que esperar a que todo el mundo durmiera y entonces podría escabullirme. Si salía demasiado pronto, probablemente me descubrirían. Por otra parte, si me retrasaba, sería demasiado tarde para advertir al Espectro y quizá recibiera una visita de la Pesadilla, de modo que era un cálculo que no podía permitirme errar.

Cuando la oscuridad cayó por completo y todos los ruidos del exterior desaparecieron, decidí probar suerte. La llave abrió la cerradura sin la mínima resistencia, pero justo antes de abrir la puerta, oí pasos. Me quedé helado y contuve la

respiración. Los pasos fueron alejándose gradualmente, y poco a poco todo volvió a estar en silencio.

Esperé mucho tiempo, escuchando atentamente. Por fin tomé aliento y abrí la puerta. Afortunadamente se abrió sin ruido y salí al pasillo, me detuve y volví a escuchar.

No sabía a ciencia cierta si quedaría alguien en la catedral o en los edificios anexos. ¿Habrían vuelto todos al gran presbiterio? No podía creer que no hubieran dejado a nadie de guardia, de modo que avancé de puntillas por el oscuro pasillo, temeroso de hacer el más mínimo ruido.

Cuando llegué a la puerta lateral de la sacristía, me quedé pasmado. No me hizo falta la llave. Ya estaba abierta.

El cielo estaba despejado, y la luna, en lo alto, inundando el camino con una luz plateada. Salí al exterior y me moví con cautela. En aquel mismo momento sentí una presencia a mis espaldas; junto a la puerta había alguien de pie, escondido a la sombra de uno de los grandes contrafuertes de piedra que flanqueaban la catedral. Por un momento me quedé helado. Entonces, con el corazón latiéndome tan fuerte que podía oírlo, me volví poco a poco. La figura salió de entre las sombras y, a la luz de la luna, lo reconocí enseguida. No era un cura, sino el hermano que estaba arrodillado antes en el jardín. El hermano Peter tenía la cara demacrada y era prácticamente calvo, a excepción de una fina franja de pelo blanco por detrás de las orejas.

De pronto habló:

—Advierte a tu maestro, Thomas —dijo—. ¡Ve enseguida! ¡Huid de esta ciudad mientras podáis!

No respondí. Me giré y salí corriendo por el camino a toda velocidad. No dejé de correr hasta llegar a las calles. Me puse a caminar para no llamar demasiado la atención, mientras me preguntaba por qué no había intentado detenerme el hermano Peter. ¿No era ése su cometido? ¿No lo habían dejado de guardia?

Pero no tuve mucho tiempo de pensar en aquello. Tenía que advertir al Espectro de la traición de su primo antes de que fuera demasiado tarde. No sabía en qué posada se alojaba, pero quizá su hermano lo supiera. Era un punto de partida, porque sabía dónde estaba la Puerta del Fraile: era una de las calles que había recorrido cuando buscaba posada, de modo que la tienda de Andrew no sería demasiado difícil de encontrar. Recorrí las adoquinadas calles a toda prisa; sabía que no disponía de mucho tiempo, que el Inquisidor y sus hombres ya estarían de camino.

La Puerta del Fraile era una calle amplia y con desniveles, flanqueada por tiendas, y no me costó encontrar la cerrajería. El rótulo decía Andrew Gregory, pero la tienda estaba a oscuras. Tuve que llamar tres veces hasta que se encendió una luz en la planta superior.

Andrew abrió la puerta y me acercó una vela a la cara. Llevaba un largo camisón,

y la cara reflejaba una mezcla de emociones. Parecía asombrado, enfadado y preocupado a la vez.

—Su hermano está en peligro —dije, intentando hablar lo más bajo posible—. Le advertiría yo mismo, pero no sé dónde se aloja.

Me hizo pasar sin decir una palabra y me llevó hasta su taller. Las paredes estaban cubiertas de llaves y cerraduras de todos tipos y medidas. Había una llave tan larga como mi antebrazo, y me preguntaba qué tamaño tendría la cerradura correspondiente. Enseguida me puse a explicar lo ocurrido.

—Le dije que era una locura quedarse! —exclamó, golpeando con el puño en la mesa de trabajo—. ¡Maldito sea ese traicionero e hipócrita primo nuestro! Siempre supe que no era de confianza. ¡La Pesadilla debe de haberse hecho con él y lo ha manipulado para sacarse de encima a John, la única persona en el condado que supone una amenaza real para ella!

Subió al piso de arriba, pero no tardó en vestirse. Muy pronto nos encontramos de nuevo en las calles vacías, siguiendo una ruta que nos volvía a llevar en dirección a la catedral.

—Se aloja en El Libro y la Vela —murmuró Andrew Gregory, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué demonios no te lo diría? Podías haberte ahorrado mucho tiempo yendo allí directamente. ¡Esperemos que no sea demasiado tarde!

Pero era demasiado tarde. Los oímos a varias calles de distancia: voces de hombres enfurecidos y alguien que aporreaba una puerta tan fuerte que el ruido podría despertar a los muertos.

Observamos desde una esquina, procurando que no nos vieran. No podíamos hacer nada. El Inquisidor estaba allí, en su enorme caballo, y llevaba unos veinte hombres armados. Llevaban garrotes y algunos de ellos habían desenfundado la espada, como si esperaran encontrar resistencia. Uno de los hombres volvió a golpear la puerta con la empuñadura de la espada.

—¡Abran, abran! ¡Rápido! —gritaba—. ¡O echaremos la puerta abajo!

Se oyó el ruido de cerrojos que se abrían y apareció el posadero en camisón, con una palmatoria en la mano. Parecía sobrecogido, como si se acabara de despertar de un profundo sueño. Sólo vio a los dos hombres armados que tenía delante, no al Inquisidor. Quizá fuera el motivo por el que cometió un grave error: empezó a protestar y a soltar bravatas.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Es que uno no puede dormir un poco después de un día de duro trabajo? ¡Venir a molestar a estas horas de la noche! Conozco mis derechos. Hay leyes en contra de esto.

—¡Imbécil! —gritó airado el Inquisidor, acercándose a la puerta—. ¡Yo soy la ley! Tienes a un brujo durmiendo en tu casa. ¡Un siervo del Diablo! Dar cobijo a un enemigo reconocido de la Iglesia comporta un duro castigo. ¡Apártate, o lo pagarás

con tu vida!

—¡Perdonad, señor, perdonad! —imploró el posadero, alzando las manos en señal de súplica, con una expresión de terror en la cara.

El Inquisidor no respondió; sólo hizo un gesto a sus hombres, que agarraron bruscamente al posadero. Sin contemplaciones, lo arrastraron hasta la calle y lo tiraron al suelo.

Entonces, deliberadamente, con la crueldad reflejada en la cara, el Inquisidor pateó al posadero con su gran caballo blanco. Un casco le cayó de lleno sobre la pierna, y oí claramente cómo se partía el hueso. El hombre se quedó gritando en el suelo mientras cuatro de los guardias entraron corriendo en la casa. Luego oímos el ruido de las botas contra la escalera de madera.

Cuando sacaron al Espectro al exterior, tenía un aspecto envejecido y frágil. Quizá también algo asustado, pero estaba demasiado lejos para estar seguro.

—¡Bueno, John Gregory, por fin te tengo! —gritó el Inquisidor, con voz alta y arrogante—. ¡Esos viejos huesos tuyos arderán bien!

El Espectro no respondió. Observé cómo le ataban las manos a la espalda y se lo llevaban por la calle.

—Todos estos años, para esto —murmuró Andrew—. Siempre ha procurado hacer el bien. No merece arder en la hoguera.

No podía creerme lo que estaba ocurriendo. Tenía un nudo tan grande en la garganta que, hasta que el Espectro no desapareció tras la esquina, ni siquiera pude hablar.

—¡Tenemos que hacer algo! —dije por fin.

Andrew sacudió la cabeza con desconsuelo.

—Bueno, chico, piénsatelo y luego dime qué crees que podemos hacer. Porque yo no tengo ni idea. Lo mejor que puedes hacer es volver a mi casa, salir con la primera luz del día y alejarte de aquí todo lo que puedas.

La historia del hermano Peter

La cocina estaba en la parte trasera de la casa y daba a un pequeño patio enlosado. Al amanecer, Andrew me ofreció algo de desayunar. No era gran cosa: un huevo y una tostada. Se lo agradecí, pero tuve que rechazarlo porque seguía ayunando. Comer supondría aceptar que el Espectro no volvería y que no nos íbamos a enfrentar a la Pesadilla juntos. En cualquier caso, no tenía nada de hambre.

Había hecho lo que me había sugerido Andrew. Desde que se habían llevado al Espectro, no había hecho otra cosa que pensar en cómo salvarlo. También pensé en Alice. Si no hacía algo, ambos iban a arder en la hoguera.

—La bolsa del señor Gregory todavía sigue en mi habitación en El Toro Negro —recordé de pronto, girándome hacia el cerrajero—. Y debe de haber dejado sus cosas y nuestras túnicas en su habitación de la posada. ¿Cómo las recuperaremos?

—Bueno, en eso puedo ayudarte —respondió Andrew—. Sería peligroso que fuéramos uno de nosotros, pero sé de alguien que puede recogerlo. Me ocuparé luego.

Mientras observaba cómo comía Andrew, una campana empezó a sonar en algún lugar en la distancia. Sonaba con una sola nota, y entre cada sonido se producía una larga pausa. Sonaba triste, como un tañido fúnebre.

—¿Viene de la catedral? —pregunté.

Andrew asintió y siguió masticando lentamente. Parecía como si tuviera tan poco apetito como yo. Me preguntaba si la campana llamaba a la gente a un servicio matinal, pero antes de que pudiera decir nada, Andrew se tragó su tostada y me lo aclaró:

—Significa otra muerte en la catedral o en alguna otra iglesia de la ciudad. O eso, o que ha muerto un sacerdote en algún otro lugar del condado y la noticia acaba de llegar. Es un sonido que se repite mucho últimamente. Me temo que cualquier sacerdote que menciona la presencia de lo Oscuro y la corrupción en la ciudad enseguida desaparece.

Me encogí de hombros.

—¿Todo el mundo sabe en Priestown que la Pesadilla es la causa de estos tiempos de oscuridad, o sólo los sacerdotes? —pregunté.

—Aquí casi todos saben lo de la Pesadilla. En la zona más próxima a la catedral, la mayoría ha tapiado las puertas de sus bodegas, y el miedo y las supersticiones están bastante extendidos. ¿Quién puede culpar a la gente cuando ni siquiera pueden confiar en sus sacerdotes para que los protejan? No es de extrañar que los fieles sean

cada vez menos —concluyó Andrew, sacudiendo la cabeza con tristeza.

—¿Acabó la llave?

—Sí —respondió—, pero el pobre John ya no la necesitará.

—Podríamos usarla —dije, hablando tan rápido que pude acabar lo que iba a decir antes de que me interrumpiera—. Las catacumbas van por debajo de la catedral y el presbiterio, así que puede que tengan salida a ambos. Podríamos esperar hasta la noche, cuando todo el mundo está dormido, y entrar en la casa.

—Eso no son más que tonterías —rebatí Andrew, sacudiendo la cabeza—. El presbiterio es enorme y tiene un montón de salas por encima y por debajo del nivel del suelo. Y ni siquiera sabemos dónde tienen a los prisioneros. No sólo eso, sino que hay hombres armados de guardia. ¿Quieres arder tú también? Yo, desde luego, no.

—Vale la pena intentarlo —insistí—. No esperarán que nadie entre en la casa desde abajo, con la Pesadilla por ahí. Tendremos a nuestro favor el factor sorpresa, y a lo mejor los guardias están dormidos.

—No —sentenció Andrew, sacudiendo la cabeza decididamente—. Es una locura. No vale la pena perder dos vidas más.

—Entonces deme la llave, y yo lo haré.

—Nunca encontrarías el camino sin mí. Ahí abajo hay un laberinto de túneles.

—Entonces ¿conoce el camino? ¿Ha estado ahí abajo?

—Sí, conozco el camino hasta la Puerta de Plata. Pero no iría más allá. Y hace veinte años que entré allí con John. Aquella cosa casi lo mata. Podría matarnos también a nosotros. Ya has oído a John: está cambiando de forma, dejando de ser un espíritu para transformarse en Dios sabe qué. Ahí abajo podríamos encontrarnos cualquier cosa. La gente habla de perros negros feroces con enormes colmillos y de serpientes venenosas. Recuerda que la Pesadilla puede leerte la mente y tomar la forma de tus peores temores. No, es demasiado peligroso. No sé qué final sería peor: si morir quemado en la hoguera del Inquisidor o aplastado por la Pesadilla. No son elecciones a las que deba enfrentarse un muchacho.

—No se preocupe por eso —contesté—. Usted ocúpese de las cerraduras, y yo haré mi trabajo.

—Si mi hermano no lo consiguió, ¿qué esperanza tienes tú? Él aún estaba en su mejor momento, y tú no eres más que un crío.

—No soy tan tonto como para intentar acabar con la Pesadilla —objeté—. Me conformo con salvar al Espectro.

Andrew sacudió la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Casi seis meses.

—Bueno, eso nos lo dice todo, ¿no? Tienes buenas intenciones, lo sé, pero no haríamos más que empeorar las cosas.

—El Espectro me dijo que la muerte en la hoguera es terrible. La peor de todas. Por eso no soporta ver la quema de una bruja. ¿Dejará que sufra ese destino? Por favor, tiene que ayudarlo. Es su última oportunidad.

Esta vez Andrew no dijo nada. Se quedó sentado un buen rato, sumido en sus pensamientos. Cuando se levantó de la silla, lo único que me dijo fue que me mantuviera oculto.

Aquello me pareció una buena señal. Por lo menos no me había enviado a hacer la maleta.

Me senté en la rebotica, sacudiendo los pies, mientras lentamente avanzaba la mañana. No había dormido nada y estaba cansado, pero dormir era lo último que me preocupaba tras los sucesos de la noche anterior.

Andrew estaba trabajando. La mayor parte del tiempo lo oía en el taller, pero a veces se oía la campanilla de la puerta, cuando un cliente entraba o salía de la tienda.

Era casi mediodía cuando Andrew volvió a la cocina. En su cara había cambiado algo. Parecía pensativo. ¡Y detrás de él entraba otra persona!

Me puse en pie, listo para salir corriendo, pero la puerta trasera estaba cerrada y los dos hombres se encontraban entre mí y la otra salida. Entonces reconocí al extraño y me relajé. ¡Era el hermano Peter y llevaba la bolsa del Espectro y nuestras túnicas!

—No pasa nada, chico —dijo Andrew, acercándose y apoyándose la mano en el hombro para tranquilizarme—. Relájate y siéntate otra vez. El hermano Peter es de confianza. Mira, te ha traído las cosas de John.

Me sonrió y me entregó la bolsa, el bastón y las túnicas. Lo tomé todo asintiendo con la cabeza en señal de agradecimiento y lo coloqué en un rincón antes de volver a sentarme. Ellos cogieron unas sillas de junto a la mesa y se sentaron frente a mí.

El hermano Peter había pasado la mayor parte de su vida trabajando al aire libre y tenía la piel de la cabeza curtida por el viento y el sol, con un tono moreno uniforme. Era tan alto como Andrew, pero no iba tan erguido. Tenía la espalda y los hombros curvados, quizá por haber pasado demasiados años trabajando la tierra con la pala o la azada. La nariz era su rasgo más característico, pues era aguileña como el pico de un cuervo; pero tenía los ojos muy separados y de un brillo amable. Mi instinto me decía que era un buen hombre.

—Bueno —dijo—. Tuviste suerte de que anoche fuera yo el que hiciera la ronda y no otro. ¡Si no, aún seguirías en aquella celda! El padre Cairns me llamó en cuanto amaneció, y tuve que responder a algunas preguntas incómodas. No estaba muy contento, y no estoy seguro de que haya acabado aún conmigo.

—Lo siento.

El hermano Peter sonrió.

—No te preocupes, muchacho. No soy más que un jardinero con fama de ser duro de oído. Enseguida se olvidará de mí. ¡Sobre todo ahora que el Inquisidor tiene a tanta gente lista para la hoguera!

—¿ Por qué me dejó escapar?

El hermano Peter levantó las cejas.

—No todos los sacerdotes están bajo el control de la Pesadilla. Sé que es tu primo —dijo, girándose hacia Andrew—, pero no te fíes del padre Cairns. Creo que la Pesadilla ha llegado hasta él.

—Yo también he estado pensando en eso —dijo Andrew—. John fue traicionado, y estoy seguro de que la Pesadilla tiene que estar detrás de eso. Sabe que John es una amenaza, de modo que se encargó de que ese primo tan débil que tenemos se libraré de él.

—Sí, creo que tienes razón. ¿Le has visto la mano? Dice que la lleva vendada porque se quemó con una vela, pero el padre Hendle tenía una herida en un lugar similar cuando la Pesadilla se hizo con él. Creo que Cairns le ha dado sangre a esa criatura.

Debí de poner cara de estar aterrorizado, porque el hermano Peter se acercó y me dio unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes, hijo. Aún quedan buenos hombres en la catedral, y puede que yo no sea más que un hermano, pero me considero uno de ellos y trabajo para el señor siempre que puedo. Haré todo lo que pueda para ayudaros a ti y a tu maestro. ¡Lo Oscuro aún no nos ha vencido! Así que pongámonos manos a la obra. Andrew me ha dicho que eres tan valiente que vas a entrar en las catacumbas. ¿Es así? —preguntó, frotándose la punta de la nariz con aire pensativo.

—Alguien tiene que hacerlo, así que estoy dispuesto a probar —contesté.

—¿Y si te encuentras cara a cara con... ?

No acabó la frase. Era casi como si no se atreviera a pronunciar «la Pesadilla».

—¿Te ha dicho alguien lo que le puedes encontrar? ¿Te han hablado de los cambios de forma, de sus poderes para leer la mente y de los... —dudó y miró por encima del hombro; luego prosiguió, en un susurro— aplastamientos?

—Sí, lo he oído —respondí en un tono que reflejaba una confianza mucho mayor de la que realmente sentía—. Pero tengo algún recurso. No le gusta la plata...

Abrí la bolsa del Espectro, busqué en su interior y les mostré la cadena de plata.

—Podría atarla con esto —dije, mirando fijamente al hermano Peter a los ojos e intentando no parpadear.

Los dos hombres se miraron, y Andrew sonrió.

—Habrás practicado mucho, ¿no?

—Horas y horas —le dije—. Hay un poste en el jardín del señor Gregory en Chipenden. Puedo tirar esta cadena desde una distancia de dos metros y medio y

acertar de lleno nueve veces de cada diez.

—Bueno, si de algún modo pudieras dejar atrás a la Pesadilla y llegar al presbiterio esta noche, tendrías algo de tu parte. Sin duda, estará más tranquilo de lo normal —explicó el hermano Peter—. La muerte de anoche se produjo en la catedral, de modo que el cuerpo ya está aquí. Esta noche casi todos los sacerdotes estarán allí, de vigilia.

Por las lecciones de latín sabía que «vigilia» significaba «estar despierto». Pero eso no me aclaraba qué estarían haciendo.

—Rezan oraciones y hacen guardia junto al cuerpo —explicó Andrew, sonriendo ante mi cara de asombro—. ¿Quién es el que ha muerto, Peter?

—El pobre padre Roberts. Se quitó la vida él mismo tirándose del tejado. Ya van cinco suicidios este año —añadió, mirando hacia Andrew y luego en mi dirección—. Se apodera de su mente, ¿sabes? Les hace hacer cosas que van contra Dios y contra su conciencia. Y eso es muy duro para un sacerdote que ha hecho votos para servir a Dios: cuando ya no pueden soportarlo, algunos se quitan la vida. Y eso es algo terrible. Quitarse la vida es un pecado mortal, y los sacerdotes saben que nunca podrán ir al cielo, que nunca podrán estar con Dios. ¡Piensa lo mal que deben de estar para llegar a eso! Ojalá nos pudiéramos librarnos de este terrible mal antes de que no quede nada que corromper en la ciudad.

Se produjo un breve silencio, como si todos estuviéramos pensando, pero entonces vi cómo se movía la boca del hermano Peter y pensé que estaría rezando por el pobre sacerdote muerto. Cuando hizo la señal de la cruz, me di cuenta de que así era. Entonces los dos hombres se miraron y ambos asintieron. Habían llegado a un acuerdo sin hablar.

—Yo te acompañaré hasta la Puerta de Plata —dijo Andrew—. Después, el hermano Peter puede serte de ayuda...

¿Iba a acompañarnos el hermano Peter? Debió de leer la expresión de mi rostro, porque alzó ambas manos, sonrió y sacudió la cabeza.

—Oh, no, Tom. Yo carezco del valor para acercarme a las catacumbas. No, lo que Andrew quiere decir es que puedo ayudarte de otro modo: dándote indicaciones. Mira, hay un mapa de los túneles. Está montado en un marco junto a la entrada del presbiterio, en el interior. Ya he perdido la cuenta de las horas que he pasado allí esperando a que los sacerdotes bajaran a darme las instrucciones del día. Con los años me he aprendido hasta el último centímetro del mapa. ¿Quieres escribir lo que te voy a decir, o te acordarás?

—Tengo buena memoria.

—Bueno, tú dime si quieres que repita algo. Tal como ha dicho Andrew, él te guiará hasta la Puerta de Plata. Una vez la atraveses, sigue adelante hasta que el túnel se bifurque. Sigue el pasaje de la izquierda hasta llegar a unos escalones. Llevan a

una puerta, tras la cual está la gran bodega del presbiterio. Estará cerrada con llave, pero eso no tendría que suponer ningún problema si tienes un amigo como Andrew. Sólo hay otra puerta que dé a la bodega, y está en el muro opuesto, en la esquina de la derecha.

—Pero ¿no podría seguirme la Pesadilla hasta la bodega y escapar? —pregunté.

—No. Sólo puede salir de las catacumbas por la Puerta de Plata, de modo que estarás bastante seguro una vez hayas atravesado la puerta que da a la bodega. Pero antes de dejar atrás la bodega, tendrías que hacer otra cosa. Hay una trampilla en el techo, a la izquierda de la puerta. Da al camino que pasa junto al muro norte de la catedral. Los repartidores la usan para entregar el vino y la cerveza. Abre el cerrojo antes de seguir. Será una vía de escape más rápida que volver hasta la puerta. ¿Está claro hasta ahora?

—¿Y no sería mucho más fácil usar la trampilla para bajar? —pregunté—. ¡Así me evitaría la Puerta de Plata y la Pesadilla!

—Ojalá fuera tan fácil —respondió el hermano Peter—. Pero es demasiado arriesgado. La puerta se ve desde el camino y desde el presbiterio. Alguien podría verte entrar.

Asentí, pensativo.

—Aunque no puedes usarla para entrar, hay otra buena razón por la que deberías intentar salir por allí —intervino Andrew—. No quiero que John se arriesgue a enfrentarse a la Pesadilla de nuevo. ¿Sabes? En el fondo creo que tiene miedo, tanto miedo que no podría vencerla.

—¿Miedo? —repliqué, indignado—. El señor Gregory no tiene miedo a ninguna criatura de lo Oscuro.

—No lo admitirá —prosiguió Andrew—, en eso tienes razón. Probablemente ni siquiera se lo reconozca a sí mismo. Pero le echaron una maldición hace tiempo y...

—El señor Gregory no cree en maldiciones —le interrumpí de nuevo—. Ya se lo dijo.

—Si me dejas decir una palabra aunque sea, te lo explicaré —insistió Andrew—. Se trata de una potente y peligrosa maldición. De las peores. Tres aquelarres enteros de brujas de Pendle se reunieron para conjurarla. John había estado interfiriendo mucho en sus cosas, de modo que dejaron de lado sus disputas y agravios y le maldijeron. Lo hicieron con un sacrificio de sangre, matando inocentes. Ocurrió en la Noche de Walpurgis, la víspera del primero de mayo, hace veinte años, y después se la enviaron en un trozo de pergamino bañado en sangre. Me dijo que habían escrito: «¡Morirás en un lugar oscuro, en las profundidades de la tierra, sin ningún amigo a tu lado!».

—Las catacumbas... —dije con una voz que era poco más que un susurro. Si se enfrentaba a la Pesadilla él solo en las catacumbas, se cumplirían las condiciones de

la maldición.

—Sí, las catacumbas —repitió Andrew—. Sácalo por la trampilla, como te he dicho. Pero perdón por interrumpirle, hermano Peter.

Peter sonrió levemente y continuó.

—Cuando hayas abierto la trampilla, pasa por la puerta y llegarás a un pasillo. Ésta es la parte complicada. Al final hay una celda en la que encierran a los prisioneros. Ahí es donde deberías encontrar a tu maestro. Pero para llegar, tendrás que pasar por delante del puesto de guardia. Es peligroso, pero ahí ahajo hace frío y mucha humedad. Tendrán una gran fogata encendida en la chimenea y, si Dios quiere, habrán cerrado la puerta para protegerse del frío. ¡Así que ahí lo tienes! Libera al señor Gregory, sácalo por la trampilla y llévatelo lejos de la ciudad. Tendrá que volver y enfrentarse a esa criatura inmunda en otra ocasión, cuando se haya ido el Inquisidor.

—¡Ni hablar! —exclamó Andrew—. Después de todo esto, no quiero que vuelva por aquí.

—Pero si él no se enfrenta a la Pesadilla, ¿quién lo hará? —preguntó el hermano Peter—. Yo tampoco creo en maldiciones. Con la ayuda de Dios, John puede derrotar a ese espíritu maligno. Sabes que cada vez es peor. No hay duda de que yo seré el próximo.

—Tú no, Peter —aseguró Andrew—. Conozco pocos hombres con tanta fuerza mental como tú.

—Hago lo que puedo —respondió, encogiéndose de hombros—. Cuando la oigo susurrando en el interior de mi mente, rezo con más fuerza. Dios nos da la fuerza necesaria, siempre que tengamos el sentido común de pedírsela. Pero hay que hacer algo. Yo no sé cómo va a acabar todo esto.

—Acabará cuando la gente se canse. Todo el mundo tiene un límite. Me sorprende que hayan soportado la perversidad del Inquisidor tanto tiempo. Algunos de los quemados tienen parientes y amigos en la ciudad.

—Quizá sí y quizá no —dijo el hermano Peter—. Hay muchos a quienes les encanta ver cómo queman a la gente. Sólo nos queda rezar.

El hermano Peter volvió a sus tareas en la catedral a la espera de la puesta de sol. Andrew me dijo que el mejor modo de entrar en las catacumbas era a través de la bodega de una casa abandonada próxima a la catedral; allí era más fácil pasar desapercibido al anochecer.

Con el paso de las horas me puse cada vez más nervioso. Al hablar con Andrew y el hermano Peter, había intentado dar una impresión de confianza, pero la Pesadilla me tenía realmente asustado. Empecé a revolver la bolsa del Espectro, buscando cualquier cosa que pudiera serme de ayuda.

Por supuesto, cogí la larga cadena de plata que utilizaba para apresar brujas y me la até alrededor de la cintura, escondiéndola bajo la camisa. Pero sabía que una cosa era acertar a tirarla sobre un poste de madera, y otra muy diferente hacerlo con la Pesadilla. También había sal y hierro. Me pasé la cajita de yesca al bolsillo de la chaqueta y llené los bolsillos de los pantalones —el derecho con sal y el izquierdo con hierro—. La combinación funcionaba contra la mayoría de criaturas que acechaban en la oscuridad. Así es como le había ganado la partida a Madre Malkin, la vieja bruja.

No me parecía que pudiera bastar para acabar con algo tan poderoso como la Pesadilla; si fuera así, el Espectro lo habría conseguido en la ocasión anterior, de una vez por todas. No obstante, estaba tan desesperado como para probar cualquier cosa, y el simple hecho de tener aquello y la cadena de plata me hizo sentir mejor. Al fin y al cabo, mi plan no era el de acabar con la Pesadilla, sino poder eludirla el tiempo suficiente para rescatar a mi maestro.

Por fin, con el bastón del Espectro en la mano izquierda y la bolsa con nuestras túnicas en la derecha, seguí a Andrew por las calles en penumbra en dirección a la catedral. El cielo estaba cargado de nubes, y olía como si no fuera a tardar mucho en llover. Estaba aprendiendo a odiar Priesttown, con sus estrechas calles adoquinadas y sus patios traseros cerrados. Echaba de menos el páramo y los espacios abiertos. ¡Ojalá estuviera en Chipenden, siguiendo la rutina de mis clases con el Espectro! Era duro aceptar que aquella vida pudiera haberse acabado.

Al acercarnos a la catedral, Andrew me llevó por uno de los estrechos pasajes que pasaban por entre los patios traseros de las casas adosadas. Se paró en una puerta, levantó lentamente el pestillo y me hizo un gesto para que entrara en el pequeño patio. Tras cerrar la valla con cuidado, llegó hasta la puerta trasera de la casa, que estaba completamente a oscuras.

Un momento después introdujo una llave en la cerradura y ya estábamos dentro. Una vez en el interior, cerró la puerta, encendió dos velas y me pasó una.

—Esta casa está abandonada desde hace más de veinte años dijo— y así se quedará porque, como habrás observado, la gente como mi hermano no es bienvenida en la ciudad. Tiene algo desagradable, así que la mayoría no se acerca; incluso los perros la evitan.

Tenía razón en que había algo desagradable en la casa. El Espectro había grabado un signo en el interior de la puerta trasera.

Era la letra griega gamma, que se usaba para un espíritu o un fantasma. El número de la derecha era el uno, lo cual significaba que era un fantasma de primera categoría, lo suficientemente peligroso como para llevar a la gente al borde de la locura.

—Se llamaba Matty Barnes —explicó Andrew— y mató a siete personas en la ciudad, quizás a más. Tenía las manos grandes y las usaba para asfixiar a sus

víctimas, sobre todo a mujeres jóvenes. Dicen que las traía aquí y les arrancaba la vida en esta misma sala. Una de las mujeres consiguió revolverse y clavarle una aguja de pelo en un ojo. Matty murió lentamente por envenenamiento. John iba a intentar convencer al fantasma de que se fuera de aquí, pero se lo pensó mejor y no lo hizo. Tenía la intención de volver algún día y enfrentarse a la Pesadilla, y quería asegurarse de que podría disponer de esta entrada a las catacumbas. Nadie quiere comprar una casa embrujada.

De pronto, sentí que el aire se volvía más frío, y la llama de nuestras velas empezó a agitarse. Había algo cerca y se aproximaba cada vez más. Antes de poder tomar aliento, llegó. No lo vi, pero noté algo acechando entre las sombras en la esquina opuesta de la cocina; algo que me miraba fijamente.

El hecho de que no pudiera verlo empeoraba aún más las cosas. Los fantasmas más poderosos pueden decidir si quieren dejarse ver o no. El fantasma de Matty Barnes me demostraba su fuerza manteniéndose oculto, pero haciéndome saber que me estaba observando. Es más, podía sentir su maldad. Nos deseaba lo peor, y cuanto antes saliéramos de allí, mejor.

—¿Son imaginaciones mías, o de pronto hace mucho más frío? —preguntó Andrew.

—Sí que hace frío —respondí, sin mencionar la presencia del fantasma. No había necesidad de ponerlo más nervioso de lo que ya estaba.

—Pues pongámonos en marcha —decidió Andrew, dirigiéndose a la escalera de la bodega.

La casa era una de las típicas viviendas pareadas del condado: una sencilla planta superior con dos habitaciones y dos más en la planta baja, con un desván bajo el tejado. Y la puerta de la cocina que llevaba a la bodega estaba exactamente en la misma posición que la de Horshaw, donde me había llevado el Espectro en mi noche de iniciación como aprendiz. Aquella casa también estaba embrujada, y para ver si yo estaba a la altura de las circunstancias, el Espectro me ordenó que bajara a la bodega a medianoche. Aquella noche no la olvidaría nunca; sólo pensar en ella aún me daba escalofríos.

Andrew y yo bajamos las escaleras hasta la bodega. Sobre las losas del suelo no había nada más que un montón de viejas alfombras. Parecía bastante seco, pero olía a humedad. Andrew me pasó su vela y apartó las alfombras, dejando a la vista una trampilla de madera.

—Hay más de una entrada a las catacumbas —dijo—, pero ésta es la más sencilla y la menos arriesgada. No es fácil encontrarse a nadie husmeando por aquí.

Levantó la trampilla, y vi unos escalones que se perdían en la oscuridad. Olía a tierra húmeda y a podredumbre. Andrew me cogió la vela y entró primero. Me hizo esperar un momento y luego me llamó.

—Baja, pero deja la trampilla abierta. Puede que tengamos que salir de aquí corriendo.

Dejé la bolsa del Espectro con las túnicas en la bodega y lo seguí, con el bastón de mi maestro aún en la mano. Para mi asombro, al bajar me encontré caminando sobre adoquines en vez de sobre el barro que esperaba. Las catacumbas estaban tan perfectamente pavimentadas como las calles del exterior. ¿Lo habrían hecho las personas que vivían aquí antes de la construcción de la ciudad, los adoradores de la Pesadilla? De ser así, las calles adoquinadas de Priesttown serían una copia de las de las catacumbas.

Andrew se puso en marcha sin mediar palabra, y tuve la sensación de que quería acabar lo antes posible con aquello. Sabía que así era.

Al principio, el túnel era tan ancho que permitía el paso de dos personas, una junto a la otra, pero el techo de piedra era bajo y Andrew se veía obligado a caminar con la cabeza gacha. Estaba claro por qué el Espectro los llamaba «los Pequeños». Desde luego, los que habían construido aquello eran mucho más pequeños que la gente de nuestro tiempo.

No pasó mucho tiempo antes de que el túnel empezara a estrecharse; en algunos lugares el trazado se volvía irregular, como si el peso de la catedral y los edificios de arriba estuvieran chafándolo. En ocasiones, las piedras del techo y las paredes estaban caídas, permitiendo el paso del barro y el limo por entre los adoquines de las paredes. Se oía un goteo de agua en la distancia y el eco de nuestras botas sobre los adoquines.

Enseguida el túnel se estrechó aún más. Tuve que caminar detrás de Andrew, y el camino se bifurcó en túneles aún más pequeños. Tomamos el de la izquierda y llegamos a un hueco en la pared de la izquierda. Andrew se detuvo y levantó la vela, iluminando parte del interior. Me quedé paralizado al ver aquello: había varios estantes cubiertos de huesos: cráneos con los ojos vacíos, huesos de piernas y brazos, de dedos y de otras partes que no reconocí, todos de tamaños diferentes y todos mezclados. ¡Y todos eran humanos!

—Las catacumbas están llenas de criptas como ésta —anunció Andrew—. No te conviene nada perderte por aquí a oscuras.

Los huesos eran pequeños, como si fueran de niños. Estaba claro que eran los restos de los Pequeños.

Seguimos adelante, y enseguida pude oír el agua que corría más allá. Giramos un recodo, y ahí estaba: más que un arroyo era un riachuelo.

—Pasa por debajo de la calle mayor, frente a la catedral dijo Andrew—, señalando hacia el agua oscura. Pasaremos por ahí...

Había unas piedras en el agua, nueve en total. Eran lisos y apenas sobresalían del agua.

Una vez más, Andrew tomó la iniciativa, pasando de una piedra a otra sin esfuerzo. Al llegar a la otra orilla, se detuvo y se giró para ver cómo cruzaba yo.

—Hoy es muy fácil —explicó—, pero cuando llueve intensamente, el nivel del agua puede estar mucho más alto que las piedras. Y se corre el peligro de verse arrastrado por la fuerza de la corriente.

Reemprendimos la marcha, y el sonido del agua empezó a menguar al alejarnos.

De pronto, Andrew se detuvo, y por encima de su hombro vi que habíamos llegado a una puerta. ¡Y qué puerta! Nunca había visto nada parecido. Del suelo al techo, de pared a pared, una reja de metal bloqueaba completamente el túnel y brillaba a la luz de la vela de Andrew. Daba la impresión de ser de una aleación hecha con mucha plata y de que era obra de un herrero muy hábil. Cada barrote no se componía de un único cilindro de metal sólido, sino de muchas otras barras enrolladas, formando una espiral. El diseño era muy complejo: se adivinaban motivos y formas, pero cuanto más miraba la reja, más parecían cambiar.

Andrew se giró y me puso la mano sobre el hombro.

—Aquí la tienes: la Puerta de Plata. Ahora escucha, esto es importante. ¿Hay algo cerca? ¿Alguna criatura de lo Oscuro?

—Creo que no —respondí.

—Con eso no me basta —replicó Andrew severamente—. ¡Tienes que estar seguro! Si dejamos que esta criatura escape, aterrorizará a todo el condado, no sólo a los sacerdotes.

Bueno, no sentía frío, señal habitual que me advertía de la presencia de lo Oscuro. Así que aquello era señal de que todo iba bien. Pero el Espectro siempre me había dicho que confiara en mi instinto, así que, para eliminar dudas, respiré hondo y me concentré.

Nada. No percibía nada en absoluto,

—Todo despojado —dije.

—¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro?

—Estoy seguro.

De pronto, Andrew se puso de rodillas y buscó en el bolsillo del pantalón. Había una pequeña puerta curvada en la reja, pero la minúscula cerradura estaba muy cerca del suelo, por lo que Andrew tuvo que agacharse mucho. Con todo cuidado, introdujo una llave diminuta en la cerradura. Recordé la llave enorme que había en la pared de su taller. Parecía lógico que cuanto más grande fuera la llave, más importante sería; pero era al revés. ¿Qué llave podría ser más importante que la que Andrew tenía ahora en la mano? Era la que mantenía a todo el condado a salvo de la Pesadilla.

Parecía que le costaba: la colocaba y la cambiaba de posición. Al final giró, y Andrew abrió la puerta. Se levantó.

—¿Aún quieres hacerlo? —preguntó.

Asentí y me arrodillé. Pasé el bastón a través de la puerta abierta y luego pasé yo, a cuatro patas. Inmediatamente, Andrew cerró la puerta tras de mí y me pasó la llave a través de la reja. Me la metí en el bolsillo izquierdo del pantalón, mezclándola con las limaduras de hierro.

—Buena suerte —dijo Andrew—. Volveré a la bodega y esperaré una hora por si vuelves por esta salida por algún motivo. Si no apareces, volveré a casa. Ojalá pudiera ayudarte más. Eres un muchacho valiente, Tom. De verdad querría tener el valor de acompañarte.

Le di las gracias, me volví y, con el bastón en la mano izquierda y la vela en la derecha, me introduje en la oscuridad a solas. Tras unos momentos, la sensación de terror ante aquella empresa se adueñó de mí. ¿Estaba loco? Estaba en la guarida de la Pesadilla, y ésta podía aparecer en cualquier momento. ¿En qué estaría pensando? ¡Puede que ya supiera que estaba allí!

Pero respiré hondo y me tranquilicé pensando que, si no se había dirigido a toda prisa hacia la Puerta de Plata al abrirla Andrew, no podía saberlo todo. Y si las catacumbas eran tan grandes como decía la gente, podía ser que en aquel momento la Pesadilla estuviera a kilómetros de allí. En cualquier caso, ¿qué podía hacer aparte de seguir adelante? La vida del Espectro y la de Alice dependían de mí.

Caminé un minuto antes de llegar a una bifurcación. Recordé lo que me había dicho el hermano Peter y escogí el camino de la izquierda. El aire que me rodeaba se volvió frío, y noté que no estaba solo. En la distancia, por delante de la luz de la vela, había unas pequeñas formas con un brillo tenue; aleteaban como murciélagos, entrando y saliendo de las criptas que había junto a los túneles. Al acercarme, desaparecieron. No se acercaron mucho, pero estaba seguro de que eran los fantasmas de alguno de los Pequeños. Los fantasmas no me preocupaban mucho; lo que no me podía apartar del pensamiento era la Pesadilla.

Llegué a la esquina y, al girar a la izquierda, sentí algo bajo los pies que casi me hace tropezar. Acababa de pisar algo blando y pegajoso.

Di un paso atrás y levanté la vela para ver mejor. Aquella visión hizo que me empezaran a temblar las rodillas, y la vela empezó a temblarme en la mano. Era un gato muerto. Pero lo que me preocupaba no era que el gato estuviera muerto, sino cómo había muerto.

Sin duda, se habría metido en las catacumbas en buscando ratas o ratones, pero se había encontrado con un terrible final. Estaba estirado boca abajo, con los ojos hinchados. El pobre animal había quedado tan aplastado que no sobrepasaba los tres centímetros de grosor por ninguna parte. Había quedado chafado entre los adoquines, pero tenía la lengua fuera y aún brillaba, así que no podía llevar mucho tiempo muerto. Me estremecí de miedo. Había quedado «prensado». Si la Pesadilla me encontrase, sin duda yo también acabaría así.

Seguí adelante a toda prisa, aliviado al dejar atrás aquella horrible visión, y por fin llegué a los pies de una escalera que llevaba hasta una puerta de madera. Si el hermano Peter estaba en lo cierto, detrás de aquella puerta se encontraba la bodega de la casa de los curas.

Subí las escaleras y usé la llave del Espectro. Enseguida conseguí abrirla. Una vez en la bodega, la cerré, pero no con llave.

La bodega era muy grande; había enormes barriles de cerveza y filas y filas de polvorientos botelleros llenos de botellas, algunas de las cuales evidentemente llevaban allí mucho tiempo puesto que estaban cubiertas de telarañas. Allí abajo el silencio era sepulcral y, a menos que hubiera alguien escondido observándome, estaba absolutamente solo. Por supuesto, la vela sólo iluminaba un mínimo espacio a mi alrededor, y más allá de los barriles más próximos había una oscuridad que podía esconder cualquier cosa.

Antes de irse de casa de Andrew, el hermano Peter me había dicho que los curas sólo bajaban a la bodega una vez a la semana para recoger el vino que necesitaban, y que a la mayoría ni se le ocurriría meterse en las catacumbas a causa de la Pesadilla. Pero no podía decir lo mismo de los hombres del Inquisidor: no eran de allí y no sabían lo suficiente como para tener miedo. No sólo eso; se servirían libremente la cerveza que quisieran y probablemente no les bastaría con un barril.

Atravesé la bodega con cuidado, parándome a escuchar cada diez pasos más o menos. Por fin vi la puerta que llevaba al pasillo y allí, en el techo, hacia la izquierda, junto a la pared, la gran trampilla de madera. En casa teníamos una parecida. En otro tiempo nuestra granja era conocida como «La Granja del Cerveceros», porque suministraba cerveza a las tabernas y granjas de los alrededores. Tal como había explicado el hermano Peter, aquella trampilla servía para meter y sacar los barriles y las cajas de la bodega sin tener que entrar al presbiterio. Y tenía razón en que sería la vía de escape más fácil. Si la usaba, desde luego corría el riesgo de que me vieran, pero volver por la Puerta de Plata suponía la posibilidad de encontrarse con la Pesadilla y, tras su encierro, el Espectro no tendría las fuerzas suficientes para enfrentarse a ella. No sólo eso, también me preocupaba la maldición del Espectro. Tanto si creía en ella como si no, no valía la pena tentar al destino.

Bajo la trampilla había unos grandes barriles de cerveza apilados. Dejé la vela sobre uno de ellos y apoyé el bastón. Trepe en otro y pude llegar hasta la cerradura de la trampilla, que estaba empotrada de modo que se podía abrir desde ambos lados. Fue fácil, y la llave del Espectro funcionó también esta vez, pero dejé la trampilla cerrada de momento, por si alguien la veía desde arriba.

Abrí la cerradura de la puerta del pasillo con la misma facilidad, girando la llave muy despacio para evitar hacer cualquier ruido. Me di cuenta de que el Espectro tenía mucha suerte de tener un hermano cerrajero.

Después abrí la puerta y pasé a un pasillo empedrado, largo estrecho. Estaba desierto, pero unos veinte pasos más allá, a la derecha, vi una antorcha colgada de la pared por encima de una puerta. Debía de ser el puesto de guardia del que me habla hablado el hermano Peter. A continuación había una segunda puerta y, más allá, una escalera de piedra que debía de llevar a las salas de la planta superior.

Recorrí el pasillo lentamente hasta la primera puerta, casi de puntillas y ocultándome en la sombra. Cuando llegué junto al puesto de guardia, oí sonidos en su interior: una tos, unas risas y un murmullo de voces.

De pronto, el corazón se me puso a latir a toda velocidad. Oí una voz profunda muy cerca de la puerta y, antes de que pudiera esconderme, ésta se abrió bruscamente. Casi me dio en la cara, pero conseguí ocultarme detrás y apreté el cuerpo contra las ásperas piedras de la pared. Unas grandes botas avanzaron por el pasillo.

—Tengo que volver al trabajo —dijo una voz que reconocí. ¡Era el Inquisidor y estaba hablando a alguien que estaba tras el umbral!

—Enviad a alguien en busca del hermano Peter —añadió—, y que me lo traigan cuando haya acabado con el otro. Puede que el padre Cairns haya perdido a su prisionero, pero sabe quién es el responsable, eso sí. Y por lo menos ha tenido el sentido común de informarme. Atadle las manos bien fuerte tras la espalda a nuestro buen hermano, y no seáis demasiado amables. ¡Que la cuerda le corte la piel, para que sepa exactamente lo que le espera! Tendremos algo más que una charla, de eso podéis estar seguros. ¡Los hierros candentes enseguida le soltarán la lengua!

Como respuesta se oyó un estallido de risas estentóreas y crueles procedentes de los guardias. A continuación vi la larga túnica negra del Inquisidor volando tras él en dirección a la escalera del final del pasillo.

¡Si se volviera, me vería! Por un momento, pensé que iba a pararse frente a la celda de los prisioneros, pero para mi alivio subió las escaleras y desapareció.

Pobre hermano Peter. Iban a interrogarle, pero no tenía forma de advertirle. Y yo era el prisionero al que se refería el Inquisidor. ¡Iban a torturarlo porque me había dejado escapar! Y no sólo eso: el padre Cairns le había hablado de mí al Inquisidor. Ahora que ya tenía al Espectro, probablemente me buscaría. Tenía que rescatar a mi maestro antes de que fuera demasiado tarde para ambos.

Entonces estuve a punto de cometer un grave error: avancé por el pasillo en dirección a la celda, pero justo a tiempo me di cuenta de que cumplirían la orden del Inquisidor inmediatamente. Como era de esperar, la puerta del puesto de guardia se volvió a abrir y salieron dos hombres con porras que se dirigieron hacia las escaleras.

Cuando la puerta volvió a cerrarse desde dentro, yo estaba perfectamente a la vista, pero la fortuna volvía a estar de mi lado, porque los guardias no se dieron la vuelta. Después de que desaparecieran por las escaleras, esperé un momento y,

cuando el eco de sus pisadas se desvaneció y el corazón dejó de latirme tan fuerte, distinguí otras voces procedentes de la celda. Alguien lloraba; otra voz rezaba. Me dirigí hacia allí y me encontré con una pesada puerta de metal con unos barrotes verticales en la parte superior.

Levanté la vela para mirar por entre los barrotes. A la tenue luz de la vela, la celda tenía muy mal aspecto, pero el olor era aún peor. Había unas veinte personas hacinadas en aquel reducido espacio. Algunas estaban estiradas en el suelo y parecía que dormían. Otras estaban sentadas con la espalda contra la pared. Una mujer estaba de pie junto a la puerta; lo que había oído era su voz. Supuse que estaba rezando, pero decía cosas incoherentes y los ojos le daban vueltas, como si aquella experiencia la hubiera vuelto loca.

No vi al Espectro ni a Alice, pero aquello no significaba que no estuvieran allí. Sin duda aquélla era la celda de los prisioneros. Los prisioneros del Inquisidor, listos para lo hoguera.

Sin perder un momento, apoyé el bastón, abrí la cerradura y tiré de la puerta lentamente. Quería entrar y buscar al Espectro y a Alice, pero antes incluso de que la puerta se abriera del todo, la mujer que había estado rezando avanzó y me bloqueó el paso.

Gritó algo, como escupiéndome las palabras a la cara. No entendí lo que decía, pero lo dijo tan alto que me hizo mirar hacia el puesto de guardia. Al cabo de unos segundos aparecieron otros tras ella, abriéndose paso hasta el pasillo. Había una niña a la izquierda; como mucho tendría un año más que Alice. Tenía unos grandes ojos marrones y una cara agradable, así que me dirigí a ella.

—Estoy buscando a alguien —dije con un susurro.

Antes de poder decir nada más, abrió la boca como si fuera a hablar, dejando al descubierto dos filas de dientes, unos rotos y otros negros. En vez de palabras, de la garganta le salió una sonora risa desbocada que inmediatamente provocó una barahúnda entre los que la rodeaban. Aquella gente había sufrido tortura y llevaba días o semanas soportando la amenaza de lo muerte. No servía de nada intentar razonar o pedir calma. Sentí la presión de unos dedos y vi a un hombre grande y desgarrado, de largos brazos y piernas, que me agarraba la mano izquierda con fuerza y empezaba a sacudirla en agradecimiento.

—¡Gracias, gracias! —gritaba, y me agarraba tan fuerte que pensé que me rompería los huesos.

Conseguí liberarme, recogí el bastón y retrocedí unos pasos. En cualquier momento los guardias oírían el alboroto y saldrían al pasillo a ver qué pasaba. ¿Y si el Espectro y Alice no estaban en aquella celda? ¿Y si los tenían en algún otro lugar?

Ya era demasiado tarde porque, entre empujones, ya me encontraba más allá del puesto de guardia y en unos segundos llegué a la puerta de la bodega. Miré atrás y vi

una fila de personas que me seguían. Por lo menos ahora nadie gritaba, pero hacían demasiado ruido para mi gusto. Ojalá los guardias hubieran bebido mucho. Probablemente estaban acostumbrados a que los prisioneros hicieran ruido; no se esperarían una fuga.

Una vez dentro de la bodega, trepé a un barril y desde allí abrí la trampilla. A través de la trampilla vi el contrafuerte de piedra del muro exterior de la catedral y sentí el aire fresco y el agua en la cara: llovía mucho.

Los demás empezaron a subirse a los barriles. El hombre que me había dado las gracias me apartó de un codazo y se dispuso a salir por la trampilla. En un momento estuvo fuera y me tendió la mano para ayudarme a salir.

—¡Venga! —susurró.

Dudé. Quería ver si el Espectro y Alice habían conseguido salir de la celda. Pero enseguida perdí mi oportunidad, porque una mujer había trepado hasta el barril de al lado y tendía los brazos hacia el hombre, que, sin dudarlo, la agarró de las muñecas y la sacó por la trampilla.

Era demasiado tarde. Otras personas estaban prácticamente peleándose por salir. Aunque no todo el mundo se comportaba así. Un hombre tumbó un barril y lo hizo rodar hasta colocarlo junto al que estaba derecho para crear un escalón y facilitar la ascensión. Ayudó a subir a una anciana y la izó agarrándola por las piernas mientras desde arriba el otro hombre le tiraba de las muñecas, sacándola al exterior.

Por la trampilla iban saliendo prisioneros, pero aún seguían llegando otros por la puerta de la bodega; yo no dejaba de mirarlos, esperando que alguno de ellos fuera el Espectro o Alice.

De pronto, una idea me dejó paralizado. ¿Y si alguno de ellos estuviera demasiado enfermo o débil como para moverse y no hubiera podido salir de la celda?

No tenía elección. Tenía que volver y asegurarme. Salté del barril, pero era demasiado tarde: oí un grito y luego unas voces airadas. Unas botas que recorrían el pasillo. Un guardia fornido entró en la bodega blandiendo una porra. Miró alrededor y, con un grito de rabia, se dirigió corriendo hacia mí.

Saliva de niña

Sin dudarle un segundo, agarré el bastón y apagué la vela, sumiendo la bodega en la oscuridad, y me dirigí rápidamente hacia la puerta que daba a las catacumbas.

Detrás de mí se oía un gran tumulto: gritos, chillidos y el ruido del forcejeo. Miré atrás y vi que uno de los guardias entraba a la bodega con una antorcha, así que me escondí detrás de los botelleros, que me separaban de la luz, al tiempo que me dirigía hacia la puerta de la pared opuesta.

Me sentí muy mal por dejar atrás al Espectro y a Alice. Haber llegado hasta aquí y no ser capaz de rescatarlos me hacía sentir fracasado. Mi única esperanza era que de algún modo hubieran conseguido escapar entre el tumulto. Los dos veían bien en la oscuridad y, si yo podía encontrar la puerta a las catacumbas, ellos también. Noté que algunos de los prisioneros se movían conmigo, huyendo de los guardias hacia los recovecos más oscuros de la bodega. Me pareció que tenía algunos delante. A lo mejor entre ellos estaban mi maestro y Alice, pero no podía arriesgarme a llamarlos y atraer la atención de los guardias. Mientras me abría paso entre los botelleros, me pareció ver frente a mí la puerta que daba a las catacumbas abriéndose y cerrándose rápidamente, pero estaba demasiado oscuro como para estar seguro.

Un instante después, había atravesado la puerta. En cuanto pasé y la cerré, me sumergí en una oscuridad tan intensa que por unos segundos no podía verme ni las manos. Me quedé allí, en lo alto de las escaleras, esperando impacientemente que los ojos se me adaptaran a la falta de luz. En cuanto distinguí los escalones, bajé con cuidado y recorrí el túnel todo lo rápido que pude, consciente de que en cualquier momento alguien podía ir a comprobar la puerta: yo no la había cerrado tras de mí por si Alice o el Espectro me seguían de cerca.

Normalmente veo bien en la oscuridad, pero en aquellas catacumbas parecía que cada vez la oscuridad era mayor, así que me detuve y saqué la cajita de yesca del bolsillo de la chaqueta. Me arrodillé y coloqué un montoncito de yesca sobre las piedras. Usé la piedra y el metal para crear una chispa y unos segundos más tarde conseguí encender la vela.

Con la luz de la vela pude desenvolverme mejor, pero el aire a mi alrededor era cada vez más frío y algo más allá vi unos siniestros brillos en la pared. Unas formas luminosas se movían de nuevo por entre las sombras, pero eran muchas más que antes. Los muertos se estaban reuniendo. Mi paso por los túneles los había agitado.

Me detuve. ¿Qué era aquello? A lo lejos había oído el aullido de un perro. Me

paré con el corazón galopándome en el pecho. ¿Era un perro de verdad, o sería la Pesadilla? Andrew había mencionado un enorme perro negro con unos dientes descomunales; un perro enorme que en realidad era la Pesadilla. Intenté decirme a mí mismo que lo que oía era un perro de verdad que se habría abierto paso por las catacumbas. Al fin y al cabo, si un gato lo había hecho, ¿por qué no un perro?

Volví a oír el aullido, que resonó en el aire durante un buen rato, reverberando por los largos túneles. ¿Lo tenía delante, o detrás? ¿Estaba en aquel túnel, o en otro? Me resultaba imposible distinguirlo. Pero con el Inquisidor y sus hombres detrás, no tenía otra opción que seguir avanzando hacia la puerta.

De modo que avancé rápidamente, temblando de frío, esquivando el gato aplastado, hasta que llegué a la bifurcación. Por fin giré la esquina y vi la Puerta de Plata. Me detuve, con las rodillas temblando y temeroso de ir más adelante. Porque allí delante, detrás de la llama de mi vela, alguien me esperaba en la oscuridad. Una figura sombría estaba sentada en el suelo junto a la puerta, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza inclinada. ¿Sería un prisionero huido? ¿Alguien que había atravesado la puerta antes que yo?

No podía retroceder, así que avancé unos pasos hacia la puerta y levanté la vela un poco más. Un rostro con barba se giró hacia mí.

—¿Por qué has tardado tanto? —dijo una voz que reconocí—. ¡Llevo cinco minutos esperando aquí!

¡Era el Espectro, sano y salvo! Corrí hacia él, aliviado al ver que había podido escapar. Tenía una herida muy fea sobre el ojo izquierdo y la cara hinchada. Estaba claro que le habían dado una paliza.

—¿Está bien? —pregunté, ansioso.

—Sí, muchacho. Dame un momento para recuperar el aliento y estaré perfectamente. Abre esa puerta y vámonos.

—¿Estaba Alice con usted? —pregunté—. ¿Estaban en la misma celda?

—No, chico. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ella. No te traerá más que problemas, y ahora no podemos hacer nada para ayudarla. —Su voz sonaba cruel e implacable—. Se merece lo que le espera.

—¿Arder en la hoguera? —pregunté—. Nunca le ha gustado que quemaran a las brujas, y mucho menos a una niña, y usted mismo le dijo a Andrew que es inocente.

Yo estaba impresionado. Nunca le había gustado Alice, pero me dolió oírle hablar así de ella, especialmente teniendo en cuenta que él mismo se había enfrentado a aquel terrible destino. Y Meg, ¿qué? No siempre había sido tan frío y despiadado...

—Por Dios, muchacho, ¿estás durmiendo o estás despierto? —preguntó el Espectro, con la voz llena de rabia e impaciencia—. ¡Venga, espabila! Saca la llave y abre esa puerta.

Yo dudé, y él me extendió la mano.

—Dame mi bastón, muchacho. He estado en esa celda húmeda demasiado tiempo, y estos viejos huesos me están doliendo mucho...

Me acerqué para dárselo, pero cuando empezó a rodearlo con los dedos, retrocedí horrorizado.

No fue sólo el impacto en la cara de su aliento, caliente y apestoso. ¡Fue porque me estaba tendiendo la mano derecha! ¡La derecha, no la izquierda!

¡No era el Espectro! ¡Aquél no era mi maestro!

Mientras lo miraba, paralizado, bajó la mano y, como una serpiente, empezó a contorsionarse hacia mí por los adoquines. Antes de que me pudiera mover, deslizó y estiró el brazo hasta el doble de su longitud normal y con la mano me aferró el tobillo. Mi reacción inmediata fue la de intentar librarme de aquella dolorosa tenaza, pero sabía que no era la solución. Me quedé completamente paralizado.

Intenté concentrarme. Agarré el bastón e intenté dominar el miedo y acordarme de respirar. Estaba aterrorizado, pero aunque mi cuerpo estaba inmóvil, mi mente sí funcionaba. Sólo había una explicación y era terrorífica: ¡tenía delante a la Pesadilla!

Hice un esfuerzo por pensar, estudié aquella cosa que tenía delante, buscando algo que me pudiera ayudar lo más mínimo. Era idéntica al Espectro, y su voz también era la misma. Habría sido imposible distinguirlos, de no ser por el gesto de la mano.

Después de observarla unos segundos, me sentí un poco mejor. Era un truco que me había enseñado el Espectro: al enfrentarnos a nuestros peores miedos, tenemos que concentrarnos mucho y dejar atrás los sentimientos.

—¡Siempre funciona, muchacho! —me había dicho en su día—. Lo Oscuro se alimenta del miedo, y con una mente tranquila y un estómago vacío, la batalla está medio ganada antes incluso de empezar.

Y estaba funcionando. El cuerpo me había dejado de temblar, y me sentía más tranquilo, casi relajado.

La Pesadilla me soltó el tobillo, y la mano volvió a su sitio. La criatura se levantó y dio un paso hacia mí. Al hacerlo, oí un ruido curioso: no era el sonido de unas botas, como yo esperaba, sino más bien un ruido como el de unas garras enormes rascando los adoquines. El movimiento de la Pesadilla también agitó el aire, con lo que la llama de la vela tembló, distorsionando la sombra de la silueta del Espectro contra la Puerta de Plata.

Enseguida me arrodillé y coloqué la vela y el bastón en el suelo, entre los dos. Un momento después ya estaba de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, agarrando un puñado de sal y otro de hierro.

—Pierdes el tiempo —dijo la Pesadilla con una voz que de pronto no sonaba en absoluto como la del Espectro. Dura y profunda, reverberaba a través de la misma

roca de las catacumbas, vibrando a través de mis botas y provocándome escalofríos hasta en los dientes—. Los viejos trucos como ése no me afectan. ¡Llevo demasiado tiempo en el mundo como para que eso me haga algún daño! Tu viejo maestro lo intentó una vez, pero no le sirvió de nada. De nada en absoluto.

Dudé, pero sólo por un momento. Podía ser que estuviera mintiendo; había que intentarlo todo. Pero entonces, entre las limaduras de hierro, mi mano izquierda dio con algo duro. En la llavecita que abría la Puerta de Plata. No podía arriesgarme a perderla.

—Ahhh... Tienes lo que necesito —dijo la Pesadilla con una sonrisa maliciosa.

¿Me había leído el pensamiento? ¿O quizá me había leído la expresión de la cara, o lo había adivinado? En cualquier caso, sabía demasiado.

—Mira... —añadió, con una mirada astuta en la cara—, si el viejo no pudo conmigo, ¿qué posibilidades tienes tú? ¡Ninguna! ¿No oyes a los guardias? ¡Arderás en la hoguera! ¡Arderás con el resto! No hay más salida que a través de esta puerta. No hay ninguna otra. ¡Así que usa la llave antes de que sea demasiado tarde!

La Pesadilla se hizo a un lado, quedando de espaldas a la pared del túnel. Sabía exactamente qué quería: seguirme por la puerta, ser libre para poder hacer el mal por todos los rincones del condado. Sabía lo que habría dicho el Espectro; lo que esperaba de mí. Mi deber era asegurarme de que la Pesadilla permanecía atrapada en las catacumbas. Aquello era más importante que mi propia vida.

—¡No seas tonto! —susurró la Pesadilla, con una voz mucho más áspera y fuerte que el peor grito del Espectro—. ¡Escúchame y serás libre! Y además te recompensaré. Tendrás una gran recompensa. La misma que le ofrecí al viejo hace muchos años, pero no me escuchó. ¿Y dónde ha acabado? ¡Dímelo! Mañana lo juzgarán, y será declarado culpable. Al día siguiente arderá en la hoguera.

—¡No! —respondí—. ¡No puedo hacerlo!

Aquello hizo que la ira invadiera el rostro de la Pesadilla. Aún se parecía al Espectro, pero los rasgos que yo tan bien conocía quedaron retorcidos y deformados por el mal. Dio otro paso hacia mí, levantando un puño. Puede que fuera un efecto de la luz de la vela, pero daba la impresión de que iba aumentando de tamaño. Y sentí un peso invisible que empezaba a presionarme la cabeza y los hombros. Mientras caía de rodillas, pensé en el gato aplastado entre los adoquines y me di cuenta de que me esperaba el mismo destino. Intenté aspirar aire, pero no pude y empecé a sentir pánico. ¡No podía respirar! ¡Se había acabado!

La luz de la vela desapareció en la repentina oscuridad que me envolvió. Intenté desesperadamente hablar, pedir clemencia, pero sabía que no habría clemencia a menos que abriera la Puerta de Plata. ¿En qué estaría pensando? ¡Qué tonto había sido al creer que con unos meses de entrenamiento podría evitar a una criatura tan malvada y poderosa como la Pesadilla! Me estaba muriendo, estaba seguro. Solo, en

las catacumbas. Y lo peor de todo es que había fracasado miserablemente. No había conseguido rescatar a mi maestro ni a Alice.

Entonces oí algo a lo lejos: era la pisada de un zapato contra los adoquines. Dicen que, al morir, el último sentido que se pierde es el oído. Y por un momento pensé que la pisada de aquel zapato sería la última percepción que tendría en esta vida. Pero entonces el peso invisible que me aplastaba disminuyó lentamente. Recuperé la vista y de pronto volví a respirar. Observé que la Pesadilla giraba la cabeza y miraba hacia atrás, en dirección a la curva del túnel. ¡La Pesadilla también lo había oído!

Volvió a oírse el ruido. Esta vez no había duda. ¡Pisadas! ¡Se acercaba alguien! Miré a la Pesadilla y observé que estaba cambiando. Antes no me lo había imaginado: aumentaba realmente de tamaño. Para entonces la cabeza ya le llegaba casi al techo del túnel, tenía el cuerpo curvado hacia delante, y la cara le había cambiado hasta el punto de que ya no era la del Espectro. La barbilla se le había alargado hacia delante y hacia arriba, empezando a adquirir forma de gancho, y tenía la nariz curvada hacia abajo, en dirección a la barbilla. ¿Estaría adoptando su forma auténtica, la de la gárgola de piedra que había sobre la puerta de la catedral? ¿Habría recuperado toda su fuerza?

Escuché los pasos que se acercaban. Habría apagado la vela pero aquello me habría dejado a oscuras con la Pesadilla. Por lo menos parecía que sólo se acercaba una persona, y no una tropa de hombres del Inquisidor. No me preocupaba quién fuera. De momento, me había salvado.

Primero vi los pies. La silueta giró la esquina y quedó iluminada por la luz de la vela. Zapatos en punta, luego una niña delgada vestida de negro y el contoneo de sus caderas a la luz de la vela.

¡Era Alice!

Se detuvo, me echó una mirada rápida y los ojos se le abrieron como platos. Cuando levantó la vista y vio a la Pesadilla, puso una expresión que era más de rabia que de miedo.

Miré atrás y por un momento mis ojos se encontraron con los ojos de la Pesadilla. Además de la rabia que reflejaban, vi algo más, pero antes de distinguir lo que era, Alice salió corriendo hacia la Pesadilla, bufando como un gato. Entonces, para mi asombro, le escupió en la cara.

Lo que sucedió a continuación pasó demasiado rápido como para poderlo ver. Sentí un viento repentino, y la Pesadilla desapareció.

Nos quedamos inmóviles un rato que me pareció muy largo. Entonces Alice se giró hacia mí.

—Parece que no le gusta mucho la saliva de niña, ¿verdad? —dijo con una media sonrisa—. Me alegro de haber aparecido en el momento justo.

No respondí. No me podía creer que la Pesadilla hubiera huido tan fácilmente,

pero ya estaba de rodillas, intentado introducir la llave en la cerradura de la Puerta de Plata. Las manos me temblaban, y era tan difícil como me había parecido cuando lo había hecho Andrew.

Por fin conseguí colocar la llave en la posición correcta y giró. Empujé la puerta, se abrió, cogí la llave y el bastón y pasé al otro lado.

—¡Trae la vela! —le grité a Alice, y en cuanto estuvo a salvo, introduje la llave al otro lado de la cerradura y forcejeé hasta girarla. Esta vez me llevó una eternidad; en cualquier momento podía volver la Pesadilla.

—¿No puedes darte más prisa? —me apremió Alice.

—No es tan fácil como parece —me justifiqué.

Al final conseguí cerrar la puerta y suspiré aliviado. Entonces me acordé del Espectro...

—¿Estaba el señor Gregory contigo en la celda? —pregunté.

Alice sacudió la cabeza.

—Cuando nos sacaste, no. Se lo llevaron para interrogarlo una hora antes de que vinieras.

Había tenido suerte de evitar que me atraparan. También con la liberación de los prisioneros. Pero la suerte sigue sus propias leyes del equilibrio. Había llegado una hora tarde. Alice estaba libre, pero el Espectro aún seguía preso y, a menos que pudiera hacer algo al respecto, iban a quemarlo.

Sin perder más tiempo, conduje a Alice por el túnel hasta que llegamos al río, que estaba crecido.

Crucé rápidamente, pero cuando me giré, Alice estaba aún en la otra orilla, mirando el agua.

—¡Está hondo, Tom! —gritó—. ¡Está muy hondo, y las piedras resbalan!

Volví a cruzar hasta donde estaba ella. Le tomé de la mano y la ayudé a cruzar por las nueve piedras planas. Enseguida llegamos a la trampilla que daba a la casa vacía y, una vez en la bodega, cerré la trampilla. Para mi decepción, Andrew ya se había ido. Tenía que hablar con él, decirle que el Espectro no estaba en la celda; advertirle de que el hermano Peter estaba en peligro y de que los rumores eran ciertos: ¡la Pesadilla estaba recuperando la fuerza!

—Será mejor que nos quedemos aquí abajo un rato. El Inquisidor empezará a buscar por la ciudad en cuanto se dé cuenta de que habéis escapado tantos. Esta casa está embrujada: el último lugar donde querrán buscarnos es aquí abajo, en la bodega.

Alice asintió, y por primera vez desde la primavera la pude mirar con calma. Era tan alta como yo, lo cual significaba que ella también había crecido un par de centímetros por lo menos, pero aún iba vestida como la última vez que la había visto cuando la llevé a casa de su tía, en Staumin. Si no era el mismo vestido negro, era idéntico.

La cara era igual de bonita que siempre, pero estaba más delgada y más mayor, como si hubiera crecido deprisa por las cosas que había visto; cosas que nadie debía ver nunca. Tenía el pelo negro sin brillo y sucio, y en la cara tenía manchas de suciedad. Daba la impresión de no haberse lavado en un mes.

—Me alegro de verte otra vez —dije—. Cuando te vi en el carro del Inquisidor, pensé que sería la última vez.

No respondió. Se limitó a cogerme la mano y la apretó.

—Estoy muerta de hambre, Tom. No tienes nada de comer, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

—¿Ni siquiera un trozo de aquel viejo queso enmohecido?

—Lo siento —dije—. No me queda nada.

Alice se dio la vuelta y agarró por un extremo una vieja alfombra que estaba en lo alto del montón.

—Ayúdame, Tom —dijo—. Necesito sentarme y no me apetece mucho la piedra fría.

Puse la vela y el bastón en el suelo, y tiramos de la alfombra entre los dos. El olor a humedad era más fuerte que nunca, y vi las cucarachas y las cochinillas que habíamos dejado al descubierto corriendo por el suelo de la bodega.

Sin prestar atención, Alice se sentó en la alfombra y encogió las piernas para apoyar la barbilla sobre las rodillas.

—Un día me voy a tomar la revancha —sentenció—. Nadie merece que lo traten así.

Me senté a su lado y puse mi mano sobre la suya.

—¿Qué pasó?

Permaneció un rato en silencio y, cuando pensé que no me iba a responder, de pronto habló.

—Cuando llegamos a entendernos, mi tía se portó bien conmigo. Me hizo trabajar duro, pero siempre me daba de comer bien. Ya me estaba acostumbrando a vivir en Staumin cuando llegó el Inquisidor. Nos pilló por sorpresa y tiró la puerta abajo. Pero mi tía no era como Lizzie *la Huesuda*. No era una bruja.

—La echaron al estanque a medianoche ante una multitud. Todo el mundo se reía y se burlaba. Yo estaba aterrorizada pensando que luego me tocaría a mí. Le ataron los pies y las manos juntos y la echaron al agua. Se hundió como una piedra, pero estaba oscuro y hacía viento; en el momento en que cayó en el agua, se levantó un vendaval que apagó muchas de las antorchas. Tardaron mucho rato en encontrarla y sacarla.

Alice hundió la cara entre las manos y sollozó. Esperé pacientemente a que pudiera continuar. Cuando levantó la cara, tenía los ojos secos, pero le temblaban los labios.

—Cuando la sacaron, estaba muerta. No es justo, Tom. ¡No lloró, se hundió, de modo que debían declararla inocente, pero la mataron de todos modos! Después de aquello no se metieron conmigo, pero me subieron al carro con el resto.

—Mi madre me dijo que echar a las brujas al agua tampoco sirve de nada —dije—. Sólo los tontos usan ese método.

—No, Tom. El Inquisidor no es ningún tonto. Hay un motivo para todo lo que hace, de eso puedes estar seguro. Es avaricioso. Codicia dinero. Vendió la granja de mi tía y se quedó el dinero. Vimos cómo lo contaba. Se dedica a eso. Acusa a la gente de brujería, la saca de en medio y se queda con sus casas, sus tierras y su dinero. Es más, disfruta con su trabajo. Es un ser oscuro. Dice que lo hace para liberar al condado de las brujas, pero es más cruel que cualquier bruja que yo haya conocido; y eso es mucho decir.

—Había una muchacha que se llamaba Maggie. No era mucho mayor que yo. Ni siquiera se molestaron en tirarla al agua. Usaron una prueba diferente, y todos tuvimos que mirar. El Inquisidor usó una aguja larga y afilada. Se la fue clavando en el cuerpo una y otra vez. Tenías que haber oído cómo gemía. La pobre chica casi se volvía loca de dolor. Se desmayaba una y otra vez, y tenían un cubo de agua junto a la mesa para hacer que volviera en sí. Pero por fin encontraron lo que buscaban. ¡La marca del Diablo! ¿Sabes lo que es eso, Tom?

Asentí. El Espectro me había dicho que era una de las cosas que usaban los cazadores de brujas. Pero era otra mentira, según me contó. No existían marcas del Diablo. Cualquiera que supiera realmente de lo Oscuro lo sabía.

—Es cruel y no es justo —prosiguió Alice—. Al cabo de un rato, el dolor se hace insoportable y el cuerpo se queda entumecido, de modo que cuando la aguja penetra en la carne, no lo notas. Entonces dicen que es el punto donde te ha tocado el Diablo, así que eres culpable y tienes que arder. Lo peor era verle la cara al Inquisidor. Estaba encantado. Pero lo pagara. Haré que lo pague. Maggie no merece morir en la hoguera.

—¡El Espectro tampoco merece arder! —protesté—. Se ha pasado la vida combatiendo lo Oscuro.

—Es un hombre y tendrá una muerte más fácil que otras personas —precisó Alice—. El Inquisidor se lo hace pasar mucho peor a las mujeres. Se asegura de que ardan lentamente. Dice que es más difícil salvar el alma de una mujer que la de un hombre. Que tienen que sentir mucho dolor para arrepentirse de sus pecados.

Aquello me hizo pensar en lo que me había dicho el Espectro sobre la Pesadilla, que no podía ocupar el cuerpo de una mujer. Que no las soportaba.

—La criatura a la que has escupido era la Pesadilla —le dije—. ¿Has oído hablar de ella? ¿Cómo conseguiste ahuyentarla tan fácilmente?

Alice se encogió de hombros.

—No es tan difícil darse cuenta de que a alguien no le resultas cómodo. Algunos hombres son así; siempre sé cuándo no soy bienvenida. El viejo Gregory me hace sentir de ese modo, y me pasó lo mismo ahí abajo. Y la saliva se lo lleva casi todo. Escupe tres veces a un sapo y durante un mes o más no te molestará nada que tenga la piel fría y húmeda. Lizzie solía decirlo. Pero no te creas que funcionará igual con la Pesadilla. Y sí, he oído hablar de esa criatura. Si ahora puede cambiar de forma, todos tendremos problemas. La pillé por sorpresa, eso es todo, La próxima vez estará preparada, así que no pienso volver a bajar ahí.

Durante un momento, ninguno de los dos habló. Me quede mirando la vieja alfombra enmohecida hasta que, de pronto, oí que la respiración de Alice se hacía más profunda. Cuando me volví a mirarla, tenía los ojos cerrados y se había quedado dormida en la misma posición, con la barbilla apoyada en las rodillas.

No quería apagar la vela, pero no sabía cuánto tiempo tendríamos que permanecer en la bodega y convenía ahorrar luz para más tarde.

Una vez apagada, intenté dormir yo también, pero me resultaba difícil. Tenía frío y tiritaba. Además, no podía quitarme al Espectro de la cabeza. No habíamos conseguido rescatarlo, y el Inquisidor estaría enfurecido con lo que había pasado. No tardaría en empezar a quemar prisioneros.

Al final debí de dormirme, porque de pronto me despertó la voz de Alice, que me hablaba al oído.

—"Tom —dijo con una voz que era poco más que un suspiro—, hay algo en aquella esquina de la bodega. Me está mirando y no me gusta nada.

Alice tenía razón. Notaba que había algo en la esquina y percibí el frío. Probablemente, no era más que Matty Barnes, el estrangulador, que había vuelto.

—No te preocupes, Alice. No es más que un fantasma. Intenta no pensar en ello. Mientras no tengas miedo, no puede hacerte daño.

—No tengo miedo. Por lo menos, aún no. —Hizo una pausa y prosiguió—: Pero pasé miedo en aquella celda. No dormí ni un minuto, con todos aquellos gritos y chillidos. Enseguida me volveré a dormir. Lo que pasa es que quiero que se vaya. No me gusta que me mire así.

—No sé qué hacer —dije, pensando de nuevo en el Espectro.

Alice no respondió, pero volvió a respirar hondo. Estaba dormida. Y yo también debí de dormirme, porque un ruido me despertó de pronto.

Eran las pisadas de unas grandes botas. Había alguien en la cocina, sobre nuestras cabezas.

El juicio del Espectro

La puerta se abrió con un crujido, y la luz de una vela llenó la estancia. Aliviado, observé que era Andrew.

—Pensé que te encontraría aquí abajo —dijo. Llevaba un pequeño paquete. Al tiempo que lo ponía en el suelo y acercaba su vela a la mía, señaló a Alice con un gesto. Aún estaba profundamente dormida, pero ahora estaba de lado, de espaldas a nosotros, con la cara apoyada sobre las manos.

—¿Y ésta quién es?

—Vivía cerca de Chipenden —le expliqué—. Se llama Alice. El señor Gregory no estaba allí. Se lo habían llevado arriba para interrogarlo.

Andrew sacudió la cabeza con un gesto triste.

—El hermano Peter me dijo lo mismo. No podías haber tenido peor suerte. Media hora más tarde, John habría estado otra vez en la celda, con los demás. Al final se escaparon once, aunque a cinco los encontraron poco después. Pero las malas noticias no se acaban ahí. Los hombres del Inquisidor arrestaron al hermano Peter nada más salir de mi tienda. Lo vi desde la ventana de arriba. Así que ya no queda nada para mí en esta ciudad. Probablemente, seré el próximo al que vengán a buscar, pero no me voy a quedar por aquí para responder a sus preguntas. Ya he cerrado la tienda. Tengo las herramientas en el carro y me voy al sur, hacia Adlington, donde trabajaba antes.

—Lo siento, Andrew.

—Bueno, no lo sientas. ¿Quién no querría intentar ayudar a su propio hermano? Además, no me ha ido tan mal. La tienda era de alquiler, y llevo la profesión en las manos. Siempre encontraré trabajo. Toma —añadió, abriendo el paquete—. Te he traído algo de comida.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Faltan un par de horas para que amanezca. Me he arriesgado viniendo hasta aquí. Después de todo el alboroto, media ciudad está despierta. Mucha gente ha ido a los juzgados de Fishergate. Con todo lo que pasó anoche, el Inquisidor va a celebrar un juicio rápido con todos los prisioneros que tiene.

—¿Por qué no espera a que salga el sol?

—Porque aún asistiría más gente —respondió Andrew—. Quiere liquidar el asunto antes de que crezca la oposición. Hay gente en la ciudad que se opone a lo que está haciendo. En cuanto a la quema, será esta noche, cuando oscurezca, en la colma de las piras de Wortham, al sur del río. El Inquisidor llevará muchos hombres

armados por si hay problemas, así que si tienes algo de sentido común, te quedarás hasta la noche y luego te largarás de aquí.

Antes incluso de que acabara de abrir el paquete, Alice se giró hacia nosotros y se irguió. A lo mejor había olido la comida, o quizás había estado despierta todo el rato, fingiendo que dormía. Había lonchas de jamón, pan tierno y dos tomates grandes. Alice se puso a comer inmediatamente, sin una palabra de agradecimiento para Andrew, y tras un momento de duda la seguí. Tenía mucha hambre, y ahora ya no tenía mucho sentido ayunar.

—Bueno, yo me voy —anunció Andrew—. Pobre John. Pero ahora ya no podemos hacer nada.

—¿No vale la pena hacer un último intento por salvarlo? —pregunté.

—No, ya has hecho suficiente. Es demasiado peligroso acercarse a cualquier lugar próximo al juicio. Y muy pronto el pobre John estará con el resto, vigilado por guardias armados y de camino a Wortham para ser quemado vivo con esos otros pobres desdichados.

—¿Y la maldición? —repliqué—. Usted mismo dijo que está condenado a morir bajo tierra, no en una hoguera.

—Ah, la maldición. Yo no creo en eso más de lo que cree John. Sólo intentaba desesperadamente que dejara de perseguir a la Pesadilla mientras el Inquisidor estuviera en la ciudad. No, me temo que el destino de mi hermano está escrito, así que aléjate de aquí. Una vez John me dijo que había un espectro que trabajaba por algún lugar cerca de Caster. Cubre el extremo norte del condado. Menciónale el nombre de John, y puede que te tome como aprendiz. En su día fue aprendiz de John.

Saludó con la cabeza y se giró para marcharse.

—Te dejo la vela. Buena suerte por el camino. Y si alguna vez necesitas un buen cerrajero, ya sabes dónde encontrarme.

Dicho aquello, se fue. Oí cómo subía las escaleras de la bodega y cerraba la puerta trasera. Un momento después, Alice estaba chupándose el jugo de los tomates de los dedos. Nos lo habíamos comido todo; no habíamos dejado ni una miga.

—Alice —le dije—. Quiero ir al juicio. Puede que tenga alguna oportunidad de ayudar al Espectro. ¿Me quieres acompañar?

—¿Alguna oportunidad? —respondió, con los ojos como platos—. Ya has oído lo que ha dicho. ¡No tendrás ninguna oportunidad, Tom! ¿Qué puedes hacer tú contra unos hombres armados? No, ten sentido común. No vale la pena el riesgo. Además, ¿por qué iba a intentar ayudarle? El viejo Gregory no haría lo mismo por mí. Dejaría que me quemaran, de eso no hay duda.

Ante aquello, no sabía que decir. En cierto modo, era cierto. Le había pedido al Espectro que ayudara a Alice, y se había negado. Así que me puse en pie con un suspiro.

—Yo voy a ir de todos modos.

—No, Tom, no me dejes aquí con ese fantasma...

—Pensaba que no tenías miedo.

—No lo tengo. Pero la última vez que me he dormido, he sentido que me empezaba a apretar la garganta. De verdad. Puede que sea peor si tú no estás.

—Entonces ven conmigo. No será tan peligroso, porque aún estará oscuro. Y el mejor lugar para ocultarse es una multitud. Venga, por favor. ¿Qué me dices?

—¿Tienes algún plan? —preguntó—. ¿Hay algo que no me hayas contado?

Sacudí la cabeza.

—Me lo imaginaba.

—Mira, Alice, sólo quiero ir a echar un vistazo. Si no puedo ayudarle, nos volveremos enseguida. Pero si no lo intento, nunca me lo perdonaré.

Alice se levantó a regañadientes.

—Iré contigo y lo veremos. Pero tienes que prometerme que si es demasiado peligroso, nos volveremos enseguida. Conozco al Inquisidor mejor que tú. Créeme, no deberíamos acercarnos a él.

—Te lo prometo.

Dejé la bolsa y el bastón del Espectro en la bodega, y salimos hacia Fishergate, donde se iba a celebrar el juicio.

Andrew había dicho que media ciudad estaba despierta. Era una exageración, pero, para ser tan de madrugada, se veían muchas velas brillando tras las cortinas y bastante gente moviéndose por la oscuridad de las calles en la misma dirección que nosotros.

Tenía la impresión de que no podríamos llegar cerca del edificio, que habría guardias por las calles, pero para mi asombro no vimos a los hombres del Inquisidor por ninguna parte. Las grandes puertas de madera estaban abiertas de par en par, y el umbral estaba atestado de gente que se iba concentrando en la calle, como si no hubiera espacio para todos en el interior.

Me acerqué con precaución, aprovechando la oscuridad. Cuando llegué junto a la multitud, me di cuenta de que la gente no estaba tan apretada como parecía. En el interior del juzgado, el aire estaba cargado de un olor dulce y empalagoso. Era una gran sala con el suelo enlosado sobre el que se había esparcido serrín aquí y allá. No podía ver bien por entre la gente, porque la mayoría eran más altos que yo, pero parecía que delante había un gran espacio vacío por el que nadie quería pasar. Agarré a Alice de la mano y me abrí paso entre la gente, tirando de ella.

En la parte de atrás estaba oscuro, pero por delante el salón estaba iluminado con dos enormes antorchas situadas a los lados de una tarima de madera. El Inquisidor estaba en primer plano, mirando hacia abajo. Decía algo, pero no se le oía bien. Miré

a mi alrededor y vi toda una gama de expresiones en la cara de la gente: rabia, tristeza, amargura y resignación. Algunos rostros mostraban una clara hostilidad. Probablemente, la mayoría de aquellas personas estaba entre los contrarios al Inquisidor. Quizás algunos fueran incluso parientes o amigos de los acusados. Por un momento, aquello me dio esperanzas de intentar algún tipo de rescate.

Pero entonces mis esperanzas se desvanecieron, cuando vi por qué nadie pasaba delante. Por debajo de la tarima había cinco largos bancos ocupados por curas de espaldas al público, pero tras ellos había una doble línea de hombres armados con cara de pocos amigos. Algunos tenían los brazos cruzados; otros tenían la mano sobre la empuñadura de la espada como si esperaran el momento de desenvainarla. Nadie quería acercárseles. Miré hacia el techo y vi que en lo alto de las paredes había un balcón por el que asomaban unas caras como pálidos óvalos blancos; todas parecían iguales desde el suelo. Aquél debía de ser el lugar más seguro y probablemente tendría las mejores vistas. A la izquierda había unas escaleras, y arrastré a Alice hacia ellas. En un momento estábamos avanzando por el ancho balcón.

No estaba lleno, y enseguida encontramos sitio junto a la baranda, a medio camino entre las puertas y la tarima. Aún flotaba el mismo olor dulzón en el aire y allí era mucho más penetrante que abajo. De pronto, me di cuenta de lo que era. Sin duda, aquel salón tenía que usarse como mercado de carnes. Olía a sangre.

El Inquisidor no era el único que estaba en la tarima. Detrás, entre las sombras, un grupo de guardias rodeaba a los prisioneros a la espera de juicio, pero justo detrás del Inquisidor dos guardias agarraban a una prisionera por los brazos. Era alta, tenía el pelo largo y oscuro y estaba llorando. Tenía el vestido hecho jirones y no llevaba zapatos.

—¡Es Maggie! —me susurró Alice al oído—. Aquella a la que le clavaron las agujas. Pobre Maggie, no es justo. Pensé que se habría escapado.

Allí arriba el sonido llegaba mucho mejor y se oía todo lo que decía el Inquisidor.

—¡De sus propios labios ha salido su condena! —proclamo, con voz alta y arrogante—. Lo ha confesado todo, y se le ha encontrado la marca del Diablo en la carne. La sentencio a que sea atada a una pira y quemada viva. Y que Dios se apiade de su alma.

Maggie empezó a sollozar aún más fuerte, pero uno de sus captores la agarró del pelo y la arrastró hacia una puerta situada detrás de la tarima. En cuanto desapareció, empujaron al frente a otro prisionero. Cuando quedó iluminado por la luz de la antorcha, vi que iba vestido con una túnica negra y que tenía las manos atadas a la espalda. Por un momento, pensé que me había equivocado, pero no había duda.

Era el hermano Peter. Lo supe por la fina corona de pelo cano que tenía en la cabeza y por la curvatura de la espalda y los hombros. Pero tenía la cara tan desfigurada y bañada en sangre que apenas lo reconocía. Tenía la nariz rota, aplastada

contra la cara, y un ojo cerrado, hinchado y convertido en una línea roja.

Al verlo en aquel estado, me sentí fatal. La culpa de todo era mía. Para empezar, me había dejado escapar; después me había indicado cómo llegar hasta la celda para rescatar al Espectro y a Alice. Bajo tortura, lo habría contado todo. Me sentí atormentado por la culpa.

—¡En otro tiempo este hombre era un hermano, un fiel servidor de la Iglesia! — declaró el Inquisidor—. ¡Pero mírenlo ahora! ¡Vean a este traidor, que ha ayudado a nuestros enemigos y se ha aliado con las fuerzas de lo Oscuro! Tenemos su confesión, escrita de su puño y letra. ¡Aquí está! —gritó, mostrando un trozo de papel en alto para que todos lo vieran.

Nadie tuvo ocasión de leerlo; podía decir cualquier cosa. Aunque fuera una confesión, con sólo mirar al pobre hermano Peter era evidente que se la habrían sacado a palos. No era justo. Allí no había ninguna justicia. Aquello no era un juicio en absoluto. En una ocasión el Espectro me había dicho que cuando juzgaban a la gente en el castillo de Caster, por lo menos se celebraba una vista: había un juez, un fiscal y un defensor. ¡Pero el Inquisidor lo estaba haciendo todo solo!

—Es culpable. Sin ningún género de dudas —prosiguió—. Por lo que lo condeno a que se lo lleven a las catacumbas y lo abandonen allí. ¡Y que Dios se apiade de su alma!

Se oyó un repentino murmullo de terror entre el público, pero sobre todo entre los curas sentados en primera fila. Sabían exactamente cuál sería el destino del hermano Peter. La Pesadilla lo aplastaría.

El hermano Peter intentó hablar, pero tenía los labios demasiado hinchados. Uno de los guardias le dio un golpe en la cabeza mientras el Inquisidor sonreía con crueldad. Se lo llevaron por la puerta de detrás de la tarima; en cuanto desapareció, sacaron a otro prisionero a la luz. Se me cayó el alma a los pies. Era el Espectro.

A primera vista, aparte de los cardenales de la cara, no parecía que el Espectro lo hubiera pasado tan mal como el hermano Peter. Pero entonces observé algo más escalofriante. Miraba la antorcha torciendo los ojos y con expresión extraviada. Sus ojos verdes parecían vacíos de expresión, perdidos. Era como si hubiera perdido la memoria y no supiera siquiera quién era. Empecé a preguntarme cómo le habrían golpeado para que quedara así.

—¡Ante ustedes está John Gregory! —anunció el Inquisidor, con una voz que retumbaba entre las paredes—. Un discípulo del Diablo, nada menos, que durante muchos años ha ejercido sus malas artes por el condado, quitándole el dinero a las pobres gentes. Pero ¿se arrepiente este hombre? ¿Acepta sus pecados y suplica el perdón? No, es tozudo y no quiere confesar. Ahora sólo el fuego puede limpiarle y darle la esperanza de la salvación. Pero hay más: no contento con el mal que pueda hacer él solo, ha enseñado a otros y sigue haciéndolo ¡Padre Cairns, solicito que se

levante y preste testimonio!

De la primera fila de bancos se levantó un cura y se acercó a la luz de la tarima. Estaba de espaldas a mí, así que no pude verle la cara, pero distinguí su mano vendada y, al hablar, oí la misma voz que en aquel confesionario.

—Señor Inquisidor, John Gregory trajo a la ciudad a un aprendiz, que ya está corrompido. Se llama Thomas Ward.

Alice contuvo un grito, y las rodillas empezaron a temblarme. De pronto, me di cuenta de lo peligroso que era estar en aquella sala, tan cerca del Inquisidor y de sus hombres armados.

—Por lo gracia de Dios, el chico cayó en mis manos —prosiguió el padre Cairns — y, de no ser por la intervención del hermano Peter, que permitió que escapara de la justicia, lo habría puesto en sus manos para que lo interrogara. Pero yo mismo le interrogué, señor, y observé que es más duro de lo que pueda parecer por su edad y que no se dejará persuadir con simples palabras. A pesar de todo mi esfuerzo, no quiso ver lo erróneo de su actitud, y de ello debemos culpar a John Gregory, alguien que no tiene suficiente con sus malvadas acciones, sino que además corrompe activamente a los jóvenes. Por lo que sé, han pasado por sus manos muchos aprendices y algunos de ellos, a su vez, han seguido el mismo camino y han tomado aprendices propios, extendiendo así el mal como una plaga por todo el condado.

—Gracias, padre. Puede sentarse. ¡Su testimonio basta por sí solo para condenar a John Gregory!

Cuando el padre Cairns se volvió a sentar, Alice me agarró del codo.

—¡Marchémonos! —me murmuró al oído—. ¡Es muy peligroso quedarse aquí!

—No, por favor. Sólo un momento.

Oír mi nombre me había asustado, pero quería quedarme unos minutos más para ver qué le pasaba a mi maestro.

—¡John Gregory, para ti sólo cabe un castigo! —rugió el Inquisidor—. Serás atado a la pira y quemado vivo. Rezaré por ti. Rezaré para que el dolor te enseñe lo errado de tu actitud. Rezaré para que ruegues a Dios el perdón y para que tu cuerpo arda, pero tu alma se salve.

El Inquisidor no dejó de mirar al Espectro durante su discurso, pero habría dado lo mismo que le gritara a un muro de piedra. Tras los ojos del Espectro no había conciencia. En cierto modo, era una bendición, porque así no se enteraba de lo que le estaba sucediendo. Pero me hizo darme cuenta de que, aunque de una u otra manera consiguiera rescatarlo, nunca sería el mismo.

Se me hizo un nudo en la garganta. La casa del Espectro se había convertido en mi nuevo hogar; recordaba las clases, las conversaciones con el Espectro e incluso los momentos de miedo en que nos habíamos enfrentado a lo Oscuro. Iba a echar de menos todo aquello, y la idea de que mi maestro ardiera en la hoguera hacía que los

ojos se me llenaran de lágrimas.

Mi madre tenía razón. Al principio tenía mis dudas en cuanto a hacerme aprendiz del Espectro. Me daba miedo la soledad. Pero ella me había dicho que siempre podría hablar con el Espectro; que aunque fuera mi maestro, con el tiempo se convertiría en mi amigo. Bueno, no sabía si habíamos llegado a aquel punto, porque él seguía siendo arisco y seco, pero desde luego lo iba a echar de menos.

Mientras los guardias lo arrastraban hacia la puerta, le hice un gesto a Alice y, con la cabeza gacha y sin establecer contacto visual con nadie, me puse a bajar las escaleras del balcón. En el exterior, el cielo empezaba a iluminarse. Muy pronto la oscuridad dejaría de protegernos, y podía ser que alguien nos reconociera. Por las calles ya había más gente, y la cantidad de personas frente al juzgado se había duplicado. Me abrí paso entre la muchedumbre para echar un vistazo al lateral del edificio, a la puerta por la que se llevaban a los prisioneros.

Con una mirada supe que no había ninguna esperanza. No pude ver a ningún prisionero, pero no era de extrañar, porque había por lo menos veinte guardias junto a la salida. ¿Qué posibilidades tendríamos contra tantas personas? Desolado, volví junto a Alice.

—Vayámonos de aquí—propuse—. No hay nada que hacer.

Estaba ansioso por llegar a la bodega y sentirme seguro, así que caminamos deprisa. Alice me siguió sin decir palabra.

La Puerta de Plata

De vuelta en la bodega, Alice me miró con los ojos llenos de rabia.

—¡No es justo, Tom! Pobre Maggie. No merece morir quemada. Ninguno de ellos lo merece. Hay que hacer algo.

Me encogí de hombros y me quedé mirando a la nada, con la mente en blanco. Al cabo de un rato, Alice se echó y se durmió. Yo intenté hacer lo mismo, pero empecé a pensar en el Espectro de nuevo. Aunque parecía inútil, ¿debería ir a la quema a ver si podía hacer algo para ayudarle? Después de darle vueltas en la cabeza un rato, al final decidí que, cuando se pusiera el sol, saldría de Priestown e iría a hablar con mi madre.

Ella sabría lo que había que hacer. Yo estaba perdido y necesitaba ayuda. Tendría que caminar toda la noche y no podría dormir, así lo que lo mejor iba a ser intentar dormir todo lo que pudiera hasta entonces. Tardé un rato en cerrar los ojos, pero cuando lo hice, empecé casi inmediatamente a soñar y me encontré en las catacumbas.

En la mayoría de los sueños, no sabes que estás soñando. Pero cuando te das cuenta, la reacción suele ser una de dos: o te despiertas enseguida, o te quedas en el sueño y haces lo que quieres. Por lo menos, es lo que me suele pasar a mí.

Pero aquel sueño era diferente. Era como si algo controlara mis movimientos. Bajaba por un oscuro túnel con el cabo de una vela en la mano izquierda y me acercaba a la entrada de una de las criptas que contenían los huesos de los Pequeños. No quería acercarme, pero no conseguía detener los pies.

Me paré en el umbral, iluminando con la tenue llama de la vela los huesos. En su mayor parte ocupaban los estantes del fondo de la cripta, pero había algunos huesos rotos tirados por el suelo adoquinado y amontonados en un rincón. No quería entrar allí; realmente no quería, pero aparentemente no tenía elección. Entré en la cripta, oyendo el crujir de los huesos rompiéndose bajo mis pies, y de pronto sentí un frío intenso.

Un invierno, cuando era niño, mi hermano James me persiguió y me llenó las orejas de nieve. Intenté revolverme, pero él tenía sólo un año menos que mi hermano mayor, Jack, y era igual de grande y fuerte que él, hasta el punto que mi padre acabó colocándolo como aprendiz de un herrero. Tenía el mismo sentido del humor que Jack. Meterme nieve en las orejas era lo que James entendía por una broma, pero me hizo daño y toda la cara se me entumeció y me dolió casi una hora. En el sueño tenía

la misma sensación: un frío glacial. Quería decir que se acercaba alguna criatura de lo Oscuro. El frío empezó a instalármese en el interior de la cabeza hasta que me sentí congelado y entumecido, como si perdiera el control de mí mismo

Oí una voz procedente de la oscuridad que tenía detrás. Tenía algo cerca de la espalda, bloqueándome la salida. La voz era áspera y profunda, y no tuve que preguntar quién era el que hablaba. Aunque no la tenía enfrente, me llegaba su fétido aliento.

—Esto es una condena —dijo la Pesadilla—. Una prisión. Mi mundo se reduce a esto.

No respondí, y se produjo un largo silencio. Era un sueño, intenté despertarme. Hice un verdadero esfuerzo, pero no sirvió de nada.

—Una bonita estancia —prosiguió la Pesadilla—. Uno de mis lugares favoritos, debo decir. Lleno de huesos viejos. Pero lo que yo quiero es sangre fresca, y la sangre de los jóvenes es la mejor de todas. Aunque si no consigo sangre, me conformaré con los huesos. Los huesos frescos son los mejores. No dejaría de comer huesos frescos, dulces y llenos de tuétano. Eso es lo que me gusta. Me encanta partir los huesos tiernos y sorber el tuétano. Aunque los viejos son mejores que nada, Huesos viejos como éstos. Al menos, me sirven para combatir el hambre que me corroe por dentro. El hambre me destroza.

»Los huesos viejos no tienen tuétano. Pero conservan los recuerdos, ¿sabes? Yo los froto, suavemente, hasta que liberan todos sus secretos. Veo la carne que los cubrió en otro tiempo, las esperanzas y las ambiciones que han encontrado su fin en este material quebradizo y seco. Eso también me sacia. Me alivia el hambre.

La Pesadilla estaba muy cerca de mi oreja izquierda, y su voz se había convertido en apenas un suspiro. De pronto, tuve la necesidad imperiosa de volverme y mirarla a la cara, pero debió de leerme el pensamiento.

»No te gires, chico —me advirtió—. O no te gustará lo que verás. Respóndeme una pregunta...

Hubo una larga pausa, y sentí cómo me golpeaba el corazón contra el pecho. Por fin la Pesadilla planteó su pregunta:

—¿Qué ocurre después de la muerte?

Yo no sabía la respuesta. El Espectro nunca hablaba de aquellas cosas. Lo único que sabía es que había fantasmas que seguían pensando y hablando. Y espíritus que se habían quedado atrás al irse el alma. Pero ¿adónde? Yo no lo sabía. Sólo Dios lo sabía. Si es que Dios existía.

Sacudí la cabeza. No dije nada y tenía demasiado miedo como para darme la vuelta. Notaba que tenía detrás algo enorme y terrorífico.

—¡No hay nada después de la muerte! ¡Nada! ¡Nada en absoluto! —bramó la Pesadilla cerca de mi oído—. No hay más que oscuridad y vacío. No hay

pensamientos. Ni sentimientos. Sólo inconsciencia. Eso es todo lo que te espera al otro lado de la muerte. ¡Pero ponte de mi lado, muchacho, y te daré una vida larga, muy larga! Siete décadas es lo máximo que puede aspirar a vivir la mayoría de endebles humanos. ¡Pero yo te puedo dar diez o veinte veces ese tiempo! Lo único que tienes que hacer es abrir esa puerta y dejarme salir. Tú abre la puerta, y yo me ocuparé del resto. Tu maestro también puede quedar libre. Sé que es eso lo que quieres. ¡Podrías recuperar la vida que tenías!

Una parte de mí quería decir que sí. Pensaba en la quema del Espectro y en el solitario viaje al norte hasta Caster sin la seguridad de que pudiera continuar con mi aprendizaje. ¡Ojalá las cosas pudieran volver a ser como antes! Pero aunque me sentí tentado a aceptar, sabía que no era posible. Aunque la Pesadilla mantuviera su palabra, no podía permitir que se moviera a sus anchas por el condado, extendiendo su maldad libremente. Sabía que el Espectro preferiría morir a dejar que pasara aquello.

Abrí la boca para decir que no, pero antes de que pudiera articular la palabra, la Pesadilla volvió a hablar.

—¡Me sería más fácil convencer a la niña! —dijo—. Lo único que quiere es el calor de una chimenea. Una casa donde vivir. Ropa limpia. ¡Pero piensa en lo que te ofrezco a ti! Y lo único que quiero es tu sangre. No mucha. Y no te dolerá tanto. Con un poco me basta. Haremos un pacto. Déjame que te chupe la sangre para recuperar las fuerzas. Ábreme la puerta y dame la libertad. Después cumpliré el trato y vivirás una vida muy, muy larga. La sangre de la niña es mejor que nada, pero la que quiero realmente es la tuya. Eres el séptimo de un séptimo. Sólo he probado sangre como la tuya una vez. ¡Qué fuerza me daría! ¡Qué gran recompensa tendrías! ¿No es eso mejor que la nada que hay tras la muerte?

»Ah, la muerte te llegará un día. Sin duda, llegará a pesar de todo lo que haga yo, arrastrándose hacia ti como la bruma a la orilla de un río en una noche húmeda y fría. Pero yo puedo retrasar ese momento. Durante años y años. Pasará mucho tiempo antes de que tengas que enfrentarte a lo Oscuro. A las sombras. ¡A la nada! ¿Qué dices, muchacho? Estoy apresada, condenada. ¡Pero tú me puedes ayudar!

Estaba asustado y de nuevo intenté despertarme. Pero de pronto las palabras me salieron de la boca, casi como si las pronunciara otra persona:

—Yo no creo que no haya nada después de la muerte —afirmé—. Tengo alma y, si vivo bien la vida, seguiré vivo de algún modo. Habrá algo. No creo en la nada. ¡No creo en eso!

—¡No, no! —rugió la Pesadilla—. ¡Tú no sabes lo que yo sé! ¡Tú no puedes ver lo que yo veo! Yo veo más allá de la muerte. Yo veo el vacío. La nada. ¡Lo conozco! Yo veo lo terrible que es no ser nada. ¡Nada en absoluto! ¡Nada en absoluto!

El corazón empezó a latirme más despacio, y de pronto me sentí muy tranquilo.

La Pesadilla seguía detrás de mí, pero en la cripta empezaba a hacer más calor. Sabía del dolor de la Pesadilla. Sabía por qué tenía que alimentarse de personas, de su sangre, de sus esperanzas y sus sueños...

—Yo tengo alma y seguiré vivo —repetí, con voz serena—. Esa es la diferencia. ¡Yo tengo alma, y tú no! ¡Para ti no hay nada después de la muerte, nada en absoluto!

De pronto, la cabeza me quedó aprisionada contra la pared más próxima de la cripta y oí un murmullo de rabia tras de mí; un murmullo que se convirtió en un terrible bramido.

—¡Necio! —gritó la Pesadilla. La voz inundó la cripta y resonó por los largos y oscuros túneles de las catacumbas. Me golpeó la cabeza de lado con violencia, rascándome la frente contra la dura y fría piedra. Por el rabillo del ojo izquierdo pude ver el tamaño de la enorme mano que me aferraba la cabeza. En vez de uñas, los dedos acababan en enormes espolones amarillos—. ¡Te he dado una oportunidad, pero ahora la has perdido para siempre! No obstante, hay otra persona que me puede ayudar. Así que si no puedo contar contigo, me las arreglaré con ella.

Me empujó hacia abajo, entre el montón de huesos de la esquina. Sentí cómo caía entre ellos. Iba hundiéndome cada vez más en una fosa sin fin llena de huesos. La vela estaba afuera, pero los huesos parecían brillar en la oscuridad: cráneos con rígidas muecas, cajas torácicas, fémures y húmeros, fragmentos de manos y dedos; y mientras tanto, el seco polvo de la muerte me iba cubriendo la cara, se me metía por la nariz y me llenaba la boca y la garganta hasta ahogarme; apenas podía respirar.

—¡Así es como sabe la muerte! —gritó la Pesadilla—. ¡Y ése en el aspecto que tiene!

Los huesos fueron desvaneciéndose, y al final no veía nada. Nada en absoluto. Estaba hundiéndome en la oscuridad, aterrado, pensando que la Pesadilla había conseguido matarme mientras dormía, pero me esforcé por despertar. De algún modo, la Pesadilla me había estado hablando en sueños, y yo sabía a quien estaría convenciendo a continuación para hacer aquello a lo que me había negado.

¡Alice!

Por fin conseguí despertarme, pero ya era demasiado tarde. Había una vela encendida a mi lado, pero no era más que un cabo. ¡Había dormido varias horas! La otra vela había desaparecido. ¡Y Alice también!

Me toqué el bolsillo y confirmé lo que ya me suponía Alice me había quitado la llave de la Puerta de Plata...

Cuando conseguí ponerme de pie, estaba mareado y me dolía la cabeza. Me toqué la frente con el dorso de la mano, y éste se me quedó cubierto de sangre. La Pesadilla me había hecho aquello mientras dormía. También podía leer la mente. ¿Cómo se puede derrotar a una criatura cuando sabe lo que quieres hacer antes de que puedas

moverte o abrir la boca? El Espectro tenía razón: esta criatura era lo más peligroso a lo que nos podíamos enfrentar.

Alice había dejado la trampilla abierta. Cogí la vela y bajé la escalera hasta las catacumbas sin perder un momento. Unos minutos más tarde, llegué al río, que parecía algo más profundo que antes. De hecho, el agua se arremolinaba y cubría tres de las nueve piedras, las que estaban justo en el centro, y la corriente me empujaba por las botas.

Crucé a toda prisa, con la esperanza de no llegar demasiado tarde. Pero cuando giré la esquina, vi a Alice sentada, recostada contra la pared. Tenía la mano izquierda apoyada en los adoquines y los dedos bañados de sangre.

¡Y la Puerta de Plata estaba abierta!

La quema

—¡Alice! —grité, mirando la puerta abierta. No podía creérmelo—. ¿Qué has hecho?

Alzó la vista para mirarme, con los ojos cubiertos de lágrimas.

La llave seguía en la cerradura. Preso de rabia, la cogí y volví a metérmela en el bolsillo del pantalón, metiéndola en lo hondo de las limaduras de hierro.

—¡Vamos! —grité, tan furioso que casi no podía hablar—. Tenemos que salir de aquí.

Le extendí la mano izquierda, pero no la tomó. Apoyó la que tenía cubierta de sangre contra el cuerpo y se quedó mirándola, gimiendo de dolor.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunté.

—No es grave —respondió—. Enseguida se pondrá bien. Ahora todo irá bien.

—No, Alice. Ahora todo el condado está en peligro, gracias a ti.

Le tiré suavemente de la mano sana y la guié por el túnel hasta el río. Al llegar a la orilla, se soltó, pero no le di importancia. Crucé a toda prisa. Hasta que no llegué al otro lado, no me giré para mirar a Alice; estaba allí, de pie, mirando al agua.

—¡Venga! —grité—. ¡Apresúrate!

—No puedo, Tom —respondió—. ¡No puedo cruzar!

Puse la vela en el suelo y volví a por ella. Se encogió, pero la agarré. Si se hubiera resistido, no habría tenido ninguna posibilidad, pero en cuanto mis manos la tocaron, el cuerpo de Alice se volvió lánguido y cayó sobre mí. Sin perder un segundo, doblé las rodillas y me la cargue al hombro, tal como había visto cargar una bruja al Espectro tiempo atrás.

Ya no tuve dudas. Si no podía cruzar una corriente de agua, Alice se había convertido en lo que el Espectro siempre había temido que sería. Su contacto con la Pesadilla había hecho que por fin se pasara a lo Oscuro.

Una parte de mí quería dejarla allí. Sabía que era lo que habría hecho el Espectro. Pero no podía. Suponía ir en contra de lo que haría él, pero no podía. Seguía siendo Alice, y habíamos pasado muchas cosas juntos.

Aunque pesaba muy poco, resultaba muy difícil pasar el río con ella a hombros, y me costó mantener el equilibrio por encima de las piedras. Para empeorar las cosas, en cuanto empecé a cruzar, Alice se puso a gemir como si la estuvieran atormentando.

Cuando por fin llegamos al otro lado, la puse en el suelo y recogí la vela.

—¡Vamos! —dije, pero ella se quedó allí, temblando, y tuve que cogerle la mano y tirar de ella hasta que llegamos a los escalones que llevaban a la bodega.

Ya en la bodega, puse la vela en el suelo y me senté en el borde de la vieja alfombra. Esta vez, Alice no se sentó. Se limitó a cruzar los brazos y se apoyó contra la pared. Ninguno de los dos habló. No había nada que decir, y yo estaba demasiado ocupado pensando.

Había dormido mucho, tanto antes del sueño como después. Eché un vistazo por la puerta de la bodega y vi que el sol se estaba poniendo. Esperaría otra media hora y me pondría en marcha. Deseaba desesperadamente ayudar al Espectro, pero sentí absolutamente impotente. Me dolía incluso pensar en lo que iba a pasarle, pero ¿qué podía hacer yo contra varias decenas de hombres armados? Y no iba a ir hasta la colina de las piras sólo para ver la quema. No podría soportarlo. No, iría a ver a mamá. Ella sabría qué hacer.

A lo mejor era el fin de mi vida como aprendiz de espectro. O quizá me sugiriera que fuera al norte de Caster y me buscara un nuevo maestro. Resultaba difícil adivinar qué me aconsejaría. Cuando consideré que era la hora, me saque la cadena de plata que me había atado debajo de la camisa y la volví a poner dentro de la bolsa del Espectro, junto a la gran capa. Tal como decía siempre mi padre: «El que guarda, halla». Así que también volví a guardar toda la sal y todo el hierro que pude sacarme de los pantalones en sus respectivos compartimentos en la bolsa.

—Vamos —le dije a Alice—. Te abriré la puerta.

Me puse la capa y, con la bolsa y el bastón en las manos, subí los escalones y usé la otra llave para abrir la puerta trasera. Una vez fuera, en el patio, la cerré de nuevo.

—Adiós, Alice —dije, dando media vuelta para irme.

—¿Qué? ¿No vas a venir conmigo, Tom?

—¿Adónde?

—A la quema, por supuesto, a ver al Inquisidor. Va a recibir su merecido. Va a responder por lo que le hizo a mi pobre tía y a Maggie.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Le di sangre a la Pesadilla —dijo, con los ojos bien abiertos—. Pasé los dedos por la reja, y me chupó la sangre por debajo de las uñas. Puede que no le gusten las chicas, pero sí su sangre. Tuvo lo que quería, así que ahora el trato está cerrado y tiene que cumplir su palabra. Tiene que hacer lo que yo quiera.

Alice tenía las uñas de la mano izquierda negras por la sangre seca. Asqueado, di media vuelta y abrí la puerta del patio, saliendo al callejón.

—¿Dónde vas, Tom? ¡Ahora no puedes irte! —gritó Alice.

—Me voy a casa, a hablar con mi madre —respondí sin volverme siquiera.

—Vuélvete a casa con mamá, si quieres. ¡No eres más que un niño de mamá, y siempre lo serás!

No había dado más que una docena de pasos cuando vino corriendo a mi lado.

—¡No te vayas, Tom! ¡Por favor, no te vayas! —imploró.

Seguí caminando. Ni siquiera me giré.

Cuando volvió a gritarme, tenía la voz llena de rabia. Pero más que de rabia, estaba llena de desesperación.

—¡No puedes marcharte, Tom! No te dejaré. Eres lo único que tengo. ¡Tienes que estar a mi lado!

Corrió hacia mí; me giré y la miré a la cara.

—No, Alice —dije—. No tengo que estar a tu lado. Yo tengo que estar con la luz, igual que tú estás en la oscuridad.

Se echó adelante y me agarró del brazo izquierdo muy fuerte. Sentí que sus uñas se me clavaban en la carne. Me estremecí de dolor, pero me quedé mirándola fijamente a los ojos.

—No sabes lo que has hecho.

—Sí, sí que lo sé, Tom. Sé exactamente lo que he hecho y un día me darás las gracias. Te preocupa mucho la Pesadilla, pero créeme, no es peor que el Inquisidor —dijo, soltándome el brazo—. Lo que he hecho, lo he hecho por todos nosotros, por ti, por mí e incluso por el viejo Gregory.

—La Pesadilla lo matará. Es lo primero que hará ahora que está libre.

—No, Tom, te equivocas. No es la Pesadilla la que quiere matar al viejo Gregory, sino el Inquisidor. Ahora mismo, la Pesadilla es su única esperanza de supervivencia. Y eso me lo debe a mí.

Me sentí confundido.

—Ven a ver, Tom, acompáñame y te lo enseñaré.

Sacudí la cabeza.

—Bueno, tanto si vienes como si no, igualmente lo haré.

—¿Qué harás?

—Voy a salvar a los prisioneros del Inquisidor. ¡A todos! ¡Y voy a enseñarle lo que es arder!

Miré de nuevo a Alice con dureza, pero ni siquiera parpadeó. Los ojos le brillaban de rabia; en aquel momento, sentí que incluso podría haber mirado al Espectro a los ojos, algo de lo que no solía ser capaz. Alice lo decía en serio, y me pareció que quizá la Pesadilla la obedecería y la ayudaría. Al fin y al cabo, habían establecido algún tipo de pacto.

Si había alguna posibilidad de salvar al Espectro, yo tenía que estar allí para ayudarlo a ponerse a salvo. No me sentía muy cómodo confiando en algo tan malvado como la Pesadilla pero ¿qué alternativa tenía? Alice se dirigió hacia la colina de las piras y, lentamente, empecé a seguirla.

Las calles estaban desiertas, y caminamos rápidamente, dirigiéndonos al sur.

—Será mejor que me libre de este bastón —le dije a Alice—. Puede delatarnos.

Ella asintió y señaló un viejo cobertizo.

—Déjalo ahí atrás —dijo—. Podemos recogerlo cuando volvamos.

Aún había algo de luz en el cielo, hacia el oeste, y se reflejaba en el río que serpenteaba bajo las cumbres de Wortham. Yo no podía apartar la vista de la colina de las piras. La parte baja de la ladera estaba cubierta de árboles que empezaban a perder las hojas, pero arriba sólo había hierba y maleza.

Dejamos atrás la última de las casas y nos unimos a una multitud que cruzaba el estrecho puente de piedra sobre el río, avanzando lentamente en aquel ambiente húmedo y sin brisa. En la orilla del río había una bruma blanca, pero enseguida la dejamos abajo, al avanzar por entre los árboles, abriéndonos paso por entre montones de hojas húmedas y mohosas, hasta llegar a la cima de la colina. Ya se había congregado una gran multitud, y llegaba más gente por minutos. Había tres grandes montones de ramas listas para la quema; el mayor era el del centro. En medio de las piras se levantaban los gruesos postes de madera a los que atarían a las víctimas.

En lo alto de la colina, con las luces de la ciudad a nuestros pies, el aire era más fresco. El lugar estaba iluminado por antorchas fijadas a largas varas de madera que se balanceaban con la suave brisa del oeste. Pero había zonas oscuras, donde las caras de la gente quedaban a la sombra, y seguí a Alice hasta una de ellas para que pudiéramos observar lo que sucedía sin dejarnos ver.

Una docena de hombres corpulentos montaban guardia de espaldas a las piras. Llevaban capuchas negras con estrechas ranuras para los ojos y las bocas. En las manos llevaban porras y parecían dispuestos a usarlas. Eran los ayudantes del verdugo, que colaborarían con el Inquisidor en la quema y, en caso necesario, mantendrían a la multitud a raya.

No estaba seguro de cómo se comportaría la gente. ¿Valía la pena esperar que hicieran algo? Cualquiera pariente o amigo de los condenados querría salvarlos, pero no estaba seguro de si habría suficientes como para intentar un rescate. Desde luego, tal como había dicho el hermano Peter, a mucha gente le encantaban las quemas. Muchos habían venido por el entretenimiento que suponía.

En cuanto se me cruzó aquella idea por la cabeza, oí a lo lejos el repicar continuo de los tambores.

«Quemad, quemad, quemad a las brujas», parecían decir.

Al oír aquello, la multitud empezó a murmurar, y sus voces crecieron hasta convertirse en un rugido que se transformó en abucheos y silbidos. Se acercaba el Inquisidor, cabalgando en lo alto de su gran caballo blanco, y tras él traqueteaba el carro descubierto con los prisioneros. A los lados y detrás del carro cabalgaban otros jinetes armados con espadas al cinto. Tras ellos, a pie, una docena de tamborileros

caminaban con aire arrogante, tocando los tambores con toda ceremonia.

«Quemad, quemad, quemad a las brujas.»

De pronto, la situación me pareció desesperada. Algunas personas situadas en primera fila empezaron a tirar frutas podridas a los prisioneros, pero los guardas de los flancos, temiéndose probablemente que pudieran alcanzarlos a ellos por error, sacaron sus espadas y se lanzaron directamente hacia ellas, obligándolas a mezclarse de nuevo con la multitud y haciendo retroceder a toda la masa de gente.

El carro se acercó y se detuvo y, por primera vez, pude ver al Espectro. Algunos de los prisioneros estaban de rodillas, rezando. Otros estaban gimiendo o arrancándose los cabellos, pero mi maestro estaba erguido y miraba hacia delante, con un aspecto demacrado y fatigado, y la misma mirada perdida, como si aun no comprendiera lo que le estaba ocurriendo. Tenía un nuevo cardenal en la frente, sobre el ojo izquierdo, y el labio superior partido e hinchado: evidentemente, le habían dado otra paliza.

Un sacerdote avanzó con un pergamino en la mano derecha, y el ritmo de los tambores cambió. Se convirtió en un repiqueteo grave que fue aumentando de volumen y de pronto se detuvo, momento en que el sacerdote empezó a leer.

—¡Pueblo de Priestown, oíd esto! Estamos aquí reunidos para presenciar la ejecución en la hoguera de diez brujas y un brujo condenados por la ley, estos pecadores que tenéis ante vuestros ojos. ¡Rogad por sus almas! Rezad para que, a través del dolor, lleguen a comprender sus errores. Rezad para que supliquen perdón a Dios y se rediman así sus almas inmortales.»

Se oyó otro redoble de tambores. El sacerdote aún no había acabado y, cuando volvió a hacerse el silencio, siguió leyendo.

—«Nuestro gran protector, el Alto Inquisidor, desea que esto sirva de lección a otros que puedan verse tentados a seguir el camino de lo Oscuro. ¡Observad cómo arden estos pecadores! Ved cómo se quiebran sus huesos y se funde su grasa como sebo de vela. ¡Oíd sus gritos y recordad que esto no es nada! ¡Nada comparado con las llamas del infierno! ¡Nada comparado con el tormento eterno que espera a los que no buscan el perdón!»

La multitud se quedó en silencio tras aquellas palabras. Quizás fuera el miedo al infierno mencionado por el sacerdote, pero pensé que era más probable que fuera otra cosa. Sería lo mismo que me asustaba a mí: quedarse ahí para ver el horrible espectáculo que estaba a punto de empezar; darse cuenta de cómo se prendía fuego a personas de carne y hueso para que sufrieran una agonía indescriptible.

Dos de los hombres encapuchados se adelantaron y sacaron violentamente del carro a la primera prisionera: una mujer con una larga y tupida melena gris que le caía sobre los hombros, llegándole casi a la cintura. Mientras la arrastraban hacia la pira más cercana, empezó a escupir y a emitir maldiciones, luchando desesperadamente

por librarse. Parte del público se reía y la jaleaba, insultándola, pero de pronto consiguió liberarse y empezó a correr hacia la oscuridad. Antes de que los guardas pudieran dar un paso tras de ella, el Inquisidor los adelantó al galope, salpicando barro al golpear las pezuñas del caballo contra el terreno blando. Agarró a la mujer por el pelo, retorciendo los dedos entre la melena y cerrando el puño. Entonces tiró de ella hacia arriba con tal violencia que la espalda de la mujer se arqueó y sus pies casi se separaron del suelo. Soltó un grito agudo y ahogado; el Inquisidor la arrastró hacia los guardas, y éstos la ataron rápidamente a uno de los postes al borde de la pira de mayor tamaño. Su destino estaba sellado.

El corazón me dio un vuelco cuando vi que el Espectro era el siguiente prisionero que sacaban del carro. Lo llevaron hacia la pira mayor y lo ataron al poste central, pero no se resistió lo más mínimo. Seguía teniendo aquel aspecto perplejo. Recordé una vez más cuando me había dicho que la muerte en la hoguera era una de las más dolorosas imaginables y que no le parecía bien hacer aquello con una bruja. Verlo allí, atado, esperando su destino, me resultaba insufrible. Algunos de los hombres del Inquisidor llevaban antorchas, y los imagine encendiendo las piras, cuyas llamas llegarían hasta el Espectro. Era un pensamiento insoportable, y el rostro se me empezó a cubrir de lágrimas.

Intenté recordar lo que había dicho mi maestro acerca de que alguien o algo observaba lo que hacíamos. Si seguías una vida recta, decía, en tus momentos de necesidad acudirá a tu lado y te dará fuerzas. Bueno, él había seguido una vida recta y había hecho todo lo que se suponía que hacía mejor. Así pues se merecía algo, ¿no?

Si yo procediera de una familia que fuera a la iglesia y rezara más, en aquel momento habría rezado. No tenía el hábito y no sabía cómo hacerlo, pero sin darme cuenta murmuré algo para mis adentros. No pretendía que fuera una oración, pero supongo que sí lo era.

—Ayúdale, por favor —susurré—. Por favor, ayúdale.

De pronto, el vello de la nuca se me empezó a erizar y sentí un frío muy intenso. Algo oscuro se acercaba. Algo fuerte y muy peligroso. Oí que Alice daba un respingo y soltaba un profundo gruñido, e inmediatamente empecé a verla todo negro; de forma que, cuando intenté acercarme a ella, no veía a un palmo de distancia. El murmullo de la multitud fue desapareciendo a lo lejos, y todo se quedó inmóvil y en silencio. Me sentí apartado del resto del mundo, solo en la oscuridad.

Sabía que había llegado la Pesadilla. No veía nada, pero la notaba cerca, un enorme espíritu oscuro, un gran peso que amenazaba con aplastarme y quitarme la vida. Estaba aterrizado, por mí y por toda la gente inocente reunida en aquel lugar pero no podía hacer nada más que esperar en la oscuridad hasta que acabara todo.

Cuando recuperé la vista, vi que Alice avanzaba. Antes de que pudiera detenerla, salió de entre las sombras y se dirigió directamente hacia el Espectro y los dos

verdugos de la pira central. El Inquisidor estaba cerca, observando. Cuando Alice se acercó, vi cómo giraba su caballo hacia ella y lo espoleaba, acercándose a medio galope. Por un momento pensé que iba a arrollarla, pero detuvo el animal tan cerca que Alice podría haberle tocado el morro levantando la mano.

En su cara apareció una cruel sonrisa, y supe que la había reconocido como uno de sus prisioneros fugados. Lo que hizo Alice a continuación nunca lo olvidaré.

En el silencio que se había hecho de pronto, levantó las manos hacia el Inquisidor, señalándolo con ambos dedos índice. Entonces soltó una larga y sonora carcajada que resonó por toda la colina. El vello de la nuca se me volvió a erizar. Era una carcajada de triunfo y de desafío, y pensé en lo curioso que era que el Inquisidor se dispusiera a quemar a toda aquella gente acusada en falso, todos inocentes, mientras que frente a él tenía a una bruja de verdad, libre y con poderes reales.

A continuación Alice empezó a dar vueltas sobre sus talones, con los brazos extendidos horizontalmente. En el morro y la cabeza del semental blanco del Inquisidor empezaron a aparecer unas manchas oscuras. Al principio me extrañé y no entendí lo que sucedía. Pero luego el caballo gimió de miedo y se echó atrás, sobre sus cuartos traseros. Entonces vi las gotas de sangre que salían volando de la mano izquierda de Alice; sangre de la que se acababa de alimentar la Pesadilla.

De pronto, se levantó un viento terrible, hubo un relámpago cegador y resonó un trueno tan fuerte que me dolieron los oídos. Me encontré postrado de rodillas y oía los gritos y los gemidos de la gente. Miré atrás, hacia Alice, y vi que seguía girando en un remolino cada vez más rápido. El caballo

Estalló otro relámpago y, de pronto, el borde de la pira se encendió. Las llamas iban ascendiendo, y el Inquisidor estaba de rodillas, rodeado por el fuego. Algunos de los guardias salieron corriendo en su auxilio, pero la multitud también avanzó y derribó a uno de los guardas de su caballo. Al cabo de unos momentos, había estallado una insurrección de gran envergadura. Por todas partes había gente forcejeando y luchando. Otros corrían huyendo de allí, y el aire se llenó de gritos y chillidos,

Dejé caer la bolsa y corrí hacia mi maestro, ya que las llamas avanzaban a gran velocidad y amenazaban con engullirlo. Sin pensarlo, me lancé directamente hacia la pira, sintiendo el calor de las llamas, que ya estaban prendiendo en los trozos de madera más grandes.

Puse todo mi empeño en desatarlo, tanteando a ciegas los nudos. A mi izquierda un hombre intentaba liberar a la mujer de cabello gris que habían atado en primer lugar. Me entró el pánico porque no avanzaba. ¡Había demasiados nudos! ¡Estaban demasiado fuertes, y el calor iba en aumento!

De pronto, oí un grito triunfante a mi izquierda. El hombre había liberado a la mujer, y nada más mirarlos descubrí cómo: llevaba un cuchillo y había cortado las

cuerdas con facilidad. Se disponía a llevársela de allí cuando me lanzó una mirada. Sólo se oían gritos, chillidos y el crepitar de las llamas. Aunque le hubiera gritado, no me habría oído, de modo que me limité a extender la mano hacia él. Por un momento pareció dudar; se quedó mirándome la mano, pero por fin me lanzó el cuchillo.

Se quedó corto y cayó entre las llamas. Sin pensarlo siquiera, hundí la mano entre la leña ardiendo y lo recuperé. No tardé más que unos segundos en cortar las cuerdas.

Haber liberado al Espectro cuando estaba tan cerca de morir quemado me dio una gran sensación de alivio. Pero mi felicidad no duró mucho. Aún estábamos muy lejos de la salvación. Los hombres del Inquisidor estaban por todas partes, y era muy posible que nos vieran y nos apresaran. ¡Y esta vez arderíamos los dos! Tuve que sacarlo de la pira y llevarlo hacia la oscuridad, a algún lugar donde no nos pudieran ver. Me pareció que tardábamos una eternidad. Se apoyaba sobre mí y daba pequeños pasos vacilantes. Me acordé de su bolsa, así que nos dirigimos al lugar donde la había dejado. Esquivamos a los hombres del Inquisidor por pura suerte. De su jefe no había ni rastro, pero en la distancia veía hombres montados a caballo que atacaban con la espada a todo el que tenían cerca. En cualquier momento, uno de ellos podría cargar contra nosotros. Cada vez me costaba más avanzar; el peso del Espectro sobre mis hombros parecía aumentar, y además llevaba su bolsa en la mano derecha. Pero entonces alguien lo cogió del otro brazo, y avanzamos juntos hacia la oscuridad, bajo los árboles: hacia la salvación.

Era Alice.

—¡Lo he conseguido, Tom! ¡Lo he conseguido! —gritó, emocionada.

No sabía bien qué responder. Por supuesto, estaba contento, pero no podía aprobar sus métodos.

—¿Dónde está ahora la Pesadilla? —pregunté.

—Tú no te preocupes por eso, Tom. Yo sé cuándo se acerca, y ahora no la siento por aquí. Debe de haberle llevado un gran esfuerzo conseguir lo que acaba de hacer, así que supongo que habrá vuelto a la oscuridad durante un tiempo para recobrar las fuerzas.

No me gustó cómo sonaba aquello.

—¿Y el inquisidor? No he visto lo que le ha pasado. ¿Ha muerto?

Alice sacudió la cabeza.

—Se ha quemado las manos al caer, eso es todo. ¡Pero ahora sabe lo que se siente al quemarse!

Al oír aquello, de pronto me di cuenta de lo que me dolía la mano izquierda, la que sujetaba al Espectro. Miré hacia abajo y vi que tenía el dorso en carne viva y lleno de llagas. A cada paso que daba, el dolor parecía aumentar.

Cruzamos el puente entre una muchedumbre que avanzaba a empujones. Todos se dirigían al norte para alejarse de los disturbios y de lo que podía venir después. Muy

pronto los hombres del Inquisidor se reagruparían, dispuestos a recuperar a los prisioneros y castigar a cualquiera que hubiera tenido que ver con su fuga. Todo el que se interpusiera en su camino lo iba a pagar caro.

Mucho antes de que amaneciera, ya estábamos lejos de Priestown; pasamos las primeras horas del alba resguardados en un corral en ruinas, temiendo que los hombres del Inquisidor pudieran estar cerca de allí en busca de prisioneros fugados.

El Espectro no dijo una sola palabra cuando le hablé, ni si quiera después de que recogiera su bastón y se lo devolviera. Aún tenía la mirada ausente e inmóvil, como si su mente estuviera en un lugar completamente diferente. Empecé a preocuparme por la gravedad del golpe que tenía en la cabeza, lo cual no me daba más que una opción.

—Tenemos que llevarlo a la granja de mi familia —decidí—. Mi madre podrá ayudarme.

—Pero no le va a hacer mucha gracia verme a mí, ¿no crees? —replicó Alice—. Sobre todo cuando sepa lo que he hecho. Ni tampoco a ese hermano tuyo.

Asentí, aunque con un gesto de dolor por la mano. Alice tenía razón. Sería mejor que no viniera conmigo, pero la necesitaba para que me ayudara con el Espectro, que distaba mucho de aguantarse en pie por sí mismo.

—¿Qué pasa, Tom? —preguntó Alice. Se dio cuenta de lo que me pasaba en la mano y se acercó para echarle un vistazo—. Enseguida arreglaremos eso —añadió—. No tardare...

—¡No, Alice, es muy peligroso!

Pero antes de que pudiera detenerla, salió del corral. Diez minutos más tarde, estaba de vuelta con unos trocitos de corteza y las hojas de una planta que no reconocí. Mascó la corteza con los dientes hasta convertirla en pedacitos fibrosos.

—Enséñame la mano —ordenó.

—¿Qué es eso? —pregunté. No lo tenía claro, pero me dolía tanto la mano que obedecí.

Suavemente, fue colocando los trocitos de corteza sobre la quemadura y me envolvió la mano con las hojas. Luego se arrancó un hilo negro del vestido y lo usó para atarlas.

—Esto me lo enseñó Lizzie —explicó—. Enseguida te quitará el dolor.

Estaba a punto de protestar, pero casi inmediatamente el dolor empezó a desaparecer. Era un remedio que le había enseñado una bruja. Un remedio que funcionaba. El mundo tenía cosas bien curiosas. De algo malo podía salir algo bueno. Y no se trataba únicamente de mi mano. Gracias o Alice y a su pacto con lo Pesadilla, el Espectro se había salvado.

La historia de papá

Avistamos la granja a lo lejos una hora antes de la puesta de sol. Sabía que papá y Jack estarían empezando a ordeñar las vacas, así que era un buen momento para llegar. Necesitaba tener la ocasión de hablar con mamá a solas.

No había vuelto a casa desde la primavera, cuando aquella vieja bruja, Madre Malkin, había venido a visitar a mi familia. En aquella ocasión, gracias a la valentía de Alice habíamos conseguido vencerla, pero el incidente les había sentado muy mal a Jack y a Ellie, su esposa, y sabía que no les gustaría que me quedara tras el anochecer. Todo lo relacionado con los espectros les asustaba, y les preocupaba que pudiera pasarle algo a su bebé. Así que sólo quería ayudar al Espectro y reemprender la marcha lo antes posible.

También era consciente de que ponía en juego la vida de todos trayendo al Espectro y a Alice a la granja. Si los hombres del Inquisidor nos seguían, no tendrían ninguna compasión de los que dieran cobijo a una bruja y un espectro. No quería poner a mi familia en más peligro del necesario, así que decidí dejar a Alice y al Espectro fuera de los límites de la granja. Había una vieja cabaña de pastores en la granja vecina. No se usaba desde hacía años, así que ayudé a Alice a meter dentro al Espectro y le dije que me esperara allí. Después crucé el campo y me dirigí directamente hacia la valla que bordeaba nuestros terrenos.

Cuando abrí la puerta de la cocina, mamá estaba en su rincón de siempre, junto al fuego, sentada en su mecedora. La mecedora estaba inmóvil, y ella se me quedó mirando. Las cortinas ya estaban echadas, y en la palmatoria ardía una vela de cera de abeja.

—Siéntate, hijo —dijo con una voz baja y dulce—. Coge una silla y cuéntame todo.

No parecía en absoluto sorprendida de verme. Estaba acostumbrado a aquello. Muchas veces la gente acudía a mamá cuando las comadronas tenían problemas con un parto difícil, y ella siempre sabía cuando alguien la necesitaba, mucho antes de que el mensaje llegara a la granja. Percibía esas cosas, del mismo modo que había notado que llegaba yo. Mi madre tenía algo especial. Tenía un don que alguien como el Inquisidor querría destruir.

—Ha pasado algo malo, ¿verdad? —dijo mamá—. ¿Y qué te pasa en la mano?

—No es nada, mamá. Una quemadura. Alice me la ha curado. Ahora no me duele nada.

Mamá levantó las cejas al oír el nombre de Alice.

—Cuéntamelo, hijo.

Asentí y noté un nudo en la garganta. Lo intenté tres veces y por fin conseguí emitir la primera frase. Cuando conseguí hablar, me salió todo seguido.

—Casi quemaron al señor Gregory, mamá. El Inquisidor lo atrapó en Priestown. Hemos huido, pero nos persiguen, y el Espectro no está bien. Necesita ayuda. Todos la necesitamos.

Las lágrimas empezaron a caerme por las mejillas al tener que admitir lo que más me molestaba de todo aquello. La razón principal por la que no había querido ir a la colina de las piras era el miedo. Me había dado miedo que me atraparan y me quemaran también a mí.

—¿Y qué se os había perdido en Priestown?

—El hermano del señor Gregory había muerto, y su funeral era allí. Teníamos que ir.

—No me lo estás contando todo —observó mi madre—. ¿Cómo escapasteis del Inquisidor?

Yo no quería que mamá supiera lo que había hecho Alice. Ella había intentado ayudarla una vez, y no quería que supiera que había acabado recurriendo a lo Oscuro, tal como había temido siempre el Espectro. Pero no tenía elección. Le conté toda la historia. Cuando acabé, mamá suspiró con fuerza.

—Lo tenemos mal, muy mal —sentenció—. La Pesadilla suelta, no puede traer nada bueno a nadie en el condado. Y una joven bruja presa de su voluntad... Bueno, temo por todos nosotros. Pero tendremos que hacer lo que podamos. No hay otro remedio. Cogeré mi bolsa, y veremos qué puedo hacer por el pobre señor Gregory.

—Gracias, mamá —respondí. Entonces me di cuenta de que no había hecho más que hablar de mis problemas—. ¿Y cómo van por aquí las cosas? ¿Cómo está el bebé de Ellie? —pregunté.

Mamá sonrió, pero detecté un rastro de tristeza en sus ojos.

—Bueno, el bebé está muy bien, y Ellie y Jack son más felices que nunca. Pero yo también tengo malas noticias para ti, hijo —añadió, tocándome el brazo suavemente—. Se trata de tu padre. Ha estado muy enfermo.

Me puse en pie, sin poder creer lo que me estaba diciendo. La expresión de su rostro me dijo que no bromeaba.

—Siéntate, hijo, y escucha atentamente para no hacerte una idea equivocada. Es grave, pero podía haber sido mucho peor. Empezó como un fuerte resfriado, pero se le pasó al pecho y se convirtió en neumonía, y casi lo perdemos. Ahora está curándose, espero, pero tendrá que abrigarse bien este invierno, Me temo que ya no podrá hacer gran cosa en la granja. Jack tendrá que arreglárselas sin él.

—Yo podría colaborar, mamá.

—No, hijo. Tú tienes tu propio trabajo. Con la Pesadilla en libertad y tu maestro debilitado, el condado te necesita más que nunca. Déjame subir a mí primero y decirle a tu padre que estás aquí. Y yo no le diría nada de los problemas que has tenido. No queremos darle malas noticias ni sobresaltos. Eso que dará entre nosotros.

Esperé en la cocina, pero un par de minutos más tarde mamá volvió a bajar con su bolsa.

—Sube a ver a tu padre mientras yo voy a ver a tu maestro. Estará contento de que hayas vuelto, pero no le hagas hablar demasiado. Aún está muy débil.

Papá estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en varias almohadas. Cuando entré en la habitación, me sonrió débilmente. Estaba ojeroso y tenía un aspecto fatigado, con una barba gris de tres días que le hacía parecer mucho más viejo.

—Qué agradable sorpresa, Tom. Siéntate —dijo, señalando con la cabeza la silla que tenía junto a la cama.

—Lo siento —me excusé—. Si hubiera sabido que estabas enfermo, habría venido antes a verte.

Papá levantó la mano como para decir que no importaba. Entonces empezó a toser violentamente. Se suponía que estaba mejorando, así que no quería imaginarme cómo sonaría aquella tos tiempo atrás. La habitación olía a enfermedad. Era algo que nunca se huele al aire libre; algo que sólo flota en el ambiente de las habitaciones de los enfermos.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó cuando por fin dejó de toser.

—No va mal. Me voy acostumbrando y ahora me gusta más que trabajar en la granja —respondí, apartando de mi pensamiento todo lo que había sucedido.

—La granja te parece aburrida, ¿eh? —preguntó con una leve sonrisa—. Yo tampoco he sido siempre granjero.

Asentí con la cabeza. En su juventud, papá había sido marino. Tenía un montón de anécdotas sobre los lugares que había visitado. Eran historias de gran riqueza, llenas de colores y emociones. Sus ojos siempre brillaban, con la mirada perdida, cuando recordaba aquellos días. Quería ver de nuevo aquella chispa de vida en ellos.

—Papá, cuéntame una de tus historias. Aquélla sobre la ballena enorme.

Se calló un momento y me tomó de la mano, acercándose hacia él.

—Creo que hay una historia que tengo que contarte antes de que sea demasiado tarde.

—No digas tonterías, papá —protesté, sorprendido por el giro que había dado la conversación.

—No, Tom, espero ver otra primavera y otro verano, pero no creo que dure mucho en este mundo. Últimamente he estado pensando mucho y creo que es hora de

que te cuente lo que sé. No esperaba verte en un tiempo, pero ahora estás aquí y quién sabe cuándo volveré a verte. —Hizo una pausa y prosiguió—: Es sobre tu madre; sobre cómo nos conocimos y todo eso.

—Verás muchas primaveras más, papá —dije, pero estaba sorprendido. De todas las historias maravillosas de mi padre, había una que nunca había contado: cómo había conocido a mamá. Siempre nos había parecido que no quería hablar de ello. O cambiaba de tema o nos decía que se lo preguntáramos a ella. Nunca lo hicimos. Cuando eres niño, hay cosas que no entiendes pero que no preguntas. Sabes que tu padre y tu madre no quieren contártelas. Pero aquel día era diferente.

Sacudió la cabeza con gesto preocupado y luego la bajó, como si tuviera una gran carga sobre los hombros. Cuando volvió a levantarla, aquella leve sonrisa había vuelto a su cara.

—No estoy seguro de que me dé las gracias por contártelo, así que esto debe quedar entre nosotros. Tampoco se lo voy a contar a tus hermanos, y te pido que tampoco lo hagas tú. Pero creo que con tu trabajo, y al ser el séptimo hijo de un séptimo hijo..., bueno...

Hizo otra pausa y cerró los ojos. Me quedé mirándolo fijamente y sentí una oleada de tristeza al ver su aspecto tan viejo y tan enfermo. Abrió los ojos de nuevo y empezó a hablar.

—Atracamos en un pequeño puerto para cargar agua —dijo, iniciando su relato como si tuviera que darse prisa, antes de que cambiara de opinión—. Era un lugar solitario al pie de unos altos acantilados, en el que no había más que la casa del práctico y unas cuantas casas de pescadores, hechas de piedra blanca. Habíamos estado navegando durante semanas, y el capitán que era un buen hombre, dijo que nos merecíamos un descanso. Así que nos dio permiso a todos para ir a tierra. Hicimos dos turnos, y a mí me tocó el segundo, que empezaba entrada la noche.

»Éramos una docena de hombres y cuando por fin llegamos a la taberna más cercana, que estaba en el extremo del pueblo, casi a medio camino de la cumbre de una montaña, estaba a punto de cerrar. Así que bebimos rápido, echándonos licores fuertes por el gaznate como si el mundo se fuera a acabar, y nos compramos un botellón de vino tinto cada uno para bebérselo de camino al barco.

»Debí de beber demasiado, porque me desperté solo, al borde del escarpado camino que llevaba al puerto. El sol estaba a punto de salir, pero no me preocupaba demasiado porque no zarpábamos hasta el mediodía. Me puse en pie y me sacudí el polvo. Entonces oí unos sollozos lejanos.

»Me quedé escuchando casi un minuto antes de decidirme. Parecía una mujer, pero ¿cómo iba a estar seguro? Se oye todo tipo de historias extrañas de criaturas que atacan a los viajeros. Yo estaba solo y no me importa confesarte que estaba asustado, pero si no hubiera ido a ver quién lloraba, nunca habría conocido a tu madre y ahora

tú no estarías aquí.

»Trepé la escarpada ladera y me arrastré por el otro lado hasta llegar al borde de un acantilado. Era un acantilado alto; las olas chocaban contra la base, y desde allí veía mi barco anclado en la bahía, tan pequeño que parecía como si me cupiera en la palma de la mano.

»Del acantilado sobresalía una roca estrecha, como un diente de rata, y una chica joven estaba sentada con la espalda hacia el saliente, de cara al mar. Estaba encadenada a la roca. No sólo eso, sino que estaba desnuda como el día en que vino al mundo.

Al decir aquellas palabras, papá se ruborizó tanto que se puso rojo como un tomate.

—Intentó decirme algo. Algo que la tenía atemorizada. Algo mucho peor que estar encadenada a la roca. Pero hablaba en su idioma, y yo no entendía una palabra. Aún no lo entiendo, pero a ti te lo ha enseñado bastante bien. ¿Sabes que eres el único a quien se ha molestado en enseñárselo? Es buena madre, pero a ninguno de tus hermanos les ha enseñado una palabra de griego.

Asentí con la cabeza. A algunos de mis hermanos aquello nunca les había hecho gracia, especialmente a Jack, y aquello a veces me había complicado la vida.

—No, no podía explicármelo con palabras, pero había algo en el mar que la tenía aterrorizada. No se me ocurría que pudiera ser, pero entonces el sol asomó por el horizonte y ella gritó.

»Me la quedé mirando, pero no podía creer lo que veía: empezaron a salirle pequeñas llagas en la piel hasta que, en menos de un minuto, quedó cubierta de úlceras. Lo que le daba miedo era el sol. Incluso ahora, como habrás observado, le cuesta soportar incluso el sol del condado, pero el sol de aquellas tierras era feroz y, sin ayuda, habría muerto.

Hizo una pausa para tomar aliento, y pensé en mamá. Siempre había sabido que evitaba la luz del sol, pero era algo que nunca me había planteado.

—¿Qué podía hacer? —prosiguió papá—. Tenía que pensar rápido, así que me quité la camisa y la tapé con ella. Pero no bastaba, así que no tuve más remedio que usar también los pantalones. Entonces me puse en cuclillas frente a ella, con el sol a la espalda, de modo que mi sombra la protegiera de la luz abrasadora.

»Estuve así hasta entrada la tarde, cuando el sol por fin se movió y se ocultó tras la colina. Para entonces mi barco ya había zarpado, dejándome en tierra, y tenía la espalda quemada pero tu madre estaba viva y las llagas ya habían desaparecido. Intenté liberarla de la cadena, pero quienquiera que la hubiera atado sabía aún más de nudos que yo, y eso que yo era marinero. Cuando por fin lo conseguí, observé algo tan cruel que apenas me lo podía creer. Quiero decir que tu madre es una buena mujer, así que ¿quién podía haber hecho algo así? ¿Y a una mujer?

—¿Qué era, papá? ¿Qué le habían hecho? —pregunté. Cuando lo miré a la cara, tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

—Le habían clavado la mano a la roca. Era un clavo grueso, con la cabeza ancha, y no tenía ni idea de cómo iba a liberarle la mano sin hacerle aún más daño. Pero ella se limitó a sonreír y tiró de la mano, arrancándola del clavo, que se quedó en la roca. El suelo empezó a encharcarse con la sangre que le manaba de la mano, pero ella se levantó y caminó hacia mí como si nada.

»Di un paso atrás y casi me caigo por el acantilado, pero ella me puso la mano derecha en el hombro para cogerme y entonces nos besamos. Yo era marino y visitaba decenas de puertos cada año, así que había besado a unas cuantas mujeres hasta entonces, pero normalmente era de noche y solía estar atontado con la cantidad de cerveza que llevaba dentro, a veces incluso estaba a punto de desmayarme. Nunca había besado a una mujer estando sobrio y desde luego nunca lo había hecho a plena luz del día. No sé por qué, pero inmediatamente supe que era la mujer de mi vida. La mujer con la que pasaría el resto de mis días.

Empezó a toser de nuevo y estuvo así un buen rato. Cuando acabó, se quedó sin aliento y tardó un par de minutos en reemprender el relato. Debería haberle dejado descansar, pero sabía que quizá no tuviera otra oportunidad. La mente me iba como loca.

Algunas cosas de la historia de papá me recordaban lo que había escrito el Espectro sobre Meg. También estaba encadenada cuando la liberó, ella besó al Espectro del mismo modo que mamá había besado a papá. Me planteé si la cadena sería de plata, pero no podía preguntárselo. Si papá hubiera querido que lo supiera, me lo habría dicho.

—¿Qué pasó después, papá? ¿Cómo conseguiste volver a casa?

—Tu madre tenía dinero, hijo. Vivía sola en una gran casa con un jardín rodeado por un alto muro. Estaba a poco más de un kilómetro de donde la encontré, así que fuimos a la casa y allí nos quedamos. Su mano se curó enseguida y no le quedó ni la mínima cicatriz, y yo le enseñé nuestro idioma. O, a decir verdad, ella me enseñó cómo enseñárselo. Yo señalaba los objetos y decía su nombre en voz alta. Cuando ella repetía lo que yo había dicho, yo asentía para indicar que lo había dicho bien. Con una vez por cada palabra le bastaba. Tu madre es lista, hijo. Muy lista. Es una mujer inteligente y nunca se le olvida nada.

»Me quedé en aquella casa varias semanas y estaba a gusto, a excepción de alguna noche en que venían sus hermanas a visitarla. Eran dos, altas y de aspecto agresivo, y solían hacer una hoguera detrás de la casa. Se quedaban allí hasta la madrugada, hablando con mamá. A veces las tres bailaban alrededor del fuego; otras veces jugaban a dados. Pero cada vez que venían, había peleas, y con el tiempo fueron cada vez peores.

»Sabía que tenía que ver conmigo, porque sus hermanas me miraban por la ventana con rabia en los ojos y tu madre me hacía señas para que volviera a la habitación. No, no les gustaba mucho, y aquélla fue la razón principal por la que dejamos la casa y volvimos al condado.

»Había partido como mano de obra, como un marinero raso, pero volví como un caballero. Tu madre pagó nuestros pasajes y tuvimos un camarote propio. Entonces compró esta granja y nos casamos en la pequeña iglesia de Mellor, donde están enterrados mi madre y mi padre. Tu madre no cree lo que nosotros creemos, pero lo hizo por mí, para que los vecinos no hablaran; y antes de que acabara el año, ya había nacido tu hermano Jack. He tenido una buena vida, hijo, y la mejor parte empezó el día en que conocí a tu madre. Pero te digo esto porque quiero que lo entiendas. ¿Te das cuenta de que un día cuando yo me vaya, ella volverá a su casa, al lugar al que pertenece?

Cuando papá dijo aquello, me quedé con la boca abierta de asombro.

—¿Y su familia? —pregunté—. ¿Acaso querrá separarse de sus nietos?

Papá sacudió la cabeza con un gesto triste.

—No creo que tenga elección, hijo. Una vez me dijo que tiene allí lo que ella llama «un trabajo pendiente». No sé lo que es, y nunca me contó por qué la habían atado a aquella roca para que muriera. Tiene su propio mundo y su propia vida y cuando llegue la hora, volverá, así que no se lo pongas difícil. Mírame, hijo. ¿Qué ves?

Yo no sabía qué decir.

—Lo que ves es un viejo al que no le queda mucho por vivir. Veo la realidad cada vez que me miro al espejo, así que no intentes decirme que me equivoco. En cuanto a tu madre, aún está en la flor de la vida. Puede que no sea la niña que fue en otro tiempo, pero aún le quedan muchos años por delante. Si no hubiera sido por lo que hice aquel día, tu madre nunca se habría fijado en mí. Se merece su libertad, así que deja que se vaya con una sonrisa. ¿Lo harás, hijo?

Asentí y me quedé a su lado hasta que se calmó y se durmió.

La cadena de plata

Cuando bajé, mamá ya había vuelto. Estaba ansioso por preguntarle cómo estaba el Espectro y qué le había hecho, pero no tuve ocasión. Por la ventana de la cocina vi a Jack cruzando el patio con Ellie, que llevaba al bebé en brazos.

—He hecho lo que he podido por tu maestro, hijo —susurró mamá justo antes de que Jack abriera la puerta—. Hablaremos después de cenar.

Por un momento, Jack se quedó en el umbral, mirándome con una expresión en la cara que combinaba diversos estados de ánimo. Por fin sonrió, entró y me pasó el brazo sobre los hombros.

—Me alegro de verte, Tom.

—Pasaba por aquí de camino a Chipenden —respondí—. Pensé que podía pasar a ver cómo estabais. De haber sabido que papá había estado tan enfermo, habría venido antes.

—Ya se está curando —dijo Jack—. Eso es lo importante.

—Oh, sí, Tom, ahora está mucho mejor —coincidió Ellie—. En unas semanas estará como nuevo.

Observé que la expresión de tristeza en la cara de mi madre no decía eso. Lo cierto era que papá tendría suerte si llegaba a la primavera. Ella lo sabía, y yo también.

En la cena todo el mundo parecía estar apagado. Yo no sabía si era mi presencia o la enfermedad de papá lo que hacía que todos estuvieran tan callados, pero durante la comida Jack apenas me miró, y cuando lo hizo, fue para hacer algún comentario sarcástico.

—Estás pálido, Tom. Debe de ser por ir siempre escondiéndote entre las sombras. No puede ser bueno.

—¡No seas cruel, Jack! —le regañó Ellie—. ¿Cómo has visto a nuestra Mary, Tom? La bautizamos el mes pasado. Ha crecido bastante desde la última vez que la viste, ¿no?

Sonreí y asentí con la cabeza. Estaba asombrado de ver lo mucho que había crecido la niña. Había pasado de ser un bebé diminuto con la cara roja y arrugada a una niña regordeta de piernas robustas y una expresión atenta. Parecía estar a punto de saltar del regazo de Ellie y ponerse a gatear por el suelo de la cocina.

No tenía mucha hambre, pero en el momento en que mamá me sirvió una gran ración de humeante estofado en el plato, me lo comí de un tirón.

En cuanto acabamos, sonrió a Jack y a Ellie y les dijo:

—Tengo algo que discutir con Tom. ¿Por qué no subís y os acostáis pronto por una vez? Y no te preocupes por los platos, Ellie. Yo los fregaré.

Aún quedaba algo de estofado en la bandeja, y observé que los ojos de Jack saltaban de la bandeja a mamá y viceversa. Pero Ellie se levantó, y Jack la imitó lentamente. Era evidente que no estaba contento.

—Creo que primero sacaré los perros y daré una vuelta a la valla con ellos —dijo—. Anoche había un zorro por ahí.

En cuanto salieron de la sala, solté la pregunta que me quemaba dentro.

—¿Cómo está, mamá? ¿Se va a poner bien el señor Gregory?

—He hecho por él lo que he podido. Pero las lesiones en la cabeza suelen salir por algún lado. El tiempo lo dirá. Creo que cuanto antes lo puedas llevar a Chipenden, mejor. A mí no me importa que esté aquí, pero tengo que respetar los deseos de Jack y Ellie.

Asentí y me quedé mirando la mesa, entristecido.

—¿Quieres repetir, Tom?

No tuvo que preguntármelo dos veces. Mamá sonreía viéndome comer.

—Subiré un momento a ver cómo está tu padre.

Volvió a bajar enseguida.

—Está bien. Ha vuelto a dormirse.

Se sentó frente a mí y me observó mientras comía, con expresión grave.

—Esas heridas que le he visto a Alice en los dedos... ¿Es ahí de donde le chupó la sangre la Pesadilla ?

Respondí que sí con la cabeza.

—¿Confías en ella, después de todo lo que ha pasado? —preguntó de pronto.

Me encogí de hombros.

—No sé qué hacer. Ha cruzado la frontera de lo Oscuro, pero sin ella el Espectro y muchas otras personas inocentes habrían muerto.

Mamá suspiró.

—Es un asunto complicado, y no estoy segura de que la respuesta esté clara todavía. Ojalá pudiera ir contigo y ayudarte a llevar a tu maestro de vuelta a Chipenden, porque no será un viaje fácil, pero no puedo dejar a tu padre. Si no lo cuido, podría sufrir una recaída, y no puedo arriesgarme a que eso ocurra.

Apuré el plato con un trozo de pan y eché la silla atrás.

—Creo que será mejor que me vaya, mamá. Cuanto más tiempo pase aquí, mayor es el riesgo que corréis. El Inquisidor no nos dejará tranquilos sin perseguirnos. Y ahora que la Pesadilla está libre y se ha alimentado con la sangre de Alice, no puedo arriesgarme a atraerla hacia aquí.

—No corras tanto —respondió—. Te cortaré un poco de pan y jamón para el

camino.

—Gracias, mamá.

Se puso a cortar el pan mientras yo la observaba, deseando poder quedarme más. Estaría bien volver a casa, aunque sólo fuera por una noche.

—Tom, en tus clases sobre brujas, ¿te habló el señor Gregory de las que usan espíritus cómplices?

Asentí. Los diferentes tipos de brujas obtenían su poder de diferentes modos. Unas usaban la magia de los huesos; otras, la magia de la sangre; recientemente me había hablado de un tercer tipo, aún más peligroso. Esas brujas usaban «espíritus cómplices». Le daban su sangre a alguna criatura —podía ser un gato, o un sapo o incluso un murciélago— y, a cambio, ésta se convertía en sus ojos y sus oídos y hacía su voluntad. A veces adquirirían tanto poder que las brujas caían en su poder y perdían toda capacidad de decisión.

—Bueno, eso es lo que Alice se cree que está haciendo ahora, Tom: usar un espíritu cómplice. Ha hecho un pacto con esa criatura y la está utilizando para conseguir lo que quiere. Pero está jugando a un juego peligroso, hijo. Si no tiene cuidado, acabará perteneciendo a la Pesadilla y nunca podrás volver a confiar en ella. Por lo menos, no mientras viva la Pesadilla.

—El señor Gregory dijo que está ganando poder, mamá. Que muy pronto podrá recuperar su aspecto original. Yo la vi en las catacumbas; había adoptado el aspecto del Espectro e intentó engañarme. De modo que está claro que se ha fortalecido ahí abajo.

—Eso es cierto, pero lo que acaba de ocurrir le habrá supuesto un cierto retroceso. La Pesadilla habrá gastado mucha energía para salir volando del lugar en el que ha estado encerrada tanto tiempo, de forma que ahora mismo estará confundida y perdida. Probablemente seguirá en forma de espíritu, sin fuerzas para transformarse en una criatura de carne y hueso. Probablemente no recupere sus fuerzas del todo hasta que acabe el pacto de sangre con Alice.

—¿Puede ver a través de los ojos de Alice?

La idea me aterraba. Estaba a punto de ponerme en marcha con Alice a través de la oscuridad. Recordaba la sensación del peso de la Pesadilla sobre la cabeza y los hombros, la convicción de que iba a quedar aplastado y de que había llegado mi última hora. A lo mejor sería más seguro esperar hasta la luz del día...

—No, aún no. Ella le ha dado su sangre y su libertad. A cambio, le habrá prometido obedecerla tres veces, pero cada vez querrá más sangre. Después de habérsela dado en las piras de Wortham, Alice estará más débil y le costará cada vez más resistirse. Si le da sangre una vez más, la Pesadilla podrá ver por sus ojos. Y si pasa aún otra vez, quedará a su merced y la Pesadilla tendrá la fuerza necesaria para recuperar su forma original. Entonces nadie podrá hacer ya nada por salvar a Alice.

—Así pues, esté donde esté, ¿estará buscando a Alice?

—Lo hará, hijo, pero de momento, a menos que Alice la llame, las posibilidades que tiene de encontrarla son mínimas. Especialmente si Alice no se queda quieta. Si se queda un tiempo en algún lugar, la Pesadilla tendrá más posibilidades de encontrarla. Cada noche se irá haciendo un poco más fuerte, sobre todo si tiene la suerte de encontrar alguna otra víctima. Le vale cualquier tipo de sangre, animal o humana. Cualquiera que encuentre a solas en la oscuridad será una presa fácil. No le costará aterrorizarla y someterla. Con el tiempo encontrará a Alice, y a partir de ese momento se mantendrá cerca de ella en todo momento, excepto durante las horas de luz, en que probablemente se mantenga bajo tierra. Las criaturas de lo Oscuro raramente se aventuran a salir a la luz del sol. Pero con la Pesadilla libre y recuperándose, todo el condado debería tener miedo al caer la noche.

—¿Cómo empezó todo, mamá? El señor Gregory me dijo que el rey Heys, de los Pequeños, tuvo que sacrificar a sus hijos y entregárselos a la Pesadilla, pero que de algún modo el último hijo consiguió apresarla.

—Es una triste historia. Lo que les sucedió a los hijos del rey es terrible. Pero creo que es mejor que lo sepas para que entiendas a lo que te enfrentas. La Pesadilla vivía en los túmulos de Heysham, entre los huesos de los muertos. Primero se llevó al hijo mayor para usarlo como juguete, arrancándole los pensamientos y los sueños de la mente hasta que no le quedo más que sufrimiento y una profunda desesperación. Y así siguió, hijo tras hijo. ¡Piensa en cómo se debió de sentir el padre! Era rey y aun así no podía hacer nada.

Mamá suspiró con tristeza.

—Ninguno de los hijos de Heys sobrevivió más de un mes a aquel tormento. Tres de ellos se tiraron por los despeñaderos cercanos y murieron aplastados contra las rocas. Dos se negaron a comer y se consumieron. El sexto se echó a nadar mar adentro hasta que las fuerzas le fallaron y se ahogó; la marea de la primavera devolvió su cadáver a la orilla. Los seis fueron enterrados en tumbas de piedra talladas en la roca. En otra tumba descansa el cuerpo de su padre, que murió de tristeza poco después que sus seis hijos. Así que sólo Naze, el último de sus hijos, le sobrevivió.

»El rey también era un séptimo hijo, así que Naze era como tú y tenía el don. Era pequeño, incluso para su pueblo, y la sangre de sus antepasados le bullía en las venas. De algún modo, consiguió apresar a la Pesadilla, pero nadie sabe cómo, ni siquiera tu maestro. Después la criatura dio muerte a Naze allí mismo, aplastándolo contra las piedras. Años más tarde, como le recordaban su derrota, la Pesadilla rompió los huesos de Naze en pedacitos y los pasó por la Puerta de Plata, de modo que por fin pudieron enterrar como correspondía al hijo del rey. Sus restos están con los de sus hermanos, en las tumbas de piedra de Heysham; el lugar se llama así en honor al

antiguo rey.

Estuvimos un momento sin decirnos nada. Era algo duro de asumir.

—¿Y cómo podemos pararla ahora que está suelta, mamá? pregunté, rompiendo el silencio—. ¿Cómo podemos matarla?

—Deja eso en manos del señor Gregory, Tom. Tú ayúdale a volver a Chipenden y a ponerse en forma y recuperarse. Él sabrá lo que hay que hacer. Lo más fácil sería apresarla de nuevo, pero aun así seguiría siendo capaz de hacer el mal, cada vez más, como en los últimos años. Si pudo materializarse en carne antes, en la profundidad de las catacumbas, lo volverá a hacer; y en poco tiempo, a medida que aumente su fuerza, adoptará su forma natural, corrompiendo a todo Priestown y al condado. Así que, aunque estaríamos más seguros si estuviera apresada, no es una solución definitiva. Tu maestro tiene que descubrir cómo acabar con ella, por el bien de todos nosotros.

—Pero ¿y si no se recupera?

—Esperemos que lo haga, porque la labor es más grande de lo que quizá seas capaz de asumir de momento. Verás, hijo, allá donde vaya Alice, la usará para hacer daño a los demás, así que tu maestro no tendrá otra opción que la de meterla en una fosa.

Mamá parecía azorada. Entonces, de pronto hizo una pausa y se puso una mano en la frente y se apretó los ojos como si tuviera un repentino dolor de cabeza.

—¿Te encuentras bien, mamá?

Asintió y sonrió a duras penas.

—Siéntate un momento y espérate, hijo. Tengo que escribir una carta para que te la lleves.

—¿Una carta? ¿Para quién?

Me senté en una silla junto al fuego, observando las llamas mientras mamá escribía en la mesa. Me preguntaba qué estaría escribiendo. Cuando acabó, se sentó en su mecedora y me pasó el sobre. Estaba precintado y en el anverso tenía escrito «Para mi hijo menor, Thomas J. Ward».

Me quedé atónito. Me había imaginado que sería una cana para que el Espectro la leyera cuando se encontrara mejor,

—¿Por qué me escribes, mamá? ¿Por qué no me dices ahora lo que tienes que decirme?

—Porque todo lo que hacemos cambia las cosas, hijo —respondió mi madre, pasándome la mano suavemente sobre el brazo izquierdo—. Ver el futuro es peligroso, y comunicar lo que se ve es doblemente peligroso. Tu maestro debe seguir su camino. Debe encontrar sus propias soluciones. Todos tenemos nuestra propia voluntad. Pero nos acecha un tiempo de sombras, y debo hacer todo lo que esté en mi mano para evitar lo peor. No abras la carta hasta que te encuentres en un momento de

gran necesidad, cuando te parezca que no hay esperanza. Confía en tu instinto. Cuando llegue el momento, lo sabrás; aunque ruego por el bien de todos que nunca llegue. Hasta entonces, mantenla a buen recaudo.

Obedecí y me la metí en el bolsillo de la chaqueta.

—Ahora sígueme —añadió—. Tengo algo más para ti.

Por el tono de su voz y su extraño gesto, adiviné dónde nos dirigíamos. Y no me equivoqué. Con la palmatoria de latón en la mano, me condujo escaleras arriba, a su almacén privado, la habitación cerrada con llave que había justo debajo del desván. Allí no entraba nadie más que mamá. Ni siquiera papá. Yo había estado con ella un par de veces cuando era niño, pero apenas me acordaba.

Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. Entró y la seguí. La habitación estaba llena de cajas y cofres. Yo sabía que ella entraba allí una vez al mes. Lo que no podía imaginarme era lo que hacía dentro.

Mamá atravesó la habitación y se detuvo ante un gran arcón que había junto a la ventana. Entonces se me quedó mirando fijamente hasta que me sentí algo incómodo. Era mi madre y la quería, pero desde luego no me habría gustado ser su enemigo.

—Has sido aprendiz del señor Gregory casi seis meses, de modo que has tenido tiempo suficiente para ver las cosas por ti mismo. Y a estas alturas, las criaturas de lo Oscuro te han visto y te intentarán dar caza. Así que estás en peligro, hijo, y durante un tiempo ese peligro seguirá aumentando. Pero tú también estás creciendo. Estás creciendo a gran velocidad. Cada vez que respiras, cada latido de tu corazón te hace más fuerte, más valiente, mejor. John Gregory ha estado luchando contra lo Oscuro durante años, allanándote el camino. Y es que cuando seas un hombre, hijo mío, será la oscuridad la que esté amenazada, porque entonces serás tú el cazador, no la presa. Para eso le di la vida.

Me sonrió por primera vez desde que habíamos entrado en la habitación, pero era una sonrisa triste. Entonces, levantando la tapa del arcón, acercó la vela para que pudiera ver lo que había dentro.

Una larga cadena de plata con eslabones perfectos brillaba bajo la luz de la llama.

—Cógela —dijo mamá—. Yo no puedo tocarla.

Me estremecí ante aquellas palabras, porque algo me dijo que aquella era la misma cadena con la que habían atado a mamá a la roca. Papá no había mencionado que fuera de plata, omisión crucial, porque las cadenas de plata se usaban para atar brujas. Era una herramienta importante para un espectro. ¿Significaría aquello que mamá era una bruja? ¿Quizá una lamia como Meg? La cadena de plata, la forma en que había besado a mi padre... Todo aquello me resultaba muy familiar.

Levanté la cadena y la sopesé. Era fina y ligera, de mejor calidad que la del Espectro, con mucha más plata en la aleación.

—Sé que tu padre te ha contado cómo nos conocimos —dijo de pronto, como si

adivinara mis pensamientos—. Pero recuerda esto siempre, hijo: nadie es del todo bueno o del todo malo, todos estamos en algún punto intermedio. Y llega un momento en la vida de todos en que damos un paso importante, hacia la luz o hacia la oscuridad. Puede ser por alguna persona importante que se cruza en nuestro camino. Gracias a lo que tu padre hizo por mí, yo fui en la dirección correcta, y por eso estoy ahora aquí. Esa cadena ahora te pertenece. Así que guárdala y mantenla a buen recaudo hasta que la necesites.

Enrollé la cadena alrededor del puño y me la metí en el bolsillo interior, junto a la carta. Después, mamá cerró la tapa, salimos de la habitación y esperé a que cerrara la puerta.

Al llegar abajo, recogí el paquete de bocadillos y me dispuse a marcharme.

—¡Vamos a echarle un vistazo a esa mano antes de que te vayas!

Se la mostré, y mamá desató los hilos con cuidado, retirando las hojas. La quemadura parecía estar curándose.

—Esa niña sabe lo que hace —admitió—. Tengo que reconocerlo. Ahora deja que le dé el aire, y en unos días estará perfectamente.

Mamá me abrazó y, después de darle las gracias de nuevo abrí la puerta trasera y salí al exterior. Estaba cruzando el campo, dirigiéndome a la valla exterior, cuando de pronto oí el ladrido de un perro y vi una figura que se me acercaba en la oscuridad.

Era Jack. Cuando se acercó, a la luz de las estrellas vi que tenía en la cara un gesto de rabia.

—¿Te crees que soy tonto? —gritó—. ¿Es eso? ¡Los perros no han tardado ni cinco minutos en encontrarlos!

Miré a los dos perros, que se escondían tras las piernas de Jack. Eran perros de campo y no eran mansos, pero me conocían y yo esperaba algún tipo de saludo. Por algún motivo, estaban muy asustados.

—Ya puedes mirarlos bien —espetó Jack—. Aquella niña les silbó y les escupió, y salieron corriendo como si el Diablo les estuviera retorciendo el rabo. Cuando le dije que se fuera de allí, tuvo la desfachatez de decirme que no era mi propiedad y que no me incumbía.

—El señor Gregory está enfermo, Jack. No tenía otra opción que pedirle ayuda a mamá. Los dejé fuera de los terrenos de la granja. Sé lo que piensas, así que hice lo que pude.

—Seguro que sí. Soy un hombre adulto y he tenido que ver cómo mamá me mandaba ir a la cama. ¿Cómo crees que me sienta eso? Y además, delante de mi mujer. A veces me pregunto si la granja realmente me pertenecerá algún día.

Yo también estaba cada vez más furioso y habría querido decirle que probablemente sería suya antes de lo que se pensaba. Todo sería suyo en cuanto papá muriera y mamá volviera a su lugar de origen. Pero me mordí la lengua y no dije

nada.

—Lo siento, Jack, pero tengo que irme —respondí, dirigiéndome hacia la cabaña donde había dejado a Alice y al Espectro. A los pocos pasos me di la vuelta, pero Jack ya me daba la espalda y se dirigía a casa.

Nos pusimos en marcha sin decir palabra. Tenía mucho en lo que pensar, y me pareció que Alice lo sabía. El Espectro se limitaba a mirar a la nada, pero parecía que caminaba mejor y ya no necesitaba apoyarse en nosotros.

Una hora más o menos antes de que saliera el sol, rompí el silencio.

—¿Tienes hambre? —pregunté—. Mamá nos ha preparado algo de desayuno.

Alice asintió, y nos sentamos en un terraplén de hierba para comer. Ofrecí algo de comida al Espectro, pero me apartó el brazo de un manotazo. Al cabo de un momento se apartó un poco y se sentó en un murete, como si no quisiera estar cerca de nosotros; o por lo menos, de Alice.

—Parece que está más fuerte. ¿Qué le hizo mi madre? —pregunté.

—Le lavó la frente y lo miró fijamente a los ojos. Luego le hizo beber una poción. Yo me mantuve apartada, y ella ni siquiera me miró.

—Eso es porque sabe lo que has hecho. Tuve que decírselo. A mi madre no puedo mentirle.

—Hice lo que hice por el bien de todos. Le pagué con su misma moneda, y salvé a esa gente. También lo hice por ti, Tom, para que pudieras recuperar al viejo Gregory y seguir con tus estudios. Eso es lo que quieres, ¿no? ¿No he hecho lo correcto?

No respondí. Alice había evitado que el Inquisidor quemara a gente inocente. Había salvado muchas vidas, incluida la del Espectro. Había hecho muchas cosas, y todas eran buenas. No, no era lo que había hecho, sino cómo lo había conseguido. Quería ayudarla, pero no sabía cómo hacerlo.

Ahora Alice pertenecía a lo Oscuro, y cuando el Espectro recuperara las fuerzas, querría meterla en una fosa. Ella lo sabía, y yo también.

Una fosa para Alice

Por fin, mientras el sol se ocultaba de nuevo por el oeste, aparecieron de nuevo los páramos frente a nosotros, y muy pronto nos encontramos ascendiendo por entre los árboles hacia la casa del Espectro, por el camino con el que evitábamos pasar por el pueblo de Chipenden.

Me detuve frente a la valla de entrada. El Espectro estaba a unos veinte pasos detrás de mí, contemplando la casa como si fuera la primera vez que la veía. Yo me giré hacia Alice.

—Será mejor que te vayas —le aconsejé.

Alice asintió. Había que pensar en el boggart del Espectro. Protegía la casa y la propiedad. Si atravesaba la valla, Alice estaría en grave peligro.

—¿Dónde estarás? —le pregunté.

—No te preocupes por mí. Y no empieces a pensar que estoy en manos de la Pesadilla. No soy tonta. Tengo que llamarla dos veces más para que eso ocurra, ¿verdad? Aún no hace mucho frío, así que estaré por aquí cerca unos días; a lo mejor en lo que queda de la casa de Lizzie. Después lo más probable es que vaya a Pendle. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Alice aún tenía familia en Pendle, pero eran brujas. A pesar de lo que había dicho, Alice ya pertenecía a lo Oscuro. Era donde se encontraba más cómoda.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y se perdió entre las sombras. Observé su marcha con tristeza, hasta que desapareció de mi vista. Entonces me volví y crucé la valla.

Abrí la puerta principal, y el Espectro me siguió al interior. Lo llevé hasta la cocina, donde la chimenea estaba encendida y había una mesa puesta para dos. El boggart nos esperaba. Era una cena ligera: un par de cuencos de sopa de guisantes y unas gruesas rebanadas de pan. Yo tenía hambre tras nuestra larga travesía, así que me lo comí todo en un momento.

Por un momento, el Espectro se quedó mirando su cuenco de humeante sopa, pero entonces tomó una rebanada de pan y la mojó en la sopa.

—Ha sido duro, muchacho. Y es agradable volver a casa —dijo.

Yo estaba tan sorprendido de que hablara de nuevo que en tuve a punto de caerme de la silla.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, chico, mejor que antes. Una noche de sueño reparador y mañana estaré

estupendamente. Tu madre es una buena mujer. No hay nadie en el condado que sepa más de pociones.

—No pensé que fuera a acordarse de nada —dije—. Parecía distante. Casi como si estuviera sonámbulo.

—Y era como si lo estuviera. Lo veía y lo oía todo, pero no me parecía real. Era como si estuviera viviendo una pesadilla Y no podía hablar. Era como si no encontrara las palabras. Hasta que no me encontré ahí fuera, frente a esta casa, no volví a ser yo mismo. ¿Aún tienes la llave de la Puerta de Plata?

Sorprendido, metí la mano en el bolsillo izquierdo de mi pantalón y saqué la llave. Se la di al Espectro.

—Ha causado muchos problemas —dijo, dándole vuelta en la mano—. Pero lo hiciste bien, dadas las circunstancias.

Sonreí y me sentí más contento de lo que había estado en días, pero cuando mi maestro volvió a abrir la boca, su tono de voz fue muy duro.

—¿Dónde está la niña?

—Probablemente no ande muy lejos —confesé.

—Bueno, nos ocuparemos de ella más adelante.

Durante toda la cena pensé en Alice. ¿Qué encontraría para comer? Bueno, se le daba bien cazar conejos, así que no se moriría de hambre; eso solucionaba un problema. No obstante en primavera, después de que Lizzie *la Huesuda* secuestrara a un niño, los hombres del pueblo habían prendido fuego a su casa, y las ruinas probablemente no le servirían de abrigo en aquella noche de otoño. Aun así, tal como había dicho Alice, el frío aún no había llegado. No, la mayor amenaza para ella era el Espectro.

Resultó ser la última noche templada del año: la mañana siguiente, el aire era decididamente fresco. El Espectro y yo nos sentamos en el banco de cara a las colinas mientras el viento aumentaba de intensidad. Las hojas caían constantemente. El verano había acabado definitivamente.

Yo ya había sacado el cuaderno, pero el Espectro no parecía tener prisa por iniciar la clase. No se había recuperado de su terrible experiencia con el Inquisidor. Durante el desayuno no había dicho gran cosa y se había pasado la mayor parte del tiempo mirando al aire, sumido en sus pensamientos.

Fui yo quien por fin rompió el silencio.

—¿Qué querrá la Pesadilla ahora que está libre? ¿Qué daño le puede hacer al condado?

—Eso tiene fácil respuesta —contestó el Espectro—. Sobre todo quiere crecer y ganar fuerza. Entonces su terror no tendrá límites. Extenderá la sombra del mal sobre todo el condado. Y no habrá criatura viva que se pueda esconder. Chupará sangre y

leerá las mentes hasta conseguir el máximo poder. Verá a través de los ojos de la gente que camina de día mientras se vea obligada a esconderse en la oscuridad del subsuelo. Si antes controlaba únicamente a los sacerdotes de la catedral y ejercía su influencia sobre Priestown, ahora no habrá un rincón del condado a salvo.

»Caster puede ser su próximo objetivo. Pero primero puede que ataque alguna pequeña aldea y aplaste a todos sus habitantes como advertencia, para demostrar lo que puede hacer. Así fue como llegó a controlar a Heys y a los reyes que gobernaron antes que él. La desobediencia suponía que todo un pueblo podía morir aplastado.

—Mamá me dijo que estará buscando a Alice —dije con tono abatido.

—Es cierto. Tu insensata amiga Alice. La Pesadilla necesita recuperar fuerzas. Alice le ha dado dos veces su sangre, de modo que mientras siga libre, cada vez, estará más cerca de caer bajo el dominio de la bestia. Si no hay nada que lo impida, se convertirá en parte de la Pesadilla y apenas tendrá voluntad propia. La Pesadilla podrá hacer con ella lo que quiera con la misma facilidad que muevo yo mi dedo meñique, y lo sabe; hará todo lo que pueda para beber de su sangre otra vez. Ahora mismo la estará buscando.

—Pero ella es fuerte —protesté—. Y en cualquier caso, pensaba que a la Pesadilla le asustaban las mujeres. Los dos nos la encontramos en las catacumbas cuando intentaba liberal le Había adoptado su forma para engañarme.

—Así que los rumores eran ciertos: ha aprendido a tomar forma física ahí abajo.

—Así es, pero cuando Alice le escupió, salió corriendo. A lo mejor puede seguir ahuyentándola.

—A la Pesadilla le cuesta más controlar a una mujer que a un hombre. Las mujeres la ponen nerviosa porque son criaturas decididas y a menudo impredecibles. Pero una vez ha bebido la sangre de una hembra, todo cambia. Ahora perseguirá a Alice y no le dará tregua. Se abrirá paso en sus sueños y la mostrará las cosas que puede llegar a tener (las cosas que puede conseguir con sólo pedir las), hasta que por fin crea que necesita llamarla de nuevo. Sin duda, ese primo mío estaba bajo el control de la Pesadilla. Si no, nunca me habría traicionado de aquel modo.

El Espectro se atusó la barba.

—Sí, la Pesadilla crecerá cada vez más, y pocas cosas pueden detener su avance hasta que todo se pudra en el condado. Eso es lo que les ocurrió a los Pequeños hasta que tomaron medidas desesperadas. Tenemos que descubrir exactamente cómo apresaron a la Pesadilla; aún mejor, cómo se puede acabar con ella. Por eso tenemos que ir a Heysham. Allí hay un gran túmulo, un túmulo fúnebre, y los cuerpos de Heys y sus hijos están en unas tumbas de piedra cerca de allí.

»En cuanto tenga fuerzas suficientes, ahí es donde vamos a ir. Como sabes, los que sufren muertes violentas a veces tienen problemas para dejar este mundo. Así que visitaremos esas tumbas. Si tenemos suerte, puede que aún sigan por allí uno o dos

fantasmas. A lo mejor incluso el fantasma de Naze, que consiguió apresarla. Quizás ésa sea nuestra única esperanza porque, a decir verdad, chico, en este momento no tengo ni idea de cómo vamos a acabar con esto.

Dicho aquello, el Espectro agachó la cabeza y adoptó una expresión triste y preocupada. Nunca lo había visto tan bajo de ánimo.

—¿Ha estado allí alguna vez? —pregunté, sin entender por qué nunca había hablado nadie antes con los fantasmas y les habían dejado irse en paz.

—Sí, chico, una vez. Cuando era aprendiz. Mi maestro estaba allí para enfrentarse con un fantasma marino que había dado problemas por la costa. Una vez resuelto aquello, en la colina que había sobre los acantilados pasamos junto a las tumbas y supe que allí había algo porque lo que hasta entonces era una cálida noche de verano de pronto se volvió muy fría. Cuando vi que mi maestro no se detenía, le pregunté por qué no hacía nada.

—Me dijo: «Déjalo así. No molestan a nadie. Además, algunos fantasmas permanecen en este mundo porque tienen una labor pendiente. Así que lo mejor es dejarles que la hagan». Entonces no sabía a qué se refería, pero tenía razón, como siempre.

Intenté imaginarme al Espectro como aprendiz. Sería mucho mayor que yo, porque primero había sido seminarista. Me pregunté cómo sería su maestro, para aceptar un aprendiz tan mayor.

—En cualquier caso —prosiguió el Espectro—, iremos a Heysham muy pronto, pero antes de eso tenemos que resolver otra cosa. ¿Sabes cuál?

Me estremecí. Sabía lo que iba a decir.

—Tenemos que ocuparnos de la niña, así que necesitamos saber dónde se esconde. Yo supongo que estará entre las ruinas de la casa de Lizzie. ¿Tú qué crees?

Iba a decirle que no estaba de acuerdo, pero me miró con dureza hasta que me vi obligado a bajar la vista y mirar al suelo. No podía mentirle.

—Probablemente esté allí— admití.

—Bueno, muchacho, no puede quedarse allí mucho tiempo. Supone un peligro para todos. Así que mejor será que empieces a cavar.

Lo miré sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Mira, chico, es duro, pero hay que hacerlo. Nuestro deber es mantener la seguridad en el condado, y esa niña siempre será una amenaza.

—¡Pero eso no es justo! —repliqué—. ¡Le ha salvado la vida! Y en primavera me la salvó también a mí. Todo lo que ha hecho ha acabado saliendo bien. Tiene buenas intenciones.

El Espectro me hizo callar levantando la mano.

—¡No malgastes el aliento! —ordenó, con el gesto muy frío—. Sé que detuvo la quema. Sé que salvó vidas, incluida la mía. Pero liberó a la Pesadilla, y preferiría

estar muerto que dejar a esa malvada criatura libre para que haga el mal por ahí. ¡Así que sígueme, y acabemos con esto!

—¡Pero si matáramos a la Pesadilla, Alice quedaría libre! ¡Tendría otra oportunidad!

El rostro del Espectro se tiñó de rojo de la rabia; cuando habló, había un rastro de amenaza en su voz.

—Una bruja que usa la magia de los espíritus cómplices siempre es peligrosa. Con el tiempo, en su madurez, será mucho más mortífera que las que utilizan la sangre o los huesos. Pero normalmente se trata de un murciélago o un sapo, algo pequeño y débil que va ganando poder lentamente. ¡Piensa en lo que ha hecho esa niña! ¡De entre todas las criaturas, la Pesadilla! ¡Y se cree que la tiene sometida a su voluntad!

»Es lista y temeraria, y no habrá nada que no se atreva a hacer. ¡Y sí, también arrogante! Pero aunque la Pesadilla muriera, la cosa no acabaría ahí. ¡Si dejamos que crezca y se convierta en mujer adulta, será la bruja más peligrosa que ha conocido el condado! Tenemos que encargarnos de ella antes de que sea demasiado tarde. Yo soy el maestro; tú eres el aprendiz. ¡Sígueme y haz lo que te digo!

Dio media vuelta y se puso en marcha con paso enérgico. Con el alma en los pies, lo seguí hasta la casa para recoger la pala y la vara de medir. Fuimos directamente al jardín del este y allí, a menos de cincuenta pasos de la oscura fosa donde se encontraba Lizzie *la Huesuda*, empecé a cavar una nueva fosa cuadrada de dos metros y medio de profundidad y metro y cuarto de lado.

Para cuando el Espectro quedó satisfecho con la fosa, ya se había puesto el sol. Salí del hoyo sintiéndome intranquilo, sabiendo que Lizzie *la Huesuda* estaba en otra fosa cerca de allí.

—Por hoy ya basta —dijo el Espectro—. Mañana por la mañana bajaremos al pueblo y buscaremos al mampostero para que tome medidas.

El mampostero revestiría la fosa con losas sobre las que se colocarían trece barras de hierro para eliminar cualquier probabilidad de escapatoria. El Espectro tendría que estar vigilando su trabajo para protegerlo del boggart de la casa.

Cuando volvía a casa arrastrando los pies, mi maestro apoyó por un momento la mano sobre mi hombro.

—Has cumplido con tu deber, muchacho. Nadie puede pedirte más, y me gustaría decirte que hasta ahora has cumplido con creces lo que me prometió tu madre...

Me quedé mirándolo, sorprendido. Mi madre un día le había escrito una carta diciéndole que sería el mejor aprendiz que tendría nunca, pero a él no le había gustado que le dijera aquello.

—Sigue así —añadió— y cuando me llegue la hora de retirarme, estaré seguro de dejar el condado en muy buenas manos. Espero que eso te haga sentir un poco mejor.

El Espectro siempre escatimaba halagos, y oírle decir aquello era algo muy especial. Supongo que sólo intentaba animarme, pero yo no me podía quitar de la cabeza a Alice y la fosa, y me temo que aquellos halagos no me sirvieron de nada.

Aquella noche me costó dormir, así que estaba completamente despierto cuando ocurrió.

Al principio pensé que era una tormenta repentina. Se oyó un rugido y una corriente de aire, y toda la casa pareció agitarse y temblar como si fuera azotada por un gran viento. Algo golpeó contra mi ventana con una fuerza terrible, y oí cómo se rompía el cristal. Alarmado, me arrodillé sobre la cama y abrí las cortinas.

La gran ventana de guillotina se dividía en ocho gruesos paneles desiguales, de modo que en el mejor de los casos no se veía mucho a través de ellos, pero la luna brillaba y pude distinguir las copas de los árboles que se inclinaban y se contorsionaban como si un ejército de gigantes enfurecidos estuviera sacudiendo los troncos. Y tres de los gruesos cristales de la ventana estaban rotos. Por un momento, me sentí tentado de tirar del cierre de la ventana para abrir la parte inferior y ver lo que pasaba. Pero entonces me lo pensé mejor. Se veía la luna, así que era poco probable que se tratara de una tormenta natural. Algo nos estaba atacando. ¿Sería la Pesadilla? ¿Nos habría encontrado?

A continuación, se oyeron unos duros golpes y el sonido de algo que se quebraba justo por encima de mi cabeza. Sonaba como si algo estuviera golpeando el tejado, dándole puñetazos. Oí que las tejas empezaban a volar y a golpear contra las losas que bordeaban el jardín del oeste.

Me vestí a toda prisa y bajé las escaleras de dos en dos. La puerta de atrás estaba abierta de par en par y salí corriendo al jardín, enfrentándome a un viento tan intenso que apenas se podía respirar, por no hablar de dar un paso adelante. Pero hice un esfuerzo, dando pasos cortos, luchando por mantener los ojos abiertos con aquel viento de cara.

A la luz de la luna pude ver al Espectro de pie, entre los árboles y la casa, con la capa negra ondeando empujada por el intenso viento. Tenía el bastón levantado ante sí, como si se dispusiera a repeler un ataque que no acababa de llegar.

—¿Qué es eso? ¿Qué es? —grité cuando por fin llegué hasta él.

La respuesta me llegó casi de inmediato, pero no de boca del Espectro. Un terrible y amenazador sonido cruzó el aire, una mezcla de grito rabioso y de gruñido vibrante que se oiría a kilómetros de distancia. Era el boggart del Espectro. Había oído aquel sonido antes, en primavera, cuando había evitado que Lizzie *la Huesuda* me atrapara en el jardín del oeste. Así que supe que ahí abajo, entre las sombras de los árboles, se enfrentaba cara a cara con algo que amenazaba la casa y los jardines.

¿Qué otra cosa podía ser, sino la Pesadilla?

Me quedé allí temblando de miedo y frío, con los dientes castañeteando y el cuerpo dolorido por los azotes del vendaval. Pero a los pocos momentos el viento remitió, y poco a poco todo volvió a quedar en calma.

—A casa —ordenó el Espectro—. No se puede hacer nada más hasta mañana.

Cuando llegamos a la puerta trasera, me quedé mirando los trozos de tejas tirados por el suelo.

—¿Era la Pesadilla? —pregunté.

El Espectro asintió.

—No le ha costado mucho encontrarnos, ¿verdad? —dijo, sacudiendo la cabeza—. No hay duda de que la culpa es de la niña. Debe de haberla encontrado a ella primero. O eso, o ha sido ella la que la ha llamado.

—Ella no volvería a hacer eso —dije, intentando defender a Alice—. ¿Nos ha salvado el boggart? —pregunté, cambiando de tema.

—Sí, de momento. Y por la mañana sabremos a qué precio. Pero no estoy tan seguro de que pueda hacerlo una segunda vez. Me quedaré aquí de guardia. Tú sube a tu habitación y duerme un poco. Mañana podría pasar cualquier cosa, así que necesitarás estar entero.

Llega el Inquisidor

Volví a bajar antes del amanecer. El cielo, tan claro durante la noche, estaba tapado; el aire, perfectamente inmóvil; y los jardines, cubiertos de blanco por la primera escarcha del otoño.

El Espectro estaba cerca de la puerta trasera, aún de pie, casi en la misma posición en que lo dejé. Parecía cansado y tenía la cara pálida y gris como el cielo.

—Bueno, chico —dijo, con voz grave—, vamos a inspeccionar los daños.

Pensé que se refería a la casa, pero se dirigió hacia los árboles del jardín del oeste. Había daños, desde luego, pero no tan graves como me había parecido por el ruido. En el suelo había unas grandes ramas, otras más pequeñas por encima de la hierba, y el banco estaba boca abajo. El Espectro hizo un gesto, y le ayude a darle la vuelta al banco y colocarlo de nuevo en su lugar.

—No está tan mal —observé, intentando animarlo, puesto que estaba realmente apesadumbrado y no decía nada.

—Es lo suficientemente grave —dijo en tono grave—. Era de esperar que la Pesadilla fuera ganando fuerzas, pero esto es mucho más rápido de lo que me esperaba. Mucho más. No se le tenía que haber permitido que hiciera esto. ¡No nos queda mucho tiempo!

El Espectro se dirigió hacia la casa. En el techo se veían los huecos dejados por las tejas, y una de las chimeneas estaba desmoronada.

—Eso tendrá que esperar hasta que tengamos tiempo de arreglarlo —dijo.

En aquel momento llegó el sonido de una campana desde la cocina. Por primera vez en lo mañana, el Espectro sonrió levemente. Parecía aliviado.

—No estaba seguro de que fuéramos a desayunar esta mañana —reconoció—. A lo mejor no ha ido tan mal como yo pensaba...

Cuando entramos en la cocina, lo primero que observé fue que las losas entre la mesa y la chimenea estaban manchadas de sangre. Y en la cocina hacía bastante frío. Entonces vi el motivo. Había sido aprendiz del Espectro durante casi seis meses, pero era la primera vez que la chimenea no estaba encendida. Y en la mesa no había huevos ni panceta, sino sólo una fina tostada para cada uno.

El Espectro me tocó el hombro.

—No digas nada, muchacho. Cómetela y da las gracias por lo que hemos recibido —me advirtió.

Hice lo que me dijo, pero cuando me tragué el último bocado de tostada, mi

barriga seguía rugiendo. El Espectro se puso en pie.

—Ha sido un desayuno excelente. El pan estaba perfectamente tostado —declaró al aire—. Y gracias por todo lo que hiciste anoche. Los dos te estamos muy agradecidos.

El boggart no se mostró en su aspecto real, pero adoptó de nuevo la forma de gran gato anaranjado. Apareció por un momento junto a la chimenea, emitiendo un ronroneo muy leve. Nunca lo había visto así. Tenía la oreja izquierda rota y la piel del cuello cubierta de sangre. Pero lo peor de todo era lo que le habían hecho en la cara. Había perdido un ojo. En lugar del ojo izquierdo, ahora había una herida vertical abierta.

—Nunca será el mismo —dijo el Espectro con tristeza una vez salimos por la puerta de atrás—. Tendríamos que dar gracias de que la Pesadilla aún no haya recuperado completamente las fuerzas, o habríamos muerto anoche. Ese boggart nos ha dado un poco de tiempo. Ahora tenemos que aprovecharlo antes de que sea demasiado tarde...

Mientras hablaba, la campana empezó a sonar en el cruce. Un trabajo para el Espectro. Con todo lo que había ocurrido y el peligro que representaba la Pesadilla, pensé que no haría caso, pero me equivoqué.

—Bueno, chico, ve a ver qué es lo que quieren.

La campana dejó de sonar justo antes de que llegara yo, pero la cuerda aún se movía. Allí, entre los tupidos árboles, estaba oscuro como siempre, pero no tardé más que un segundo en darme cuenta de que no era una llamada para el Espectro. Bajo la campana esperaba una niña vestida de negro.

Alice.

—¡Te arriesgas mucho! —le regañé, sacudiendo la cabeza—. Tienes suerte de que el señor Gregory no haya bajado hasta aquí conmigo.

Alice sonrió.

—El viejo Gregory no me podría atrapar tal como está ahora. No es ni la mitad de lo que era.

—¡No estés tan segura! —repliqué con rabia—. Me ha hecho cavar una fosa. Una fosa para ti. ¡Y ahí es donde vas a acabar si no tienes cuidado!

—El viejo Gregory ha perdido su fuerza. No es de extrañar que te haya pedido a ti que la cavaras —se burló Alice.

—No —respondí—. Me la ha hecho cavar a mí para que aceptara que era lo que había que hacer; que es mi obligación meterte dentro.

De pronto, la voz de Alice se volvió triste.

—¿De verdad me harías eso, Tom? —preguntó—. ¿Después de todo lo que hemos vivido juntos? Te salvé de una fosa ¿No te acuerdas de cuando Lizzie *la Huesuda* quería tus huesos? ¿De cuando Lizzie estaba afilando su cuchillo?

Lo recordaba muy bien. De no ser por la ayuda de Alice, habría muerto aquella noche.

—Mira, Alice, vete a Pendle ahora, antes de que sea demasiado tarde —le aconsejé—. ¡Aléjate de aquí todo lo que puedas!

—La Pesadilla no está de acuerdo. Cree que debería quedarme por aquí un tiempo.

—¡La Pesadilla no tiene juicio! ¡Es un monstruo! —respondí, irritado ante su razonamiento.

—No, Tom, no lo es. La olí bien, y es humana, sin duda.

—Anoche la Pesadilla atacó la casa del Espectro. Nos pudo haber matado. ¿La enviaste tú?

Alice negó con decisión moviendo la cabeza.

—Eso no tiene nada que ver conmigo, Tom, lo juro. Hablamos, eso es todo, y me contó cosas.

—¡Pensé que no ibas a tener más tratos con ella! —protesté. No podía dar crédito a lo que estaba diciendo.

—Lo he intentado, Tom, de verdad que lo he hecho. Pero viene y me susurra cosas. Viene de noche, cuando estoy intentando dormir. Incluso me habla en sueños. Me promete cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—No es fácil, Tom. Las noches empiezan a ser frías. El invierno está llegando. La Pesadilla dice que podría tener una casa con una gran chimenea y mucho carbón y leña y que nunca me faltaría nada. Dice que también podría tener bonitos vestidos y que la gente no me miraría por encima del hombro como ahora, como si fuera una alimaña salida del bosque.

—No la escuches, Alice. Tienes que intentarlo con todas tus fuerzas.

—Menos mal que la escucho de vez en cuando —dijo Alice, con una extraña mueca sarcástica en la cara—. Si no, lo lamentarías. Sé algo que os podría salvar la vida al viejo Gregory y a ti.

—Dímelo —la apremié.

—¡No tengo muy claro que deba hacerlo, teniendo en cuenta que estás planeando hacerme pasar el resto de mis días en una fosa!

—Eso no es justo, Alice.

—Te volveré a ayudar. Pero me pregunto si tú harías lo mismo por mí.

Hizo una pausa y me sonrió con tristeza.

—El Inquisidor viene de camino a Chipenden. Sólo se quemó las manos en aquel incendio, y ahora quiere venganza. Sabe que el viejo Gregory vive por aquí y viene con hombres armados y perros. Grandes sabuesos, con dientes enormes. Estará aquí antes de mediodía. Así que ve y cuéntale al viejo Gregory lo que te he dicho. Pero no

esperes que me dé las gracias.

—Iré a decírselo —dije, y me puse en marcha de inmediato, corriendo ladera arriba hacia la casa. Mientras corría, me di cuenta de que no le había dado las gracias a Alice, pero ¿cómo podía agradecerle que recurriera a lo Oscuro para ayudarnos?

El Espectro estaba esperando junto a la puerta trasera.

—Bueno, muchacho, primero recupera el aliento. Por tu cara, veo que traes malas noticias.

—El Inquisidor viene de camino —dije—. Ha descubierto que vive cerca de Chipenden.

—¿Y eso quién te lo ha dicho? —preguntó el Espectro, rascándose la barba.

—Alice. Ha dicho que llegará a mediodía. Se lo ha dicho la Pesadilla...

El Espectro lanzó un profundo suspiro.

—Bueno, lo mejor será que nos vayamos lo antes posible. En primer lugar, ve al pueblo y dile al carnicero que nos vamos al norte, por los páramos, a Caster, y que no volveremos en un tiempo. Ve al tendero y dile lo mismo, y que no necesitaremos provisiones la semana que viene.

Corrí hasta el pueblo e hice exactamente lo que me había dicho. Cuando volví, el Espectro ya estaba esperándome en la puerta, dispuesto para salir. Me dio su bolsa.

—¿Vamos hacia el sur? —pregunté.

El Espectro sacudió la cabeza.

—No, chico. Vamos hacia el norte, como te dije. Tenemos que llegar a Heysham y, si tenemos suerte, hablaremos con el fantasma de Naze.

—Pero le hemos dicho a todo el mundo adonde vamos ¿Por qué no les hemos dicho que iríamos al sur?

—Porque espero que el Inquisidor visite el pueblo de camino hacia aquí. Entonces, en vez de buscar la casa, se dirigirá al norte, y los sabuesos detectarán nuestro rastro. Tenemos que alejarlos de la casa. Algunos de los libros de mi biblioteca son irremplazables. Si llega aquí, sus hombres podrían saquear la casa y quizá quemarla entera. No, no puedo arriesgarme a que les ocurra algo a mis libros.

—Pero ¿y el boggart? ¿No protegerá la casa y los jardines? ¿Cómo van a entrar sin correr el riesgo de morir hechos pedazos? ¿O es que ha quedado demasiado débil?

El Espectro suspiró y se quedó mirando sus botas.

—No, aún tiene fuerzas suficientes para enfrentarse al Inquisidor y a sus hombres, pero no quiero muertes innecesarias sobre mi conciencia. Y aunque matara a los que entraran, algunos podrían escapar. ¿Qué otra prueba necesitarían para decidir que merecía morir en la hoguera? Volverían con un ejército. No acabaría nunca. No tendría paz hasta el fin de mis días. Tendría que huir del condado.

—¿Y no nos atraparán de todos modos?

—No, chico. No si seguimos el camino de los páramos. No podrán usar los caballos, y tendremos unas horas de ventaja. Nosotros conocemos bien el condado, pero los hombres del Inquisidor son forasteros. Pongámonos en marcha. ¡Ya hemos perdido bastante tiempo!

El Espectro emprendió la marcha a paso ligero en dirección a los páramos. Yo lo seguí lo mejor que pude, llevando como siempre su pesada bolsa.

—¿No enviarán una avanzadilla a Caster a la espera de que lleguemos?

—Seguro que sí, y si fuéramos a Caster, eso supondría un problema, pero vamos a dar un rodeo por el este. Entonces iremos hacia el sudoeste, como te he dicho, a Heysham, para visitar las tumbas de piedra. Aún tenemos que encargarnos de la Pesadilla, y se nos acaba el tiempo. Nuestro último recurso para descubrir cómo hacerlo es hablar con el fantasma de Naze.

—¿Y después? ¿Dónde iremos? ¿Podremos volver algún día?

—No veo ningún motivo por el que no podamos hacerlo dentro de un tiempo. Al final nos desharemos del Inquisidor. Hay formas de conseguirlo. Nos buscará un poco y resultará algo molesto, sin duda. Pero no tardará mucho en volver a su lugar de origen. Querrá estar calentito durante el invierno.

Asentí, pero no estaba del todo convencido. En mi opinión, el plan del Espectro ofrecía muchas dudas. En primer lugar, había emprendido la marcha con mucha energía; pero aún no estaba completamente en forma, y cruzar los páramos resultaría duro. Y podrían cogernos antes de llegar a Heysham. Por otra parte, puede que buscaran la casa del Espectro de todas formas y la quemaran, especialmente si nos perdían el rastro. Y los problemas podían repetirse al año siguiente, Era probable que el Inquisidor volviera al norte. Parecía ser de los que no se rinden. Y otra idea me asaltaba...

¿Y si me cogían a mí? El Inquisidor torturaba a la gente para obtener respuestas. ¿Y si me obligaban a decirles dónde vivía antes? Confiscaban o quemaban las casas de brujos y brujas. Pensé en papá, Jack y Ellie, sin un lugar donde vivir. Y qué harían cuando vieran a mamá? Ella no podía salir a la luz del sol. Y a menudo ayudaba a las comadronas con los partos difíciles y tenía una gran colección de hierbas y otras plantas. ¡Mamá correría un grave peligro!

No dije nada de aquello al Espectro porque vi que ya estaba cansado de responder a mis preguntas.

Al cabo de una hora ya habíamos llegado a los páramos. Hacía buen tiempo, y daba la impresión de que nos esperaba un día tranquilo.

Si hubiera podido quitarme de la cabeza el motivo que nos había traído hasta allí, habría disfrutado del camino, porque el tiempo era excelente. Estábamos solos, a excepción de los zarapitos y los conejos, y a lo lejos, al noroeste, se veía el brillo del

mar bajo el sol.

Al principio, el Espectro caminaba con paso decidido, abriendo camino. Pero mucho antes de mediodía empezó a bajar el ritmo, y cuando se detuvo y nos sentamos cerca de un mojón de piedras, parecía muy preocupado. Mientras desenvolvía el queso, observé que las manos le temblaban.

—Toma, chico —dijo, pasándome un pedacito—. No te lo comas de golpe.

Seguí su consejo y lo mastiqué lentamente.

—¿Sabes que la niña nos está siguiendo? —preguntó el Espectro.

Me lo quedé mirando, asombrado, y sacudí la cabeza.

—Está a un par de kilómetros —dijo, señalando hacia el sur—. Ahora que nos hemos detenido, ella se ha parado. ¿Qué crees que querrá?

—Supongo que no tiene adonde ir, aparte de Pendle, al este, y realmente no quiere ir allí. Y no tiene otra opción que salir de Chipenden. Allí no estaría segura con la llegada del Inquisidor y sus hombres.

—Sí, pero a lo mejor es porque está prendada de ti y quiere ir donde tú vayas. Ojalá hubiéramos tenido tiempo de ocuparnos de ella antes de salir de Chipenden. Es una amenaza: allá donde esté, la Pesadilla no andará lejos. De momento, se esconderá bajo tierra; pero cuando oscurezca, la atraerá como una vela a una polilla, y estará rondándola, sin duda. Si le vuelve a dar su sangre, la Pesadilla se hará más fuerte y empezará a ver a través de sus ojos. Y antes de que eso ocurra, puede encontrar otras víctimas (personas o animales; el efecto sería el mismo). Una vez saciada, tendrá más fuerza y muy pronto podrá volver a transformarse en carne y hueso. Lo de anoche no fue más que el inicio.

—Si no hubiera sido por Alice, no habríamos salido de Chipenden —observé—. El Inquisidor nos habría apresado.

Pero el Espectro decidió no hacerme caso.

—Bueno, lo mejor será reemprender la marcha. Aquí no ganamos nada.

No obstante, al cabo de una hora volvimos a parar para descansar. Esta vez el Espectro se detuvo más tiempo y tuvo que hacer un esfuerzo para ponerse en pie de nuevo. El día siguió así: los períodos de descanso se hacían cada vez más largos, y cada vez caminábamos menos trecho. Al ponerse el sol, el tiempo empezó a cambiar. El aire olía a lluvia, y enseguida empezó a chispear.

Al caer la noche, empezamos a descender hacia una extensión de cercados hechos con muretes de piedra. La ladera era escarpada, y la hierba estaba resbaladiza, así que los dos resbalábamos constantemente. Por otra parte, la lluvia era cada vez más intensa y el viento empezaba a soplar del oeste.

—Pararemos un rato; tengo que recuperar el aliento —decidió el Espectro.

Se dirigió hacia el muro más próximo, y lo saltamos para situarnos en el lado este y resguardarnos de la lluvia en la medida de lo posible.

—A mi edad, la humedad se te mete en los huesos —dijo el Espectro—. Es el efecto de vivir toda la vida con esto tiempo. Le acaba pasando a todo el que vive en el condado. Al final, o se resienten los huesos, o los pulmones.

Nos acurrucamos contra el muro como pudimos. Estaba cansado y preocupado, y aunque la noche era terrible, me costaba mantenerme despierto. No tardé en dormirme profundamente y empecé a soñar. Fue uno de aquellos largos sueños que parecen durar toda la noche. Y hacia el final se convirtió en una pesadilla.

Pesadilla en la colina

Sin duda, era la peor pesadilla que había tenido nunca. Y con un trabajo como el mío, había tenido muchas. Estaba perdido, intentando encontrar el camino de vuelta a casa. No tendría que haberme resultado muy difícil, porque la luna llena lo iluminaba todo con su resplandor, pero cada vez que giraba una esquina y me parecía reconocer algún punto de referencia, enseguida me daba cuenta de mi error. Al final llegué a la cima del monte del Ahorcado y vi nuestra granja abajo.

A medida que bajaba por la ladera, empecé a sentirme muy nervioso. Aunque era de noche, todo estaba demasiado tranquilo y sereno, y no había ningún movimiento. Las vallas estaban en mal estado, algo que papá y Jack nunca habrían dejado que pasara, y las puertas del cobertizo colgaban de las bisagras.

La casa parecía desierta: parte de las ventanas estaban rotas, y en el tejado faltaban placas de pizarra. Me costó abrir la puerta de atrás y, cuando cedió con el crujido habitual, me encontré en una cocina que parecía deshabitada desde años atrás. Había polvo por todas partes y telarañas colgando del techo. La mecedora de mamá estaba justo en el centro de la sala, y encima había un trozo de papel doblado, que recogí y saqué al exterior para leerlo a la luz de la luna. Decía: «Las tumbas de tu padre, Jack, Ellie y Mary están en lo alto del monte del Ahorcado. Encontrarás a tu madre en el cobertizo». El corazón me dolía tanto que parecía que me fuera a explotar. Corrí hacia el jardín. Me detuve frente al cobertizo y escuché atentamente. Todo estaba en silencio. No soplaba la más mínima brisa. Entré en la oscuridad del cobertizo, nervioso, sin saber qué esperar. ¿Me encontraría una tumba? ¿La tumba de mamá?

Había un agujero en el tejado y, bajo el haz de luz de la luna, vi la cabeza de mamá. Me miraba directamente. Su cuerpo estaba sumido en la oscuridad, pero por la posición de su cabeza parecía que estaba arrodillada en el suelo.

¿Por qué haría aquello? ¿Y por qué tenía aquella expresión tan triste? ¿No estaba contenta de verme?

De pronto, mamá lanzó un grito angustioso.

—¡No me mires, Tom! ¡No me mires! ¡Da media vuelta —gritó, como atormentada.

En cuanto aparté la vista, mamá se levantó del suelo y por el rabillo del ojo vi algo que me dejó sin aliento. De cuello hacía abajo, mamá era diferente. Vi alas y escamas y unas garras afiladas, mientras se elevaba volando y atravesaba el tejado del

cobertizo, llevándose la mitad a su paso. Miré hacia arriba, protegiéndome la cara de los pedazos de madera que me caían en cima, y vi la silueta negra de mamá elevándose sobre el cobertizo, contra el disco de luz de la luna llena.

—¡No, no!—grité—. ¡No es cierto! ¡Esto no está pasando!

En respuesta, una voz habló dentro de mis pensamientos. Era el susurro de la Pesadilla.

«La luna muestra la verdad de las cosas, chico. Ya lo sabes. Todo lo que has visto es cierto o acabará sucediendo. Sólo es cuestión de tiempo.»

Alguien empezó a sacudirme el hombro, y me desperté cubierto de un sudor frío. El Espectro estaba inclinado sobre mí.

—¡Despierta, chico, despierta! No es más que un sueño. Es la Pesadilla, que intenta meterse en tu mente, que intenta debilitarnos.

Asentí, pero no le dije al Espectro lo que había ocurrido en el sueño. Me resultaba demasiado doloroso. Miré al cielo. Aún llovía, pero la nube estaba disgregándose y se veían algunas estrellas. Todavía estaba oscuro, pero no faltaba mucho para el amanecer.

—¿Hemos dormido todo lo noche?

—Sí, pero yo no lo había planeado así—respondió, levantándose con dificultad.

—Lo mejor será que avancemos mientras podamos—dijo, nervioso—. ¿No los oyes?

Escuché y, finalmente, por encima del ruido del viento y la lluvia, oí a lo lejos los ladridos de los sabuesos.

—Sí, no están muy lejos—añadió el Espectro—. Nuestra única esperanza es hacerles perder el rastro. Para eso necesitamos agua, pero ha de tener demasiada profundidad, para que podamos vadearla. Por supuesto, tendremos que salir a tierra firme en algún momento, pero tendrán que llevar los perros a cuevas hasta la otra orilla para que vuelvan a buscar el rastro. Y si hay otro arrollo cerca, resultará mucho más fácil.

Cruzamos otro muro y bajamos por una empinada ladera, corriendo a la máxima velocidad que nos permitía la resbaladiza hierba mojada. Abajo apareció la silueta apenas visible de una granja de pastores contra el cielo, y al lado, un viejo endrino encorvado hacia la casa por efecto del viento, con las ramas desnudas como si fueran garras que intentaran arañar el alero del tejado. Seguimos caminando hacia la granja unos momentos y, de pronto, nos detuvimos.

A la izquierda había un redil de madera y, con la escasa luz del día, vimos que contenía un pequeño rebaño de ovejas, una veintena de animales. Todas estaban muertas.

—Esto no me gusta lo más mínimo, muchacho.

A mí tampoco me gustaba nada. Pero entonces me di cuenta de que no se refería a las ovejas muertas. Miraba al frente, hacia la granja.

—Probablemente, lleguemos demasiado tarde —dijo con una voz que era poco más que un suspiro—. Pero es nuestro deber ir a ver..

Dicho aquello, se puso en marcha hacia la granja, agarrándose con fuerza al bastón. Al pasar junto al redil, miré hacia la oveja muerta más cercana. La lana blanca de su manto estaba manchada de sangre. Si era obra de la Pesadilla, se había alimentado en abundancia. ¿Cuánta fuerza le habría dado aquello?

La puerta delantera estaba abierta, de modo que entramos sin más. El Espectro iba delante. Apenas había dado un paso cuando se detuvo y contuvo el aliento. Se quedó mirando a la izquierda. Había una vela en algún lugar de la estancia y, a la luz de la llama, vi lo que a primera vista me pareció la sombra del pastor. Pero era demasiado sólida para ser una sombra. Tenía la espalda contra la pared y el bastón levantado sobre la cabeza, como si nos amenazara. Me llevó un rato comprender qué era lo que tenía ante mis ojos, pero las rodillas me empezaron a temblar y sentí que el corazón me daba un vuelco.

La cara reflejaba una combinación de rabia y terror. Se le veían los dientes, pero algunos estaban rotos y tenía la boca llena de sangre. Estaba en posición vertical, pero no de pie. Estaba aplastado contra la pared, chafado contra las piedras. Era obra de la Pesadilla.

El Espectro dio otro paso hacia el interior y otro más. Lo seguí de cerca hasta que pude ver aquel infierno. Había habido una cuna en la esquina, pero ahora estaba destrozada contra la pared y entre los restos y las mantas había una sábana manchada de sangre. Del niño no había ni rastro. Mi maestro se acercó a las mantas y las levantó con precaución. Lo que vio lo dejó trastornado y me hizo un gesto para que no mirara. Luego suspiró y volvió a dejar las mantas en su sitio.

Para entonces yo ya había descubierto a la madre del niño. El cuerpo de la mujer estaba en el suelo, parcialmente cubierto por una mecedora. Di gracias de no verle la cara. En la mano derecha tenía una aguja de hacer calceta, y un ovillo de lana caído había llegado rodando hasta la chimenea, cerca de los rescoldos, que ya estaban grises.

La puerta de la cocina estaba abierta, y tuve una repentina sensación de miedo. Estaba seguro de que había algo acechando ahí dentro. En cuanto metí la cabeza, noté el frío en la sala. La Pesadilla aún estaba allí. Lo sentía en los huesos. Estaba a punto de salir corriendo del miedo, pero el Espectro estaba allí y yo no podía dejarlo solo.

En aquel momento, la vela se apagó, como por efecto de unos dedos invisibles, sumiéndonos en la penumbra, y por la puerta de la cocina se oyó una voz procedente de la oscuridad; una voz que retumbaba en el aire y por el suelo enlosado, emitiendo una vibración que se notaba en los pies.

—Hola, viejo zorro. Por fin nos volvemos a encontrar. Te he estado buscando. Sabía que estarías cerca.

—Sí, y ahora ya me has encontrado —respondió el Espectro con voz cansada, apoyando el peso del cuerpo sobre el bastón.

—Siempre has sido un entrometido. Pero esta vez será la última. Primero mataré al chico, para que lo veas. Luego será tu turno.

Una mano invisible me cogió y me lanzó contra la pared con tanta fuerza que me quedé sin aliento. Entonces empezó la presión, una fuerza constante tan intensa que tenía la sensación de que se me iban a partir las costillas. Lo peor de todo era la terrible presión en la frente. Recordé la cara del pastor, aplastada, con el interior esparcido por las piedras de la pared. Estaba aterrado y era incapaz de moverme o respirar. La vista se me oscureció, y lo último que percibí fue la imagen del Espectro corriendo hacia el umbral de la cocina con el bastón en alto.

Alguien me estaba sacudiendo suavemente.

Abrí los ojos y vi al Espectro inclinado sobre mí. Estaba estirado en el suelo de la granja.

—¿Estás bien, chico? —preguntó, angustiado.

Asentí con la cabeza. Me dolían las costillas, sobre todo cada vez que respiraba. Pero respiraba. Estaba vivo.

—Venga, vamos a ver si te podemos poner derecho...

Apoyándome en el Espectro, conseguí levantarme.

—¿Puedes caminar?

Hice que sí con la cabeza y di un paso adelante. No me sentía muy seguro, pero parecía que podía andar.

—Buen chico.

—Gracias por salvarme —dije.

El Espectro sacudió la cabeza.

—Yo no he hecho nada. La Pesadilla desapareció de pronto, como si la hubieran llamado. Vi cómo subía la colina. Era como una nube negra que empañaba las estrellas. Esto ha sido terrible —dijo, observando el caos de la granja, pero tenemos que salir de aquí a toda prisa. En primer lugar, tenemos que salvarnos nosotros. Puede que podamos escapar del Inquisidor, pero con esa niña pisándonos los talones, la Pesadilla siempre estará cerca y cada vez tendrá más poder. ¡Tenemos que llegar a Heysham y descubrir cómo podemos enfrentarnos con ese monstruo de una vez por todas!

El Espectro inició la marcha y salimos de la casa. Bajamos por la ladera y, tras franquear otros dos muros, oí una corriente de agua. Mi maestro avanzaba ahora mucho más rápido, casi tanto como cuando salimos de Chipenden, por lo que supuse

que dormir le había sentado bien. Yo, en cambio, tenía todo el cuerpo dolorido y apenas conseguía mantener el ritmo tirando de aquella pesada bolsa.

Nos encontramos con un camino estrecho y escarpado junto a un arroyo, un ancho torrente de agua que se abría paso por entre las rocas.

—A unos dos kilómetros de aquí desemboca en una laguna —comentó el Espectro, tomando el camino—. El terreno se vuelve llano, y de la laguna salen dos ríos. Es justo lo que buscamos.

Lo seguí como pude. La lluvia parecía más intensa que nunca, y el suelo estaba peligrosamente resbaladizo. Un descuido y podía acabar en el agua. Me pregunté si Alice estaría cerca y si podría seguir un camino como aquél, tan cerca del agua corriente. Alice también estaría en peligro. Los perros podrían detectar su olor.

Aun con el ruido del torrente y la lluvia, podía oír a los sabuesos; parecían estar cada vez más cerca. De pronto, oí algo que me dejó sin aliento.

¡Un grito!

¡Alice! Me giré y miré hacia atrás, pero el Espectro me agarró del brazo y tiró de mí.

—¡No podemos hacer nada! —me gritó—. ¡Nada en absoluto! ¡Así que no te detengas!

Obedecí, intentando no prestar atención a los sonidos procedentes del páramo sobre el que nos encontrábamos. Se oyeron nuevos gritos y chillidos horribles, hasta que al final volvió la calma y sólo quedó el sonido del agua. El cielo estaba mucho más despejado y, por debajo de nuestra posición, a la primera luz del alba, pude distinguir las claras aguas de la laguna entre los árboles.

El corazón se me encogía al pensar en lo que podía haberle sucedido a Alice. No se merecía aquello.

—No te pares, muchacho —insistió el Espectro.

Entonces oímos algo en el camino, por detrás de nosotros, pero cada vez más cerca. Era como un animal corriendo a nuestro encuentro. Un perro de gran tamaño.

No era justo. ¡Cuando estábamos tan cerca de la laguna y los dos ríos! Diez minutos más y habríamos podido eliminar el rastro que seguían los sabuesos. Pero, para mi sorpresa, el Espectro no aceleraba el paso. Incluso parecía ir cada vez más lento. Por fin se detuvo completamente y me llevó a un lado del camino; me pregunté si él también se habría quedado sin fuerzas. Si era así, todo habría acabado para los dos.

Lo miré, con la esperanza de que sacara algo de la bolsa que nos pudiera salvar. Pero no lo hizo. El perro se dirigía hacia nosotros a todo galope. No obstante, cuando se acercó, observé algo raro. Estaba gimiendo en vez de ladrar como un sabueso en plena acción. Y tenía la mirada fija hacia delante, en vez de mirarnos a nosotros. Pasó tan cerca que, de haber extendido el brazo, lo podía haber tocado.

—Si no me equivoco, está aterrorizado —observó el Espectro—. ¡Cuidado, ahí viene otro!

El siguiente pasó gimiendo como el otro, con el rabo entre las piernas. Enseguida pasaron dos más. Luego, a poca distancia, un quinto sabueso. Ninguno de ellos se fijó en nosotros; todos corrían por el camino enfangado hacia la laguna.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No hay duda de que lo descubriremos enseguida —respondió el Espectro—. Vamos a seguir.

Poco después dejó de llover y llegamos a la laguna. Era grande y las aguas estaban tranquilas en su mayor parte, a excepción del punto en que desembocaba el torrente, que caía por una ladera escarpada y alcanzaba la superficie en un borboteo de agua y espuma. Nos quedamos mirando al agua que caía, arrastrando consigo ramitas, hojas e incluso algún tronco de vez en cuando.

De pronto, algo de mayor tamaño cayó a la laguna ruidosamente. Se hundió enseguida, pero volvió a reaparecer en la superficie a unos treinta metros y empezó a flotar hacia la orilla oeste de la laguna. Parecía un cuerpo humano.

Me lancé hacia la orilla. ¿Sería Alice? Pero antes de que pudiera echarme al agua, el Espectro me puso la mano sobre el hombro y me lo agarró con fuerza.

—No es Alice —dijo con voz serena—. Ese cuerpo es muy grande. Además, creo que llamó a la Pesadilla. ¿Por qué si no se habría ido así, de pronto? Con la Pesadilla de su parte, habrá superado cualquier enfrentamiento. Lo mejor que podemos hacer es rodear la laguna y echar un vistazo más de cerca.

Recorrimos la orilla y unos minutos más tarde nos encontrábamos en la orilla oeste, bajo las ramas de un gran sicomoro. El suelo estaba cubierto de un palmo de hojas secas. El cuerpo flotante estaba a cierta distancia, pero cada vez se acercaba más. Esperaba que el Espectro estuviera en lo cierto, que fuera demasiado grande como para ser el de Alice, pero aún estaba demasiado oscuro como para estar seguro. Y si no era el suyo, ¿de quién era aquel cuerpo?

Empecé a sentir miedo, pero no podía hacer nada más que esperar a que el cielo se aclarara y que el cuerpo se fuera acercando a la orilla.

De pronto, las nubes se abrieron y dejaron pasar luz suficiente para poder identificar el cuerpo con seguridad.

Era el Inquisidor.

Me quedé mirando al cuerpo flotante. Estaba boca arriba, y sólo sobresalía del agua la cara. Tenía la boca y los ojos abiertos. El rostro estaba pálido y tenía una expresión de terror. Era como si no le quedara una gota de sangre en todo el cuerpo.

—En vida ha ahogado a muchos inocentes —reflexionó el Espectro—. Personas pobres, viejas y solitarias, que habían trabajado duro toda la vida y sólo merecían un poco de paz y tranquilidad en su vejez, y un poco de respeto también. Y ahora le ha

llegado el turno a él. Ha recibido su merecido.

Sabía que demostrar la brujería echando a una persona al agua era una superstición sin ningún fundamento, pero no podía dejar de pensar en que estaba flotando. Los culpables flotaban; los inocentes se hundían. Los inocentes como la tía de Alice, que murió de la impresión.

—Esto es obra de Alice, ¿verdad? —pregunté.

El Espectro asintió.

—Sí, chico. Habrá quien diga que ha sido ella. Pero en realidad ha sido la Pesadilla. Ahora ya la ha llamado dos veces. Su poder sobre Alice habrá aumentado, y verá a través de sus ojos.

—¿No deberíamos irnos? —pregunté, nervioso, mirando al otro lado del lago, donde desembocaba el torrente. El camino pasaba por allí—. Los hombres del inquisidor vendrán por allí, ¿verdad?

—Puede que sí, con el tiempo. Eso, si recuperan el aliento. Pero tengo la sensación de que durante un tiempo no tendrán ánimo para nada. No, yo estoy esperando a otra persona, y si no voy muy errado, ahí viene...

Miré en la misma dirección que el Espectro, hacia el torrente, donde apareció la figura de una niña por el camino. Era Alice. Se quedó mirando por un momento la desembocadura y, cuando nos vio, empezó a caminar por la orilla hacia nosotros.

—Recuerda —me advirtió el Espectro— que ahora la Pesadilla ve por sus ojos. Está recuperando fuerzas y poder, buscando nuestros puntos débiles. Ten mucho cuidado con lo que dices o haces.

Una parte de mí quería gritarle a Alice y aconsejarle que saliera corriendo mientras pudiera. No había modo de saber qué le podía hacer el Espectro. Pero en otra parte de mi interior, Alice me daba un miedo atroz. ¿Qué podía hacer? En el fondo, sabía que el Espectro era su única esperanza. ¿Quién si no la podría liberar del dominio de la Pesadilla?

Alice se acercó y se detuvo junto a la orilla, de forma que yo estaba entre ella y el Espectro. Se quedó mirando fijamente el cuerpo del Inquisidor. Su rostro reflejaba una combinación de terror y triunfo.

—Ya puedes mirarlo bien, niña —dijo el Espectro—. Examina tu obra de cerca. ¿Ha valido la pena?

Alice asintió.

—Ha recibido su merecido —dijo con decisión.

—Sí, pero ¿a qué coste? —preguntó el Espectro—. Cada vez perteneces más a lo Oscuro. Si llamas a la Pesadilla una vez más, estarás perdida para siempre.

Alice no respondió, y nos quedamos allí un buen rato, en silencio, contemplando el agua.

—En fin, muchacho, lo mejor será que nos pongamos en camino —dijo por fin el

Espectro—, Tenemos trabajo que hacer. En cuanto a ti, niña, deberías venir con nosotros si sabes lo que te conviene. Y escucha lo que te voy a decir; escúchame bien, porque lo que te voy a proponer es tu única esperanza. La única oportunidad que tendrás de librarte de esa criatura.

Alice lo miró con los ojos bien abiertos.

—¿Sabes el peligro que corres? ¿Quieres liberarte? —preguntó.

Alice asintió.

—¡Entonces ven aquí! —le ordenó con voz severa.

Alice obedeció y fue a su lado.

—Allá donde vayas, la Pesadilla te seguirá de cerca, de modo que lo mejor es que vengas conmigo y con el muchacho. Prefiero saber más o menos dónde se encuentra esa criatura que permitir que vaya vagando libremente por todo el condado, aterrorizando a gente decente. Así que escúchame bien. De momento, es importante que no veas ni oigas nada: así, la Pesadilla no obtendrá ninguna información a través de ti. Pero tienes que hacerlo voluntariamente. Si haces la mínima trampa, acabará con todos nosotros.

Abrió la bolsa y empezó a rebuscar en el interior.

—Esto es una venda —dijo, mostrándole a Alice una tira de tela negra—. ¿Te la pondrás?

Alice asintió, y el Espectro le mostró algo que llevaba en la mano izquierda.

—¿Ves esto? Son tapones de cera para los oídos.

Cada tapón tenía un agarrador de plata para poder retirarlo mejor una vez usado.

Alice los miró con expresión dubitativa, pero a continuación inclinó sumisa la cabeza mientras el Espectro le colocaba el primer tapón. Cuando le hubo colocado el segundo, le ató la venda firmemente frente a los ojos.

Nos pusimos en marcha en dirección nordeste. El Espectro guiaba a Alice cogiéndola del codo. Confié en que no nos encontráramos a nadie por el camino. ¿Qué iban a pensar? Desde luego, despertaríamos un interés no deseado.

Las tumbas de piedra

Había salido el sol, de modo que la Pesadilla no suponía una amenaza inmediata. Al igual que la mayoría de criaturas de lo Oscuro, estaría escondida bajo tierra. Y teniendo a Alice con los ojos vendados y los oídos tapados, no podría mirar por sus ojos ni escuchar lo que decíamos. No sabría dónde estábamos.

Me imaginé que nos esperaba otra larga jornada a pie y me preguntaba si llegaríamos a Heysham antes de que cayera la noche. Pero para mi sorpresa, el Espectro nos condujo por un sendero que llevaba a una gran granja. Los perros empezaron a ladrar a un volumen que despertaría a los muertos, y un viejo granjero avanzó renqueante hacia nosotros apoyándose en un bastón. Tenía una expresión preocupada.

—Lo siento —se disculpó con voz ronca—. Lo siento de veras, pero no ha cambiado nada. Si tuviera algo que darle, sería suyo.

Según parece, el Espectro había acabado con un molesto boggart que rondaba por la granja y aún no le habían pagado. Mi maestro quería cobrar, pero no con dinero.

Al cabo de media hora, estábamos montados en un carro tirado por uno de los percherones más grandes que he visto nunca; a las riendas iba el hijo del granjero. Al principio, antes de partir, se había quedado mirando a Alice con expresión de extrañeza.

—¡Deja de mirar a la niña y concéntrate en tus cosas! —le había increpado el Espectro. El chico enseguida apartó la mirada. Parecía contento de llevarnos, satisfecho por librarse de sus tareas durante unas horas, y al poco tiempo nos encontramos recorriendo caminos secundarios y dejamos Caster al oeste. Alice se estiró en el carro y se cubrió con paja para que no la vieran los transeúntes.

Era evidente que el caballo estaba acostumbrado a tirar de grandes cargas, porque con nosotros tres en el carro llevaba un paso bastante ligero. En la distancia distinguimos la ciudad de Caster, con su castillo, donde habían muerto tantas brujas tras un largo juicio; aunque allí no las quemaban, sino que las colgaban. Así que, para usar una de las expresiones marineras de mi padre, «pasamos aquel puerto de largo» y enseguida nos vimos cruzando un puente sobre el río Lune. A continuación, pusimos rumbo al sudoeste y nos dirigimos hacia Heysham.

El hijo del granjero había recibido órdenes de esperar al final del camino, a las afueras del pueblo.

—Estaremos de vuelta al amanecer —dijo el Espectro—. No te preocupes. Te

recompensaré por la espera.

Tomamos un estrecho sendero colina arriba, dejando a la derecha una antigua iglesia y un cementerio. Allí, en la cumbre de la colina, todo estaba tranquilo y en silencio, con las tumbas a la sombra de los altos árboles. Pero cuando superamos una cerca y llegamos a la cima, sentimos el soplo de una intensa brisa y el olor del mar. Frente a nosotros se encontraban las ruinas de una pequeña capilla de piedra de la que sólo quedaban en pie tres de los muros. Estábamos bastante altos, y abajo se veía la bahía con una playa de arena casi cubierta por la marea y las olas golpeando contra las rocas de un pequeño espigón a lo lejos.

—En su mayoría, la costa occidental es llana —observó el Espectro—, y ésta es la máxima altura que alcanzan los acantilados en el condado. Dicen que aquí es donde llegaron los primeros pobladores del condado, procedentes de lejanas tierras al oeste, y que su embarcación varó entre las rocas de ahí abajo. Sus descendientes construyeron esta capilla.

La señaló y, justo detrás de las ruinas, vi las tumbas de piedra.

—No hay nada parecido en todo el condado —señaló.

Talladas en una enorme lastra, justo al borde del despeñadero, había una hilera de seis tumbas, todas con forma de cuerpo humano y tapadas con una losa. Tenían tamaños y formas diferentes, pero eran todas pequeñas, como si correspondieran a niños, aunque en realidad eran las tumbas de seis de los pequeños. Seis de los hijos del rey Heys.

El Espectro se arrodilló junto a la más cercana de las tumbas. En su parte superior todas tenían una hendidura cuadrada, y resiguió la forma con el dedo. A continuación, abrió la mano izquierda. Su palma encajaba perfectamente con la hendidura

—¿Para qué debían de servir? —murmuró para sí.

—¿Cuánto medían los Pequeños? —pregunté. Todas las tumbas tenían diferentes tamaños y, ahora que las miraba de cerca, no eran tan pequeñas como me habían parecido en un principio.

En respuesta, el Espectro abrió la bolsa y sacó un medidor plegable. Lo extendió y midió la tumba.

—Esta mide metro y medio más o menos de largo —anunció— y unos treinta y cinco centímetros por el centro. Pero puede que enterraran algunas de sus propiedades junto a los Pequeños para que los acompañaran en el otro mundo. Pocos de ellos superaban el metro y medio, y muchos eran bastante más bajos. Con el paso de los años, cada generación fue aumentando de estatura debido a los matrimonios entre ellos y con los invasores llegados por mar. Así que en realidad no se extinguieron. Su sangre aún corre por nuestras venas.

El Espectro se volvió hacia Alice y, para mi asombro, le desató la venda. A continuación, le quitó los tapones y volvió a meterlo todo en la bolsa. Alice parpadeó

y miró alrededor. No parecía muy contenta.

—No me gusta este sitio —se quejó—. Algo no va bien. Tengo una mala sensación.

—¿De verdad? —preguntó el Espectro—. Bueno, eso es lo más interesante que has dicho en todo el día. Es curioso, por que a mí me parece que este lugar es bastante agradable. ¡No hay nada tan tonificante como la brisa marina!

A mí no me parecía tan tonificante. La brisa había remitido, y se estaba empezando a formar una niebla procedente del mar. Empezaba a hacer frío. En una hora oscurecería. Yo sabía qué quería decir Alice. Era uno de aquellos lugares que deben evitarse de noche. Notaba algo y no me parecía que fuera nada agradable.

—Hay algo merodeando por aquí—le dije al Espectro.

—Sentémonos y démosle tiempo de que se acostumbre a nuestra presencia —respondió—. No queremos que se asuste...

—¿Es el fantasma de Naze?

—¡Eso espero, muchacho, eso espero! Pero lo descubriremos muy pronto. Ten paciencia.

Nos sentamos en un terraplén cubierto de hierba y algo apartado mientras la luz iba desapareciendo. Mi preocupación iba en aumento.

—¿Y cuando oscurezca? —pregunté—. ¿No aparecerá la Pesadilla? ¡Ahora que le ha quitado la venda a Alice, sabrá dónde estamos!

—Creo que aquí estamos bastante seguros —respondió el Espectro—. Probablemente, éste sea el único lugar de todo el condado donde no se acercará. Aquí ocurrió algo y, si no estoy equivocado, la Pesadilla no se aproximará a menos de un kilómetro a la redonda. Es posible que sepa dónde estamos, pero no puede hacer mucho al respecto. ¿Tengo razón, niña?

Alice se estremeció y asintió.

—Está intentando hablar conmigo. Pero oigo su voz muy débil y distante. Ni siquiera puede meterse en mi cabeza.

—Eso es justo lo que esperaba. Significa que este viaje no ha sido en balde.

—Quiere que salga enseguida de aquí. Quiere que vaya hacia ella...

—¿Y es eso lo que tú quieres?

Alice sacudió la cabeza y se estremeció.

—Me alegra saberlo, muchacha, porque la próxima vez, como te dije, nadie podrá ayudarte. ¿Dónde se encuentra ahora?

—En un lugar profundo, bajo tierra. En una cueva oscura y húmeda. Ha encontrado unos huesos, pero tiene hambre y no le bastan.

—¡Muy bien! Es el momento de ponerse manos a la obra —decidió el Espectro—. Vosotros dos, poneos al abrigo de aquellos muros —indicó, señalando las ruinas de la capilla—. Intentad dormir un poco mientras hago guardia frente a las tumbas.

Obedecemos y nos acurrucamos sobre la hierba, entre las ruinas de la capilla. Por el muro que faltaba, veíamos al Espectro y las tumbas. Pensé que se sentaría, pero se quedó de pie con la mano izquierda apoyada en el bastón.

Estaba cansado y no tardé mucho en dormirme. Pero me desperté de pronto. Alice me estaba sacudiendo por el hombro

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Está perdiendo el tiempo —respondió Alice, señalando el punto donde se encontraba el Espectro, agachado junto a la tumbas—. Hay algo cerca, pero está ahí detrás, junto al seto.

—¿Estás segura?

Alice asintió.

—Pero díselo tú. No se lo tomará muy bien si se lo digo yo.

Me encaminé hacia el Espectro y lo llamé:

—¡Señor Gregory!

No se movió. Me pregunté si se habría dormido de cuclillas. Pero poco a poco se puso en pie y volvió el tronco hacia mí manteniendo los pies exactamente en la misma posición.

Entre las nubes había algún claro, pero la escasa luz de las estrellas no me bastaba para verle la cara. Bajo la capucha, todo estaba oscuro.

—Alice dice que hay algo ahí atrás, junto al seto.

—¿Eso dice? —murmuró el Espectro—. Entonces será mejor que echemos un vistazo.

Caminamos hacia el seto. Al acercarnos, noté un frío aún más intenso, por lo que supe que Alice tenía razón. Había algún espíritu por allí.

El Espectro señaló hacia abajo y de pronto se puso de rodillas y empezó a arrancar la larga hierba. Yo también me arrodillé y empecé a ayudarlo. Debajo aparecieron otras dos tumbas de piedra. Una tenía metro y medio de largo, pero la otra medía la mitad. Era la más pequeña de todas.

—Aquí enterraron a alguien por cuyas venas corría la sangre pura de los ancestros —dijo el Espectro—. Eso le daría la fuerza. Es lo que estábamos buscando. Ahí estará el fantasma de Naze. Échate atrás, muchacho. Mantén la distancia.

—¿No puedo quedarme y escuchar?

El Espectro sacudió la cabeza.

—¿No confía en mí? —pregunté.

—¿Confías tú en ti mismo? —respondió—. ¡Hazte esa pregunta! Para empezar, es más probable que se muestre ante uno de nosotros que ante los dos. Y en cualquier caso, es mejor que no oigas lo que va a decir. La Pesadilla puede leer la mente, ¿recuerdas? ¿Eres lo suficientemente fuerte como para evitar que te lea el pensamiento? No podemos dejar que conozca nuestras intenciones, que tenemos un

plan, que conocemos su punto débil. Cuando se meta en tus sueños y revuelva tu cerebro por dentro en busca de pistas y planes, ¿estás seguro de poder impedir que se entere?

No estaba seguro.

—Eres un chico valiente, el aprendiz más valiente que he tenido nunca. Pero eso es lo que eres, un aprendiz, y no tenemos que olvidarlo. Así que vuelve a tu sitio — me dijo, despidiéndome con la mano.

Le hice caso y volví de mala gana a la capilla en ruinas. Alice estaba durmiendo, así que me senté a su lado un rato, pero no podía conciliar el sueño. Estaba inquieto porque quería saber qué era lo que tenía que decir el fantasma de Naze. En cuanto a la advertencia del Espectro sobre la posibilidad de que la Pesadilla me leyera la mente mientras dormía, no me preocupaba demasiado. Allí estábamos fuera de su alcance, y si el Espectro descubría lo que necesitaba saber, todo acabaría a la noche siguiente.

De modo que salí de nuevo de entre las ruinas y rodeé el muro que quedaba más cerca del Espectro. No era la primera vez que desobedecía a mi maestro, pero sí la primera vez que había tanto en juego. Me senté apoyando la espalda en el muro y esperé. Por poco tiempo. Aun de lejos, empecé a notar un frío intenso y me puse a tiritar. Uno de los muertos se acercaba. ¿Sería el fantasma de Naze?

Sobre la menor de las dos tumbas fue apareciendo lentamente una forma brillante. No tenía forma humana precisamente; era más bien una columna de luz que llegaba hasta las rodillas del Espectro. De inmediato empezó el interrogatorio. No soplaban nada de viento y, aunque el Espectro hablaba muy bajo, pude oír todo lo que decía.

—¡Habla! —dijo el Espectro—. ¡Habla, te lo ordeno!

—¡Déjame! ¡Déjame descansar en paz! —respondió una voz

Aunque Naze había muerto joven, en la flor de la vida, la voz del fantasma recordaba la de un hombre muy viejo. Era ronca y áspera y sonaba profundamente preocupada. Pero aquello no significaba precisamente que no fuera el fantasma indicado. El Espectro me había enseñado que los fantasmas no hablaban igual que en vida. Se comunicaban directamente con la mente de su interlocutor, y por eso podíamos entender a los que habían vivido mucho tiempo atrás, que a lo mejor hablaban un idioma muy diferente.

—Me llamo John Gregory y soy el séptimo hijo de un séptimo hijo —dijo el Espectro, elevando la voz—. Estoy aquí para hacer algo que debería haberse hecho hace tiempo; para poner fin al terror de la Pesadilla y darte la paz eterna. Pero necesito saber algunas cosas. ¡En primer lugar, debes decirme tu nombre!

Se produjo una larga pausa y pensé que el fantasma no iba a responder, pero por fin lo hizo.

—Soy Naze, séptimo hijo de Heys. ¿Qué deseas saber?

—Es hora de acabar con esto de una vez por todas —dijo el Espectro—. La Pesadilla está libre y muy pronto recuperará todo su poder y amenazará a toda la comarca. Hay que acabar con ella. Así que he venido en busca de conocimientos. ¿Cómo la apresaste en las catacumbas? ¿Cómo se la puede atrapar? ¿Me puedes responder a eso?

—¿Eres fuerte? —bramó la voz de Naze—. ¿Puedes cerrar la mente y evitar que la Pesadilla te lea los pensamientos?

—Sí, puedo hacerlo —respondió el Espectro.

—Entonces quizás haya esperanza. Te diré lo que hice yo, cómo apresé a la Pesadilla. En primer lugar, hice un pacto ofreciéndole mi sangre. Podría bebería tres veces más y, a cambio, obedecería mis órdenes tres veces. En lo más profundo de las catacumbas de Priestown hay una cámara funeraria que contiene las urnas con las cenizas de nuestros ancestros, los padres fundadores de nuestro pueblo. Fue en aquella cámara donde convoqué a la Pesadilla y le di a beber mi sangre. A cambio, le impuse duras contraprestaciones.

»La primera vez, le exigí que nunca más volviera a los túmulos y que se apartara de este lugar, donde están enterrados mi padre y mis hermanos, porque quería que descansaran en paz. La Pesadilla gruñó de rabia, porque los túmulos eran su lugar preferido, donde se ocultaba durante las horas de luz entre los huesos de los muertos, absorbiendo los últimos recuerdos que contenían. Pero un pacto es un pacto, y no tuvo otro remedio que obedecer. Cuando la llamé por segunda vez, la envié al fin del mundo en busca de conocimientos, y se mantuvo lejos un mes, lo que me dio el tiempo que necesitaba.

»En aquel tiempo puse a mi pueblo a trabajar, y construyeron y colocaron la Puerta de Plata. Pero la Pesadilla no supo nada, ni siquiera tras su regreso, porque fui fuerte y mantuve ocultos mis pensamientos.

»Después de darle mi sangre por última vez, le comuniqué mis exigencias, gritando a pleno pulmón el precio que debía pagar.

»Le ordené: "¡Quedarás apresada en este lugar, confinada a lo más profundo de las catacumbas, de donde no podrás salir! Pero como no puedo desear que ningún ser, por malvado que sea, soporte un castigo así sin un atisbo de esperanza, he construido una Puerta de Plata. Si algún día hay alguien tan irresponsable como para abrir la puerta en tu presencia, podrás franquearla y serás libre. No obstante, si eso ocurre y vuelves alguna vez a este lugar, quedarás apresada aquí dentro por siempre jamás".

»De modo que seguí el dictado de mi blando corazón, y la pena no fue todo lo dura que debería haber sido. En vida fui una persona muy compasiva. Algunos lo consideraban una debilidad, y en aquella ocasión se demostró que estaban en lo cierto. Y es que yo no podía condenar ni siquiera a la Pesadilla a vivir encerrada por toda la eternidad sin ofrecerle la mínima posibilidad de escapatoria.

—Hiciste suficiente —dijo el Espectro—. Yo acabaré el trabajo. ¡Sólo con que consigamos hacerla volver, quedará atrapada para siempre! Algo es algo. Pero ¿cómo la mataremos? ¿Me lo puedes decir? Esta criatura es tan malvada que con apresarla no basta. Tengo que destruirla.

—En primer lugar, tiene que mostrarse en carne y hueso En segundo lugar, debe estar en la profundidad de las catacumbas. Y en tercero, hay que atravesarle el corazón con plata. Sólo morirá si se dan las tres condiciones. Pero el que lo intente correrá un gran riesgo. En los estertores de la muerte, la Pesadilla liberará tanta energía que, casi con toda probabilidad, al verdugo también morirá.

El Espectro dio un suspiro profundo.

—Te estoy agradecido por toda la información —dijo—. Será duro, pero hay que hacerlo, cueste lo que cueste. Tú ya has cumplido. Vete en paz. Puedes pasar al otro lado.

En respuesta, el fantasma de Naze emitió un quejido tan profundo que se me erizó el vello de la nuca. Era un lamento agónico.

—Yo no tendré paz —gimió el fantasma—. No la tendré hasta que la Pesadilla esté muerta...

Y con aquellas palabras, la pequeña columna de luz se desvaneció. Sin esperar un momento, retrocedí por el muro y volví a las ruinas. Un momento más tarde llegó el Espectro, se estiró sobre la hierba y cerró los ojos.

—Tengo que reflexionar a fondo —susurró.

Yo no dije nada. De pronto, me sentí culpable por haber escuchado su conversación con el fantasma de Naze. Ahora sabía demasiado. Tenía miedo de que, si se lo contaba, me apartara y quisiera enfrentarse a la Pesadilla él solo.

—Te lo explicaré a primera hora —susurró—. Por ahora, intenta dormir. No debemos arriesgarnos a salir de aquí hasta que salga el sol.

Sorprendentemente, dormí bastante bien. Justo antes del amanecer, me despertó un sonido extraño, de algo que rascaba. Era el Espectro, que afilaba la cuchilla retráctil de su bastón con una piedra de afilar que había sacado de la bolsa. Trabajaba metódicamente, probándola de vez en cuando con el dedo. Por fin quedó satisfecho, y oí el chasquido de la hoja al recogerse.

Tambaleándome, me puse en pie y estiré las piernas un momento, mientras el Espectro se agachaba, volvía a coger su bolsa y buscaba algo dentro.

—Ahora sé exactamente lo que hay que hacer —dijo—. Podemos vencer a la Pesadilla. Puede hacerse, pero será la labor más dura que haya tenido que llevar a cabo nunca. Si fracaso, todos sufriremos las consecuencias.

—¿Qué es lo que hay que hacer? —pregunté, sintiéndome mal porque ya lo sabía. No me respondió; pasó frente a mí y se acercó hacia Alice, que estaba sentada en el

suelo, con los brazos alrededor de las piernas.

Le volvió a vendar los ojos y le puso uno de los tapones de cera.

—Ahora va el otro, pero antes de ponértelo, escúchame bien, niña, porque es importante —le advirtió—. Cuando te los quite esta noche, te hablaré inmediatamente y tendrás que hacer lo que te diga sin hacer preguntas. ¿Lo has entendido?

Alice asintió, y el Espectro le colocó el segundo tapón. Una vez más, Alice no veía ni oía nada. Y la Pesadilla no sabría qué íbamos a hacer ni adónde nos dirigíamos. A menos que consiguiera leerme el pensamiento a mí. Empecé a sentirme muy nervioso por lo que había hecho. Sabía demasiado.

—Ahora te diré una cosa que no te gustará —anunció el Espectro—. Tenemos que volver a Priestown. A las catacumbas.

Entonces dio media vuelta y, agarrando a Alice por el codo izquierdo, la llevó hacia el carro, junto al que seguía esperando el hijo del granjero.

—Tenemos que llegar a Priestown lo más rápido que pueda ir este caballo —ordenó el Espectro.

—No sé —objetó el chico—. Mi padre me espera antes de mediodía. Tengo trabajo que hacer.

El Espectro le mostró una moneda de plata.

—Toma esto. Si llegas allí antes de la noche, te daré otra. No creo que a tu padre le importe mucho. Le gusta tener dinero que contar.

El viejo Gregory estiró a Alice a nuestros pies, la cubrió de nuevo con paja para que no pudiera verla nadie al pasar y enseguida nos pusimos en marcha. Al principio rodeamos Caster, pero luego, en vez de retroceder hacia los páramos, nos dirigimos hacia la carretera principal que llevaba directamente a Priestown.

—¿No será peligroso volver de día? —pregunté, nervioso, La carretera estaba muy concurrida, y adelantamos a muchos otros carros y a gente que iba a pie—. ¿Y si los hombres del Inquisidor nos descubren?

—No diré que no haya riesgo —concedió el Espectro—. Pero los que nos estaban buscando ahora es probable que estén ocupados recuperando el cuerpo. Seguro que se lo llevan a Priestown para enterrarlo, pero eso no ocurrirá hasta mañana; para entonces, todo habrá acabado y ya estaremos de vuelta. Claro que habrá que pensar en la tormenta. Cualquiera con dos dedos de frente se meterá en casa para guarecerse de la lluvia.

Miré hacia el cielo. Al sur se estaban concentrando unas cuantas nubes, pero no me parecía que tuvieran mal aspecto. Cuando se lo dije, el Espectro sonrió.

—Aún te queda mucho por aprender, chico. Esta va a ser una de las mayores tormentas que hayas visto nunca.

—Después de todo lo que nos ha llovido, pensé que nos tocaban unos cuantos días de buen tiempo —protesté.

—Claro que sí. Pero esta tormenta no tiene nada de natural. O mucho me equivoco, o la ha conjurado la Pesadilla, del mismo modo que provocó aquel vendaval que azotó mi casa. Es otra señal del poder que ha adquirido. Desencadenará la tormenta para mostrar su rabia y su frustración por no poder usar a Alice a su antojo. A nosotros no nos va mal: mientras este concentrada en eso, no se preocupará mucho de nosotros. Y eso nos ayudará a entrar en la ciudad sin problemas.

—¿Por qué tenemos que ir a las catacumbas para matar a la Pesadilla? —le interrogué, con la esperanza de que me dijera lo que yo ya sabía. Así no tendría que fingir más.

—Es por si no consigo destruirla, hijo. Por lo menos, allí dentro, con la Puerta de Plata cerrada, la Pesadilla volverá a estar atrapada. Y esta vez para siempre. Eso es lo que me dijo el fantasma de Naze. Así, por lo menos, aunque no consiga destruirla, las cosas volverán a su estado anterior. Y ya basta de preguntas por ahora. Necesito un poco de tranquilidad para prepararme de cara a lo que me espera...

No volvimos a hablar hasta que llegamos a las afueras de Priestown. Para entonces el cielo estaba negro como el hollín, surcado por grandes rayos de luz acompañados de truenos que retumbaban casi sobre nuestras cabezas. La lluvia caía como un manto de agua que nos empapaba las ropas, y yo estaba mojado e incómodo.

Me dio pena Alice, que aún seguía estirada en la base del carro, cubierto ya por un par de centímetros de agua. Debía de ser muy duro no ver ni oír ni saber dónde se dirigía o dónde acabaría el viaje.

Mi viaje acabó mucho antes de lo que esperaba. A las afueras de Priestown, cuando llegamos al último cruce, el Espectro dio orden al hijo del granjero para que detuviera el carro.

—Tú bajas aquí —me dijo, mirándome severamente.

Yo me lo quedé mirando, asombrado. El agua le resbalaba por la nariz y le caía en la barba, pero no parpadeó un instante.

—Quiero que vuelvas a Chipenden —ordenó, señalando la estrecha carretera que iba al nordeste—. Entra en la cocina y dile a ese boggart mío que puede que no vuelva. Dile que, si eso ocurre, tendrá que tener la casa preparada para cuando estés listo, protegerla hasta que completes tu aprendizaje y estés en disposición de ocuparte de todo. Después, ve al norte de Caster y busca a Bill Arkwright, el Espectro de la zona. No es una lumbrera, pero es bastante honesto y te entrenará los cuatro próximos años más o menos. A continuación, tendrás que volver a Chipenden y estudiar mucho más. Tendrás que sumergirte en esos libros para compensar el que yo no esté para enseñarte.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué no va a volver? —inquirí. Era otra de las preguntas de las que ya conocía la respuesta.

El Espectro sacudió la cabeza con un gesto triste.

—Porque sólo hay un modo seguro de enfrentarse a la Pesadilla y probablemente me cueste la vida. A mí y a la niña, si no me equivoco. Es duro, chico, pero hay que hacerlo. Quizás un día, cuando pasen los años, te enfrentarás tú también a una tarea como ésta. Espero que no, pero a veces se da el caso. Mi maestro murió haciendo algo parecido, y ahora es mi turno. La historia a veces se repite y, cuando ocurre, tenemos que estar preparados para sacrificar la vida. Son gajes del oficio, así que será mejor que te vayas acostumbrando.

Me preguntaba si el Espectro tendría presente la maldición ¿Era eso lo que le hacía presentir que moriría? Si él moría, no quedaría nadie allí abajo para proteger a Alice.

—¿Y Alice? —protesté—. No le dijo lo que le iba a suceder. ¡La engañó!

—Tenía que hacerlo. Seguramente, la niña habrá ido ya demasiado lejos como para poder salvarla. Es lo mejor. Así, por lo menos su espíritu quedará libre. Es mejor que quedar atado a esa criatura repugnante.

—Por favor —supliqué—. Déjeme acompañarle. Déjeme ayudarlo.

—¡Lo mejor que puedes hacer para ayudarme es obedecer! —respondió el Espectro con impaciencia. Cogiéndome del brazo, me empujó y me hizo bajar del carro. Caí mal y aterricé sobre las rodillas. Cuando conseguí ponerme en pie, el carro ya estaba en marcha. El Espectro no miró atrás.

La carta de mamá

Esperé a que el carro hubiera desaparecido casi por completo en el horizonte y luego me puse a seguirlo, jadeando por el esfuerzo. No sabía qué iba a hacer, pero no soportaba la idea de lo que iba a pasar. El Espectro parecía resignado a morir, y la pobre Alice ni siquiera sabía lo que le iba a suceder.

El riesgo de ser descubierto no era muy grande; caía una tupida cortina de lluvia, y las negras nubes habían ensombrecido el día hasta el punto que parecía casi de noche. Pero el Espectro tenía los sentidos despiertos y, si me acercaba demasiado, lo sabría enseguida. Así que corrí y anduve a ratos, manteniendo la distancia, pero procurando ver el carro a lo lejos de vez en cuando. Las calles de Priestown estaban desiertas y, a pesar de la lluvia, incluso cuando el carro estaba lejos, podía oír el ruido de los cascos del caballo y el traqueteo de las ruedas al pasar sobre los adoquines.

Enseguida apareció por encima de los tejados la punta blanca de la catedral, lo cual me confirmó la dirección que seguía el Espectro. Tal como me esperaba, se dirigía a la casa encantada con bodega que daba acceso a las catacumbas.

En aquel momento sentí algo muy extraño. No era la típica sensación de frío entorpecedor que anunciaba la llegada de algo oscuro. No, esta vez fue más bien un repentino pinchazo helado dentro de la cabeza. Nunca había experimentado algo así, pero no hicieron falta más presentaciones. Adiviné lo que sería y conseguí vaciar la mente justo antes de que la Pesadilla empezara a hablar.

—¡Por fin te encuentro!

Instintivamente, me detuve y cerré los ojos. Me di cuenta de que la Pesadilla no podría ver a través de ellos, pero los mantuve cerrados de todos modos. El Espectro me había dicho que la Pesadilla no veía el mundo como nosotros. Aunque fuera capaz de encontrarte igual que una araña llegaba a su presa siguiendo un hilo de seda, no sabría dónde estaba. De modo que tenía que procurar que así fuera. Cualquier cosa que vieran mis ojos pasaría a mi mente, y la Pesadilla enseguida lo captaría. Podría acabar adivinando que estaba en Priestown.

—¿Dónde estás, chico? Más te vale decírmelo. Antes o después lo harás. Por las buenas o por las malas, tú decides...

El pinchazo helado aumentaba de intensidad, y toda la cabeza se me iba aturdiendo. Aquello me hizo pensar otra vez en mi hermano James y en la granja; en el día en que me persiguió y me llenó las orejas de nieve.

—Voy de vuelta a casa —mentí—. A descansar un poco.

Mientras hablaba, me fui imaginando en el campo, con el monte del Ahorcado en el horizonte, entre las tinieblas. Los perros empezaban a ladrar y me acercaba a la puerta trasera, chapoteando por entre los charcos de barro y con la cara empapada por la lluvia.

—Dime, ¿dónde está el viejo Gregory? ¿Adónde va con la niña?

—A Chipenden —respondí—. Va a meter a Alice en una fosa. Intenté disuadirle, pero no me quiso escuchar. Es lo que siempre hace con las brujas.

Me imaginé abriendo la puerta trasera de casa y entrando en la cocina. Las cortinas estaban echadas, y la palmatoria de latón estaba sobre la mesa, con la vela de cera de abeja encendida. Mamá estaba en su mecedora. Cuando entré, levantó la vista y sonrió.

Al momento, la Pesadilla desapareció y la sensación de frío empezó a disiparse. No había podido evitar que me leyera la mente, pero la había engañado. ¡Lo había conseguido! La euforia sólo me duró unos segundos. ¿Volvería otra vez? O peor aún: ¿iría a visitar a mi familia?

Abrí los ojos y empecé a correr todo lo que pude hacia la casa encantada. Al cabo de unos minutos, oí de nuevo el ruido del carro y volví a alternar el puso ligero y la carrero.

El carro se detuvo por fin, pero casi al momento volvió a arrancar y me tuve que esconder en un callejón, porque se me echaba encima al galope. El hijo del granjero sacudía las riendas con fuerza, agazapado, mientras los cascos del gran perdieron resonaban sobre los adoquines húmedos. Tenía prisa por volver a casa, y lo entendí perfectamente.

Esperé unos cinco minutos para dar tiempo a que Alice y el Espectro entraran en la casa. Luego recorrí la calle y levanté el seguro de la valla. Tal como esperaba, el Espectro había cerrado la puerta trasera, pero aún llevaba conmigo la llave de Andrew y en un momento me encontré en la cocina. Saqué el cabo de vela del bolsillo, lo encendí y en unos minutos estuve en las catacumbas.

Oí un grito por delante de mí y adiviné de qué se trataba. El Espectro estaba atravesando el río con Alice a cuestas. Aunque no viera ni oyera nada, sentiría la corriente de agua.

Enseguida fui yo quien cruzó el río y llegué a la Puerta de Plata justo a tiempo. Alice y el Espectro ya habían pasado al otro lado, y él estaba de rodillas, a punto de cerrarla.

Levantó la vista y me vio llegar corriendo.

—¡Debí imaginármelo! —gritó, furioso—. ¿Es que tu madre no te enseñó a obedecer?

Con la perspectiva que da el tiempo pasado, ahora comprendo que el Espectro tenía razón, que sólo quería protegerme, pero yo seguí adelante, agarré la puerta y

empecé a tirar de ella. El Espectro forcejeó un momento, pero enseguida soltó la puerta y la atravesó, acercándoseme con el bastón en la mano.

No sabía qué decir. No podía pensar con claridad. No tenía ni idea de lo que esperaba conseguir estando con ellos, pero de pronto me volvió a la mente la maldición.

—Quiero ser de ayuda —dije—. Andrew me contó lo de la maldición. Que moriría solo, sin un amigo al lado. Alice no es su amiga, pero yo sí. Si yo estoy aquí, eso no puede ocurrir...

Levantó el bastón por encima de la cabeza como si me fuera a asestar un mazazo. Su silueta me parecía cada vez más grande, a medida que se estiraba sobre mi cabeza. Nunca lo había visto tan enfadado. Pero a continuación, para mi sorpresa y consternación, bajó el bastón, dio un paso adelante y me dio una bofetada. Yo caí torpemente hacia atrás, sin poderme creer lo que había sucedido.

No fue un gran bofetón, pero los ojos se me llenaron de lágrimas que caían por las mejillas. Mi padre nunca me había dado una bofetada así. No me podía creer que el Espectro lo hubiera hecho, y me dolió por dentro. Mucho más de lo que me dolió por fuera.

Se me quedó mirando un momento y sacudió la cabeza, como si le hubiera decepcionado mucho. Entonces volvió a atravesar la puerta y la cerró con llave tras de sí.

—¡Haz lo que te he dicho! —ordenó—. Viniste a este mundo por un motivo. No lo echés a perder por algo que no puedes cambiar. Si no lo quieres hacer por mí, hazlo por tu madre. Vuelve a Chipenden. Luego ve a Caster y haz lo que te he dicho. Eso es lo que ella querría. ¡Haz que se sienta orgullosa de ti!

Dicho aquello, el Espectro dio media vuelta y, cogiendo a Alice por el codo izquierdo, entró en el túnel. Me quedé mirando hasta que giraron un recodo y desaparecieron de mi vista.

Probablemente me quedé allí media hora o más, esperando, mirando la puerta cerrada, con la mente en blanco.

Finalmente, una vez perdida toda esperanza, di media vuelta y deshice el camino. No sabía qué iba a hacer. Obedecer al Espectro, probablemente. Volver a Chipenden y después a Caster. ¿Qué otra opción tenía? Pero no podía dejar de pensar que el Espectro me había pegado. Probablemente, iba a ser nuestro último encuentro, y había quedado marcado por el enfado y la decepción.

Crucé el río, seguí el camino adoquinado y subí hasta la bodega. Cuando llegué, me senté sobre la vieja alfombra enmohecida e intenté decidir qué hacer. De pronto, recordé otra vía de entrada a las catacumbas que me llevaría más allá de la Puerta de Plata. ¡La trampilla que daba a aquella bodega, por la que habían escapado algunos

de los presos! ¿Podría llegar hasta allí sin que me vieran? Quizá sí, si todo el mundo estaba en la catedral.

Pero aunque consiguiera llegar a las catacumbas, no sabía qué podía hacer para ayudar. ¿Valía la pena desobedecer al Espectro de nuevo y para nada? ¿Podía malgastar mi vida cuando mi deber era ir a Caster y seguir aprendiendo mi oficio? ¿Estaría de acuerdo mamá en que eso era lo mejor? Aquellos pensamientos no dejaban de darme vueltas en la cabeza, pero no conseguía hallar una respuesta clara.

Resultaba difícil estar seguro de nada, pero el Espectro siempre me había dicho que confiara en mi instinto, y me daba la impresión de que el instinto me ordenaba hacer algo para intentar ayudar. Al pensar en aquello, de pronto recordé la carta de mamá, porque aquello era exactamente lo que me había dicho ella.

«No la abras hasta que te encuentres en un momento de gran necesidad. Confía en tu instinto.»

Desde luego, me encontraba en un momento de gran necesidad; así que, hecho un manojo de nervios, saqué el sobre del bolsillo de la chaqueta. Me lo quedé mirando un momento, lo abrí y saqué la carta de su interior. La sostuve junto a la vela y empecé a leer.

Querido Tom:

Te enfrentas a un momento de gran peligro. No me esperaba que este momento delicado llegara tan pronto y ahora lo único que puedo hacer es prepararte explicándote a qué te enfrentas y el posible resultado, que depende de la decisión que tomes.

Es mucho lo que no sé, pero hay algo seguro. Tu maestro bajará a la cámara funeraria del punto más profundo de las catacumbas, donde se enfrentará a la Pesadilla en un combate a muerte. Inevitablemente, tendrá que utilizar a Alice para atraer a la Pesadilla. No tiene otra opción. Pero tú sí tienes elección. Puedes bajar a la cámara funeraria e intentar ayudarlo. En ese caso, de los tres que se enfrenten a la Pesadilla, sólo dos saldrán vivos de las catacumbas.

No obstante, si te vas de allí, los dos que han bajado morirán sin remedio. Y morirán en vano.

En esta vida, a veces es necesario sacrificarse por el bien de los demás. Me gustaría poder consolarte, pero no puedo. Se fuerte y haz lo que te dicte la conciencia. Cualquiera que sea tu elección, siempre estaré orgullosa de ti.

MAMÁ

Recordé lo que me había dicho un día el Espectro, poco después de aceptarme como aprendiz. Lo dijo con tal convicción que se me quedó grabado en la memoria.

«Por encima de todo, no creemos en profecías. No creemos que la suerte esté echada.»

Quería creer con todas mis fuerzas en lo que decía el Espectro porque, si mamá tenía razón, uno de nosotros —el Espectro, Alice o yo— iba a morir en las profundidades. Pero la carta que tenía en la mano me decía que, sin ningún género de dudas, la profecía era posible. ¿Cómo si no podía saber mamá que el Espectro y Alice estaban en la cámara funeraria a punto de enfrentarse a la Pesadilla? ¿Y cómo se explicaba que yo hubiera leído la carta en el momento preciso?

¿Instinto? ¿Eso lo explicaba todo? Sentí un escalofrío y un miedo como nunca

desde el momento en que había empezado a trabajar con el Espectro. Sentí como si atravesara una pesadilla en la que todo estuviese decidido de antemano y no pudiera hacer nada ni tomar ninguna decisión propia. ¿Cómo iba a haber alguna posibilidad, si el dejar a Alice y al Espectro solos iba a suponer su muerte?

Además, había otra razón por la que tenía que bajar a las catacumbas: la maldición. ¿Era aquél el motivo de la bofetada del Espectro? ¿Estaba enfadado porque en el fondo creía en la maldición y tenía miedo? Razón de más para ayudarlo. Mamá me había dicho tiempo atrás que sería mi maestro y con el tiempo se convertiría en mi amigo. ¿Era difícil decidir si había llegado el momento, pero, desde luego, yo era más amigo suyo que Alice, y el Espectro me necesitaba!

Cuando salí del patio y me metí en el callejón, aún llovía pero el cielo estaba tranquilo. Noté que se acercaban más truenos y que estábamos en lo que mi padre llamaba «el ojo de la tormenta». Fue entonces, en aquel silencio relativo, cuando oí el tañido de la campana de la catedral. No era la llamada de duelo que había oído desde casa de Andrew y que convocaba al funeral del sacerdote que se había suicidado. Era un sonido alegre y animado que llamaba a los fieles a la misa de la tarde.

De modo que me esperé en el callejón, apoyado contra la pared para evitar empaparme en lo posible. No sé por qué me preocupaba, porque ya estaba empapado hasta los huesos. Por fin la campana dejó de sonar, lo cual interpreté como una indicación de que todo el mundo estaría ya dentro de la catedral y fuera de mi camino, así que empecé a acercarme yo también.

Giré la esquina y me encaminé a la valla. Empezaba a anochecer, y las negras nubes aún cubrían el cielo. De pronto, el cielo se iluminó por completo con un relámpago y vi que toda la extensión que me separaba de la catedral estaba desierta. Se distinguía el oscuro exterior del edificio con sus grandes contrafuertes y sus altos ventanales en punta. Las vidrieras estaban iluminadas con velas, y en la ventana a la izquierda de la puerta había una imagen de san Jorge con su armadura, blandiendo una espada y con un escudo con una cruz roja en la otra mano. A la derecha estaba san Pedro, de pie frente a una barca de pescador. Y en el centro, sobre la puerta, estaba la funesta gárgola de la Pesadilla, mirándome.

No estaba el santo con cuyo nombre me habían bautizado, santo Tomás *el Escéptico*. Santo Tomás *el Incrédulo*. No sabía si mi nombre lo había escogido mi madre o mi padre, pero estaba bien escogido. Yo no creía en lo que creía la Iglesia; un día me enterrarían y no sería en un camposanto. Cuando me convirtiera en Espectro, mis huesos ya no podrían reposar en un terreno bendito. Pero aquello no me preocupaba lo más mínimo. Tal como decía a menudo el Espectro, los curas no tenían ni idea.

Oía cantos en el interior de la catedral. Probablemente era el coro al que había

oído practicar después de visitar al padre Cairns en el confesionario. Por un momento, les envidié por su religión. Tenían suerte de tener algo en lo que creían todos. Habría sido más fácil estar en el interior de la catedral, con toda aquella gente, que descender a solas por los oscuros y húmedos túneles de las catacumbas.

Dejé atrás los mástiles con las banderas y seguí el ancho camino de grava paralelo a la fachada norte de la iglesia. En el preciso momento en que iba a girar la esquina, el corazón se me salió por la boca. Había alguien sentado junto a la trampilla, con la espalda apoyada contra la pared, resguardándose de la lluvia. Al lado tenía una gran porra de madera. Era uno de los guardianes de la iglesia.

Casi se me escapa un quejido. Era de esperar. Después de que se hubieran escapado todos aquellos prisioneros, les preocuparía la seguridad de los presos y de su bodega, llena de vino y cerveza.

Sentí una gran decepción y estuve a punto de abandonar pero, cuando estaba a punto de dar la vuelta y marcharme de puntillas, oí un sonido y me paré a escuchar si se repetía para estar seguro. No me había equivocado: era un ronquido. ¡El guarda estaba dormido! ¿Cómo podía haberse dormido con todos aquellos truenos?

Sin creermelo del todo mi suerte, caminé hacia la trampilla muy, muy despacio, procurando no hacer ruido al pisar la grava, temiendo que el guarda pudiera despertarse en cualquier momento y que tuviera que salir corriendo.

Me tranquilicé mucho cuando estuve más cerca. Había dos botellas de vino vacías al lado. Seguramente estaría borracho e iba a tardar en despertarse. Aun así, no podía arriesgarme. Me arrodillé e introduje la llave de Andrew en la cerradura con sumo cuidado. Un instante más tarde, la trampilla estaba abierta y yo me introducía en ella apoyándome en los barriles, tras lo cual la volví a cerrar.

Aún llevaba la caja de yesca y un cabo de vela que siempre me acompañaba. No me costó encenderlo. Ya veía, pero seguía sin saber cómo iba a encontrar la cámara fúnebre.

Un sacrificio

Me abrí camino por entre los barriles y botelleros hasta llegar a la puerta que daba a las catacumbas. Según mis cálculos, debían de faltar unos quince minutos para que se pusiera el sol, así que no me sobraba el tiempo. Sabía que, en cuanto se pusiera el sol, mi maestro utilizaría a Alice para atraer a la Pesadilla por última vez.

El Espectro intentaría atravesarle el corazón a la Pesadilla con su cuchillo, pero sólo tendría una oportunidad. Si lo conseguía, la energía liberada probablemente lo mataría. Demostraba una gran valentía al estar preparado para sacrificar la vida, pero, si fallaba, Alice también sufriría las consecuencias. Cuando se diera cuenta de que la habían engañado y que estaba encerrada tras la Puerta de Plata para siempre, la Pesadilla estaría furiosa; sin duda, Alice y mi maestro perderían la vida si no la mataban enseguida. Los aplastaría contra los adoquines hasta la muerte.

Cuando llegué al final de la escalera me detuve. ¿Qué dirección debía seguir? Inmediatamente encontré respuesta a mi pregunta: me vino a la cabeza uno de los dichos de papá.

«¡Echa siempre delante tu pie más fuerte!»

Bueno, mi pie más fuerte era el izquierdo, así que, en vez de seguir el túnel que tenía enfrente y que llevaba a la Puerta de Plata y al río subterráneo, seguí el camino de la izquierda. Era estrecho, apenas permitía el paso de una persona y descendía en una curva cerrada, de forma que daba la impresión de bajar por una espiral. Cuanto más bajaba, más frío hacía, y sabía que los muertos se iban congregando. Por el rabillo del ojo veía un montón de cosas: los fantasmas de los Pequeños, pequeñas formas que eran poco más que rastros de luz que entraban y salían de las paredes. Tenía la sospecha de que había más por detrás de mí que por delante, y la sensación de que me seguían, de que todos avanzábamos en dirección a la cámara funeraria.

Por fin vi el brillo tembloroso de la luz de una vela al fondo y llegué a la cámara funeraria. Era más pequeña de lo que me esperaba, una sala circular que no tendría más de veinte pasos de diámetro. En lo alto había un estante y, encima, las grandes urnas de piedra que contenían los restos de los ancestros más antiguos. En el techo, en el centro, había una abertura circular imperfecta, como una chimenea, un agujero oscuro al que no llegaba la luz de la vela. Del agujero colgaban unas cadenas y un gancho.

El techo goteaba, y las paredes estaban cubiertas de limo verde. También se sentía un fuerte olor: una mezcla fétida de podredumbre y agua estancada.

La pared era curva y tenía un banco de piedra adosado; el Espectro estaba sentado en él, con ambas manos apoyadas en el bastón. A su derecha estaba Alice, aún vendada y con tapones en los oídos.

Cuando me acerqué, él me miró, pero ya no parecía enfadado, sino muy triste.

—Eres aún más tonto de lo que pensaba —dijo, sin alterarse, mientras me acercaba y me quedaba frente a él—. Vete mientras estés a tiempo. En un rato será demasiado tarde.

Sacudí la cabeza.

—Por favor, déjeme quedarme. Quiero ayudar.

El Espectro soltó un profundo suspiro.

—Puede que empeores aún más las cosas. Si la Pesadilla detecta alguna señal, no se acercará a este lugar. La niña no sabe dónde está, y yo puedo ocultar mis pensamientos. ¿Y si te lee la mente?

—Ya lo intentó hace poco. Quería saber dónde estaban. Y dónde estaba yo. Pero le planté cara, y no lo consiguió.

—¿Cómo lo impediste? —preguntó, endureciendo de pronto la voz.

—Le mentí. Fingí que iba de vuelta a casa y le dije que ustedes iban de camino a Chipenden.

—¿Y te creyó?

—Parece que sí —contesté, de pronto menos seguro de mí mismo.

—Bueno, lo descubriremos enseguida, cuando Alice la llame. Escóndete en el túnel —me indicó, ya más tranquilo—. Desde ahí podrás verlo. Si las cosas se ponen mal, incluso puede que tengas una mínima posibilidad de escapatoria. ¡En marcha, muchacho! No te lo pienses. ¡Ya es casi la hora!

Hice lo que me dijo y retrocedí unos metros por el túnel. Sabía que el sol ya se habría puesto tras el horizonte y que estaría anocheciendo. La Pesadilla abandonaría su escondrijo subterráneo. En forma de espíritu, podría volar libremente y atravesar incluso la roca. Cuando la llamara Alice, volaría directamente hacia ella, más rápido que un halcón que cayera en picado hacia su presa. Si el plan del Espectro funcionaba, no se daría cuenta de dónde estaba Alice. Y una vez llegara, sería demasiado tarde. Pero nosotros también estaríamos allí y nos tendríamos que enfrentar a la ira que desplegaría al darse cuenta de que la habíamos engañado y estaba encerrada.

Observé al Espectro, que se puso en pie, frente a Alice. Bajó la cabeza y se quedó absolutamente inmóvil un buen rato. Si fuera sacerdote, habría pensado que estaba rezando. Por fin se acercó a Alice y le sacó el tapón de cera del oído izquierdo.

—¡Llama a la Pesadilla! —le gritó, tan fuerte que el sonido llenó la cámara y resonó por el túnel—. ¡Ahora, Alice! ¡Date prisa!

Alice no habló. Ni siquiera se movió. No hacía falta, porque la llamó desde el

interior de su mente, con sólo desear su presencia.

Llegó sin previo aviso. En un momento todo estaba en perfecto silencio, y al siguiente llegó una ola de frío y la Pesadilla apareció en la sala. De cuello para arriba, era idéntica a la gárgola que había sobre la puerta principal de la catedral: unos dientes enormes, la lengua colgando, orejas de perro y unos cuernos retorcidos. De cuello para abajo, era como una enorme nube negra e informe.

¡Había recuperado la fuerza suficiente para adoptar su forma original! ¿Qué probabilidades tendría el Espectro?

Por un momento, la Pesadilla se quedó perfectamente inmóvil, escrutándolo todo con la vista. Sus ojos presentaban unas pupilas que eran como ranuras verticales, como las de una cabra, pero de color verde oscuro.

Entonces, al darse cuenta de dónde estaba, emitió un gruñido lastimero que resonó por todo el túnel, con una vibración que se coló por las suelas de mis botas y me llegó hasta los huesos.

—¡Otra vez encerrada! ¡Encerrada! —gritó furiosa, con una voz fría y sibilante que resonaba en la cámara y penetraba en mi interior como el hielo.

—Sí—respondió el Espectro—. Aquí estás y aquí te quedarás, encerrada para siempre en este lugar maldito.

—¡Disfruta de tu hazaña! ¡Toma tu último aliento, viejo zorro! Me has engañado, pero ¿para qué? No conseguirás más que sumirte en la oscuridad de los muertos. No serás nada, pero yo aún puedo utilizar a los de arriba. ¡Seguirán obedeciéndome y me traerán carne fresca! ¡Así que todo esto ha sido en vano!

La cabeza de la Pesadilla aumentó de tamaño, y la cara se volvió aún más horrible: la barbilla se hizo más larga, curvándosele hacia arriba, en dirección a la nariz ganchuda. La nube negra iba desvaneciéndose y transformándose en carne. Ahora ya se veía un cuello y se adivinaban unos hombros fuertes y musculosos que, en vez de piel, estaban cubiertos de ásperas escamas verdes.

Sabía lo que estaría esperando el Espectro. En cuanto el pecho quedara claramente a la vista, atacaría al corazón. Ante mis propios ojos, la nube fue disipándose y dejó a la vista el torso, hasta la cintura.

¡Pero estaba equivocado! El Espectro no usó el cuchillo. De pronto, inexplicablemente, tenía la cadena de plata en la mano derecha y levantó el brazo para lanzársela a la Pesadilla.

Le había visto hacerlo antes. Se la había lanzado a Lizzy *la Huesuda*, formando una espiral perfecta que le cayó encima y le ató los brazos a los costados. La bruja había caído al suelo y no había podido hacer más que quedarse gruñendo, con la cadena apretándole el cuerpo y la boca.

Lo mismo habría ocurrido en este caso, estoy seguro, y la Pesadilla habría acabado estirada en el suelo, indefensa. Pero en el preciso momento en que el

Espectro se preparaba para lanzar la cadena de plata, Alice se levantó tambaleándose y se arrancó la venda.

Sé que no quería hacerlo, pero de algún modo se interpuso entre el Espectro y su objetivo y le desvió el tiro. En vez de acabar sobre la cabeza de la Pesadilla, la cadena de plata le cayó sobre el hombro. Al sentir el contacto, soltó un gemido agónico y la cadena cayó al suelo.

Pero el Espectro no estaba acabado: cogió su bastón y lo levantó. Mientras se preparaba para lanzarlo contra la Pesadilla, se oyó un chasquido y la hoja retráctil, hecha de una aleación de plata, quedó al descubierto, brillando a la luz de la vela. Era la hoja que le había visto afilar en Heysham. Ya le había visto usarla antes, al enfrentarse a Colmillo, el hijo de Madre Malkin, la vieja bruja.

El Espectro arremetió con fuerza con el bastón hacia la Pesadilla, apuntando al corazón. La Pesadilla intentó apartarse, pero no tuvo tiempo de evitar el ataque del todo. La cuchilla le penetró en el hombro izquierdo, y chilló de dolor. Alice dio un paso atrás; tenía el terror escrito en el rostro. El Espectro, con gesto decidido, se echó atrás y se preparó para un segundo ataque.

Pero de pronto las dos velas se apagaron, sumiendo la cámara y el túnel en la oscuridad. Usé la yesca y encendí mi cabo de nuevo, pero a la luz de la vela observé que el Espectro se encontraba solo en la cámara. ¡La Pesadilla había desaparecido! ¡Y Alice también!

—¿Dónde está? —grité, corriendo hacia el Espectro, que se limitó a sacudir la cabeza con aire triste.

—¡No te muevas! —dijo—. ¡Esto aún no ha acabado!

Estaba mirando hacia el oscuro orificio del techo por el que desaparecían las cadenas. Había un bucle y, al lado, otra cadena que colgaba. En el extremo, casi tocando el suelo, tenía un gran gancho. Era el típico aparejo de poleas, similar al empleado para bajar las losas usadas para apresar a boggarts.

El Espectro pareció estar escuchando algo.

—Está por ahí arriba —susurró.

—¿Es una chimenea? —pregunté.

—Sí, algo parecido. Por lo menos, para eso se usó en algunas ocasiones. Mucho después de que los Pequeños hubieron desaparecido y de que la Pesadilla quedara apresada, había necios que seguían ofreciéndole sacrificios en este mismo lugar. La chimenea llevaba el humo hasta su guarida, allí arriba, y utilizaban la cadena para enviarle la ofrenda chamuscada. ¡Algunos de ellos murieron aplastados por su osadía!

Estaba empezando a pasar algo. Sentí el rumor de un soplo procedente de la chimenea, y de pronto el aire se enfrió. Miré hacia arriba y vi lo que parecía una nube de humo que empezaba a descender, llenando la parte superior de la cámara. ¡Era como si todas las ofrendas quemadas que se habían hecho en aquel lugar volvieran de

golpe!

Pero era algo mucho más denso que el humo; parecía agua, como un remolino negro que girara sobre nuestras cabezas. A los pocos segundos, se detuvo y quedó en silencio; era como la superficie brillante de un espejo oscuro. Podía incluso ver nuestro reflejo en él: yo, junto al Espectro, que tenía el bastón preparado, con la cuchilla hacia arriba, listo para atacar.

Lo que ocurrió a continuación pasó demasiado deprisa como para que lo pudiera ver bien. De la superficie del espejo de humo surgió algo de pronto y con tal violencia que el Espectro salió despedido hacia atrás. Cayó pesadamente y perdió el bastón, que se partió en dos trozos desiguales con un chasquido.

Al principio me quedé paralizado, sin poder pensar apenas, incapaz de mover un músculo, pero después, temblando de pies a cabeza, crucé la sala para ver si el Espectro se encontraba bien.

Estaba boca arriba, con los ojos cerrados, y una gota de sangre le salía de la nariz hasta la boca abierta. Respiraba profundamente y de forma irregular, así que lo sacudí suavemente, intentando despertarlo. No respondió. Fui hasta donde estaba el bastón roto y cogí el pedazo más pequeño, el que tenía la cuchilla. Tenía la longitud de mi antebrazo aproximadamente, así que me lo puse tras el cinturón. Me quedé de pie, junto a la cadena, mirando hacia arriba.

Alguien tenía que Intentar ayudar a Alice y destruir a aquella criatura de una vez por todas, y yo era el único que podía hacerlo. No podía dejarla en manos de la Pesadilla, así que en primer lugar intenté despejar la mente. Si la conseguía vaciar, la Pesadilla no podría leerme los pensamientos. Probablemente, el Espectro había estado practicando durante días. Yo no, así que tendría que esforzarme y hacerlo lo mejor posible.

Cogí el cabo de vela entre los dientes y, con cuidado, agarré la cadena que caía en vertical con las dos manos, intentando que se moviera lo menos posible. A continuación, coloqué los pies sobre el gancho y presioné la cadena entre las rodillas. Se me daba bien trepar por las cuerdas, y una cadena no podía ser tan diferente.

Empecé a ascender bastante rápido. La cadena estaba fría y se me congelaban las manos. Cuando llegué hasta el espeso humo, respiré hondo, contuve la respiración y metí la cabeza en aquella oscuridad. No veía nada y, a pesar de no estar respirando el humo, se me metía por la nariz y por la boca abierta, y notaba un penetrante sabor acre en la garganta que me recordó el de las salchichas quemadas.

De pronto, me encontré con la cabeza fuera del humo y seguí subiendo por la cadena hasta que los hombros y el pecho quedaron fuera. Estaba en una sala circular casi idéntica a la de abajo, excepto en que, en vez de una chimenea en el techo, había un orificio en el suelo y el humo llenaba la mitad inferior de la sala.

Un túnel penetraba por la pared más alejada y se perdía en la oscuridad. También

había otro banco de piedra donde estaba Alice sentada, con el humo casi hasta las rodillas. Le presentaba la mano izquierda a la Pesadilla, y la abyecta criatura estaba arrodillada sobre el humo, inclinada sobre Alice. Su espalda desnuda me recordaba la de un gran sapo verde. Mientras la miraba, se llevó la mano de Alice a la boca y la oí gritar de dolor mientras le chupaba la sangre de debajo de las uñas. Era la tercera vez que la Pesadilla se alimentaba con la sangre de Alice desde que estaba libre. ¡Cuando acabara, Alice le pertenecería!

Hacía frío, un frío glacial, y yo tenía la mente en blanco. No pensaba en nada. Subí un poco más y salté al suelo de piedra de la cámara superior. La Pesadilla estaba demasiado ocupada como para percatarse de mi presencia. Desde luego, en aquello se parecía al destripador de Horshaw: cuando comía, prácticamente no le importaba nada más.

Me acerqué y saqué el trozo del bastón del Espectro que le llevaba cogido a la cintura. Lo levanté por encima de la cabeza, con la cuchilla apuntando a la espalda de la Pesadilla, cubierta de escamas. Lo único que tenía que hacer era clavárselo y atravesarle el corazón. Se había presentado en carne y hueso, y aquello sería su fin. Moriría. Pero en el momento que tensé el brazo, me entró de pronto el miedo.

Sabía lo que me ocurriría. Se liberaría tanta energía que yo también moriría. Me convertiría en fantasma, como el pobre Billy Bradley, que había muerto después de que un boggart le mordiera los dedos. Había vivido días felices como aprendiz del Espectro, pero ahora estaba enterrado en Layton, fuera del cementerio. Aquella idea me resultaba insoportable.

Estaba aterrado y empecé a temblar de nuevo. Primero fueron las rodillas, pero los temblores empezaron a subirme por el cuerpo hasta que la mano que sostenía la cuchilla también empezó a agitarse.

La Pesadilla debió de percibir mi miedo, porque de pronto volvió la cabeza, con los dedos de Alice aún en la boca y la sangre goteándole por la curva de la barbilla. Pero entonces, cuando ya casi era demasiado tarde, la sensación de miedo se desvaneció de pronto. De golpe, me di cuenta del motivo que me había llevado a enfrentarme a la Pesadilla. Recordé lo que mamá me había dicho en su carta...

«En esta vida, a veces es necesario sacrificarse por el bien de los demás.»

Me había advertido de que, de los tres que se enfrentaran a la Pesadilla, sólo dos saldrían de las catacumbas con vida. Por algún motivo, me había imaginado que la persona que moriría sería el Espectro o Alice, pero ahora me daba cuenta de que iba a ser yo. Nunca acabaría mi formación como aprendiz, nunca me convertiría en espectro. Pero sacrificando mi vida en aquel momento, podía salvarlos a los dos. Estaba muy tranquilo. Sencillamente, acepté el destino.

Estoy seguro de que en aquel último momento la Pesadilla se dio cuenta de lo que iba a hacer, pero en vez de aplastarme en aquel mismo momento, giró la cabeza hacia

Alice, que le sonrió de un modo extraño y misterioso.

Golpeé fuerte, con todas mis fuerzas, clavándole la cuchilla en busca del corazón. No sentí el contacto de la cuchilla, pero una oscuridad escalofriante lo invadió todo; sentí una sacudida por todo el cuerpo y perdí el control sobre mis músculos. La vela se me cayó de la boca, y sentí que caía. ¡No le había dado en el corazón!

Por un momento, pensé que había muerto. Todo estaba oscuro, pero de momento parecía que la Pesadilla había desaparecido. Tanteé el suelo hasta encontrar la vela y la volví a encender. Escuché atentamente y le hice un gesto a Alice para que no hablara. Oí un sonido procedente del túnel: el de las patas de un perro al correr.

Me volví a meter el trozo de bastón tras el cinturón. A continuación, saqué la cadena de plata de mamá del bolsillo de mi chaqueta y me la enrollé alrededor de la mano y la muñeca izquierdas, preparado para lanzarla. Con la otra mano recogí la vela y, sin esperar un momento, salí en busca de la Pesadilla.

—¡No, Tom, no! ¡Déjala! —suplicó Alice a mis espaldas—. ¡Ya ha acabado todo! ¡Puedes volver a Chipenden!

Corrí hacia mí, pero me la quité de encima de un empujón. Se tambaleó y casi se cayó. Cuando volvió a acercármese, levanté la mano izquierda para que viera la cadena de plata.

—¡Atrás! Ahora perteneces a la Pesadilla. ¡Mantén la distancia, o también te apresaré a ti!

La pesadilla había bebido su sangre por última vez, y ahora no podía confiar en nada que dijera Alice. Tendría que matar a la Pesadilla para que ella quedara libre.

Le di la espalda y me puse en marcha a toda prisa. Por delante oía a la Pesadilla; detrás, el *clic-clic* de los zapatos en punta de Alice, que me seguía por el túnel. De pronto, el ruido de delante se dejó de oír.

¿Se había desvanecido de pronto la Pesadilla para aparecer en otra parte de las catacumbas? Me detuve a escuchar y luego volví a avanzar con una cautela aún mayor. Entonces vi algo ante mí; algo en el suelo del túnel. Me detuve cerca, y el estómago se me revolvió. Casi me pongo a vomitar allí mismo,

El hermano Peter yacía boca arriba, estaba aplastado. La cabeza estaba intacta, con los ojos abiertos y la mirada extraviada, muestra del pánico que sin duda había sentido antes de morir. Pero por debajo del cuello, su cuerpo estaba completamente aplastado contra las piedras.

Aquella visión me horrorizó. Durante los primeros meses de aprendizaje había visto muchas cosas terribles y había estado cerca de la muerte y de los muertos más veces de las que podía recordar. Pero era la primera vez que contemplaba la muerte de alguien por quien sentía afecto, una muerte terrible.

Me quedé inmóvil, distraído ante la visión del hermano Peter, y la Pesadilla escogió aquel momento para salir de la oscuridad y lanzarse hacia mí a la carrera. Se

detuvo por un momento y se me quedó mirando, con aquellos ojos verdes brillando en las tinieblas. Su fornido cuerpo estaba cubierto de grueso pelo negro, y las mandíbulas dejaban al descubierto hileras de afilados dientes amarillos. De la larga lengua que le colgaba de la boca, le goteaba algo. ¡No era saliva, sino sangre!

De pronto, la Pesadilla atacó, lanzándose sobre mí. Prepare la cadena y oí que Alice gritaba por detrás. En el último momento, me di cuenta de que había cambiado el ángulo de ataque. ¡No era yo la presa que buscaba! ¡Era Alice!

Me quedé de piedra. El que suponía una amenaza para la Pesadilla era yo, no Alice. ¿Por qué la atacaba a ella?

Instintivamente corregí el tiro. En el jardín del Espectro acertaba nueve de cada diez veces apuntando al poste, pero ahora era diferente. La Pesadilla se movía con rapidez y ya estaba empezando a saltar. Así que solté la cadena y la lancé en su dirección. Vi cómo se abría como una red y caía formando una espiral. Las horas de práctica tuvieron recompensa, y la cadena cayó alrededor de la Pesadilla limpiamente, ciñéndose a su cuerpo. Se retorció una y otra vez, aullando, luchando por soltarse.

En teoría, no se podía soltar y tampoco podía desvanecerse ni cambiar de forma. Pero yo no iba a correr riesgos. Tenía que atravesarle el corazón rápidamente. Así que me abalancé, saqué la cuchilla del cinturón y me preparé para clavársela en el pecho. Se me quedó mirando a la espera del golpe, con los ojos llenos de odio. Pero también reflejaban miedo: el terror absoluto a la muerte; el terror a la nada a la que se enfrentaba. Habló a través de mi pensamiento, suplicando desesperadamente por su vida.

—¡Piedad! ¡Piedad! —suplicó—. ¡No hay nada para mí! Sólo la oscuridad. ¿Es eso lo que quieres, chico? ¡Tú también morirás!

—¡No, Tom, no! ¡No lo hagas! —gritó Alice desde detrás, sumando sus súplicas a las de la Pesadilla. Pero no escuché a ninguna de las dos. Cualquiera que fuera el precio que tuviera que pagar, tenía que matarla. Estaba retorciéndose entre los eslabones de la cadena, y tuve que asestarle dos puñaladas antes de acertar en el corazón. La tercera vez que le clavé el cuchillo, la Pesadilla se desvaneció, pero oí un grito profundo. Nunca sabré si fue la Pesadilla, Alice o yo quien gritó; nunca lo sabré. Quizá fuimos los tres.

Sentí un golpe tremendo en el pecho, seguido de una extraña sensación de caída. Todo se quedó en silencio, y sentí que me sumía en la oscuridad.

Lo siguiente que recuerdo es que me encontré junto a una gran extensión de agua.

A pesar del tamaño, parecía más un lago que un mar, ya que pese a que soplaba una agradable brisa en la orilla, las aguas estaban tranquilas, como un espejo, y reflejaban el azul diáfano del cielo.

De una playa de arena dorada partían unos botes y, tras ellos, pude ver una isla bastante próxima a la costa. Estaba cubierta de verdes prados y árboles, y me pareció lo más maravilloso que había visto en mi vida. Entre los árboles, en la cima de una colina, había un edificio como el castillo que habíamos visto a lo lejos desde los páramos bajos al rodear Caster. Pero en vez de estar construido de fría piedra gris, brillaba como si estuviera construido con los colores del arco iris, y sus cálidos rayos de luz me daban en la frente como una bendición.

No respiraba, pero me sentía tranquilo y feliz y recuerdo que pensé que, si estaba muerto, la muerte era agradable. Tenía que llegar a aquel castillo, así que corrí hacia la barca más próxima, intentando subirme a ella desesperadamente. Al acercarme, la gente que botaba las barcas se detuvo y se giró Inicia mí. En aquel momento, supe quiénes eran. Eran bajitos, muy bajitos, y tenían el pelo negro y los ojos marrones. ¡Eran los Pequeños! ¡Los Segantii!

Me sonrieron en señal de bienvenida, corrieron hacia mí y me llevaron hacia las barcas. Nunca me había sentido tan feliz en mi vida, tan querido, tan aceptado. Toda mi soledad había desaparecido. Pero justo cuando iba a subirme al bote, sentí una mano fría que me agarraba por el antebrazo izquierdo.

Cuando me di la vuelta, no vi a nadie, pero la presión sobre el brazo aumentó hasta que empezó a dolerme. Sentía unas uñas que se me clavaban y me laceraban la piel. Intenté zafarme y subir al bote, y los Pequeños intentaban ayudarme, pero la presión sobre el brazo se había convertido ya en un dolor insoportable. Solté un grito y aspiré aire en un enorme y doloroso jadeo que se convirtió en un gemido. Sentí un hormigueo por todo el cuerpo y un calor cada vez más intenso, como si ardiera por dentro.

Estaba estirado boca arriba, a oscuras. Llovía mucho, y sentía las gotas que me caían sobre los párpados y la frente; algunas incluso se me metían en la boca, que estaba completamente abierta. Estaba demasiado cansado para abrir los ojos, pero oí la voz del Espectro a cierta distancia.

—¡Déjalo! —decía—. ¡Dale paz, niña! ¡Ahora ya no podemos hacer nada más por él!

Abrí los ojos y vi a Alice inclinada sobre mí. Detrás de ella se levantaban los oscuros muros de la catedral. Me agarraba por el antebrazo izquierdo, con sus uñas, muy afiladas, contra mi piel. Se acercó y me susurró al oído:

—No eres de los que se rinden fácilmente, Tom. Has vuelto. ¡Has vuelto a casa!

Respiré hondo, y el Espectro se acercó, con el asombro reflejado en los ojos. Cuando se arrodilló a mi lado, Alice se levantó y se retiró.

—¿Cómo te sientes, muchacho? —preguntó con suavidad, ayudándome a erguirme—. Pensé que estabas muerto. Te aseguro que, cuando te saqué de las

catácumbas, tu cuerpo no tenía aliento.

—¿Y la Pesadilla? ¿Está muerta?

—Sí que lo está. Acabaste con ella, y eso casi acaba contigo. ¿Puedes caminar? Tenemos que salir de aquí.

Tras el Espectro pude ver al guarda con las botellas vacías de vino al lado. Seguía sumido en un sueño profundo, pero podía despertarse en cualquier momento.

Con la ayuda del Espectro conseguí ponerme en pie, y los tres nos alejamos de la catedral y nos dirigimos hacia las calles desiertas.

Al principio estaba débil y tembloroso, pero según íbamos dejando atrás las casas de la ciudad y nos adentrábamos en el campo, empecé a sentirme más fuerte. Al cabo de un rato, me volví y miré hacia Priestown, que se extendía a nuestros pies. Las nubes habían desaparecido, y había salido la luna. La torre de la catedral brillaba.

—Ya tiene mejor aspecto —dije, deteniéndome para observar el paisaje.

El Espectro se detuvo a mi lado y miró en la misma dirección.

—La mayoría de cosas tienen mejor aspecto a cierta distancia —dijo—. Y, a decir verdad, la mayoría de personas también.

Me pareció que estaba de broma, así que sonreí.

—Bueno —suspiró—, a partir de ahora debería ser un lugar mejor. Pero aun así, no vamos a volver por aquí en un tiempo.

Al cabo de una hora aproximadamente, encontramos en la carretera un granero abandonado donde cobijarnos. Estaba lleno de agujeros, pero por lo menos estaba seco, y teníamos un poco de queso amarillo para comer. Alice se puso a dormir enseguida, pero yo me quedé sentado un buen rato, pensando en lo ocurrido. El Espectro tampoco parecía cansado; se sentó y permaneció en silencio, agarrándose las rodillas. Al cabo de un rato habló.

—¿Cómo supiste cómo matar a la Pesadilla?

—Le observé —respondí—. Vi cómo le atacaba al corazón.

Pero de pronto me sentí avergonzado por haber mentido y bajé la cabeza.

—No, lo siento —reconocí—. Eso no es cierto. Me acerqué sigilosamente a escuchar su conversación con el fantasma de Naze. Oí todo lo que dijeron.

—Y deberías lamentarlo, chico. Corriste un gran riesgo. Si la Pesadilla hubiera conseguido leerte el pensamiento...

—Lo siento mucho.

—Tampoco me dijiste que tenías una cadena de plata.

—Mi madre me la dio.

—Bueno, suerte que lo hizo. En cualquier caso, está en mi bolsa, a buen recaudo por el momento. Hasta que la vuelvas a necesitar... —añadió en tono inquietante.

Se produjo otro largo silencio, como si el Espectro estuviera sumido en sus

pensamientos.

—Cuando te saqué de las catacumbas, estabas frío y parecías bien muerto —dijo por fin—. He visto la muerte tantas veces, que sé que no me equivoco. Entonces esa niña te agarró del brazo y volviste. No sé qué pensar.

—Estaba con los Pequeños —dije.

—Sí —asintió el Espectro—. Ahora que la Pesadilla ha muerto, estarán en paz. También Naze. Pero ¿y tú? ¿Qué sentiste? ¿Tuviste miedo?

Sacudí la cabeza.

—Tuve más miedo justo después de leer la carta de mamá. Ella sabía lo que iba a ocurrir. Sentí que no tenía elección. Que todo estaba decidido. Y si algo está decidido, ¿qué sentido tiene vivir?

El Espectro frunció el ceño y me alargó la mano.

—Dame la carta.

La saqué del bolsillo y se la di. La leyó detenidamente y por fin me la devolvió. Estuvo un rato sin hablar.

—Tu madre es una mujer muy sagaz e inteligente —dijo por fin—. Eso explica en gran parte lo que hay escrito en este papel. Dedujo exactamente lo que yo haría. Sabía lo suficiente para hacerlo. No es una profecía. La vida ya es lo suficientemente dura sin tener que creer en profecías. Tú decidiste bajar a las catacumbas. Pero tenías otra elección. Podías haberte ido, y todo habría sido diferente.

—Pero una vez tomé esa decisión, ella acertó. Fuimos tres los que nos enfrentamos a la Pesadilla, y sólo dos sobrevivieron. Yo estaba muerto. Usted me sacó a la superficie. ¿Cómo se explica eso?

El Espectro no respondió, y el silencio se hizo cada vez más prolongado. Al cabo de un rato, me estiré y me sumí en un sueño profundo. No mencioné la maldición. Sabía que él no querría hablar de ello.

Un trato es un trato

Era casi medianoche, y una media luna brillaba por encima de los árboles. En vez de volver a casa siguiendo la ruta más directa, el Espectro nos llevó por el este. Pensé en el jardín del este y en la fosa que había allí preparada para Alice. La fosa que yo había cavado.

¿Seguiría pensando en meterla en la fosa? ¿Después de todo lo que había hecho Alice para arreglar las cosas? Le había permitido vendarle los ojos y teparle los oídos con cera. Y había permanecido sentada en silencio durante horas sin quejarse ni una sola vez.

Pero entonces vi el arroyo ante nosotros y me llené de renovadas esperanzas. Era estrecho pero rápido, y el agua fluía con un brillo plateado a la luz de la luna. Sólo había una piedra en medio del cauce.

Iba a poner a Alice a prueba.

—Muy bien, niña —dijo, con voz severa—. Tú primero. ¡Adelante!

Cuando miré a Alice, se me encogió el corazón. Parecía aterrada, y recordé cuando la tuve que cargar a hombros para cruzar el río cerca de la Puerta de Plata. La Pesadilla estaba muerta y su poder sobre Alice había desaparecido, pero ¿sería demasiado tarde para reparar el daño? ¿Se había acercado demasiado Alice a lo Oscuro? ¿Estaría atrapada para siempre? ¿Nunca más podría atravesar un cauce de agua? ¿Se había convertido en una malvada bruja sin posibilidad de remisión?

Alice dudó al llegar a la orilla y empezó a temblar. Levantó dos veces el pie para dar el paso hasta la piedra plana que la aguardaba en el centro del río, y las dos veces lo echó atrás. Tenía la frente cubierta de grandes gotas de sudor que empezaban a caerle por la nariz y los ojos.

—¡Venga, Alice, puedes hacerlo! —la animé. El Espectro me lanzó una mirada fulminante.

De pronto, haciendo un terrible esfuerzo, Alice saltó sobre la piedra y echó rápidamente la otra pierna adelante para pasar a la otra orilla. Cuando llegó, se sentó en el suelo inmediatamente y hundió la cara entre las manos.

El Espectro chasqueó la lengua, cruzó el arroyo y subió rápidamente por la colina hacia los árboles, al borde del jardín. Yo me quedé atrás, esperando a que Alice se pusiera en pie y luego subimos juntos hasta donde esperaba el Espectro con los brazos cruzados.

Cuando llegamos, el Espectro dio un paso adelante y agarró a Alice. Cogiéndola

por las piernas, se la echó al hombro. Ella empezó a chillar y a retorcerse, pero sin decir palabra, él la agarró más fuerte y entró en el jardín.

Yo lo seguí desesperado. Estaba entrando en el jardín del este y avanzaba hacia las tumbas donde se encontraban las brujas, en dirección a la fosa vacía. ¡No podía ser! ¡Alice había pasado la prueba!

—¡Ayúdame, Tom! ¡Ayúdame, por favor! —suplicó Alice.

—¿No le puede dar otra oportunidad? —rogué al Espectro—. ¡Sólo una! Ha cruzado el río. ¡No es una bruja!

—Esta vez lo ha conseguido —refunfuñó el Espectro sin volverse—. Pero el mal está en su interior, esperando la ocasión.

—¿Cómo puede decir eso? Después de todo lo que ha hecho...

—Esto es lo más seguro. ¡Es lo mejor para todos!

Sabía que había llegado el momento de soltar lo que mi padre llamaba «unas cuantas verdades». Tenía que decirle lo que sabía de Meg, aunque quizá me odiara por ello y me despidiera como aprendiz. Pero quizá recordándole su pasado cambiaría de opinión. La idea de que Alice acabara en una fosa me resultaba insoportable, y el hecho de que yo la hubiera cavado lo hacía cien veces peor.

El Espectro llegó junto a la fosa y se detuvo en el borde. Cuando se disponía a meter a Alice en el boyo, grité:

—¡Eso no se lo hizo a Meg!

Se volvió hacia mí con expresión de profunda sorpresa.

—No metió a Meg en una fosa, ¿verdad? —insistí—. ¡Y era una bruja! ¡No lo hizo porque la quería demasiado! ¡Así que no se lo haga a Alice, no es justo!

La expresión de asombro del Espectro se tornó en rabia y se quedó allí, balbuceando al borde de la fosa; por un momento dudé de si echaría a Alice o si se caería él. Se quedó inmóvil durante un rato que me pareció eterno, pero luego, aliviado, observé que su rabia se transformó en algo diferente y se alejó con Alice aún al hombro.

Dejó atrás la fosa vacía, pasó por la que ocupaba Lizzie la *Huesuda* y más allá de las tumbas donde estaban enterradas dos brujas muertas, y tomó el camino de piedras blancas que llevaba a la casa.

A pesar de su reciente enfermedad, de todo lo que había pasado y del peso de Alice sobre el hombro, el Espectro caminaba tan rápido que me costaba seguirlo. Sacó la llave del bolsillo izquierdo de sus pantalones, abrió la puerta trasera de la casa y se metió antes de que yo llegara al umbral.

Se metió directamente en la cocina y se detuvo junto a la lumbre, donde chisporroteaban las llamas. En la cocina hacía calor, las velas estaban encendidas y la mesa estaba puesta para dos. Con suavidad, el Espectro descargó a Alice del hombro y la dejó en el suelo. En cuanto sus zapatos de punta tocaron las losetas, el fuego se

apagó, las llamas de las velas se agitaron y casi se apagaron, y el aire se enfrió sensiblemente.

Al momento se oyó un gruñido de rabia que hizo vibrar la vajilla y temblar el suelo. Era el boggart del Espectro. Si Alice hubiera entrado caminando por el jardín, incluso con el Espectro al lado, la habría despedazado. Pero como el Espectro la llevaba a hombros, el boggart no percibió la presencia de Alice hasta que sus pies tocaron el suelo. Y ahora estaba de lo más disgustado.

El Espectro colocó la mano izquierda sobre la cabeza de Alice. A continuación, picó tres veces sobre las losetas del suelo con el pie izquierdo.

El aire se quedó inmóvil, y el Espectro habló al boggart muy alto:

—¡Escúchame! ¡Escucha bien lo que te voy a decir!

No hubo respuesta, pero el fuego se recuperó ligeramente y el aire ya no parecía tan frío.

—¡Mientras esta niña esté en mi casa, no le lastimes ni un pelo de la cabeza! —ordenó el Espectro—. Pero observa todo lo que haga y asegúrate de que cumple todas mis órdenes.

Dicho aquello, golpeó el suelo otras tres veces con el pie. En respuesta, el fuego se avivó y la cocina recuperó su calidez.

—Y ahora prepara cena para tres —ordenó el Espectro. Entonces nos hizo una seña y salió de la cocina. Lo seguimos y subimos las escaleras. Hizo una pausa frente a la puerta de la biblioteca, cerrada con llave.

—Mientras estés aquí, te ganarás el sustento —anunció el Espectro—. Aquí hay libros irremplazables. Nunca te dejaré entrar, pero te daré un libro cada vez para que hagas una copia. ¿Queda claro?

Alice asintió.

—Tu segunda labor será contarle al chico todo lo que te enseñó Lizzie la Huesuda. Y eso significa todo. Él lo pondrá por escrito. Muchas cosas serán tonterías, desde luego, pero eso no importa, porque aun así se sumarán a nuestro archivo de datos. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

Alice volvió a asentir, con expresión muy seria.

—Muy bien, pues eso ya está resuelto. Dormirás en la habitación que hay encima de la de Tom; la del último piso de la casa. Y ahora piensa en lo que te voy a decir: ese boggart que hay en la cocina sabe lo que eres y en lo que has estado a punto de convertirte. Así que no te pases de la raya ni un milímetro, porque estará observando todos tus movimientos. Y nada en el mundo le gustaría más que...

El Espectro emitió un profundo y largo suspiro.

—No vale la pena pensar en ello ahora —reflexionó—. Así que no le des ocasión. ¿Harás lo que te digo? ¿Puedo confiar en ti?

Alice asintió, y sus labios dibujaron una gran sonrisa.

Durante la cena, el Espectro estuvo más callado que de costumbre. Era como la calma antes de la tormenta. Nadie dijo gran cosa, pero los ojos de Alice se fijaban en todo y volvían una y otra vez al enorme fuego de la chimenea que caldeaba la estancia.

Por fin el Espectro apartó el plato y suspiró.

—Muy bien, niña —dijo—. Vete a la cama. Tengo que decirle unas cuantas cosas al chico.

Cuando Alice se fue, el Espectro apartó la silla y se dirigió hacia el fuego. Se agachó y acercó las manos a las llamas para calentarse; a continuación se volvió y me miró.

—Muy bien, muchacho. Escúpelo. ¿Cómo te enteraste de lo de Meg?

—Lo leí en uno de sus diarios —confesé con la cabeza gacha, avergonzado.

—Me lo imaginaba. ¿No te lo advertí? ¡Has vuelto a desobedecerme! Hay cosas en mi biblioteca que aún no debes leer —me reprendió—. Aún no estás preparado. Yo decidiré lo que debes leer o no. ¿Queda claro?

—Sí, señor. —Era la primera vez que lo llamaba así en meses—. Pero me habría enterado de lo de Meg de todos modos. El padre Cairns me habló de ella y también de Emily Burns, y de que la separó de su hermano y aquello dividió a la familia.

—Parece que no puedo ocultarte gran cosa, ¿verdad?

Me encogí de hombros, aliviado al haber descargado todo aquello de mi interior.

—Bueno —prosiguió, volviendo hacia la mesa—. He vivido bastantes años y no estoy orgulloso de todo lo que he hecho, pero todas las historias tienen más de una versión. Nadie es perfecto, y un día sabrás todo lo que tienes que saber y entonces podrás hacerte una idea más clara sobre mí. Ahora no tiene sentido dar detalles, pero en cuanto a Meg, la conocerás cuando llegemos a Anglezarke. Y eso será antes de lo que esperas porque, si el tiempo acompaña, nos marcharemos a pasar el invierno a mi otra casa en un mes más o menos. ¿Qué más te dijo el padre Cairns?

—Dijo que había vendido su alma al Diablo...

El Espectro sonrió.

—¿Y qué sabrán los curas? No, chico, mi alma aún es mía. He luchado muchos, muchos años para conservarla y, pese a las dificultades, sigue siendo mía. Y en cuanto al Diablo, bueno, yo solía pensar que el mal era más bien algo que llevábamos todos dentro, como un pedazo de yesca a la espera de una chispa que la encienda. Pero últimamente me he empezado a preguntar si, a fin de cuentas, hay algo más allá de lo que vemos, algo escondido en la oscuridad. Algo que un cura podría llamar el Diablo...

El Espectro me lanzó una mirada profunda, clavándome sus ojos verdes en los míos.

—¿Qué pasaría si existiera el Diablo, chico? ¿Qué haríamos?

Reflexioné por un momento antes de responder.

—Tendríamos que cavar una fosa especialmente grande —dije—. Una fosa más grande de la que ha cavado nunca ningún espectro. Luego necesitaríamos sacos y más sacos de sal y hierro y una piedra enorme.

El Espectro sonrió.

—Eso es lo que haríamos, chico. ¡Habría trabajo para la mitad de los mamposteros, albañiles y peones del condado! En fin, ahora vete a dormir. Mañana retomarás tus clases, así que necesitarás unas cuantas horas de sueño.

Cuando abrí la puerta de mi cuarto, Alice surgió de entre las sombras de la escalera.

—Me gusta mucho este sitio, Tom —dijo, sonriéndome—. Es una casa muy grande y cálida. Un buen lugar ahora que se acerca el invierno.

Le devolví la sonrisa. Le podía haber contado que pronto nos iríamos a Anglezarke, a la casa de invierno del Espectro, pero estaba contenta y yo no quería estropearle su primera noche.

—Un día esta casa será nuestra, Tom ¿No te lo parece?

Me encogí de hombros.

—Nadie sabe lo que va a pasar en el futuro —dije, procurando apartar de mi pensamiento la carta de mamá.

—El viejo Gregory te lo ha dicho, ¿no? Bueno, hay un montón de cosas que él no sabe. Tú serás mucho mejor espectro de lo que ha sido él. ¡De eso no hay ninguna duda!

Alice dio media vuelta y empezó a subir las escaleras, moviendo las caderas. De pronto, se dio la vuelta.

—La Pesadilla quería mi sangre desesperadamente. Así que hice un trato con ella antes de que empezara a beber. Sólo quería que todo se arreglara, así que le pedí que os dejara marchar a ti y al viejo Gregory. Aceptó. Un trato es un trato, así que no podía matar al viejo Gregory ni hacerte daño a ti. Tú mataste a la Pesadilla, pero yo lo hice posible. Esa fue la razón de que me atacara. A ti no podía tocarte. Pero no se lo cuentas al viejo Gregory. No lo entendería.

Alice me dejó allí inmóvil, en las escaleras, haciéndome a la idea de lo que me acababa de contar. De algún modo se había sacrificado a sí misma. La Pesadilla la habría matado del mismo modo que había matado a Naze. Pero había conseguido salvarnos a mí y al Espectro. Nos había salvado la vida. Y yo nunca lo iba a olvidar.

Aún impresionado tras oír aquello, me metí en mi habitación y cerré la puerta. Me costó mucho dormirme.

Una vez más, he escrito la mayoría de este relato de memoria, usando mi cuaderno únicamente en los casos necesarios

Alice ha sido buena, y el Espectro está muy contento con su trabajo. Escribe muy rápido, pero tiene una letra clara y limpia También está cumpliendo con su promesa y me cuenta las cosas que le enseñó Lizzie *la Huesuda* para que yo tome nota.

Desde luego, aunque Alice aún no lo sabe, no se va a quedar con nosotros mucho tiempo. El Espectro me dijo que algún día empezará a distraerme demasiado y que no me dejará concentrarme en mis estudios. No le gusta tener una niña con zapatos en punta viviendo en su casa, especialmente si ha estado tan cerca de lo Oscuro.

Estamos a finales de octubre y muy pronto nos marcharemos a la casa de invierno que tiene el Espectro en los páramos de Anglezarke. Cerca de allí hay una granja. El Espectro confía en la familia que vive allí y cree que acogerán a Alice. Por supuesto, me ha hecho prometer que, de momento, no se lo contaré a Alice. En cualquier caso, me dará pena separarme de ella.

También conoceré a Meg, claro, la bruja lamia. A lo mejor también conozco a la otra mujer del Espectro. Blackrod está cerca del páramo, y allí es donde se supone que vive aún Emily Burns. Tengo la sensación de que hay muchas otras cosas del pasado del Espectro que aún no conozco.

Preferiría quedarme en Chipenden, pero él es el Espectro y yo sólo soy su aprendiz. Y con el tiempo me he dado cuenta de que hay un buen motivo para todo lo que hace.

Thomas J. Ward



JOSEPH HENRY DELANEY. (Lancashire, Inglaterra, 1945) es un escritor británico. Estudió en la Universidad de Lancaster, en la que fue profesor de Literatura Inglesa. Trabajó posteriormente en el Departamento de Medios de Comunicación y Estudios de Cine en el Blackpool Sixth Form College, trabajo que abandonó para dedicarse a la literatura tras la publicación de su segundo libro; el primero lo había publicado bajo el seudónimo de JK Haderack.

Es autor de novelas de fantasía y ciencia ficción para público joven.